

Roan

El sheriff Roan Benedict pertenecía a una familia de hombres testarudos que tenían la costumbre de ayudar y enamorarse de mujeres igualmente testarudas. Y claro, él se estaba enamorando de una mujer a la que acababa de disparar...

Aquella misteriosa desconocida había participado en un robo, pero eso no justificaba las heridas que tenía en la cara ni las quemaduras de cuerda de sus muñecas. Aunque sentía una enorme curiosidad por ella, Roan no terminaba de creer que realmente no recordara lo sucedido. Sólo sabía dos cosas: que aquella mujer mentía y que alguien trataba de matarla.

Y sólo había un lugar seguro para una dama en peligro: a su lado.

Capítulo 1

La oportunidad que estaba esperando Victoria Molina-Vandergraff llegó a la tercera noche. Estaba preparada, tensa de rabia, incluso había elaborado un plan. Aun así, estuvo a punto de desaprovecharla.

Estaba atada y tumbada en el suelo de la furgoneta robada mientras el vehículo tomaba una curva a toda velocidad, maldiciendo para sus adentros a los dos canallas de los asientos delanteros y animando en silencio al policía que los estaba persiguiendo. Hasta que de repente se descubrió rodando de un lado a otro: la furgoneta había derrapado en el firme de grava mojada y se estaba saliendo de la carretera. Por un instante permaneció suspendida en el aire... y se empotró contra un árbol.

El estruendo metálico sacudió el aire, seguido de una lluvia de cristales. Tory se vio zarandeada de un lado a otro hasta que se golpeó contra un lateral. La furgoneta reculó varios metros y el motor se apagó. Los faros, todavía encendidos, iluminaron la llegada del coche de policía. Segundos después se oyó la voz del agente a través del megáfono:

-¡Fuera del vehículo! ¡Las manos bien arriba! ¡Rápido!

-¡Diablos! ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? -murmuró el secuestrador que Tory había apodado «Espinillas», dirigiéndose a su compañero.

«Orejas» se quejó, como era habitual en él, pero no dudó en meter marcha atrás. Las ruedas estaban atascadas en el barro. Espinillas soltó una retahíla de maldiciones y exclamó, asomando la cabeza por la ventanilla:

-¿Qué me aspen si no es el sheriff del pueblucho que hemos dejado atrás. Eso dice en el capó del coche.

-Yo lo único que veo es su pistolón -volvió a quejarse Orejas mientras intentaba

acelerar el motor. -Te dije que lo de asaltar aquella tienda no era una buena idea. Todavía me acuerdo de lo que me respondiste: «bah, en ese pueblucho de Luisiana andan muy atrasados. No tendrán ni cámara de seguridad». ¡Y además me aseguraste que no habría ningún poli a estas horas de la noche!

-¿Cómo iba a imaginarlo?

-Tú eres el cerebro, ¿no? Ahora estamos listos. Parece que ese sheriff de pueblucho atrasado no tiene ningún problema en dispararnos.

-¡Pues conmigo que no cuente!

Espinillas abrió la guantera para sacar su pistola y se arrastró hasta la parte posterior de la furgoneta. -¿Adónde vas? -inquirió Orejas mientras aceleraba de nuevo, consiguiendo retroceder unos metros.

-A asegurarnos una vía de escape. -¿Y cómo diablos vas a hacerlo?

Espinillas, arrodillado frente a Tory, no respondió. A la luz de los focos del coche patrulla, Tory podía ver el brillo de sus dientes. Aterrada, se apretó contra el lateral del vehículo mientras su secuestrador se encajaba la pistola bajo el cinturón y sacaba un cuchillo de una bota. Antes de que pudiera tomar aliento para gritar, Espinillas le cortó la cinta adhesiva que aprisionaba sus tobillos. Luego, tras incorporarla, hizo lo mismo con la cinta de sus muñecas.

-Ya está. Parece que es tu día de suerte... -¿Qué vais a...?

Espinillas no la dejó terminar, ya que la empujó violentamente hacia la puerta posterior mientras volvía a desenfundar su pistola. Justo en aquel instante, Orejas logró volver a la carretera y pisó a fondo el acelerador. Debido a la inercia, Tory chocó contra la puerta y Espinillas chocó a su vez contra ella: con el hombro le golpeó la cabeza, y ella con la cabeza rompió el cristal. Por un segundo no vio nada más que una neblina roja en medio de un fortísimo dolor. Aun así, en un remoto rincón de su mente quedó registrado el sonido de la pistola de su secuestrador al caer al suelo.

Espinillas soltó una maldición. Apartándose de Tory, se agachó para recuperar su arma.

-¡He dicho fuera del vehículo! ¡Ahora!

Tory se vio asaltada por una sensación de irrealidad. La profunda y vibrante voz del sheriff cortando la noche le parecía como surgida de una película. Se incorporó a cámara lenta. A través del cristal roto de la puerta, pudo distinguir la silueta del sheriff recortada contra la luz de los faros. Estaba avanzando, y su sombra se prolongaba interminable como la de un legendario gigante. A su espalda, Orejas volvió a meter marcha atrás, con las ruedas derrapando en el barro.

-Está claro que vamos a tener que salir. Pero nuestra niña rica lo hará primero -masculló Espinillas antes de abrir la puerta posterior.

Quería utilizarla como escudo. Solía funcionar en las películas, pero Tory no estaba tan segura de que aquel «sheriff de pueblucho» estuviera tan dispuesto a cooperar. Él todavía no sabía que la habían secuestrado...

-¡Espera un momento! -gritó Orejas mientras intentaba hacer avanzar la furgoneta, deslizándose dentro de sus propias rodadas abiertas en el lodo-.

-Nos hemos movido, ¿te has dado cuenta? ¡Vamos a salir de aquí!

Y ella no iba a acompañarlos. Tory se incorporó de nuevo, pero el movimiento de la furgoneta la derribó (le nuevo. Al caer al suelo, tocó la pistola perdida y la recogió de inmediato. Espinillas se giró hacia ella. Podía distinguir el cuchillo brillando en su mano.

-¡Alto! -lo apuntó Tory, con el dedo en el gatillo. Sabía usar un arma, y lo haría si no le dejaban otra opción.

Espinillas se había quedado paralizado.

-¡Lo hemos conseguido, Chris! -exclamó Orejas-. ¡Nos vamos de aquí!

La furgoneta se estaba moviendo. Tory sabía que tenía que salir de allí: no había tiempo de pensar ni de planificar nada. Alejándose de Espinillas, se dirigió a la puerta posterior. Tras agarrarse con una mano al marco para recuperar el equilibrio, saltó con el vehículo en marcha.

Actuó por puro instinto, resultado de años de práctica gimnástica y de lecciones de un capitán de paracaidismo acrobático, el mismo que le había enseñado a caer sin romperse el cuello. Rodó por el pavimento y se levantó ágilmente, justo delante del sheriff. Con su mano libre, se apartó el pelo de la cara y lo miró. En vano buscó en sus rasgos alguna expresión de consuelo o alivio.

Fue entonces cuando comprendió lo que iba a suceder, antes siquiera de verlo alzar su arma. Antes de ver el fogueo. El único disparo sonó como el estruendo de un cañón. La proyectó hacia atrás. El cabello volvió a ocultarle la cara y la pistola escapó de su mano. El suelo de gravilla pareció elevarse. Quedó tumbada allí, demasiado aturdida para poder respirar, de cara a la noche estrellada. Viendo con el rabillo del ojo la oscura mancha de sangre que crecía bajo su camiseta de deporte, empapando la seda blanca como una extraña flor nocturna.

Oyó el motor de la furgoneta alejándose. El sheriff disparó, pero el vehículo no se detuvo. El ruido del motor se perdió en la noche.

El dolor la sorprendió en una silenciosa explosión; le desgarró el hombro y el pecho. Quería gritar, pero no podía. Sus labios se entreabrieron en un gesto de callada agonía. Escuchó sus pasos en la grava, acercándose. Una sombra se cernió sobre ella y a continuación sintió el contacto de sus dedos en el cuello, para tomarle el pulso. Era un contacto cálido, impersonal y experto a la vez. Al cabo de unos segundos dio por concluida la exploración y deslizó la punta de los dedos por la leve turgencia de su pecho bajo la camiseta de seda. Inmediatamente susurro una maldición y se sentó sobre los talones.

Tory parpadeó varias veces para aclarar su visión y lo miró. A la luz amarilla de los faros del coche patrulla, su expresión 'severa hablaba de una dura belleza. Su impoluto uniforme, con la estrella plateada, no podía contrastar más con su desastrado atuendo, toda manchada de barro.

- Me ha disparado -susurró con tono acusador. ¿Qué quería que hiciera cuando apareció ante mí con eso en la mano? -le enseñó la pistola que mantenía apoyada sobre su rodilla, la misma que ella había arrebatado a su secuestrador. Al parecer se había molestado en recogerla antes de acercársele.

- Yo no... -no logró terminarla frase.

De repente vio que se ponía a hablar por un pequeño aparato de radio que llevaba en una manga. -Petición de ambulancia para sospechosa herida de bala. Localización: carretera de Gunter, tres kilómetros al sur del cruce con la autopista treinta y cuatro.

-En camino, sheriff -se oyó una voz femenina, como de mujer mayor.

-Yo no... yo no soy una delincuente.

Volvió a mirarla, pero su expresión no cambió. Ladeó la pistola, empuñándola con un pañuelo para no borrar las huellas, examinó la recámara y sacó las balas. Se las guardó en un bolsillo antes de mirarla otra vez.

-Ahora vuelvo.

Tory experimentó una punzada de pánico. -¿Adónde... adónde va?

-A buscar el botiquín de primeros auxilios del coche patrulla.

Debía de ser un hombre de pocas palabras. No se había molestado en preguntarle cómo se sentía, ni quién era o lo que había estado haciendo en aquella furgoneta. Lo observó alejarse: sus movimientos rezumaban gracia y elegancia.

El dolor parecía atenuarse por momentos. Estaba empezando a marearse de puro cansancio, y no tardó en cerrar los ojos. Se estaba desmayando: lo sabía y no le importaba. La inconsciencia la tentaba con la dulce promesa de escapar de todo lo desagradable...

Pero fue precisamente el dolor lo que la devolvió a la realidad. El sheriff se inclinó sobre ella una vez más y le presionó el hombro herido con las dos manos. Tory se estremeció y sintió una náusea. Rápidamente se llevó su mano sana a la boca.

-Quédese conmigo, cariño -le ordenó-. No va a librarse tan fácilmente.

-¿Librarme de qué? -logró pronunciar la pregunta cuando cesó el ataque de náusea.

-Para empezar, de asaltar una tienda.

-Yo... yo no fui -había tan poca firmeza en sus palabras que no se sorprendió de que no le creyera.

-Betsy no miente. Y tampoco su cámara de videovigilancia.

Tory frunció el ceño. No estaba en condiciones de pensar. La cabeza le latía dolorosamente e intentó palparse el golpe de la frente. El sheriff se apresuró a sujetarle la mano al tiempo que le examinaba la herida. Decidiendo aparentemente que eso podía esperar, volvió a colocarle la mano sana junto a un costado y se concentró en abrir los paquetes de plástico que había ido a buscar al coche patrulla. Moviéndose con tranquila eficiencia, tuvo que dejarlos sobre el único lugar de su cuerpo que estaba limpio de barro y sangre: su abdomen. Se notaba que no era la primera vez que atendía a un herido de bala.

De repente vio que sacaba unas tijeras esterilizadas y empezaba a recortar la tela su camiseta en torno a la herida, descubriendo el hombro herido.

-No... no me toque..

El sheriff le lanzó una severa mirada.

-No pienso clavarle las tijeras, así que procure no moverse.

Le colocó un apósito sobre el hombro y se lo apretó con fuerza, sirviéndose de su peso. Tory se resintió con un gemido y lo agarró con su mano sana, clavándole los dedos en el brazo.

-No se resista. Morirá si continúa sangrando así. Esto es lo único que puedo hacer para evitarlo antes de que llegue la ambulancia.

-Duele...

Se había inclinado hacia ella y estaba muy cerca.

Demasiado. Tory podía sentir su calor, oler el limpio aroma de su uniforme, de su jabón: un aroma masculino que se mezclaba con los olores más inmediatos del barro y de la sangre. Un músculo latía en su mandíbula, como traicionando su aparente imperturbabilidad.

-Mi prima Betsy querrá verla en la cárcel por haber asaltado su tienda. Es la segunda vez que le pasa desde que se la compró.

Tory se dio cuenta de que le estaba hablando para que no se desmayara, para que no perdiera la consciencia. Quiso negar la acusación, pero no tenía aliento para ello. El dolor que le provocaba la presión de su mano en la herida resultaba casi insoportable.

-La primera vez fueron un par de chicos del pueblo -continuó él-. Salieron en libertad condicional por causa de su edad. Betsy se enfadó mucho porque el padre de uno de los chicos se gastó el botín en los barcos-casinos de Natchez y las familias no pudieron restituirle el dinero. Ahora seguro que querrá vengarse. Probablemente conseguirá meterla en prisión.

De repente el dolor del hombro y el implacable sonido de la voz del sheriff parecieron fundirse. Tory se aferró a la oleada de rabia que la asaltó, ya que parecía ayudarla a mantener la cabeza despejada.

- Yo no iré a la cárcel. Nunca.

-¿Se cree inmune porque es una mujer? -y le presionó con mayor fuerza la herida.

-Inmune, no. Inocente -ella misma se sorprendió del colosal esfuerzo que le supuso pronunciar esas palabras.

-No tanto, cariño. Asalto a mano armada, resistencia a la autoridad... Tiene una larga lista de delitos.

Mientras hablaba, utilizó su mano libre para enjugarle las lágrimas. Tory giró la cabeza: no quería que la viera llorar, odiaba sentirse tan débil cuando él era tan fuerte...

-Yo no soy su «cariño», maldita sea. Yo no... yo no he atracado a nadie. Y antes que pisar su estúpida cárcel lo veré a usted en el infierno.

-Allí es donde terminará si no deja de moverse de una vez.

Tory sabía que debía ahorrar energías, pero se sentía demasiado frustrada, demasiado desesperada para mantenerse quieta. Había tenido que soportar tres terribles y angustiosos días con Espinillas y Orejas. Y aquello había sido ya el colmo.

De pronto vio que el sheriff se acercaba la mano libre a la boca para hablar por la radio que llevaba en la manga:

-Sherry, infórmame.

-Los sospechosos todavía no han sido localizados, sheriff Benedict.

La voz femenina le informó del despliegue de media docena de coches-patrulla.

-La unidad 120 está cubriendo la zona este. -Es Cal quien está de guardia, ¿verdad?

- Afirmativo.

-Dile que revise la carretera Fire Tower. -Entendido.

Tory se dijo que necesitaba revisar la primera impresión que le había producido el sheriff: la de un agente de la ley tan provinciano como inexperto. Sus rápidos reflejos así como su equipo de última tecnología sugerían una realidad muy diferente. Ciertamente había dejado escapar a Espinillas y a Orejas, pero la culpa había sido de ella. Además, habría podido dejarla tendida en la carretera para salir tras ellos y no lo había hecho: solamente ese detalle hablaba muy bien de él. No era propio de su carácter juzgar mal a la gente o dejarse influir por los estereotipos. ¿O sí? Harrell la había engañado con su sonrisa fácil y su personalidad extrovertida, hasta el punto de que se había comprometido en matrimonio con él... Pero no quería pensar en eso ahora. Era absurdo malgastar el tiempo pensando en su antiguo prometido.

-Así que les ha perdido la pista.

-Esta zona del lago Horseshoe es un laberinto de caminos. Si son lo suficientemente inteligentes como para apagar las luces y esconderse en alguna pista forestal, puede que no podamos localizarlos.

-No parece demasiado preocupado por ello. -Turn-Coupe es una comunidad muy unida. Nos cuidamos a nosotros mismos. Todo el mundo se conoce y los forasteros llaman mucho la atención - esbozó una sonrisa-. Tarde o temprano, alguien los verá y me dará el aviso. Siempre lo hacen.

Tory no dudaba de sus palabras. El sheriff era un hombre que inspiraba confianza.

-Hey, sujétese esto -mientras hablaba, le colocó la mano sana sobre el apósito con que intentaba frenarle la hemorragia.

Tory esbozó un gesto de dolor, ya que al hacerlo le había rozado las heridas que le había dejado la cinta adhesiva en las muñecas. El sheriff se interrumpió para examínarselas a la luz de los faros del coche. -¿Qué es eso?

-¿A usted qué le parece?

-Es como si le hubieran atado las manos. -Qué sagacidad.

El sheriff se fijó en sus manos finas y suaves, así como en su blanca camiseta de seda. Era ropa deportiva de marca. Y cara.

-¿Le gustan los juegos masoquistas? Tory se quedó estupefacta.

-¿Le parezco... le parezco el tipo de persona que pueda disfrutar con esas cosas?

Se interrumpió de golpe y Tory se llevó una sorpresa aún mayor al ver que se ruborizaba. Por un segundo fue aún singularmente consciente de la firmeza de su contacto, de sus largos dedos rozando la curva de su seno, de la anchura de sus hombros y de su pecho.

-Me secuestraron -le informó, lacónica. -Ya, claro...

Su desconfianza le dolió, lo cual resultaba extraño. ¿Por qué debería esperar que aquel sheriff de Luisiana la creyera? Ni siquiera estaba segura de que su padrastro aceptaría su versión de lo sucedido cuando se lo contara, y eso que él la conocía mejor que nadie: era la única persona en el mundo a la que podía importarle que viviera o dejara de vivir.

-Sujétese esto -volvió a ordenarle el sheriff mientras le colocaba la mano sobre el apósito.

Luego recogió las tijeras y procedió a recortar la tela de la camiseta todo alrededor de la herida del hombro, desde el cuello hasta la axila. Al retirar la Isla cortada, descubrió su minúsculo sujetador de encaje.

Tory apretó los dientes, luchando contra una nueva punzada de dolor. El sheriff continuaba trabajando con implacable eficacia: abrió más paquetes de apósitos, cambió el primero que le había puesto y se lo aseguró con una banda elástica.

Estaba empezando a perder el contacto con la realidad. De repente se sintió flotar, como si estuviera nadando en la playa de la isla Sanibel, su lugar favorito. Recordaba que a veces solía tumbarse en la arena con los pies en la espuma, esperando a que la marea la anegara. Las olas iban subiendo y subiendo hasta que al fin le llegaban a la cabeza, sumergiéndola. Eso era precisamente lo que estaba sintiendo en aquellos momentos, como si una oscura ola estuviera a punto de barrerla para luego arrastrarla al finar.

Con los ojos cerrados podía sentir al sheriff limpiándole la piel, cuidadoso de no tocar la herida. Oía fuertemente a antiséptico.

-¿Sherry? ¿Qué pasa con esa ambulancia?

-Lo siento, sheriff -contestó la mujer de la comisaría-. Le pondré con el conductor para que pueda facilitarle el tiempo estimado de llegada.

Se hizo un silencio hasta que una voz masculina, la del conductor de la ambulancia, informó de que estarían allí en quince minutos. Tory oyó levantarse al sheriff y caminar hasta el coche patrulla. Las luces azules y blancas empezaron a girar con deslumbrante intensidad, incluso detrás de sus párpados cerrados. Las había encendido para facilitar su localización por la ambulancia.

El sheriff no volvió y Tory se vio asaltada por una sensación de abandono. Intentó ignorarla, pero no pudo. Sola: siempre había estado sola. Sin amigos verdaderos ni familiares cercanos, sin nadie que la entendiera ni quisiera entenderla. Así había sido desde hacía más tiempo del que podía recordar. Había aprendido a esconder sus miedos, a fingirse más dura y sofisticada de lo que realmente era, a inventarse personalidades y máscaras para encubrir sus inseguridades. Hasta el punto

de que muchas veces había llegado a preguntarse cómo sería la verdadera Victoria Molina-Vandergraff.

El sheriff regresó, después de todo. En aquel momento volvió a escuchar sus pasos.

-¿Tiene frío?

Había vuelto a arrodillarse frente a ella y deslizó las puntas de los dedos por la carne de gallina de su brazo desnudo. Aquel contacto disparó un estremecimiento casi interminable.

-No... -susurró-. Sí... no lo sé. Hace calor, pero siento... frío por dentro.

-Consecuencia del shock -pronunció casi para sí mismo. Miró de nuevo la carretera, como si hubiera oído llegar la ambulancia. Pero al cabo de unos segundos de silencio murmuró una maldición y se volvió otra vez hacia ella.

Se tumbó cuidadosamente a su lado y deslizó un brazo bajo su cabeza para apoyársela contra su pecho. Luego le rodeó la cintura con el otro brazo y la acercó hacia sí.

-¿Qué está haciendo? -musitó ella.

Le acarició la mejilla con su cálido aliento cuando respondió:

-Lo siento. Es lo único que puedo hacer para que entre en calor hasta que llegue la ambulancia con una manta térmica.

Tory sabía que debería rechazar aquel contacto tan íntimo, pero le resultaba imposible. Necesitaba el calor de su cuerpo, así que se arrebujó contra él, absorbiendo su fuerza como si en ello le fuera la vida.

La abrazaba delicadamente. Estaba tan cerca que Tory podía sentir cada botón de su camisa, la dura estrella que llevaba prendida en el pecho, incluso el firme latido de su corazón. Tory se concentró en cada uno de esos detalles en un esfuerzo por sobreponerse al dolor. Su respiración se fue regularizando al ritmo de la suya.

Poco a poco, una insólita sensación comenzó a apoderarse de ella. Tan insólita que a punto estuvo de no reconocerla. Se sentía «segura». Era algo extraño, improbable, imposible, pero también cierto. Se sentía segura. Al fin.

En aquel momento, nadie sabía quién era. Nadie sabía quién era o de dónde había venido. Nadie quería ni esperaba nada de ella. De nadie tenía nada que temer. Al menos por una corta temporada.

Se evaporó el último vestigio de resistencia mental a la ayuda que le estaba prestando aquel sheriff. Al fin podía dejar de luchar. Suspirando de alivio, se abandonó al abrazo de aquel hombre.

De repente oyó la lejana e insistente sirena de la ambulancia. Estuvo escuchándola durante lo que le pareció una eternidad, antes de que doblara la curva con sus luces rojas mezclándose con las blancas y azules del coche patrulla. El sheriff no la soltó, sino que se quedó con ella incluso cuando se acercó el auxiliar sanitario.

-Me alegro de verte, James -le informó por encima del hombro-. Necesita una manta.

-Claro -el auxiliar se volvió para dar una orden en voz baja a los enfermeros y

segundos después alguien la envolvía en una plateada manta térmica-. Ya está, Roan. Ya nos hacemos cargo nosotros.

Roan. Era un extraño nombre. Y la voz femenina le había llamado Benedict... Roan Benedict. Un nombre que recordaría siempre, pensó mientras el sheriff se apartaba para dejarla en manos de los enfermeros.

El resto fue una nube de movimientos, voces, más frío y más dolor mientras era examinada con diligencia y transportada a la ambulancia. Tuvo la sensación de que dejaba atrás algo importante, pero no podía precisar lo que era. Entonces oyó el bajo murmullo del sheriff Roan Benedict cerca, en alguna parte. Intentó sacar la mano sana de debajo de la manta, pero no pudo. Las puertas de la ambulancia se cerraron y el vehículo partió.

Estaba sola de nuevo. Una vez más.

Capítulo 2

La sirena del coche patrulla no dejó de sonar mientras enfilaba hacia Turn-Coupe, por delante de la ambulancia. Roan mantenía la mirada clavada en la carretera, las manos en el volante. No quería pensar en la mujer que iba detrás, en la ambulancia. Y tampoco tenía tiempo que desperdiciar en la sensación de culpa que lo devoraba por dentro.

Nunca había disparado antes contra una mujer: aquella era definitivamente la primera. Confiaba en que fuera la última.

Las luces de la población aparecieron detrás de una curva. Segundos después atravesaba la plaza del tribunal de justicia y dejaba atrás el edificio neoclásico con el monumento de la Guerra Civil medio oculto bajo el gran roble.

El hospital se hallaba a un kilómetro y medio de distancia al otro lado del pueblo, en un terreno cedido por el alcalde, que llevaba los veinte últimos años en el cargo. El alcalde había esperado que el crecimiento de la población alcanzaría con el tiempo al hospital: no había sido así. Aquella comunidad parecía condenada a no crecer, a continuar siendo un pueblo tranquilo que vivía de un par de serrerías y de los turistas que visitaban el lago y se quedaban en el motel de Betsy o compraban cebos de pesca, cerveza y bocadillos en su tienda.

Sobrevivir en el pueblo no era fácil para gente como Betsy o como Millie. A Roan, en cambio, el reducido tamaño de la población no le importaba. Lo pequeño estaba bien. Lo pequeño significaba calles limpias, noches tranquilas y nula delincuencia. O al menos así había sido hasta aquella noche.

Aparcó cerca de la puerta de Emergencias del hospital y vio cómo los enfermeros bajaban a su detenida. Estaba terriblemente pálida, bajo la manta térmica

y con cables y bolsas conectados a su cuerpo. Sólo cuando las puertas la ocultaron a su vista se acordó de volver a pestañear.

Justo en aquel instante llegó el coche patrulla adicional que había reclamado. Roan se comunicó por radio con el agente Allen Bates, ordenándole que vigilara a la mujer en todo momento. Pero después de aquello no se movió. Parecía incapaz de abandonar aquel lugar.

Había acompañado a cientos de ambulancias al hospital. Aquella noche, sin embargo, era diferente. No podía quitarse de la cabeza la imagen de aquella mujer tendida en el suelo, con la camiseta empapada de sangre y un balazo en el hombro. Aquel tiempo interminable que había tardado la ambulancia en llegar había sido una auténtica pesadilla, durante la cual se había movido y actuado como un autómatas. De alguna manera, se había mezclado en su mente con otra ocasión: la noche en que encontró a Carolyn tendida en el suelo de su dormitorio, al lado de la cama que habían compartido durante tres años. Sangre. Había sangre por todas partes. Incluso en el arma que había utilizado y en la nota de papel que le había dejado.

Había atendido a su esposa como había atendido a aquella mujer esa noche. La había abrazado y había rezado para que no muriera durante el corto trayecto hasta el hospital. Sacudió la cabeza. No, aquella mujer no era Carolyn, no compartía ninguna semejanza con la joven fantasiosa e infantil que había sido su esposa. La había visto surgir de la oscuridad, una delgada figura vestida de un blanco brillante, rodando ágilmente por el suelo e incorporándose con un destello de determinación en los ojos.

Nada lo había preparado para aquello, con lo que disparar había sido un reflejo tan básico que ni siquiera recordaba haber apretado el gatillo. Y la había disparado.

Lo habían educado para respetar a las mujeres. Para Roan, las mujeres siempre habían representado el lado dulce, tierno, luminoso del mundo. Portaban consigo la promesa de la propia vida, y proteger aquella promesa significaba tanto un honor como un privilegio. Las mujeres que había detenido no siempre habían encajado en ese perfil, pero jamás había logrado librarse de la sensación de que lo habrían hecho si las cosas hubieran sido diferentes. Si no hubieran tenido tan mala suerte.

Ésa era precisamente la sensación que le inspiraba su nueva detenida. Lo cual era absurdo, ya que no la conocía en absoluto. Aun así, había hablado con ella y no parecía poseer la clásica dureza de las mujeres delincuentes. Y su aspecto, con su ropa cara, tampoco encajaba en el cliché. Había afirmado que la habían secuestrado. Aparentemente era algo plausible, pero la videocámara de Betsy la había grabado entrando en la tienda con la pareja de atracadores. Además de que no había gritado ayuda a pleno pulmón cuando saltó de la furgoneta. En cualquier caso, su presencia había creado un caos en su mundo tranquilo y ordenado. Era un misterio, y a Roan no le gustaban los misterios.

La mejor manera de lidiar con el problema era conseguir respuestas concretas lo antes posible. Su primer impulso era quedarse en el hospital, en parte para estar cerca cuando los médicos le permitieran hablar con ella, pero también para asegurarse de que se encontraba bien. Sin embargo, sabía que aprovecharía mejor el

tiempo coordinando la búsqueda de los otros dos delincuentes. Sherry le había informado de que Betsy había entregado la cinta de vídeo en comisaría. Si conseguía identificar a los atracadores, podría emitir una orden de busca y captura de ámbito nacional. Sin mayor dilación, Roan encendió el motor y puso rumbo al pueblo.

Sus ocupaciones le llevaron dos horas enteras, al cabo de las cuales regresó al hospital. De camino, hizo una parada en su casa del lago para cambiarse el uniforme lleno de sangre y asegurarse de que Jake había vuelto del cine.

Una vez en el hospital, cuando se acercaba a la sala de operaciones, Allen Bates salió a su encuentro. -¿Alguna novedad?

-Ninguna de momento. La enfermera de la sala de cirugía me encargó que te dijera que fueras a verla cuando te dejaras caer por aquí.

-En seguida -aquella enfermera de guardia no era otra que Johnnie Hopewell, una inestimable fuente de información para todo lo que ocurría oficiosamente en Turn-Coupe, además de prima lejana suya. Morena, vivaz, regordeta, era la favorita de muchos pacientes y del propio Roan-. Supongo que todavía seguirá en el quirófano.

-Sí, a no ser que alguien la haya sacado en canilla por la puerta de atrás. Un médico en prácticas se asomó hace un rato para advertirme de que tardarían una media hora más. Eso como poco.

-Si me esperas aquí mientras hablo con Johnnie, te relevaré yo mismo.

-Creía que te ibas para casa. Cal tiene ese turno ¿no?

-Todavía está detrás de esos dos tipos. Además, tengo intención de vigilarla personalmente.

Se llevó una mano a su sombrero Stetson y regresó al pasillo. Johnnie alzó la mirada cuando lo oyó acercarse. Inmediatamente dejó a un lado su bolígrafo y se dirigió a su encuentro.

-Ya era hora de que aparecieras -se quejó-. ¿Qué diablos pretendes? ¿Darme más trabajo?

-Lo siento.

-Ya lo creo que lo sientes -después de darle un rápido abrazo, dejó de sonreír y se apartó para mirarlo mejor. Tenía un brillo de compasión en los ojos.

Roan intentó bromear. No le gustaba aquella mirada.

-En cualquier caso, a ti te gusta el movimiento y lo sabes.

-iDe cierto tipo de movimiento puedo prescindir, eso seguro! Aunque ahora mismo no me importaría estar en una buena fiesta.

-Eso es cosa de Luke. -Desde que se casó, ya no.

-Ya me había parecido que nuestro donjuán ya no se corría tantas juergas.

-Lo mismo tiene miedo de que alguno, especialmente otro Benedict, le quite a April.

Roan sonrió.

-No me extrañaría. Bueno... ¿qué me dices de nuestra detenida?

-Saldrá adelante. Ha perdido mucha sangre pero se ha estabilizado. Le están sacando la bala. Puede que tarde un poco en recuperarse, así que espero que no la

encarceles tan pronto.

Roan sacudió la cabeza, consciente del enorme alivio que lo embargaba. Había temido lo peor.

-Tu chica ha estado todo el tiempo prácticamente inconsciente: no le he sacado ningún nombre -recogió un sobre de papel manila del mostrador y se lo entregó-. Le retiramos todos los efectos personales antes de pasarla al quirófano. Esto lo llevaba en el tobillo.

Roan rasgó el sobre y vació su contenido. Era una cadena para el tobillo, de oro. Llevaba enganchada un juego de letras colgantes que formaban un nombre: Donna.

Roan no era muy aficionado a las corazonadas. ,1un así, mientras alzaba la cadena a la luz y contemplaba aquellas letras que brillaban como diamantes, sintió un estremecimiento casi premonitorio. Donna. Frunció el ceño.

-¿Qué pasa? -le preguntó Johnnie.

-Nada -mintió. Algo marchaba mal. Su detenida no encajaba con aquella joya.

- Hay otro problema. -¿Sí?

- Necesita más sangre. O positivo. El hospital dispone de la mitad de sus necesidades, pero puede dille tardemos horas en conseguir el resto.

El tipo sanguíneo de Roan era O positivo. No lo dudó ni por un momento.

-¿Por qué diablos no me lo has dicho antes? - le preguntó, dirigiéndose a la sala de laboratorio-. Vamos.

-¿Donna? Donna, despierta.

La voz era profunda, suave, masculina, y el tono era urgente. Aunque no la estaban llamando por su nombre, Tory se sintió obligada a responder. Levantó levemente los párpados y volvió a cerrarlos cuando una cruda luz cenital pareció partirle la cabeza en dos.

-¿Donna?

Habían apagado la luz. Alguien le había tomado la mano. Abrió lentamente los ojos.

Un hombre estaba inclinado sobre ella. Su rostro estaba en sombras. El uniforme que llevaba le resultaba familiar, así como la estrella plateada que lucía en el pecho.

El sheriff. Se tensó inmediatamente e intentó retirar la mano.

-Cuidado, no vaya a sacarse la guía. Transcurrió un segundo antes de que las palabras penetraran en la niebla que le envolvía el cerebro. Entonces vio el tubo de plástico que llevaba conectado al brazo. Las sábanas blancas, las paredes verde pastel, el televisor colgado en lo alto, el camión de algodón que olía a desinfectante... Estaba en un hospital.

Volvió la mirada al hombre que se encontraba a su lado. Humedeciéndose los resacos labios, pronunció:

-Usted, usted es...

-Sheriff Roan Benedict -asintió con la cabeza al tiempo que le soltaba la mano y se retiraba un tanto, como arrepentido de haberse acercado demasiado.

Tory agradeció el gesto, ya que su estatura intimidaba. Se dedicó a observarlo detenidamente, comparando sus impresiones actuales con las de la noche anterior. No era un hombre precisamente guapo, al menos desde un punto de vista clásico. Su rostro parecía esculpido en piedra, su boca era demasiado dura y tenía una cicatriz en forma de media luna al final de una ceja. En conjunto, su altura, su cuadrada mandíbula y sus penetrantes ojos de color gris acero le daban un aspecto tan peligroso como atractivo.

Bajó la mirada a sus anchos hombros y continuó luego por su estrella plateada y su cinturón con el revólver enfundado.

- Fue usted quien me disparó -pronunció con tono acusador.

-Eso me suena -repuso, sonriendo.

Tory pensó que tenía razón: había dicho algo muy parecido antes. Por un instante, los sucesos de la víspera desfilaron por su mente. La furgoneta. Espinillas. El disparo. Se había sentido furiosa, confundida. El dolor seguido del consuelo de una voz tierna y de un cálido abrazo.

No, lo último tenía que ser una jugada de su imaginación: no podía haber ocurrido. Allí, a la luz del día, no podía imaginarse a aquel hombre de aspecto duro molestándose en abrazarla para hacerla entrar en calor. Lo miró: la estaba observando con expresión inescrutable pero con un oscuro y ardiente interés, latiendo en las profundidades de sus ojos. La impresión fue tan grande que se quedó absolutamente inmóvil, incapaz de respirar siquiera, barrida por una lenta oleada de calor.

De repente se abrió la puerta y entró una enfermera morena, con un uniforme lila y verde.

-¡Vaya, así que ya se ha despertado! ¿Cómo se encuentra?

-Está bien -se apresuró a contestar el sheriff. -Dejemos que responda ella misma, ¿de acuerdo?-pese a tu tono ligero, la enfermera le lanzó una clara mirada de advertencia-. Voy a tomarle las constantes vitales.

Roan esperó a que terminara y salió detrás de ella, cerrando la puerta a su espalda. Tory los oyó hablando en voz baja en el pasillo. Incapaz de entender palabra alguna, volvió a apoyar la cabeza en la almohada, suspirando.

Tenía las muñecas vendadas. Tubos de plástico colgaban sobre ella como guirnaldas navideñas, incluyendo uno que estaba conectado a una máquina que le administraba fuertes calmantes en dosis automáticas. Tenía un abultado vendaje en el hombro y la parte superior del pecho. Podía flexionar los dedos de la mano y mover el brazo, una clara mejoría respecto a la noche anterior.

Estaba bien: sobreviviría. Un milagro que debía al sheriff Roan Benedict, aunque... salvarle la vida era lo menos que había podido hacer después de haberle disparado. No tenía por qué estarle especialmente agradecida. Además, ¿acaso no habría tenido que hacer lo mismo con cualquier otro tipo, por muy delincuente que fuera'?

Ella era inocente. Se lo había dicho al sheriff y él no le había creído. Eso dolía. De hecho, casi le dolía más que el hecho de que hubiera disparado contra ella como si

fuera una delincuente común. Aquel inflexible servidor de la ley estaba tan seguro de sí mismo que incluso la estaba vigilando al otro lado de aquella puerta, montando guardia en el pasillo. No por otra razón se había quedado con ella.

Tenía que conseguir convencerlo de alguna manera. Seguro que tenía que existir algún detalle que demostrara su inocencia. Intentó hacer memoria: había salido de su residencia de la isla Sanibel para correr por la playa, como cada tarde. La puesta de sol había sido especialmente hermosa. Había dejado atrás la playa privada Vandergraff para pasar por delante de un hotel repleto de turistas. Recordaba el olor a marisco procedente de un restaurante cercano. Y había seguido corriendo hasta llegar a una larga hilera de casas, cuyos propietarios habían regresado para pasar el verano.

No se había fijado en nada, pensando distraída en la discusión que había tenido con Harrell. El fin de semana anterior le había devuelto el anillo de compromiso, y luego él se había presentado en su casa, aquella misma tarde, justo antes de que saliera a correr. Se había mostrado tan prepotente y tan seguro de que podía hacerle cambiar de opinión... Las pocas palabras que habían cruzado la habían puesto furiosa.

Y eso no había sido todo. Su padrastro también se había dedicado a presionarla cuando le sugirió que no sabía lo que estaba haciendo. Al parecer, la consideraba una irresponsable, necesitada de un marido que le hiciera sentar la cabeza. O quizá lo que quería era deshacerse de ella, de su responsabilidad jura con su persona.

Paul Vandergraff conocía a Harrell; había coincidido con él en el club náutico y en algún que otro partido de golf. El rey de los muebles baratos de Florida era, en opinión de Paul, un prometedor empresario y un marido muy conveniente para Tory. La perspectiva de que Harrell pudiera convertirse en un nuevo socio de negocios hablaba todavía más en su favor.

Si Paul no había podido entender su decisión de romper su compromiso, había sido en parte por las vagas razones que la propia Tory le había dado de manera deliberada. Harrell se había dedicado a sus manejos de costumbre, pero en esa ocasión la había implicado a ella. El descubrimiento la había dejado tan deprimida que incluso se había negado a hablarlo con él.

No quería pensar, ni mucho menos admitir que se había comprometido con Harrell casi sin darse cuenta, sin haberlo meditado bien, dejándose arrastrar por los demás. Aquella falta de firmeza era un doloroso recordatorio de la historia de su difunta madre. Evelyn Molina, heredera de una cuantiosa fortuna, se había casado varias veces y siempre con hombres que no habían buscado otra cosa que su dinero, empezando por el padre de Tory, un consumado playboy. Hasta el punto de que, escarmentada, había decidido no cambiar de apellido con cada boda. Con Vandergraff, sólo había añadido su apellido al suyo seguido de un guión, tal y como le había insistido a Tory que hiciera cuando Paul la adoptó.

Su padrastro se había mostrado siempre tan seguro de que Tory era tan irracional e inconstante como su madre, le había insinuado tantas veces que acabaría como ella, internada en una selecta clínica de desintoxicación y casa de reposo, que la

noticia de la ruptura de su compromiso no había hecho más que reforzar aquella opinión.

Los dos hombres surgieron de detrás de unos pinos. Al principio no les prestó atención, pensando que no serían más que turistas distrayéndose en la playa. Estaban cerca, demasiado cerca, antes de que llegara a tomar conciencia del peligro.

El individuo al que posteriormente apodaría Orejas la derribó. Espinillas, por su parte, le dio un fuerte golpe que la dejó aturdida. Antes de que pudiera recuperarse, estaba tumbada boca abajo, con la nariz pegada a la arena, mientras sus captores le ataban las muñecas a la espalda. Todavía tenía arena en la boca cuando la levantaron del suelo. Acto seguido la obligaron a caminar hasta la furgoneta robada. Aquel corto trayecto con una pistola en la sien se le hizo eterno. El más largo de su vida.

El ruido de la puerta la devolvió a la realidad. Tory giró la cabeza a tiempo de ver a Roan entrar de nuevo. Lo seguía un hombre mayor con una bata blanca y aspecto de médico.

-Muy bien, Donna -dijo el hombre, sonriendo-. ¿Cómo se encuentra? ¿Siente muchos dolores?

Tory negó con la cabeza. Humedeciéndose los labios, preguntó a su vez:

- ¿Donna?

-Ése es su nombre. ¿verdad? Es el que llevaba en la cadena que le retiramos del tobillo -el médico intercambió una rápida mirada con Roan antes de servirle un vaso de agua.

«La tobillera», pensó Tory mientras bebía unos sorbos. Era un regalo de su madre, uno de los pocos que poseía un gran valor sentimental. Una cadena muy cara con el nombre con que sus padres solían llamarla cuando era pequeña. Un apócope del nombre más largo, Pequeña Madonna, utilizado por los criados de su abuelo italiano cuando ella lo visitaba de niña. Su abuelo había sido un príncipe, título que heredaría su padre antes de fallecer en un accidente de avión, lo que la convertía a ella en una princesa según los códigos de la nobleza europea. El título no tenía ninguna relevancia en la Italia actual, pero a Harrell le gustaba presentarla así, para embarazo de Tory. -¿Y bien, querida?

El médico seguía esperando su respuesta, y Roan también. Intentando ganar tiempo, Tory replicó: -Supongo que sabrá que no es políticamente muy correcto llamar a sus pacientes «querida» o «cariño».

-Tiene razón. Me lo han dicho muchas veces, pero desagraciadamente es un hábito que me cuesta abandonar -sonrió-. Me lo consienten dada mi condición de médico prejubilado.

-Tampoco le gustó cuando anoche yo la llamé «cariño» -intervino Roan.

Tory no pudo evitar ruborizarse.

-¿Prejubilado, ha dicho? ¿Entonces no fue usted quien me operó anoche'?

-No, fue Simon Hargrove, un gran cirujano. Yo soy el doctor Watkins y vengo aquí a echar una mano de vez en cuando. Roan tenía que hablar con usted y yo me he ofrecido a acompañarlo.

-¿Y si no tengo nada que decirle? --se dirigió Tory directamente al sheriff.

-Quizá el doctor y yo encontremos alguna manera de convencerla.

Tiempo: eso era lo que necesitaba. Tiempo para pensar lo que iba a decirles. Si el sheriff Benedict no se creía que había sido secuestrada, era muy probable que Paul Vandergraff tuviera sus dudas. Su padrastro se mostraría aún más incrédulo cuando le dijera que el hombre que andaba detrás de ella no era otro que Harrell Melanka. Y si ni siquiera él creía en ni palabra... ¿quién lo haría?

Fuera cual fuera la acusación que orquestara el sheriff contra ella, estaba segura de que Paul la desmontaría a su debido tiempo. Su principal preocupación era lo que sucediera después. Su padrastro podría encargarse a Harrell que la recogiera y la llevara de vuelta a casa, dado que desde el primer momento había desaprobado la ruptura de su compromiso. Durante el trayecto no tendría la menor dificultad en Mentar deshacerse nuevamente de ella. Y quizá en esa ocasión sí que tuviera suerte, dado que todavía ,le hallaría demasiado debilitada para impedirlo.

Paul Vandergraff no sabía ni que la habían secuestrado ni dónde se encontraba en aquel momento. Aunque vivían en la misma casa cuando recalaba en Sanibel, sus caminos rara vez coincidían. Si descubría su ausencia, probablemente pensaría que se había ido unos días de viaje, como tenía por costumbre: que había volado a Antibes o a la Costa del Sol que se había ido a navegar con sus amigos por el Caribe. No esperaba una llamada suya hasta pasada una semana, o incluso dos.

Eso significaba que no le quedaba mucho tiempo, así que tenía que aprovecharlo. El plan que estaba empezando a tomar forma en su cerebro era sencillo. Aquellos escasos días que pasara recuperándose podían resultar cruciales. Bajó la mirada y se concentró en alisar la sábana con su mano libre, fingiendo un gesto nervioso. Poco le costó forzar unas lágrimas.

-¿Y si... y si les dijera que ese nombre que ustedes me han dado... Donna... no me resulta familiar? ¿Y si les dijera que no sé quién soy?

El sheriff se quedó callado por unos segundos antes de preguntarle:

-¿Es eso lo que nos está diciendo?

-Recuerdo que me dispararon -explicó sin alzar la mirada de la sábana-. Antes de eso, recuerdo muy pocas cosas, excepto el accidente y mis esperanzas de utilizarlo para librarme de esos canallas que me habían secuestrado. Y recuerdo también que usted me abrazó... -se encogió de hombros.

-Diablos, Roan, ¿se puede saber qué es lo que le hiciste a esta chica? -inquirió el doctor Watkins con tono escandalizado.

-Nada -se apresuró a responder-. Al menos nada que no fuera absolutamente necesario y perfectamente inocente.

Tory se dijo que había dado en el blanco.

-Bueno, eso es lo que dicen todos-murmuró, fingiendo una expresión triste.

-Eso es lo que me dijo usted también, si no recuerdo mal- observó Roan mientras se acercaba a la cama. -No la creía entonces y no la creo ahora. No sé lo que está

tramando, pero no se saldrá con la suya.

-No intimides a mi paciente, hijo - le recriminó el doctor Watkins. -Lo último que necesita esta joven ahora mismo es que la presiones de esa manera.

Roan le lanzó una mirada impaciente:

-Yo no la estoy intimidando ni presionando. Al menos por el momento. Pero si usted cree que puede hacerlo mejor, adelante.

Volviéndose hacia Tory, el médico le dio unas palmaditas en su mano sana.

-Escuche, cariño, Roan se toma su trabajo con tanta responsabilidad como seriedad. Necesita de una pequeña colaboración por su parte. Le debe eso al menos, ¿no le parece? Quiero decir que él se detuvo a atenderla cuando habría podido salir detrás de aquellos delincuentes. Y lo que es más: un buen porcentaje de la sangre que ahora mismo está corriendo por sus venas es de Roan. Esta misma mañana se ofreció para hacerle una transfusión. ¿Qué me dice de eso?

-¿Él donó sangre para mí? -Tory no pudo disimular su sorpresa.

-Los dos son donantes universales, O positivo. Pero ya sabe que sólo pueden recibir sangre de su mismo tipo sanguíneo. El hospital andaba corto de reservas y Roan se ofreció a ayudarnos.

-¿No sería quizá porque se sentía un poco culpable? -sugirió, mirando de reojo al sheriff, y vio que éste se ruborizaba levemente. Ignoraba si era de furia o de vergüenza por haber sido sorprendido haciendo una buena obra.

Fue el doctor Watkins quien respondió a su pregunta:

-Oh, puede que se sintiera un poco responsable, pero nada más. Roan es un donante habitual. Si se lo he mencionado ha sido con la intención de convencerla. Si pudiera usted aportar alguna pista para localizar a esos dos tipos, nos sería de gran ayuda a todos. Estoy seguro de que el problema en que se ha metido tiene solución, pero tiene usted que darnos una oportunidad. No podremos ayudarla si no confía en nosotros.

Tory se sintió tentada: era una petición tan razonable como sincera. Pero Tory no era una mujer que confiara fácilmente en la gente. Y con mayor motivo en sus circunstancias actuales.

Harrell la buscaría tan pronto como sus sicarios lo informaran de que la habían perdido. Su encantador prometido había encargado su secuestro, posiblemente incluso su muerte, porque Tory había descubierto que había falsificado su firma en ciertos documentos legales. Cuando ella le afeó su conducta, él se limitó a comentarle que no había creído que te importara: que, después de todo, ya casi eran marido y mujer. Y que se trataba de un jugoso contrato, la mayor oportunidad de su vida: que había tenido que moverse con rapidez porque se las estaba viendo con gente muy importante.

Aquellos hombres querían una rápida inyección de capital y Harrell había hecho un trato con ellos. El capital solicitado había de ser en efectivo, y para ello había recurrido al aval de su herencia familiar. Le había asegurado que no era más que una garantía, que a ella no la obligaría a nada, además de que el contrato les proporcionaría

incontables beneficios a ambos.

Tory se había negado a validar esa firma: incluso le había amenazado con informar a su padrastro. Acto seguido, furiosa, le había devuelto el anillo de compromiso. Poco después de aquello, había ocurrido su secuestro. No se necesitaba ser un sabio para relacionar causa y efecto. Al fin y al cabo, un cadáver no podía impugnar ninguna firma.

Que confiara en ellos, le había pedido el doctor Watkins. Tory había confiado en el sheriff mientras la estuvo atendiendo en la carretera, pero aquello había sido un gesto meramente puntual, anecdótico. En realidad no le quedaba nadie en quién confiar. -¿Donna, cariño?

Se obligó a mirar al médico a los ojos. Le resultaba duro mentirle, pero tenía que hacerlo.

-Seré Donna, si es eso lo que quieren, pero no recuerdo nada aparte de lo que ya les he dicho. Por favor, créanme.

El doctor Watkins suspiró, palmeándole de nuevo la mano.

-Está bien, no se preocupe. Entre la herida de bala y el golpe que recibió en la cabeza, es normal que está aturdida. Ya verá cómo todo terminará arreglándose. Se recuperará muy pronto.

-Eso... eso espero -repuso ella con un nudo en la garganta. No estaba acostumbrada a que utilizaran ese tono compasivo con ella.

-Doc -Roan Benedict se dirigió al médico con un tono de advertencia.

Ambos intercambiaron una larga mirada antes de que Watkins se volviera nuevamente hacia ella. -Está bien. Creo que Roan desea hacerle algunas preguntas más. Sé que probablemente no tenga muchas ganas de escucharlo, pero no se ha movido de aquí desde que la trajo anoche, así que le ruego que haga un esfuerzo.

¿Cómo podía negarse sin parecer desagradecida y despertar al mismo tiempo sus sospechas, como si tuviera algo que esconder? Muy a su pesar, asintió con la cabeza.

-Buena chica -el médico se volvió hacia la puerta-. Les dejo solos, entonces.

-¿Se marcha? -la idea de quedarse a solas con el sheriff le revolvió el estómago.

-No se preocupe. Roan ladra más que muerde. No será demasiado duro con usted.

El doctor Watkins miró al sheriff con expresión severa. Si Roan se mostró afectado por aquella mirada, no dio ninguna señal al respecto. Esperó a que el médico se marchara antes de recoger el maletín de plástico negro que había dejado en el suelo. Mientras lo colocaba sobre la cama, comentó:

-Lo que principalmente necesito es información sobre sus amigos.

-¿Mis amigos? -Tory arqueó una ceja con gesto irónico.

-Los tipos que iban en la furgoneta con usted. -Espinillas y Orejas.

-¿Cómo'?

-Los nombres que les puse yo, ya que nadie me presentó formalmente.

Roan soltó un suspiro y alzó la mirada al techo como haciendo acopio de paciencia.

-Así que otra vez estamos con lo mismo...

-Desde luego. Hasta que me crea.

-¿No recuerda su nombre pero sí recuerda que la secuestraron?

Tory se limitó a encogerse de hombros.

-Saldrá mucho mejor librada de todo esto si se aviene a colaborar conmigo. Y esos tipos también. -¿Está insinuando que tiene alguna pista sobre ellos?

-Localizamos la furgoneta, que por cierto fue robada en Miami, aunque nadie se molestó en denunciarlo. Su Espinillas y su Orejas la abandonaron en un aparcamiento de las afueras del pueblo. El aparcamiento pertenece a un servicio de enlace con los barcos-casino del Misisipí en Natchez. Un maderero local volvió de allí y se encontró con la vieja furgoneta aparcada en el mismo lugar donde la víspera había dejado su camioneta nueva.

-¿De veras?

-Si el propietario de esa camioneta encuentra a esos dos antes que nosotros, lo pasarán peor que mal. Y ya no tendremos que preocuparnos de ellos.

-Ya. El típico macho prepotente y violento, ¿no?

-O el típico ciudadano que defiende lo suyo. -¿Y usted lo aprueba? Me sorprende esa actitud en un servidor de la ley.

-Yo no he dicho que lo aprobara -sonrió él con gesto adusto-. Simplemente comprendo su actitud. Tory se estremeció involuntariamente a causa de algo que vio en su rostro.

-Ya, bueno... -desvió la mirada-... pero la verdad, no sé qué puede tener que ver eso conmigo.

Roan se la quedó mirando durante un buen rato. Finalmente se pasó una mano por su pelo castaño vetado de rubio y asintió lentamente con la cabeza.

-Muy bien. Supongamos que usted fue secuestrada...

-¿Quiere decir que me cree.

-Sólo es una suposición. La camioneta fue robada en Florida. ¿Es allí donde vive usted?

No podía admitir aquello. Si su padrastro se decidía a denunciar su desaparición al cabo de unos días, el sheriff sería de los primeros en enterarse.

-No lo sé.

-¿Cuándo la secuestraron?

-No estoy segura. Quizá hace tres o cuatro días. -Eso es mucho tiempo. ¿Dónde la tuvieron retenida?

-En ningún lugar en particular. Yo, al menos, lo único que recuerdo es la furgoneta.

-El médico que la examinó dice que no encontró señal alguna de violencia sexual en su cuerpo. -Tanto peor para su teoría de las prácticas masoquistas -replicó, alzando una muñeca vendada a modo de recordatorio de la conversación del día anterior.

-No era por eso por lo que se lo preguntaba. -Ah, ¿no era por simple curiosidad?

-Es mi trabajo -declaró, enfático-. El hecho de que no sufriera ningún tipo de violencia sexual podría ser importante, especialmente ahora, dada su pérdida de

memoria.

-¿No podría ser un poco más explícito? -Pocas víctimas de secuestro sin respetadas.

Eso significa que a esos tipos les convenía que no sufriera ningún daño: su valor estribaba precisamente en ese hecho. O tal vez los tres estaban conchabados para montar una farsa y sacarle a alguien una buena cantidad de dinero.

-¡Yo no tengo ninguna necesidad de sacarle dinero a nadie! -lo fulminó con la mirada.

-De modo que de eso sí que se acuerda, ¿eh? -sonrió con expresión sardónica.

Había hablado demasiado, y lo sabía. En lo sucesivo tendría que llevar más cuidado.

-No lo sé. Ha sido un pensamiento reflejo. -Ya. ¿Qué rescate pedían por usted? -No tengo ni idea.

-¿Pero presentaron alguna exigencia de algún tipo?

Las llamadas telefónicas se habían hecho de madrugada, habitualmente desde la cabina de algún aparcamiento. Pese a ello, Tory estaba casi segura de que pedir rescate nunca había llegado a formar parte del plan.

-No lo sé. Todo es tan... confuso...

-¿Con quién habrían podido contactar? Alguien con dinero, claro. ¿Pero quién? -ante su silencio, el sheriff añadió con tono exasperado-: No me responda, ya lo sé: usted no sabe nada. Usted no tiene la menor idea de quién podría ser la persona que estuviera dispuesta a pagar por su vida unos cuantos cientos de miles de dólares, o quizá más.

-Lo siento -el temblor de su voz era genuino. Parecía tan sinceramente preocupado por ella...

-Ya, claro.

El cansancio de su tono la conmovió de una manera especial, más que nada de lo que le hubiera dicho hasta aquel momento. Lo miró detenidamente: el agotamiento resultaba obvio en su rostro y las arrugas de su uniforme evidenciaban que había dormido con él puesto. El doctor Watkins le había dicho que se había pasado toda la noche en el hospital y ya era casi mediodía. ¿Se habría quedado cerca de ella durante todo el tiempo que había estado dormida? Además, llevaba en sus venas parte de su sangre y eso le producía una sensación extraña, como si compartieran un íntimo vínculo. Para sobreponerse a aquella punzada de emoción, replicó:

-Habría podido serle de mayor ayuda si no me hubiera hecho un agujero en el hombro.

Roan soltó un profundo suspiro. La mirada que le lanzó estaba cargada de furia y de algo más que no pudo identificar. Transcurrieron unos segundos de silencio.

-De acuerdo -alzó las manos-, lamento haberle disparado. No sabía que era una mujer. No fui consciente de lo que había hecho hasta que la vi tendida en el suelo, herida, sangrando, toda llena de golpes y arañazos. E incluso entonces parecía tan...

Se interrumpió a mitad de frase y le dio la espalda.

-¿Tan qué? - le preguntó ella con voz ronca, mirándolo fijamente.

- Nada- cuadró los hombros, pero no se volvió.

Tory levantó su mano sana para tocarse los arañazos del cuello y de la mandíbula. Con todos aquellos arañazos, más el golpe en la frente y los largos días que había pasado encerrada en la camioneta sin lavarse ni peinarse, debía de tener un aspecto horrible, como el de una agonizante, una moribunda. Pero la verdad era que todo habría podido terminar mucho peor.

-Está perdonado -repuso irónica-. Supongo. Esa vez fue Tory quien lo sorprendió, o al menos eso le pareció a ella. Porque cuando se volvió se la quedó mirando con expresión pensativa, como si estuviera cambiando de opinión sobre su persona. -Tuvo usted muchísima suerte. Habría podido matarla. Lo habría hecho si la iluminación hubiera sido mejor o si se hubiera movido unos pocos centímetros.

-Ya me lo imagino.

-Me alegro de no haberlo hecho.

Tory se lo quedó mirando a su vez fijamente, extrañada. Que aquel hombre se hubiera disculpado y hubiera asumido su responsabilidad por lo que le había hecho representaba una importante concesión. ¿Habría sido consecuencia de un código personal de conducta? ¿O quizá se trataba de un resabio de la antigua mentalidad de caballero sureño que había sobrevivido en aquella remota región de Luisiana?

Fuera como fuese, necesitaba aprovecharse de aquel momentáneo remordimiento. Su propia supervivencia estaba en juego. Muy a su pesar, simuló en jugarse una lágrima en un gesto que sabía que no pasaría desapercibido.

-Estaba tan contenta de haber podido escapar de aquellos tipos... -fingió una voz ronca de emoción-. Creía que estaba libre. Por eso, cuando recibí el disparo... bueno, fue un verdadero shock. -No lo dudo.

-Ciertamente estaba muy oscuro. Es normal que usted pensara que yo era uno de los delincuentes. No lo culpo por ello.

-Me alegro de oír eso -Roan entrecerró levemente los ojos-. Sobre todo teniendo en cuenta que hay algo que necesito que haga por mí.

-¿Oh?

-No es nada importante. De hecho, no le dolerá nada -señaló el maletín negro que había dejado antes sobre la cama.

-Creo que no lo comprendo.

-Disculpe, pero creí que reconocería el equipo. Es un equipo básico de identificación. Ya sabe, las huellas dactilares...

Capítulo 3

-Yo no soy una delincuente -replicó Tory, cerrando los puños.

-A la gente se le puede identificar por muchas razones que no tienen por qué tener que ver con el delito -le aseguró Roan mientras preparaba su equipo. Si procesamos sus huellas por ordenador y los comparamos con nuestra base de datos de delincuentes fichados, ya no tendremos que hacer más investigaciones. Merece la pena intentarlo.

Parecía tan razonable, tan equilibrado... Era irritante.

-Pero los ordenadores cometen errores.

-Si no ha cometido ningún delito, no tiene nada de qué preocuparse.

-Ya, claro -se dijo que la estaba manipulando descaradamente-. Estoy detenida, ¿verdad?

-Yo no lo llamaría así.

-Y supongo que si sé ha quedado aquí toda la noche ha sido para vigilarme, ¿cierto? Para evitar que me escapara.

-Era una posibilidad ciertamente improbable - repuso, sonriendo.

Pero no había negado la acusación. Lo que significaba que, hasta ese momento, sólo había estado haciendo su trabajo.

-No ha respondido a mis preguntas. Roan dejó bruscamente de sonreír:

-Por el momento usted figura simplemente como «Donna» en mis archivos, y está bajo custodia. Será acusada o no en función de lo que averigüemos sobre su supuesto secuestro.

«Supuesto secuestro», pronunció Tory para sus adentros. Nada de lo que había dicho hasta el momento había logrado convencerlo. La única manera de evitar enredarse con la justicia era aceptar colaborar con él. ¿Pero cómo?

Por un instante, se permitió imaginarse contándole todo a Roan Benedict... sólo por el placer de ver su cara cuando un ejército de abogados aterrizara en aquel pueblucho para llevársela en un avión privado. Pero su prometido se presentaría con ellos, cargado de ramos de flores y de homicidas intenciones. No, no podía arriesgarse a algo así. Todavía no.

Sin embargo, cabía otra posibilidad. Podía explicárselo todo a Roan Benedict y ponerse a continuación en sus manos, a la espera de que se apiadara de ella. ¿Pero y eso no ocurría? No: su primer plan era el mejor. Necesitaba tiempo para recuperarse en Turn-Coupe bajo la seguridad que pudiera proporcionarle el sheriff. En una semana, cuando fuera capaz de valerse por sí sola, acabaría por recuperar convenientemente la memoria. Seguro que podría esperar hasta entonces.

-¿Y bien? -le preguntó Roan, disimulando su impaciencia-. ¿Le tomo las huellas por las buenas o por las malas?

-Está bien. Como quiera.

El sheriff asintió en silencio mientras le acercaba el equipo. Al menos no se había regodeado en su triunfo. Cuando le tomó la muñeca de su mano sana, el calor que le provocó su contacto la dejó sobrecogida. Por un instante se resistió, pero terminó rindiéndose cuando le cubrió la mano con la suya dejándole libre el dedo índice.

-Así, muy bien. No intente ayudarme: deje por favor la mano muerta.

Le gustó la sensación. Su contacto era firme, pero a la vez delicado. En el momento en que sus muñecas se juntaron, creyó sentir el latido de su pulso y se preguntó si él sentiría el suyo.

Le estaba colocando el dedo en el cuadrado de tinta cuando le rozó la curva de un seno con el codo. Tory localizó la mirada en su musculoso brazo cubierto por un fino vello rubio. Una oleada febril la barrió por dentro, haciéndola ruborizarse. Se removió levemente en el colchón.

-¿Se encuentra bien? -inquirió Roan, mirándola.

-Yo... me está empezando a doler la cabeza otra vez.

-Sólo será un momento. Por cierto... es curioso que recuerde los apodos que les puso a esos tipos... y no recuerde su propio nombre.

-El cerebro es así de impredecible, supongo. -Espinillas era uno de ellos, ¿no? Supongo que ése era su rasgo más destacado.

Tory asintió.

-Y el otro tenía las orejas grandes. Era quien conducía, así que la mayor parte del tiempo sólo podía verle la nuca.

El hecho de haberles dado esos apodos, sólo ahora se daba cuenta de ello, había sido una manera de combatir el miedo que le inspiraban. En un primer momento se habían puesto a discutir sobre lo que harían con ella, como si fuera una cosa y no una persona. Orejas había propuesto comprar una sierra mecánica y cortarla en pedazos, tal y como había visto hacer en alguna horripilante película. Pero Espinillas, el cerebro del equipo, había tenido otros planes.

-¿Nunca se llamaban entre sí por sus nombres? -le preguntó Roan Benedict.

Tory vaciló. No le gustaba la idea de que aquellos dos tipos estuvieran sueltos, incluso aunque eso sirviera para proteger su secreto.

-Me parece recordar que Orejas llamó a Espinillas Chris en una ocasión, pero es todo tan...

-Confuso. Lo sé -la interrumpió, irónico.-Espinillas era el culturista y Orejas el larguirucho, ¿verdad?

Tory se lo quedó mirando sorprendida hasta que recordó algo.

-La videocámara, ¿verdad?

-Sí. Ambos hombres fueron grabados. Espinillas era muy musculoso, carne de gimnasio, de ésos que se inyectan hormonas. El acné podría ser un síntoma.

-Es cierto.

-Quizá tenga el hábito de inyectarse hormonas durante los entrenamientos. Pero lo que más me choca de todo es por qué la dejaron escapar... eso si seguimos suponiendo que la secuestraron, claro. Usted era su billete de la fortuna. Lo último que habrían querido era perderla.

Tory le lanzó una agria mirada.

-Ellos no me «perdieron». Me las arreglé para arrebatarme la pistola. Espinillas quería utilizarme como escudo. Por eso me desató y me levantó del suelo de la

furgoneta, poco después de que usted apareciera.

-¿Recuerda todo eso? -inquirió Roan con tono suave, fulminándola con su mirada gris acero.

-Ya le he dicho que recuerdo bastante bien el momento anterior a mi caída. Creo... estoy casi segura de que me golpeé en la frente mientras estuve forcejeando con Espinillas.

El sheriff terminó de tomarle las huellas y le limpió los dedos con una toallita empapada en alcohol, para concentrarse a continuación en su otra mano.

-¿Tiene alguna idea de adónde se dirigían esos dos?

-La verdad es que no. Huían de Florida, supongo.

-¿No cree que su destino final fuera Turn-Coupe?

-Lo que no me imagino es el motivo.

-No es un mal lugar donde refugiarse durante una emergencia. Sobre todo si tuvieran familia aquí. -¿Es posible? -inquirió, extrañada-. Quiero decir que... ¿está usted especulando o acaso sabe algo?

-No es más que una corazonada. La carretera que atraviesa este pueblo no es precisamente una interestatal, ni siquiera una vía principal. Tiene que haber alguna razón para que la trajeran precisamente aquí.

-Pero eso querría decir que...

-Exacto. Que es posible que sigan por aquí cerca, en alguna parte. Por supuesto, tal vez tuvieran otro objetivo para venir a Turn-Coupe.

-¿Como cuál?

-Estamos en proceso de convocar un plebiscito para que los residentes se pronuncien a favor o en contra de la instalación de un barco-casino en el lago Horseshoe. Por supuesto, es un poco temprano para atraer a esa clase de delincuentes.

-Entiendo lo que quiere decir.

Sin soltarle la mano izquierda, le tomó la derecha mientras le instruía:

-Ahora los dos pulgares a la vez.

Era un movimiento que le costaba hacer tumbada de espaldas, al menos sin experimentar dolor. Al ver sus apuros, el sheriff la sostuvo por el hombro sano mientras le guiaba la otra mano para completar la huella.

Aquel semi-abrazo fue tan impersonal como insoportablemente cercano. Parecía envolverla con su fuerza. Su aliento le acariciaba la frente. El calor de su cuerpo era un poderoso recordatorio de lo ocurrido la noche anterior. En un esfuerzo por disimular sus reacciones, le preguntó:

-¿Ha vivido aquí siempre?

-Sí: aquí mismo -respondió Roan, sonriendo levemente-. Y mi padre antes que yo, y mi abuelo. Así hasta siete y ocho generaciones.

-Así que tiene familia en Turn-Coupe. Pero esposa no, ¿verdad?

-¿Qué le hace pensar eso? -le preguntó él al cabo de un momento.

Algo en su expresión la dejó sorprendida, pero lo disimuló haciendo una broma:

-No lleva alianza. Además, usted parece casado con su trabajo.

-No tanto. Pero sí que tengo vida familiar. -¿Es por eso por lo que sigue aquí? ¿Por su familia? -no pudo disimular la sorpresa de su voz. Cuando la sostuvo en sus brazos, lo último que se le habría ocurrido pensar era que estaba casado.

-Lo de vivir en una población tan pequeña como ésta es algo que se lleva en la sangre -volvió a apoyarla delicadamente sobre la almohada y le limpió de tinta los pulgares-. Hay mucha tranquilidad. Los placeres puede que sean pequeños y sencillos, pero son reales: largos paseos por avenidas llenas de árboles, tardes veraniegas escuchando los grillos y las palomas, o tumbado en el césped viendo salir la luna.

Inevitablemente aquello le recordó a Tory los veranos que solía pasar con sus abuelos en su pueblecito italiano. Habían vivido sencillamente, apegados a la

tierra, ajenos a su aristocrático título. Los días que había pasado allí habían sido idílicos: despertarse al amanecer, dormir la siesta en las tardes de verano, cuidar el jardín del palacete, escuchar las cálidas voces de sus abuelos en las apagadas conversaciones del crepúsculo... se había nutrido de aquellos recuerdos durante los largos y fríos inviernos de Nueva Inglaterra, los había evocado incluso en Sanibel, adonde se trasladaba buscando el buen tiempo. Tenía la sensación de que, desde entonces, había transcurrido toda una eternidad.

En aquel entonces, Tory había ansiado quedarse en aquel pueblecito para siempre. Y en el altar de la antigua iglesia había rezado para que su madre no volviera a buscarla. Siempre había albergado la esperanza de que un verano ya no tendría que regresar para tener que lucirse en sociedad delante de los amigos de su madre, o para enterarse de sus vergonzantes secretos, o para verse entregada al cuidado de institutrices y niñeras mientras su madre salía con hombres a los que ella despreciaba.

Pero su madre siempre volvía a buscarla, inevitablemente. Así fue al menos hasta que tomó por marido a Paul Vandergraff, el cuarto, el que menos gustó a Tory de todos. Poco después se acabaron los veranos en Italia. Cuando pensaba en ello, la asaltaba una nostalgia casi insoportable.

El sheriff estudió su expresión por un instante antes de recoger su equipo de huellas.

-Tengo que irme, pero volveré después -le dijo, calándose su sombrero Stetson.
-Tendré a un agente apostado en la puerta.

-Me doy por advertida, gracias -repuso ella con tono irónico.

-Estará aquí para vigilarla, pero también para protegerla. Nadie estará autorizado a entrar a excepción del médico, de la enfermera de guardia y de las personas que yo designe.

-Entendido -se dijo que no era una perspectiva muy atractiva, atada como estaba a una cama. Durante unos segundos interminables, Roan no apartó la mirada de sus ojos, como si quisiera decirle algo más. Hasta que finalmente se limitó a asentir con la cabeza.

-Muy bien. Que pase una buena noche, entonces.

Lo observó hasta que abandonó la habitación y se quedó luego mirando al techo. Le entraron ganas de llamarlo para que volviera a entrar. Lo que había hecho, fingirse

amnésica, era una arriesgada jugada que podía salirle muy cara.

Resultaba irónico que lo primero que Roan Benedict le hubiera pedido fueran sus huellas dactilares. Si había descubierto la falsificación que Harrell había hecho de su firma había sido por culpa de una notificación rutinaria, en la que le comunicaron que faltaban sus huellas en documentos relacionados con el misterioso contrato que había tramitado. Acto seguido se había puesto en contacto con la institución en cuestión, que le había informado con detalle de la inversión que supuestamente estaba realizando.

Fue entonces cuando se encaró con Harrell. Ahora se daba cuenta de que, en lugar de ello, habría debido acudir a su abogado. Si lo hubiera hecho, pensó cerrando los ojos, las cosas habrían sido tan diferentes...

Roan descolgó el teléfono a la primera llamada. Miró el reloj despertador de la mesilla: eran las dos de la madrugada. Las llamadas intempestivas nunca presagiaban nada bueno.

-Aquí Cal, señor. -¿Qué ha pasado?

-Un incidente en el hospital -explicó el agente que estaba de guardia-. Dos hombres lograron introducirse en la habitación. Creemos que eran los mismos que asaltaron la tienda de Betty.

Con un nudo atenazándole la garganta, Roan se levantó rápidamente de la cama y se puso el pantalón.

-¿Cuándo?

-Hace veinte minutos, señor. Amordazaron a la detenida e intentaron levantarla de la cama. Lo habrían conseguido si ella no se las hubiera arreglado para pulsar un botón y llamar a la enfermera.

-¿Algún herido?

-Allen tiene lesiones menores de resultas del enfrentamiento que mantuvo con uno de esos tipos. Hubo tiros, pero nadie resultó herido.

No era eso precisamente lo que había querido saber Roan.

-¿Y la detenida?

-A salvo. No ha sufrido ningún daño... a excepción de otro golpe en la cabeza.

El alivio que experimentó fue tan inmenso que por un instante se sintió mareado. Si Donna o alguien más hubiera resultado herido de gravedad, la culpa habría sido suya. Desde el principio había sospechado que Espinillas y Orejas volverían. Debería haber apostado más guardias, dentro y fuera de la habitación.

-¿Dónde tuvo lugar el tiroteo?

-En la puerta del hospital. Esos tipos dispararon varias veces mientras huían hacia su vehículo. Algunos cristales rotos, pero nada más. Se marcharon en la misma camioneta roja que fue robada del aparcamiento.

-¿Alguien salió detrás de ellos?

-No, Allen se quedó con la sospechosa. Informó de lo ocurrido a las demás unidades, pero no recibió respuesta.

Roan frunció el ceño mientras sujetaba el auricular con la barbilla para

abrocharse el pantalón y ponerse la camisa. Era una estupidez robar un vehículo y luego pasearlo por una pequeña población donde pudiera ser fácilmente reconocido. Al parecer no se estaban enfrentando con delincuentes demasiado sofisticados. Aunque, por otro lado, Espinillas y Orejas habían conseguido escapar por segunda vez. Aquello no pintaba nada bien.

-Estaré allí en quince minutos.

-No es necesario, señor. El problema está bajo control. No queda nada que hacer excepto rellenar el informe. Sólo le he llamado para alertarlo de la situación.

-Aprecio tu interés por mis horas de sueño, Cal, pero quiero echar un vistazo personalmente -murmuró Roan-. ¿Has puesto algún guardia de refuerzo?

-No lo vi necesario para garantizar la seguridad de nuestra detenida, señor. Allen y yo seguimos aquí.

-Yo sí que lo veo necesario, Cal. Pide refuerzos y permanece alerta hasta que lleguen.

Colgó el teléfono y terminó de vestirse. Su reloj de pulsera y su estrella descansaban sobre la mesilla. Durante la mayor parte de su vida adulta había llevado aquella estrella, que entrañaba una enorme responsabilidad: muchas de las decisiones que tenía que tomar eran a vida o muerte. Aun así, rara vez dedicaba tanto tiempo a sopesar sus opciones como lo estaba haciendo con el caso de la misteriosa Donna.

Toda ella era un enigma. Para empezar... ¿de dónde había salido? Tenía que reconocer que estaba obsesionado. ¿Quién podía ser? ¿Alguna niña rica implicada en una farsa de secuestro o una chica de buena familia que sabía algo que no debía? En cualquier caso, estaba seguro de una cosa: tenía que descubrir su identidad antes de que fuera demasiado tarde. Porque desaparecería en el instante en que recuperara la memoria... o viera descubierto su juego. Exigiría un abogado y pagaría la fianza que hiciera falta con tal de poder largarse.

O quizá no, si él tomaba la decisión de retenerla. El caso pasaría entonces al juzgarlo (le distrito, dirigido por el juez «Chato» Miller, primo de la rama materna de su familia. Por el momento, la situación se asemejaba terriblemente a lo ocurrido con la heredera de los Hearst durante la década de los setenta. Patty Hearst fue secuestrada a punta de pistola. Después aseguró que la habían violado y amenazado de muerte para que participara en varios delitos de los terroristas que la capturaron, pero un jurado decidió lo contrario. Uno de los motivos aducidos fue que Hearst no sólo había grabado mensajes de propaganda política para su emisión pública, sino que una cámara de videovigilancia la sorprendió con un rifle en las manos. En la decisión judicial también tuvo que ver el hecho de que Hearst no pudo aportar ninguna explicación coherente que justificara el hecho de que hubiera abrazado las tesis políticas de sus secuestradores. Pero si Roan no recordaba mal, había habido otro factor en juego. Al parecer, su mayor delito había consistido en tener una familia aristocrática que había utilizado su inmensa fortuna para intentar librarla de la cárcel. La joven había depositado sus esperanzas en un sistema judicial que había acabado volviéndose contra ella. Su caso se parecía demasiado al de la misteriosa Donna.

Suspirando, se prendió la estrella en el pecho. Lo estaba haciendo de nuevo: aferrarse a cualquier explicación que pudiera reforzar la versión de la propia Donna sobre su supuesto secuestro. Quería creer en ella. Ése era su problema.

Había cotejado sus huellas y no había descubierto nada. Había comparado las imágenes grabadas de la cámara con otras de archivo sin conseguir ningún resultado. Se había puesto en contacto con la policía de tráfico de la autopista de Florida y con la del condado donde había sido robada la vieja furgoneta.

Todo en vano. Incluso había recurrido al FBI, pero ninguna de sus denuncias de secuestro encajaba con el perfil de Donna.

En cualquier caso, Donna, si acaso realmente se llamaba así, le estaba escondiendo algo: estaba seguro de ello. Le había sonsacado cierta información, pero nada concreto y preciso que pudiera ayudarlo a localizar a los otros dos hombres. Y Roan quería respuestas, como por ejemplo una explicación de por qué aquellos tipos parecían tan decididos a recuperar el contacto con la chica que incluso se habían arriesgado a entrar en el hospital. Ésa era la primera pregunta de su agenda tan pronto como volviera a verla.

Antes de salir de casa, echó un vistazo a Jake. Nada, ni siquiera el timbre del teléfono, había turbado su profundo sueño de adolescente. Le dejó una nota en la mesa de la cocina en caso de que no estuviera de vuelta para cuando se despertara. El viejo Beauregard, tumbado cerca de la escalera exterior, alzó su enorme cabeza de mastín y pareció mirarlo con expresión interrogante. Roan se agachó para acariciarlo y bajó rápidamente la escalera exterior.

Con un pie ya en el coche patrulla, se palpó el bolsillo de la camisa para asegurarse de que llevaba su móvil y se volvió hacia la casa, cuya silueta se alzaba recortada contra la luz, era la luna. Dog Trot, que así se llamaba la mansión, había sido diseñada a mediados del siglo diecinueve con un curioso

estilo ecléctico, mezcla de georgiano y colonial. De dos pisos y buhardilla, con una entrada para carruajes que atravesaba toda la planta baja y acogedores porches por los cuatro lados, había acogido a los Benedict desde tiempo inmemorial.

Varios familiares suyos se habían escandalizado de que algunas noches tuviera que dejar solo a Jake durmiendo allí, cuando recibía alguna llamada de urgencia. A él tampoco le gustaba, pero tampoco tenía otra opción toda vez que su padre, que había vivido con ellos durante los primeros años, se hallaba de viaje, ocupado con sus propios asuntos. A Jake no le agradaba la perspectiva de que tuvieran que sacarlo de la cama para llevarlo a casa de algún vecino, además de que no tenía miedo a quedarse solo. Por otro lado, Dog Trot era probablemente el lugar más seguro de toda la población, mucho más que el hospital. Poca gente se habría atrevido a allanar la propiedad privada del sheriff y arrastrar luego las consecuencias.

No tardó en llegar al hospital. Lo primero que vio fueron los cristales de la puerta de Urgencias desparramados por el suelo. Dos auxiliares sanitarios lo saludaron nada más verlo. No se entretuvo a hablar con ellos, sino que se dirigió directamente a la habitación de Donna.

Cal y Allen, que lo estaban esperando en la puerta, se apresuraron a darle sus respectivos informes. Cuando terminaron, Roan les preguntó:

-¿Qué móvil creéis que pudieron tener esos tipos para entrar aquí?

-¿Quién sabe? -Cal se encogió de hombros.-Lo único que ha dicho la detenida es que estaba demasiado oscuro y no pudo verles la cara.

-Si quiere saber mi opinión, creo que sus socios vinieron a rescatarla -apuntó Allen.

-¿Pero entonces por qué el tiroteo?

-Para disimular y hacer creer que se trataba de un intento de secuestro, en caso de que se vieran sorprendidos y no lo consiguieran. No me extrañaría que todo hubiera sido idea de la chica.

Roan se dirigió a Cal:

-Pero tú me dijiste que intentaron sacarla a la fuerza de la cama, con lo que tuvo que producirse un forcejeo. ¿Tú también piensas que ella estaba detrás de todo esto? -no se molestó en disimular el tono irritado de su voz.

-Quizá se tratara de un accidente debido a las prisas que tenían. Supongo que si se cayó fue por que se desmayó.

-¿Entonces por qué pulsó el botón de llamada para avisar a la enfermera? ¿Otro accidente? -Podría ser -replicó el agente a la defensiva. A mí me parece que nos las estamos viendo con aficionados, porque en caso contrario habrían hecho un mejor trabajo.

-De todas formas, estuvieron a punto de llevársela. Y lo habrían conseguido si la enfermera no hubiera oído ruidos extraños por el intercomunicador. Por cierto que...

-Le juro que yo sólo me ausenté un momento -se defendió Allen. -Necesitaba una taza de café para mantenerme despierto.

-En otras palabras: no creáis que la detenida corriera peligro.

Roan sabía que a Allen le gustaba hablar. Probablemente se había quedado en la puerta del hospital, charlando con las enfermeras de guardia, una costumbre suya durante las rondas habituales.

-¡Quién iba a pensar que esos tipos volverían! -se quejó el agente de policía, pasándose una mano por la cara-. O que serían lo suficientemente listos como para quedarse al acecho en una puerta lateral a la espera de que algún visitante se la abriera.

-Eso es algo que no te volverá a ocurrir. Para entonces ya habrás aprendido la lección.

- Sí.

El sheriff se quedó satisfecho. Ya era hora de preocuparse de otras cosas.

-¿La detenida está dormida? Esa vez fue Cal quien respondió:

-No lo estaba la última vez que me asomé a la habitación, pero podría ir a comprobarlo, si quiere. -Es igual: iré yo mismo. Mientras tanto, ¿tienes a alguien para sustituir a Allen?

-No hace falta, señor. Allen se encuentra bien, a punto de terminar su turno de

guardia -miró a su compañero, que asintió con energía.

-Ya sabes lo que pienso de esto, Cal -dijo Roan, suspirando- y tú conoces las reglas tan bien como yo: cualquier agente que se haya visto implicado en un tiroteo, aunque no haya resultado herido, tiene que ser dado de baja. Tú eres el oficial al mando. La responsabilidad de su sustitución es tuya. Si no lo reemplazas, tendrás que encargarte tú del resto de la guardia.

- Sí, señor. Volveré a echar un vistazo por los alrededores mientras esté usted aquí, señor -lo saludó reglamentariamente antes de retirarse.

Mientras lo veía marchar, Roan pensó en los agentes novatos como Cal. Eran jóvenes e impetuosos, pero la mayoría lo eran durante sus primeros años en el cuerpo. Corría el rumor de que quería presentarse a las elecciones para sheriff al año siguiente. Se esforzaba por caer bien a la gente, así que tal vez lo consiguiera. En cuanto a Roan, había servido al distrito de Tunica lo mejor que había podido, entregándose en cuerpo y alma al trabajo. Si los votantes volvían a elegirlo a él, tendría que aceptar el cargo.

Últimamente había tenido algunos problemas con el Ayuntamiento a raíz del proyecto del barco-casino. Use tipo ele cosas siempre podían influir. Pero Roan estaba emparentado con la mitad de los habitantes del distrito, y el clan Benedict seguía la tradición ele votar en bloque para defender sus intereses. No, el verdadero problema era que existían reglas no escritas que condicionaban las elecciones en el distrito de Tunica. En realidad, el código de honor y de valores de aquella población apenas había cambiado desde los lejanos tiempos en que Francia había gobernado Luisiana. No se consideraba de buen gusto que el perdedor en unas elecciones a sheriff continuara en el mismo puesto que había desempeñado hasta entonces. Si Roan volvía a ganar, Cal tendría que dimitir. Y perder a un agente tan valioso como él, con sus conocimientos en últimas tecnologías policiales, sería un auténtico desperdicio.

Despachó a Allen y se dirigió a la habitación de Donna. Pero apenas había dado un par de pasos cuando alguien lo Manió desde el otro extremo del pasillo: Hilton Darkwater, el director del hospital.

-Me alegro de verlo, sheriff -lo saludó, esbozando una tensa sonrisa-. Tenemos que hablar. -¿No podría esperar un poco? -desde que había salido de casa, se moría de ganas de ver a su detenida. Y no estaba dispuesto a postergar ese momento.

-Me temo que no. Tiene que sacar a esa mujer de aquí -señaló con la cabeza la puerta de la habitación de Donna.

-No está en condiciones de marcharse.

-Soy consciente de ello, pero preferiría que la trasladara a Baton Rouge o a Nueva Orleans. Éste es un hospital muy pequeño. No disponemos de las instalaciones adecuadas.

Se refería a que carecía de salas especiales para detenidos, con puertas blindadas y rejas.

-Me doy cuenta de que algunos se habrán quejado pero...

- ¡No se puede hacer usted idea! Me ha llamado tanta gente que he tenido que

desconectar el teléfono. El hospital acaba de abrir. Si los pacientes empiezan a marcharse por miedo a ser atracados en sus lujosas habitaciones de pago, perderemos dinero y nos veremos obligados a cerrar.

Roan comprendía perfectamente la posición del director. Llevaba menos de un año en el cargo, pero se las había arreglado para imponer drásticos recortes en todo tipo de gastos. Y no porque le preocupara el bienestar de la comunidad y quisiera mantener abierto el hospital, sino porque pretendía hacer méritos para acceder a un puesto de mayor importancia. -Verá -se obligó a adoptar el tono más agradable posible-, yo no puedo trasladarla de este distrito sin una razón de fuerza mayor, supongo que será consciente de ello. Si alguien de la plantilla o alguno de los pacientes hubiera resultado herido, la cosa sería diferente, pero eso no ha sucedido. Sólo ha sido un pequeño susto.

El director se lo quedó mirando en silencio, con actitud desafiante, pero al final pareció darse por vencido.

-¿No podría por lo menos apostar otro guardia en la puerta?

Desde luego. Lo haré, aunque dudo que tengamos más problemas durante el resto de la noche. Esperemos que no -Roan ya se disponía a seguir su camino cuando el hombre lo retuvo de un brazo. -Se han producido algunos desperfectos en la puerta de Urgencias. Y todo por culpa de esa mujer que ha traído aquí. El hospital no tiene por qué pagar los gastos de recuperación y...

-Envíeme la factura.

Roan se apartó de él y continuó caminando por el pasillo. Estaba seguro de que la financiación de las reparaciones era responsabilidad del hospital, pero no tenía ganas de discutir. Ya encontrarían alguna partida de la que sacar el dinero. Y si no era así, lo pagaría de su propio bolsillo.

Una vez ante la puerta de Donna, llamó suavemente con los nudillos y entró. Pero se detuvo bruscamente al ver el estado en que se encontraba: tendida inmóvil, terriblemente pálida, con los ojos cerrados y el cabello derramado sobre la almohada. El ruido de la puerta al cerrarse debió de alertarla, porque giró lentamente la cabeza y entreabrió los párpados. Su mirada pareció concentrarse en la estrella que llevaba en el pecho antes de levantarla hacia su rostro. Una soñolienta y aturdida sonrisa se dibujó en sus labios.

-¿Dónde se había metido, vaquero? Me ha dejado sola y mire lo que me ha pasado...

Roan se dijo que era un imbécil. Tenía que serlo, porque de repente se estaba sintiendo el hombre más importante del mundo, listo para comérselo de un bocado.

Justo en aquel preciso momento, mientras la veía cerrar los ojos y adormilarse de nuevo, supo exactamente lo que iba a hacer con aquella mujer.

-¡Antes preferiría ir a la cárcel!

Sus desafiantes palabras flotaron en el aire. El sheriff no se mostró en absoluto afectado por su reacción. Ni siquiera levantó la mirada cuando replicó:

-Esa no es una opción posible.

-No puede llevarme a su casa -protestó.

No había vuelto a ver al sheriff Roan Benedict desde el ataque que había sufrido cuatro noches atrás. Que se hubiera presentado de repente para anunciarle que se la llevaba del hospital para internarla en su casa en régimen de arresto domiciliario la había dejado tan aturdida como desorientada.

-Claro que puedo hacerlo. Ésta es mi jurisdicción. Yo dicto las reglas aquí.

-¡Eso es una barbaridad!

-¿Ah, sí? -todavía tuvo el descaro de sonreír, divertido ante aquella reacción de auténtico pánico. -Esto no puede ser legal. Usted puede llamarlo arresto domiciliario, si quiere, pero no...

-Eso es lo que será, ni más ni menos -lo interrumpió él-. Si tiene alguna duda sobre la legalidad de la medida, llame a un abogado. Pero asegúrese de darle su verdadero nombre y su número de cuenta para que pueda cobrar la factura.

Ante aquello no podía replicar nada, al menos si pretendía continuar con su farsa. Se preguntó por un instante si el sheriff lo sabría y si la estaría poniendo a prueba, a la espera de que confesara su secreto. ¿Pero por qué? Ella le había dado muy pocos motivos para sospechar que su amnesia no era genuina...

La cabeza empezaba a dolerle de nuevo. Se había negado a seguir tomando los analgésicos después de la visita de Espinillas, con la intención de no quedarse adormilada. Y había logrado aguantar hasta ese momento.

-No creo que me encuentre en condiciones de abandonar el hospital -apuntó con una voz débil que no era completamente fingida.

-El doctor Watkins no piensa lo mismo. Según él, se ha recuperado con rapidez y puede ya levantarse y caminar por su propio pie. Además, el director del hospital está deseando que se vaya. No puedo mantenerla aquí por más tiempo.

La enfermera del turno de mañana, Johnnie, le había dicho exactamente lo mismo.

-¿Acaso tiene por costumbre encerrar en su propia casa a todos sus detenidos convalecientes?

-En absoluto. Pero en Dog Trot se encontrará mucho más cómoda.

-¿Dog Trot?

-Mi casa. No es el Ritz, pero es mucho mejor que la cárcel de esta población, que dispone de dos celdas diseñadas para cuatro personas cada una. Ahora mismo hay varios arrestados por pocos días, todos hombres. Podría conseguirle una celda para usted sola, pero los tipos estarían al lado, separados por una sola reja. Y los sanitarios están abiertos, sin puerta alguna, por razones de seguridad.

-¿Quiere decir que ellos podrían verme...? -Constantemente. Eso mismo.

-¡Cielo santo!

-Le darían conversación las veinticuatro horas del día. Sería como un curso acelerado sobre los peores instintos del ser humano.

Tory estuvo asimilando aquella información durante un rato hasta que finalmente, mirándolo de reojo, preguntó:

-¿Qué hay acerca de los suyos? Sus instintos, quiero decir. ¿Qué pasará cuando estemos solos en su casa, sin rejas ni testigos?

Roan arqueó una ceja.

-Bueno, si por un casual me propasara con usted... creo que no sería un buen ejemplo para mi hijo Jake. Le aseguro que nadie la molestará en Dog Trot. Y yo aún menos.

-Y se supone que yo tengo que creérmelo. -Tiene mi palabra de honor.

Tory no lo dudaba: sabía que hablaba completamente en serio. La garantía estaba en el tono profundo de su voz y en la implacable intensidad de su mirada gris acero. Creía en su palabra, desde luego, pero no pensaba decírselo: no le daría esa satisfacción.

La perspectiva de desaparecer del mapa durante una temporada le resultaba atractiva. Roan Benedict sería un buen escudo protector contra Espinilla y Orejas, o incluso contra Harrell. Además, en un domicilio particular dispondría de mayor libertad de movimientos y también de mayores oportunidades de huir si la situación llegaba a ponerse fea. Sí, aceptaría. Pero, mientras tanto, lo más prudente sería disimular un poco para no levantar sospechas. -Sigue sin gustarme la idea.

Roan Benedict la miró con expresión severa. -Es usted una detenida del sheriff del distrito de Tunica. Sus gustos no tienen nada que ver en ello. Recoja sus cosas. Saldremos dentro de una hora.

No esperó a que respondiera y abandonó la habitación. Sin mirar atrás.

Tory se quedó observando sus anchas espaldas hasta que desapareció tras la puerta cerrada. Al parecer aquel tipo era incapaz de imaginarse que ella pudiera hacer otra cosa que lo que le decía que hiciera. Y tenía razón. Por el momento.

Se incorporó en la cama y pulsó el botón de llamada. La puerta se abrió de pronto y el agente de guardia, Cal Riggs, asomó la cabeza.

-Roan me ha informado de que va usted a marcharse. Si necesita a Johnnie, vendrá en seguida. Ella y otra compañera han tenido que bajar por una urgencia. Yo le daré el aviso cuando vuelva a subir.

Le dio las gracias con una sonrisa. Al principio la había molestado la presencia de aquellos guardias apostados a la puerta de la habitación. Sin embargo, desde la noche del ataque, había empezado a desarrollar un cierto afecto por ellos. Los dos a los que veía más a menudo, Cal y Allen, habían sido muy amables con ella. Llamaban a la enfermera siempre que la necesitaba, le llevaban zumos y refrescos, la abastecían de periódicos.

-¿Desea algo más? -inquirió Cal.

-No. En realidad no tengo gran cosa que llevarme -señaló los escasos artículos de aseo que le había proporcionado el hospital, con la bata y las zapatillas que el sheriff

le había comprado en una tienda del pueblo-. Pero... dígame una cosa, por favor. ¿Es legal que el sheriff Benedict me retenga en otro lugar que no sea la cárcel del pueblo?

-¿Otro lugar? -el agente arqueó las cejas, sorprendido-. ¿Cuál?

-Dog Trot. Creo que es así como lo llama. -Vaya -Cal soltó un silbido de asombro-. Novedoso sí que es, desde luego.

-¿Pero es legal?

-No es una medida muy reglamentaria -murmuró-, pero Roan siempre hace lo que quiere. Él es la ley en el distrito de Tunica.

Tory creyó detectar cierto matiz de envidia en su voz. Posiblemente incluso algo de rencor. -¿Durante cuánto tiempo cree que podrá retenerme allí? Quiero decir que... ¿no debería llevarme ajuicio?

-El juez itinerante viene todos los martes, pero el tribunal ha suspendido sus actividades durante dos semanas porque está de vacaciones -le explicó Cal, encogiéndose de hombros-. Transcurrirá algún tiempo antes de que Roan pueda solicitar una vista, si es que quiere hacerlo.

-¿Juez itinerante, ha dicho? -Tory suponía que se trataba de una antigua costumbre del Lejano Oeste, cuando cada juez tenía asignado un enorme territorio y se veía obligado a desplazarse continuamente de población en población. Aunque tampoco iba a quejarse de ello, por supuesto. En realidad, le convenía bastante.

-Bueno, este pueblo no se caracteriza por su elevado número de delitos -curiosamente, el tono del agente de policía era casi de disculpa-. La mitad de sus habitantes están emparentados y los Benedict son como una piña. Supongo que es por eso por lo que lo eligieron sheriff.

-¿Lleva mucho tiempo en el cargo?

-Ocho años como sheriff de Tunica, pero entró en el cuerpo bastante antes.

-Debía de ser un niño por aquel entonces... -Ingresó en la policía al poco de salir del instituto, más o menos por las mismas fechas en que se casó. Hizo de padrino su superior inmediato, el sheriff Johnson. Dicen que dirigió oficiosamente el departamento durante un par de años, después de que Johnson sufriera un ataque al corazón, el tiempo suficiente para que el viejo pudiera jubilarse con la paga completa. En las siguientes elecciones, Roan arrasó. Desde entonces nadie se ha atrevido a competir con él.

Era lo que Tory se imaginaba, lo que tantas veces había visto en las películas. Funcionarios de la ley en lugares apartados que hacían lo que les venía en gana y que solamente respondían ante su comunidad.

-Ahora entiendo su comentario anterior acerca de que él «es» la ley en este pueblo

-Sí, aunque puede que esta vez esté yendo demasiado lejos... -murmuró Cal.

-¿Se refiere a lo de llevarme a su casa?

-Y a lo que pueda hacer una vez que esté usted en ella.

-¿Qué quiere decir? -inquirió, preocupada. Más problemas era lo último que necesitaba.

-Los funcionarios públicos tienen que saber guardar las formas. Y los que son prudentes procuran mantener sus... aventuras en secreto.

-Sí, desde luego -repuso Tory con tono frío-. Pero si cree que yo voy a prestarme a alguna aventura, como usted ha dicho, se equivoca de medio a medio.

-Vaya, lo siento... No era mi intención ofenderla -murmuró el agente de policía, ruborizándose hasta la raíz del cabello-. Olvídelo, ¿quiere? Hey, creo que he oído a Johnnie en el pasillo...

No era más que una torpe excusa para salir allí. Indudablemente, Cal temía haber hablado demasiado. Pero estaba segura de que no le importaría lo más mínimo que su jefe pudiera estar buscándose algún tipo de problema...

Se quedó pensativa. Y extrañamente inquieta por la perspectiva de que pudiera perjudicar de alguna manera a Roan. Al principio le había costado muy poco fingir que había perdido la memoria y dejarse atender por él. Después de todo, elegir el camino fácil había sido una constante en su vida.

Hija modelo de buena familia, anfitriona perfecta de cenas y fiestas, había sido educada para poder mantener una conversación superficial en varios idiomas. Y había hecho creer a todo el mundo, incluso a sí misma, que las numerosas máscaras que se ponía eran reales. Aun así siempre había persistido un cierto vacío. Un vacío que siempre había esperado llenar con un marido e hijos.

Harrell había aparecido en su vida en el momento adecuado. Cuando se lo proponía, podía ser un hombre encantador. Pero ante todo era un fantástico hombre de negocios que sabía venderse muy bien. Con Tory se había vendido como candidato a marido ideal.

Había transcurrido algún tiempo antes de que Tory se diera cuenta de que sus verdaderos gustos no eran los selectos de la aristocracia, sino los deportivos rojos, las joyas ostentosas y los neones nocturnos. Si no hubiera estado tan decidida a no ser una esnob, lo habría dejado en paz: en lugar de ello, se había empeñado en cambiarlo. Tarea inútil que habría podido ahorrarse si hubiera mirado mejor el cartel publicitario de su negocio. El rey del mueble barato de Florida. Con ello estaba ya todo dicho.

Se preguntó dónde estaría Harrell en aquel momento. Probablemente jugando al golf con su padrastro. Se mostraría absolutamente despreocupado. «Los nervios de los preparativos de boda», habría comentado a modo de explicación si alguien le hubiera preguntado por ella. Le habría dicho que, abrumada por la inminencia de la boda, había corrido a reunirse con alguna de sus amigas. Y que volvería al cabo de una semana o dos, cuando se hubiera tranquilizado lo suficiente.

Paul Vandergraff, por su parte, lo entendería perfectamente. No por casualidad, Tory había adquirido la costumbre de huir a partir del momento en que él se convirtió en su padrastro. Ella había sido testigo de la manera en que había manipulado a su madre, garantizándole pleno acceso a toda clase de medicamentos hasta que su internamiento en una clínica de reposo y desintoxicación terminó por convertirse en la única opción posible. Después le había dejado claro que sus constantes cambios de ánimo y humor, típicos de la adolescencia, podían ser interpretados como síntomas de

una inestabilidad semejante a la de su madre. En aquel entonces huir le había parecido la mejor solución con tal de evitar un enfrentamiento. Y la pauta se había repetido. Lo que le extrañaba era que la hubiera seguido también con Harrell.

Por supuesto, tal vez Harrell no se tomara la situación con tanta tranquilidad como su padrastro, sobre todo si Espinillas y Orejas se habían atrevido a llamarlo para informarle de lo sucedido. Probablemente se estaría preguntando por qué no lo había visitado aún la policía. ¿Cuánto tiempo tardaría en descubrir que ella no había contado nada? ¿Y qué pasaría entonces?

Por un instante sintió el impulso de contárselo todo a Roan para que pudiera tomar medidas contra Harrell. No era justo, ni seguro, mantenerlo en la ignorancia. Pero no: no podía arriesgarse. En el momento en que descubriera quién era, se lavaría las manos. Se desentendería de su problema. Y eso era lo último que quería Tory.

-Dios mío, cariño, parece como si fueran a llevarte al patíbulo en lugar de a Dog Trot.

Tory miró a Johnnie y forzó una sonrisa. Se recordó que Johnnie era prima de Roan, con lo que debería tener cuidado con lo que hablara de él.

-Supongo que ya te lo habrá dicho Cal.

-Me lo comentó Roan cuando se dirigía a comisaría. Cal me dijo que esperaba que Roan supiera lo que estaba haciendo. Lo que quiere decir que está esperando con todas sus ganas que todo este asunto le estalle en la cara -soltó una carcajada-. Ese chico es terriblemente ambicioso.

-¿Es su puesto lo que ambiciona? Johnnie la miró con expresión divertida.

-No es muy probable que Cal llegue a sustituir a Roan.

-¿Porque está demasiado afianzado en el cargo? -Porque es demasiado bueno -se dispuso a tomarle la presión sanguínea-. Pero tampoco puedo culpar a Cal. El sueldo de sheriff es alto y no hay gran cosa que hacer más por aquí.

-¿Oh?

-La mayor parte de los jóvenes se van a la universidad y se establecen luego en poblaciones más grandes. Aquí la gente solía vivir de la madera o del petróleo: mi marido trabajaba en un pozo antes de que estallara la última crisis. Ahora repara aparatos de aire acondicionado. No hay mucho futuro aquí. -Según Cal, todavía quedan muchos Benedict en el pueblo.

-Incluyéndome a mí, ¿eh? -la enfermera rió entre dientes-. Sí, bueno, fueron de los primeros en establecerse en esta región antes de la Guerra Civil,

y consiguieron quedarse desde entonces. Tienen raíces muy profundas, por no hablar de sus derechos adquiridos sobre la madera y las minas, gracias a los cuales han logrado capear los momentos más difíciles.

Tory pensó en su familia materna: tierra y tradición habían sido sus grandes activos.

-¿Entonces Roan procede de alguna antigua familia del sur?

-Podría decirse que sí, aunque se me reiría en las narices si le llamara «aristócrata de plantación» o algo parecido -Johnnie se interrumpió para ponerle el

termómetro en la boca-. Actualmente quedan aquí cuatro ramas de los Benedict, descendientes cada una de los cuatro hermanos que abandonaron Inglaterra a finales del siglo dieciocho. Se dice que tuvieron que marcharse por haber matado al marido de su hermana, un sujeto especialmente malo. Se ve que los Benedict ya cuidaban muy bien de sus propios asuntos en aquel entonces.

Tory arqueó una ceja, ya que no podía hablar con el termómetro en la boca. Cualquier información sobre la vida del hombre con quien iba a convivir durante los próximos días resultaba inestimable.

-Los hermanos se hicieron filibusteros en el Caribe. Desembarcaron en Nueva Orleans y remontaron el Misisipí hasta establecerse en el lago Horseshoe. El mayor se casó con una escocesa pelirroja y de pésimo genio. Mi primo Kane procede de esa rama. Es abogado y hace un año se casó con una pelirroja de mucho mejor temperamento y tan dulce como él.

-¿Y los otros? -inquirió Tory cuando Johnnie le hubo quitado el termómetro.

-Uno se casó con una mujer india que lo había guiado por la región del lago. Ésa es la rama familiar del primo Luke -la mujer puso los ojos en blanco-. Si hay algún Benedict con quien habría preferido no estar emparentada, por obvias razones, ése es Luke. Alto, moreno, guapísimo: Solíamos llamarlo Luke de la noche aunque entiendo que las juergas se le han acabado después de su boda con April. April Halstead, ya sabes, la escritora de novelas de amor. ¿Has leído alguna?

El nombre le resultaba familiar: tal vez había adquirido alguna en algún kiosco de aeropuerto. -¿Vive aquí?

-Sí, la gusta la paz y la tranquilidad que se respira en Turn-Coupe.

-¿Y tú? ¿Cuál es tu parentesco exacto con Roan? -Yo era una Benedict antes de casarme. Roan y yo procedemos de la misma rama. A nuestro tatarabuelo o lo que fuera todavía debía de quedarle algo de sangre pirata en las venas, porque raptó a una española de la frontera texana, de la que se había enamorado a primera vista. Cuentan que la chica estaba a punto de casarse con un hombre que la doblaba en edad, así que el rapto fue una manera muy oportuna de evitar una discusión familiar -la miró de repente-. Por supuesto, no es que esté insinuando que algo parecido te sucediera a ti...

-No, por supuesto que no -Tory esbozó una débil sonrisa.

-Aun así, tu historia es tan curiosa... Roan está a punto de acogerte en su casa y tú alegas haber sido secuestrada, pese a que no recuerdas nada y... - Johnnie se interrumpió, suspirando-. Perdona. Soy una romántica incorregible. Y gran aficionada a las novelas de April.

Tory prefirió cambiar de tema lo antes posible. -¿No habías dicho antes que eran cuatro hermanos?

-Sí. El cuarto era un verdadero bribón. Encontró a una francesa en el bosque. Nunca llegó a saber cómo había llegado hasta allí o de dónde venía, y tampoco le importó. Se la llevó a su casa y duraron cincuenta años juntos. El primo Clay procede de esa línea. Roan y él son grandes amigos. ¿Sabes? Antes, todos los primos formábamos una pandilla: Luke, Roan, incluso Clay y sus hermanos de cuando en cuando.

Nos divertíamos mucho, pero cuidábamos también los unos de los otros. Fueron buenos tiempos.

-Pero todos sois primos lejanos, ¿verdad?

-De quinto o sexto grado, aunque algunos están emparentados a través de otras ramas. Turn-Coupe es una población que siempre ha estado muy aislada. El matrimonio dentro de una misma familia era algo normal. Recuerdo cuando empecé a salir con Todd Carlson, estando en el instituto. Mi abuela se puso como loca, dado que Todd era primo mío de tercer o cuarto grado. Me montó tal escándalo que durante una temporada tuve verdadero pánico de volver a salir con nadie.

-¿Así que es por falta de candidatas por lo que Roan no volvió a casarse?

Johnnie se sonrió.

-Supongo que siempre está tan ocupado que no tiene tiempo de fijarse en ninguna chica. Está bastante bien, ¿verdad? ¡Y tiene un trasero espléndido!

El comentario fue tan inesperado que Tory tuvo un ataque de risa. Inmediatamente se llevó una mano al hombro dolorido:

-¡Ay! Por tu culpa se me van a saltar los puntos...

-Perdona. Bueno, sigo con la saga de los Benedict. Los hermanos cultivaban las tierras, cazaban y pescaban en el lago... Sembraron algodón, tuvieron ganado y criaron más hijos que la mayoría de la gente en estos días -abrió los brazos-. Y así es como estamos nosotros aquí.

Tory no pudo evitar sonreírse ante el tono orgulloso de su voz.

-Debe de ser bonito tener una familia tan grande.

-Pues a mí, a veces, me gustaría ser hija única de una hija única y vivir en una gran ciudad donde no me conociera nadie. Aquí no puedes hacer nada sin que se entere todo el mundo. Si sales a la calle sin maquillar, ya se están preguntando por lo que te pasa, por qué tienes tan mal aspecto, si tienes problemas familiares... ¡Hablo en serio!

-Bueno, al menos eso demuestra que le importas a la gente -repuso Tory.

Ella sí que había sido hija única de una hija única. Ninguna de las experiencias matrimoniales de su madre, después de la primera con su príncipe italiano, el padre de Tory, le había dado hijos. Lo cual no había sido precisamente para mal, ya que nunca se había caracterizado por sus instintos maternos. Sólo con sus abuelos, en el pequeño pueblo enclavado en las colinas de Toscana, donde los príncipes Trentalara habían vivido durante mil años, se había sentido Tory parte de una familia. La vida allí había sido muy parecida a la que acababa de describirle Johnnie, con todo el mundo interesándose por todo el mundo, como si el pueblo entero estuviera representando una obra de teatro.

De alguna forma, sus abuelos le habían proporcionado la mayor seguridad que había conocido de niña. Durante unos cuantos maravillosos veranos, de los seis a los catorce años, había sido enviada a la casa de la Mamma Sofía en la propiedad de los Trentalara. Allí, junto con sus dos primas mayores de Roma, había recibido una exquisita educación en buenos modales de la alta sociedad. Las tres niñas habían viajado por Italia con Mamma Sofía y Papa Vanni, aprendiendo arte, arquitectura e

idiomas. Y habían tenido tiempo también para jugar con los hijos del jardinero y demás chicos y chicas del pueblo. Aquellos habían sido ciertamente tiempos felices, hasta que Papá Van sufrió un infarto y Mamma Sofía se rompió una cadera en una caída y terminó falleciendo de neumonía, y todo acabó de golpe. Después hubo una sucesión de institutrices, mayordomos y psicólogos de internado que pasaron a gobernar y controlar su vida.

Tory, pensativa, desvió la mirada hacia la ventana y empezó con tono suave:

-Bueno, yo recuerdo que...

-¿Sí? -inquirió Johnnie, expectante.

Tory se detuvo bruscamente. Podía sentir cómo el color abandonaba sus mejillas mientras tomaba conciencia del error que había estado a punto de cometer. Ya lo había cometido antes, cuando le dio a entender a la enfermera que carecía de parientes directos. ¿Lo habría notado Johnnie? ¿Informaría a Roan de ello? En lo sucesivo, tendría que llevar más cuidado. Fingió una expresión de confusión y forzó un suspiro.

-Oh, por un momento creí recordar algo... pero no. Se me ha escapado.

-Lástima. Quizá la próxima vez -acercándose a la mesilla, Johnnie empezó a recoger sus artículos de higiene-. Será mejor que nos demos prisa: Roan llegará en cualquier momento. La paciencia no es una de sus virtudes.

Tory no lo dudaba en absoluto. Y no pudo menos que preguntarse hasta cuándo sería capaz de seguir adelante con su farsa.

Capítulo 5

-¿Esto es Dog Trot?

Tory pudo escuchar su propio tono de incredulidad mientras contemplaba el hogar de Roan desde el asiento delantero del coche patrulla. La casa era una mansión de la época anterior a la Guerra Civil, con porches de columnas y barandillas de hierro forjado con artísticos dibujos. Aquellos muros medio cubiertos por la hiedra debían de tener más de medio metro de espesor. El rasgo más destacado, sin embargo, lo constituía la gran entrada para carruajes, semejante a un túnel, que atravesaba el piso bajo. La casa entera parecía disfrutar de un buen estado de mantenimiento.

-Sí. Mi hogar -dijo Roan. - ¡Pero si es enorme!

-No tanto -repuso mientras bajaba del coche para abrirle la puerta-. Al menos hasta que a uno se le ocurre pintarla. Entonces te aseguro que se convierte en un monstruo.

Tory había visto mansiones mayores: la residencia invernal Vandergraff en la isla Sanibel, por ejemplo. O la casa de su familia italiana. Aun así, Dog Trot parecía tener algo especial, como una callada promesa de paz y seguridad. Tenía el extraño aspecto de un santuario.

Roan la ayudó a bajar del coche. Justo en aquel entonces un perro enorme, de un pelaje color pardo rojizo, surgió de entre las sombras de la entrada de carruajes.

Deteniéndose de golpe, alzó la cabeza y soltó un ladrido que resonó como un trueno.

-Dios mío...

-No te asustes -sonrió Roan-. Es Beauregard, Beau para los amigos, cumpliendo con su deber de perro guardián. Es un mastín con pedigrí, pero demasiado perezoso para ponerse a rastrear conejos siquiera.

El animal trotó hasta él y apoyó la enorme cabeza contra su pierna para que se la acariciara. -¿Muerde? -le preguntó ella con voz ronca. La imagen de aquellas fuertes manos acariciando el pelaje del animal le provocaba una extraña y ardiente sensación ... en la parte baja de su cuerpo. -Sólo cuando yo le ordeno que lo haga.

-Vaya consuelo.

-¿No te gustan los perros? -Prefiero los pequeños.

De niña había tenido un caniche con el que había estado muy encariñada, pero Pierre había desaparecido de su jaula durante un viaje entre Nueva York y Fort Myers. Desde entonces nunca se le había ocurrido adquirir una nueva mascota.

-¿Y no los grandes? Me temo entonces que no estás de suerte -replicó Roan, señalando con la cabeza el granero que se levantaba detrás de la casa.

Tenía razón. Un grupo de perros se acercaba corriendo, entre negros y pardos, todos con aspecto de sabuesos ingleses.

-Déjame adivinar... Eres cazador. -Supongo que eso tampoco te gusta.

Se encogió de hombros con falso gesto indiferente mientras miraba nerviosa los perros que acababan de rodearlos, olisqueándolos.

-Que disfrutes matando animales indefensos no es asunto mío.

-Con lo que disfruto realmente es criando y entrenando perros de caza, como mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo hicieron antes que yo. Los sabuesos de Dog Trot han ganado los principales premios durante generaciones. Son los mejores del país. -Claro, de ahí el nombre de la casa -comentó con su más depurado acento aristocrático-. Sencillamente encantador.

Roan se echó a reír mientras seguía acariciando a Beauregard.

-No, el nombre de la casa se debe a la entrada de carruajes, que es en realidad en un dog trot. Ya sabes, la típica construcción de los pioneros norteamericanos: dos casas unidas por un solo tejado.

Se dirigían ya hacia la puerta cuando Tory tropezó con una piedra del camino y se tambaleó.

-Cuidado -Roan le rodeó la cintura con su fuerte brazo.

Aquel contacto físico tan íntimo tuvo el efecto de desequilibrarla aún más, con lo que finalmente tuvo que atraerla hacia sí.

Por unos segundos se encontró aprisionada contra su cuerpo desde los senos hasta las rodillas, envuelta en su aroma masculino. Los músculos que se tensaban bajo sus dedos eran duros como la roca. La sensación de poder que emanaba aquel hombre parecía rodearla, ceñirla con su magia. Podía sentir la respiración acelerada de su pecho, incluso el firme latido de su corazón.

-Perdón. Debí haber imaginado que todavía te encontrarías muy débil.

-Estoy bien, gracias -repuso ella forzando un tono frío y distante mientras intentaba apartarse-. Er... si no te importa...

La soltó de golpe al tiempo que retrocedía un paso. No volvió a tocarla mientras Tory se dirigía lentamente hacia los anchos escalones del porche. Pero se quedó a su lado, dispuesto a sujetarla en caso necesario.

Tory apretó los dientes y se agarró con fuerza a la barandilla de la escalera. Estaba decidida a no tambalearse, a no volver a mostrar la menor señal de debilidad. Bastante tenía con haberse visto obligada a aceptar la ambigua hospitalidad de Roan Benedict como para que encima...

Estaba tan concentrada subiendo los escalones que casi se sobresaltó cuando Roan le comentó de repente:

-De todas formas, te aconsejo que tengas cuidado con Beau.

-No me digas... -pronunció casi sin aliento.

Se encontraba más débil de lo que pensaba. O quizá los escalones fueran más altos de lo que le había parecido desde abajo.

-Se toma con mucha seriedad su trabajo de perro guardián. Si te ve acercarte a algún lugar adonde no debieras ir, intentará impedirte.

-Arrancándome una pierna, supongo.

-No tiene por qué herirte. Pero podría costarte bastante pasar por encima de él, si se pone delante... -Qué conveniente, ¿no? Un agente de policía más que te ahorras a la hora de vigilarme.

-No te preocupes por eso -repuso él-. Cal y Allen seguirán a tu disposición durante el día.

-La verdad es que me alegro de ello. Ya me estaba preguntando por lo que sucedería cuando mis secuestradores se enteren de que me han traído aquí. Roan soltó entonces una carcajada irónica.

-¿Estás insinuando que debería mantenerlo en secreto?

-Pues a mí me parece una petición razonable. -Razonable pero absurda. Antes de que caiga la noche, todo el mundo en Turn-Coupe se habrá enterado.

Tory no dudaba de ello. Ya en el hospital se había fijado en los temas de conversación de la plantilla. Lo cual le había recordado el pueblo de sus abuelos, donde nadie podía estornudar sin que se enteraran los demás.

Estaba tan acalorada... La barandilla también estaba caliente, y además resbaladiza. El sudor le perlaba la frente a pesar de la fresca sombra de los grandes robles que flanqueaban la mansión.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Roan-. ¿No necesitas descansar un momento?

-No, gracias -respondió con los labios secos.

-Pues tendrás mucha suerte si no acabas cayéndote de cabeza escaleras abajo.

Tory se volvió para mirar al enorme perrazo que le seguía los pasos, vigilante.

-Aleja a ese animal de aquí... y estaré perfectamente.

-No lo pareces en absoluto.

-Vaya, gracias. Muy amable de tu parte -alzó la barbilla, orgullosa.

-Diablos... -masculló, exasperado-. ¿Pero quién diablos te crees que eres? ¿Una aristócrata con un pie en la guillotina? ¿O quizá una princesa citada con su verdugo?

Había estado tan cerca de adivinarlo que Tory giró rápidamente la cabeza para mirarlo. Aquel brusco movimiento fue un error. Sus dedos resbalaron en la barandilla y se sintió caer.

No llegó a derrumbarse sobre los escalones. Roan la levantó rápidamente en brazos y en dos zancadas la metió en la casa. El vivificante frescor del aire acondicionado y un delicioso aroma a madera barnizada la envolvieron de inmediato. Un olor terriblemente parecido al de la villa de su abuela y que le suscitó una poderosa sensación de déjà vu, como si hubiera estado antes en aquella misma mansión.

Alcanzó a vislumbrar un largo y austero corredor amueblado con antigüedades antes de que Roan empezara a subir las escaleras. Entró luego en un dormitorio y se acercó a una alta cama de dosel con numerosos almohadones. Fue un verdadero gozo hundirse en la suavidad de aquel lecho, pero cuando Roan fue a retirar los brazos, le rozó el hombro herido. Tory esbozó una mueca de dolor.

-Lo siento -se disculpó mientras recogía los pliegues de su bata de hospital y le cubría pudorosamente las piernas. Acto seguido se quedó allí de pie, mirándola con el ceño fruncido.

Tory, por su parte, se dedicó a estudiar la habitación. Las paredes parecían pintadas en un amarillo pálido que debía de haber sido blanco antes de que el tiempo y el humo de la chimenea lo hubieran cubierto con aquella pátina. La cama era de palisandro, con un dosel sostenido por columnas.

-Supongo que debería darte las gracias por haberme sujetado justo a tiempo.

-No te molestes.

Sus palabras habían destilado un tono duro y cansado.

Tory no pudo menos que ruborizarse bajo su penetrante mirada. Aquel hombre parecía demasiado inteligente, como si pudiera leerle el alma y descubrir su engaño con toda facilidad. Cerró los ojos mientras se llevaba una mano al hombro herido, apretándose el vendaje con la palma.

-¿Te duele de nuevo? El doctor Watkins me entregó suficientes calmantes para que te duren hasta que te consiga otra receta -se sacó un frasco de pastillas de un bolsillo-. Espera. Te traeré un vaso de agua.

Tory se sintió inmediatamente culpable ante aquella actitud de solícita amabilidad. Volvió a abrir los ojos a tiempo de verlo desaparecer en un cuarto de baño contigo. Aquel hombre resultaba desconcertante.

De pronto escuchó el discreto pitido de un móvil. Estaba segura de que Roan atendería la llamada. Sabía, a partir de sus conversaciones con Johnnie y Cal, que el sheriff se tomaba un interés especial por el bienestar de los habitantes de Turn-Coupe.

A continuación oyó el ruido del agua corriendo. Roan no tardó en salir del cuarto de baño con un vaso de agua en la mano. Tory se sentó en la cama y se tomó la pastilla. Cuando fue a devolverle el vaso, él no hizo amago de recogerlo: su mirada estaba fija

en su garganta, como si hubiera querido asegurarse de que se la tragaba.

En el instante en que alzó la vista y la miró a los ojos, Tory se ruborizó hasta la raíz del cabello. Soportó aquella mirada gris durante un momento interminable, esforzándose por ignorar la dura belleza de sus rasgos, su aura dominante. Le habría gustado saber lo que pensaba y sentía, ver al hombre que se ocultaba detrás de aquella expresión. Pero era imposible.

Confusa y deprimida, bajó la mirada hasta posarla en la pistola que llevaba al cinto, enfundada en la cartuchera. Un involuntario estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies.

-La llevo para protegerte.

-Ya. Intentaré recordarlo hasta que dentro de unos días me quiten los puntos -el ataque siempre había sido su mejor defensa contra toda emoción indeseable. Como por ejemplo la que estaba experimentando en aquel instante.

-¿Papá?

Tory reconoció una cadencia adolescente en la voz procedente del umbral. El chico era casi tan alto como Roan y sus rasgos prácticamente idénticos.

-¿Qué? -transcurrió un segundo antes de que Roan apartara la mirada y se volviera hacia el joven. -Está subiendo una camioneta, probablemente la de Kane. Pensé que querrías saberlo.

-Claro, gracias. Anda, entra. Voy a presentarte a Donna.

El chico entró en la habitación con paso ágil pero desgarrado. Llevaba el pelo rubio cortado a media melena y sus ojos eran más dorados que grises.

-Mi hijo Jake, Donna.

-Hola -Tory le tendió su mano sana.

El chico se la estrechó con un apretón rápido e indeciso, en silencio.

-Me disculpo por adelantado si mi presencia aquí os causa alguna incomodidad -Tory forzó una sonrisa-. Procuraré molestaros lo menos posible.

Jake desvió la mirada. Si fue por timidez o por vergüenza debido a que estaba vestida con ropa de hospital, Tory no llegó a saberlo. Finalmente dijo:

-No importa. Si ha sido idea de papá, estará bien -y se volvió hacia él-. En cuanto a Kane... ¿vienes conmigo o quieres que le pida que suba?

-Ya voy yo -Roan miró su reloj-. De todas formas tenía que pasarme por la comisaría y Donna necesita descansar.

Se marcharon los dos sin pronunciar otra palabra. Tory se quedó tumbada en la cama contemplando la luz que entraba a raudales en la habitación, tamizada por los visillos de encaje. Aquello era tan tranquilo y silencioso, y tan cómodo comparado con el hospital... Casi podía sentir cómo sus nervios se destensaban poco a poco mientras el medicamento la adormilaba lentamente.

La sensación de absoluta seguridad era maravillosa. ¿Por qué Roan era el único que conseguía hacerla sentirse así? ¿Por qué?

Kane estaba esperando a Roan al pie de la escalera exterior, a la sombra del gran roble que antaño había acogido sus juegos infantiles de policías y ladrones. La mejor

manera, sin duda, de pasar las largas tardes de verano. Ahora, sin embargo, ambos estaban terriblemente ocupados.

Beau, que había estado haciéndole fiestas a Kane, se acercó a su amo nada más verlo. Roan le acarició cariñosamente la cabeza antes de estrechar la mano de su sonriente primo.

-¿Qué tal te ha ido?

-Bien, bien -respondió Kane. -¿Y Regina?

-Mejor que yo -sonrió con un brillo de emoción en sus ojos azules-. Cada vez más embarazada y más impaciente. Y echándome a mí la culpa de todo.

Roan pensó que su primo había cambiado. Tenía un aspecto distendido y relajado del que había carecido antes de su matrimonio con Regina, y sonreía con mayor frecuencia. Casi parecía tan libre y despreocupado como en los tiempos de la adolescencia, cuando la pandilla de los primos Benedict jugaban al béisbol, organizaban regatas y compartían sus secretos durante sus acampadas en el lago. Roan albergaba pocas dudas sobre las razones de aquel cambio. Kane era un hombre feliz y su mujer estaba esperando su primer hijo.

-¿No estarás intentando negar tu responsabilidad? -le preguntó, burlón.

-Dios mío, no. Todo es culpa mía -replicó Kane con tono enfático-. Al menos eso es lo que me dicen.

-¿Quiénes? ¿Tía Vivian y la señorita Elise? - según la experiencia de Roan, eran las mujeres mayores las que daban los consejos más sabios.

-Y la abuela Mae. E incluso April, y eso que lo más cerca que estuvo de la maternidad fue cuando atendió a aquella gata suya mientras paría.

Roan arqueó una ceja.

-¿Crees que Luke y ella lo están intentando? Tener hijos, quiero decir.

-No se lo he preguntado ni pienso hacerlo, dado que me gustaría vivir lo suficiente para asistir al nacimiento del mío -le aseguró Kane con una sonrisa-. Pero el tiempo corre. Ya no somos tan jóvenes como antes.

Roan le ofreció una taza de café y Kane declinó la invitación, pretextando que Regina estaba preparando la comida y se lo haría pagar caro si llegaba tarde. Su primo acogió la falsa disculpa con cariñoso escepticismo y un punto de compasión. Aunque al mismo tiempo no pudo evitar una punzada de envidia.

Se acercó a la camioneta y se apoyó en el capó. Sabía que aquélla no era puramente una visita de cortesía. Era demasiado temprano para ello. Habían terminado ya con el ritual de las saluciones. Ya era hora de que Kane fuera directamente al grano.

Kane era abogado, así que estaba acostumbrado a elegir sus palabras con un cuidado exquisito. Iba vestido como para ir al trabajo: camisa blanca y traje oscuro.

-Regina me ha llamado al despacho. Me ha dicho que Betsy la llamó para contarle que, según Johnnie, te habías traído una invitada muy especial a Dog Trot. No será cierto, ¿verdad?

Roan suspiró. Los rumores corrían demasiado rápido en Turn-Coupe. Suponía, sin

embargo, que Kane tenía derecho a sentirse preocupado: al fin y al cabo, Regina y él vivían en la antigua mansión neoclásica que se levantaba carretera abajo, cerca de Dog Trot.

-Si lo que te preocupa es tu mujer...

-Me conoces demasiado para pensar eso. Eres tú quien me preocupa. Tu seguridad, quiero decir. Bueno, y quizá también tu cordura.

-Pues ni la una ni la otra peligran. Te la presentaría ahora mismo para que te quedaras tranquilo, pero en este momento está descansando. El trayecto desde el hospital ha sido un poco duro.

Kane lo miró con expresión adusta.

-¿Tienes albergada a una detenida en tu propia casa, una posible delincuente, sin las necesarias medidas de seguridad?

-Te olvidas de Beau. Y además, no irá a ninguna parte. Tiene una herida de bala.

-La disparaste tú, ¿verdad? Roan asintió en silencio.

-Me lo habías dicho, pero no me lo podía creer. Supongo que no habrá sido una grata experiencia para ninguno de los dos -al ver que se quedaba callado, añadió:- Espero que sepas lo que estás haciendo.

-Tengo a una detenida en mi casa hasta que el juez de instrucción señale fecha para la vista. Tampoco es nada del otro mundo.

-Excepto que nunca antes lo habías hecho. ¿Seguro que no es el sentimiento de culpa lo que te ha movido a obrar así?

-¿Y qué si ése fuera el caso? Aun así, seguiría necesitando ayuda.

-Y supongo también que todo esto no tendrá nada que ver con Carolyn...

Roan se encogió de hombros. Los remordimientos nunca dejaban de asaltarle, pero sólo se agudizaban durante los cumpleaños de Jake, cuando tomaba especial conciencia de que el chico se había criado sin una madre. Era un peso que tendría que llevar eternamente sobre su conciencia.

-Tú no tuviste la culpa de que tu ex mujer intentara hacer lo que hizo. Mucha gente piensa que, de no haber sido por ti, lo habría intentado mucho antes. Además, tú le salvaste la vida -Kane sacudió lentamente su cabeza morena-. Pero esa mujer que tienes en tu casa no es Carolyn. Por lo que tengo entendido, llevaba un arma. Estabas legitimado para dispararla.

-No estoy confundiendo a las dos, si eso es lo que piensas -repuso Roan con tono brusco-. Además, Donna no llegó a dispararme.

-Pero habría podido hacerlo y tú no lo sabías en aquel entonces.

-Mira, lo estropeé todo y la sospechosa resultó herida. Ahora la estoy cuidando de la mejor manera que sé. Punto.

-¿Qué me dices de las formalidades legales? Si la estás reteniendo, el juez esperará a tener alguna denuncia contra ella sobre su mesa. Ya sabes lo muy detallista que es, casi tanto como tú.

-No es fácil armar una acusación contra ella cuando no recuerda lo suficiente para contestar a mis preguntas. Según el doctor Watkins, la amnesia desaparecerá

conforme se vaya recuperando, así que podría tardar días, incluso semanas. O también podría no recuperar nunca la memoria.

-Bueno, tú eres el sheriff, ¿no? -observó Kane con tono seco-. Pero aun así me documentaré jurídicamente sobre la decisión que has tomado: retener a una sospechosa en tu casa y en estado de amnesia. Puede que necesites la información, sobre todo si se escapa o si sus socios se las arreglan para rescatarla -vaciló por un momento, como esperando una réplica que no llegó-. ¿Qué me dices de Jake?

-¿Qué pasa con él? -Roan se apartó de la camioneta-. ¿Crees que lo estoy exponiendo a algún peligro?

-Intencionadamente no, pero tendrás que admitir que...

-No admito nada. La mujer que tengo en casa no es peligrosa: apostaríamí reputación en ello. Soy perfectamente consciente de que los hombres que anduvieron tras ella pueden suponer una amenaza, pero puedo pararles los pies y lo haré. En eso consiste mi trabajo, si mal no recuerdas.

Sabía que Kane no estaba haciendo más que exponerle las preocupaciones de toda la familia. Aun así, le irritaba que su primo se atreviera a cuestionarlo de aquella manera.

-¿Pondrás más hombres de guardia?

-Se lo he encargado a Cal. No se mostró muy contento al principio, pero probablemente no perderá la oportunidad de hacerse el héroe delante de Donna.

-¿Donna? -Mi detenida.

Kane se lo quedó mirando fijamente hasta que una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

-¿Sabes una cosa? Casi pareces... -¿Qué?

-Posesivo. O quizás seas tú quien se esté haciendo el héroe. April solía decir que siempre estabas a la busca de damiselas en apuros.

-Bueno, yo diría que ése es un rasgo de familia -era una abierta referencia a las circunstancias en las que Kane había conocido a Regina, una madre soltera que había sido enviada a Turn-Coupe para espiar a la familia de Kane por encargo del secuestrador de su hijo.

Kane, a pesar de sus sospechas hacia ella, se había enamorado. Había tenido que saltarse unas cuantas reglas para negociar el rescate, e incluso había recibido un tiro en su desesperado intento por librar al chico de las garras de su secuestrador, un primo de la propia Regina. Todo había terminado en una confusa batalla judicial en la que Kane había jugado el papel de fiscal. Y la relación de Luke con April Halstead tampoco había sido precisamente un paseo...

-Oh, desde luego -convino Kane con una sonrisa irónica-. Pero eso no significa que acoger a una posible delincuente en tu casa sea una decisión inteligente, por muy guapa que sea.

-¿Johnnie otra vez? -inquirió Roan, resignado.

-Betsy. Pudo verla claramente durante el atraco, si mal no recuerdas.

-Supongo que será inútil que te diga que el aspecto de esa mujer no ha tenido

nada que ver con mi decisión de traerla aquí.

-Supones bien. Pero puedes intentar convencerme.

Suspirando, Roan se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo.

-Es que está tan condenadamente sola... A veces me confunde e irrita con sus bravuconerías y sus aires prepotentes y aristocráticos. Pero otras veces la veo tan desvalida que me entran ganas de acunarla como si fuera un bebé. Algo extraño está pasando con esa mujer, algo que no me ha contado, y hasta que lo descubra no pienso perderla de vista. Está bajo mi responsabilidad y punto. Lo demás no me importa.

-Oh, diablos -masculló Kane-. Ya está. Estás perdido.

-¿De qué estás hablando?

-Si no lo sabes tú mismo, yo no pienso explicártelo. Sigo pensando que deberías enviarla a la sala de detenidos del hospital de Baton Rouge hasta que vuelva el juez. Pero supongo que esa opción está descartada.

-No puedo darle la espalda, Kane. Tengo que cumplir con lo que considero que es mi obligación, al margen de lo que el pueblo, o mi familia, pueda pensar.

-Me parece justo -repuso su primo, palmeándole un hombro-. Pero ya sabes que puedes llamarnos cuando quieras, si lo ves necesario. No tienes por qué enfrentarte a esto solo.

-Lo sé. Gracias -de todas formas, Roan sabía que era altamente improbable que pidiera ayuda a sus primos.

Llevaba demasiado tiempo solo y no le entusiasmaba la perspectiva de una intervención familiar ni en su vida ni en sus decisiones.

Kane se acercó a la puerta del conductor. Con un pie en el salpicadero, se volvió para mirarlo: -¿Has sabido últimamente algo de tu padre? Su tono de voz había sonado tan natural que a Roan casi le pasó desapercibida la preocupación que ocultaba.

-Lo último que sé es que aún sigue en Las Vegas. Ya sabes cómo es. Ni llama ni escribe: simplemente aparece cuando menos te lo esperas.

-La otra noche dieron un reportaje en la televisión sobre la gente mayor que se engancha al juego. Parece que empiezan con los bingos como una forma de entretenerse. Espero que no acabe jugándose la herencia de su nieto.

-Papá no es tan irresponsable. -Me alegro de oír eso.

-¿Sabes algo nuevo sobre el proyecto de instalación del barco-casino?

-Parece ser que el alcalde está intentando adelantar el plebiscito para que la oposición no tenga tiempo para organizarse.

-Mal asunto.

En el desagrado que sentía Roan por aquel proyecto no intervenían razones morales: habría sido capaz de defender hasta la muerte el derecho de cualquier hombre a derrochar su dinero, si así le apetecía. A lo que se oponía era al enriquecimiento personal de los especuladores, aparte de que la actividad del casino podía conllevar un aumento en los niveles de delincuencia. Turn-Coupe era una comunidad tranquila y decente, y Roan estaba decidido a que siguiera siéndolo.

Kane asintió.

-La otra noche estuve cenando con el juez de distrito de Natchez. Desde que los casinos fueron autorizados, los índices de delincuencia han subido varios puntos. Sobre todo los de robos a mano armada.

-Dentro de unos días tengo programada una reunión con el alcalde para advertírsele. Me gustaría contar con el respaldo de algún que otro lince judicial como tú -le dijo Roan.

-Melville y yo te respaldaremos. Veré lo que puedo hacer con los demás.

Melville era el socio de bufete de Kane, y la influencia de su primo en el resto del colegio de abogados era grande.

-No puedo pedir más.

-No tendrás que hacerlo -le aseguró Kane mientras se sentaba al volante. Todavía se lo quedó mirando fijamente por la ventanilla antes de añadir, sonriente-: Es realmente guapa, ¿verdad?

-Sí. Increíblemente guapa. Su primo se echó a reír.

-Esta mañana temprano oí a Regina hablando con April. Estaban buscando un pretexto para hacerte una visita. Algo acerca de una sopa de pollo o de marisco, aunque pensaban reducirle el picante por consideración hacia tu huésped.

Roan advirtió que su «detenida» había ascendido a la categoría de «huésped». Definitivamente, Kane estaba cambiando de opinión al respecto.

-Diles que esperen hasta la semana que viene. Donna no está todavía lo suficientemente recuperada como para recibir visitas.

-Luke y April quieren celebrar pronto una fiesta en honor de nuestro retoño. Todo el mundo asistirá.

-¿Qué crees que dirían si vieran aparecer a mi detenida esposada? -le preguntó Roan, irónico-. Creo que no sería una buena idea.

-Teniendo en cuenta el hábito familiar de raptar a nuestras mujeres... por su propio bien, por supuesto... podría resultar incluso natural. Tu Donna encajaría bien en ese perfil.

-No es «mi» Donna -replicó Roan con énfasis.

-Sólo era una manera de hablar -Kane encendió el motor y se alejó por el paseo... sin dejar de sonreír.

Capítulo 6

Roan no volvió al pueblo. Todavía no había elaborado un programa de seguridad para Donna, así que se encargó del primer turno de guardia para evitar tener que asignárselo a un agente de servicio. De todas formas, tenía papeleo pendiente que hacer. Sería una buena oportunidad para ello.

Pero cada vez que intentaba concentrarse recibía una llamada del localizador o del teléfono. O era Sherry informándole de algún asunto menor o era el agente de turno con alguna pregunta. Sabía que el hecho de que dependieran tanto de él era culpa únicamente suya. Ojalá hubiera delegado sus numerosas responsabilidades para

que no tuvieran que molestarlo con tantos detalles.

El dormitorio principal de Dog Trot estaba presidido por un antiguo retrato al óleo de sus tatarabuelos. Roan se quedó contemplando distraídamente la pintura. Sus antepasados tenían una pose tan rígida y formal que le resultaba casi imposible imaginárselos rompiendo aquel hieratismo para ponerse a engendrar herederos. Viéndolos, pensó en lo difícil que resultaba conocer a la gente más allá del aspecto que presentaban ante el mundo.

Donna, por ejemplo. Podía imaginársela fácilmente vestida de largo y con la melena recogida en un elegante moño. Habría hecho un gran papel en el Baile del Río Pirata que cada verano se celebraba en Turn-Coupe. Era una pena que ya hubiera tenido lugar, porque indudablemente ya no seguiría allí para el año siguiente. Habría estado impresionante con un corpiño con escote, lo cual le hizo recordar el momento en que tuvo que cortar la camiseta de seda para dejar al descubierto su herida. En aquel momento apenas se había fijado en sus senos perfectos, pero desde entonces la imagen no había dejado de asaltar sus sueños.

Maldijo entre dientes, consciente del efecto que aquellas imágenes estaban obrando en su cuerpo. Había transcurrido mucho tiempo desde que tales involuntarias reacciones habían constituido un problema. Con los años, había aprendido a enterrar sus necesidades físicas bajo toneladas de trabajo. Acudía a su oficina instalada en el tribunal de justicia, resolvía problemas, hacía sus patrullas, volvía a casa para cuidar de Jake, dormía y regresaba luego a la oficina. Se había acostumbrado a pensar en sí mismo como en un hombre demasiado ocupado para tener una vida propia, y mucho menos para experimentar inconvenientes inclinaciones sexuales. Su detenida lo había sacado de su error al demostrarle que ni siquiera merecía la pena seguir intentándolo.

Súbitamente irritado, lanzó a un lado el bolígrafo y se levantó del sillón. Necesitaba una taza de café. De camino a la cocina, se detuvo para echar un vistazo a Donna. Seguía durmiendo con una elegancia y una gracia tan inconscientes, tan naturales, que sintió una extraña opresión en el pecho mientras la contemplaba. Su estancia en el hospital había sido tan traumática que debía de haberla dejado agotada. Allí, en Dog Trot, podría finalmente descansar. Era un pensamiento tranquilizador.

Jake estaba en la cocina preparándose un gigantesco bocadillo cuando bajó su padre. Alzando la mirada, le preguntó si quería que le hiciera uno. Roan negó con la cabeza, sonriendo.

-¿Sigue dormida? -le preguntó el chico, señalando con la cabeza el dormitorio del piso superior. -Sí. Supongo que todavía necesita mucho descanso.

-Mala cosa. Si lo que quieres es interrogarla, claro.

Roan se sirvió café en su taza favorita, la que le había regalado su hijo por Navidad cuando sólo tenía seis años. Las palabras El mejor papá del mundo casi se habían borrado con el uso, pero se había habituado a ella.

-Ya estuvimos hablando un poco. -¿Ha recordado algo más?

-No -se sentó a la mesa, frente a su hijo, en lugar de subir a su despacho. Intuía que algo le rondaba la cabeza. Lo conocía demasiado bien.

-Es una mujer muy... elegante. -¿Eso crees?

-¿A ti no te lo parece? -inquirió Jake a su vez, sonriendo.

-Bueno, yo no la calificaría precisamente así - repuso Roan-. Creo que es algo más que eso.

-Ya lo sabía.

-¿De veras?

-Claro. Es tu tipo: de clase alta, independiente... y con problemas.

-Vaya -exclamó Roan, divertido-. No sabía que fuera tan transparente.

-Y no lo eres, al menos para los demás -replicó Jake, echándose el pelo hacia atrás-. Conmigo es distinto.

Era una típica observación suya. Roan pensó que Jake era un gran chico, aunque ciertamente era un verdadero misterio que hubiera salido así. Sin ninguna idea previa sobre cómo educarlo tras el abandono de Carolyn, había intentado hacerlo lo mejor posible, recurriendo a la ayuda de las mujeres mayores del clan familiar y por supuesto a sus propios padres, que por aquel entonces residían en Dog Trot. Aparte de eso, había puesto en práctica la regla de los Benedict para convertir a los niños en adultos honrados y decentes: trabajo regular y responsabilidad, disciplina siempre que era necesario, rienda suelta fuera de casa... y muchísimo cariño.

-¿Y tu tipo cuál es? -inquirió Roan, a la defensiva-. ¿Cyndi Frazier? -Cyndi era la hija de un criador y preparador de caballos de la localidad, y Roan había advertido que Jake siempre encontraba alguna excusa para asistir a la subasta de potros del sábado por la noche.

- Uf, papá...

-Ya sabes que los actos de una persona cuentan tanto como su aspecto. ¿Qué tal es esa chica? -Trabajadora. Encantadora. Y le gustan los animales tanto como a mí.

Roan no insistió. Después de todo, Jake ya tenía una experiencia de primera mano con lo que había querido decirle. Su madre había sido una joven en cantadora pero terriblemente frágil, que siempre había proyectado la imagen de una mujer sobrepasada por los problemas de la vida. Y esos problemas habían acabado con ella, o casi. Con respecto a su hijo, más que abandonarlo, se lo había regalado a su padre. «Jake es un Benedict», le había dicho, «y se merece ser educado como tal». Roan, a pesar de todo, se había sentido agradecido por ello.

De cuando en cuando se preguntaba si no debería haberse esforzado por encontrar una nueva madre para su hijo. Jake no parecía resentirse de aquella carencia, aunque después de visitar a Carolyn o de hablar por teléfono con ella solía quedarse callado, taciturno. Aparte de asistir a las clases del instituto, se pasaba los días enteros con los animales. Había desarrollado una enorme afición por ellos desde los siete años, con la ayuda de su abuelo, que por aquel entonces aún residía en Dog Trot, y posteriormente con la del propio Roan. A esas alturas había reunido una colección de animales propios que cuidaba bajo su propia responsabilidad: siete vacas de carne, un jamelgo que solía montar con sus amigos en verano, unas cuantas gallinas ponedoras, dos cabras, un cerdo y los perros de caza que tanta fama daban a Dog

Trot. Los beneficios de la cría, entrenamiento y venta de los perros iban a parar a un fondo aparte destinado a financiar su educación. Jake quería ser veterinario como su primo, aunque durante los últimos años, Clay había intentado desviarlo hacia la fotografía de naturaleza. El veterinario de equinos del pueblo estaba pensando en jubilarse. Si Jake lograba ocupar su puesto en régimen de prácticas, podría quedarse en Turn-Coupe. Y la larga tradición de los Benedict residiendo en Dog Trot continuaría perpetuándose.

Jake bebió un trago de leche para pasar un bocado. Aparentemente concentrado en su bocadillo, volvió al tema anterior:

-Y ahora que esa Donna está aquí... ¿cuánto tiempo se va a quedar?

-No lo sé. Lo que haga falta.

-No me parece una delincuente. ¿Vas a acusarla de algo?

Roan le había explicado la situación con detalle. -Yo no, personalmente -lo miró por encima del borde de la taza-. Eso es cosa del juez.

-Pero tú serás quien la meta en la cárcel. -Estuvo involucrada en un delito. Hay pruebas. -Ya. Es tu deber -repuso Jake con tono cansino, como si hubiera escuchado aquella frase mil veces antes-. Pero... ¿y si tu intuición te dijera que ella no es culpable?

-Mi intuición no tiene nada que ver en esto. -Claro.

-Hablo en serio -insistió Roan-. Mi trabajo es respetar y defender la ley, y no manipularla o forzarla en función de lo que yo considere bueno o malo, justo o injusto.

-Supón que ella sea tan inocente como asegura. Supón que le han pasado realmente todas esas cosas malas y ahora tú consigues empeorar su situación. ¿Cómo te sentirías cuando descubrieras que ya es demasiado tarde?

-No importa cómo me sienta o deje de sentirme yo. La ley prioriza el bienestar de la mayoría al bienestar de unos pocos. No es un sistema perfecto, pero suele funcionar. Puede que el tribunal la deje libre y sin cargos, porque el juez de distrito decida que estaba bajo coacción o porque no pueda aportar ninguna prueba definitiva: en cualquier caso, tendrá que atravesar todas las fases del proceso judicial.

Su hijo se lo quedó mirando durante un buen rato.

-Eres duro -comentó al fin, sacudiendo la cabeza.

-Sí. Este trabajo tiene cosas que no son agradables.

-¿Y otras sí? ¿Como por ejemplo cuidar de Donna?

Había llegado por fin al corazón del asunto: Jake quería saber por qué su padre había traído a una detenida directamente a su casa.

-Eso podría tener sus compensaciones.

-¿Se supone que tengo que pensar que vas a aprovecharte de ella? -el chico soltó un resoplido de escepticismo-. En cualquier caso, apenas puede moverse. Tendrás que ayudarla a levantarse de la cama, a cambiarse de ropa, quizá incluso a bañarse...

A Roan se le puso la carne de gallina al escuchar todo aquello.

-El objetivo principal es que esté segura y cómoda. Aunque soy consciente de que eso entrañará trabajo suplementario para nosotros.

-¿Nosotros? -inquirió Jake, desconfiado. -Cal estará aquí vigilando mientras yo esté en el pueblo, a partir de mañana. Pero otra cosa es que haga de asistente. ¿Tienes tú alguna idea al respecto?

-¿Llamar a tía Vivian? -sugirió, esperanzado. Roan sacudió la cabeza, sonriendo.

-Ni hablar.

-Diablos, papá. ¿Eso quiere decir que yo...? -Piensa en ella como si fuera uno de tus animales heridos. Procura que tenga de comer y beber, asegúrate de que tome sus antibióticos y hazle compañía si lo necesita.

-He advertido que no has mencionado el detalle del baño.

-Eres demasiado sagaz -replicó Roan-. Al menos para tu edad.

Jake sonrió con expresión astuta.

-Si esa mujer fuera uno de mis animales... pediría ayuda a Clay.

-Ni hablar.

Aparte de su aspecto, Clay tenía algo en su carácter que atraía a las mujeres como las moscas a la miel. Últimamente había causado un buen revuelo durante la presentación de su último volumen de fotografías del lago Horseshoe y sus marismas.

-Vamos, a él le encantaría... -añadió el chico. -No lo dudo -murmuró Roan-. Mantendremos este asunto en el más estricto círculo familiar. Sólo es una mujer. Podremos arreglárnoslas.

Jake soltó un profundo suspiro. -Eso espero.

Se hizo un silencio. Mientras se prolongaba, Roan empezó a sentirse intranquilo. Era un instinto que había aprendido a no ignorar. El origen siempre resultaba demasiado difícil de averiguar.

-Bromas aparte, hijo, éste es un asunto serio. Es posible que los tipos que estaban con Donna aparezcan cuando descubran que se encuentra aquí.

-Mantendré los ojos bien abiertos y las puertas y ventanas bien cerradas.

-Bien. Pero puede que no sea suficiente. Gracias al ejercicio físico al aire libre, Jake era un chico fuerte para su edad. Pero no sería rival para un adulto con experiencia y malas inclinaciones. -Cal está armado y pasará aquí todo el día - dijo Jake-. Y tú estarás por la noche. Yo no veo el problema.

-Yo tampoco lo espero -repuso Roan-. Porque si lo esperara, no me arriesgaría. Esos tipos salieron del hospital con el rabo entre las piernas. Sólo quería que fueras consciente del peligro.

El chico terminó su bocadillo y apuró su vaso de leche.

-No tendré que quedarme todo el tiempo aquí, ¿verdad? ¿Podré seguir haciendo excursiones en moto?

A Jake le apasionaban los bosques y el lago cercano a la casa: a menudo hacía excursiones a pie o con su moto de montaña hasta sus lugares favoritos o a casas de amigos y familiares. Roan asintió.

-Pero si llevas cuidado. Y si me avisas a mí o a quien sea de adónde vas y cuándo estarás de vuelta.

-Descuida.

Roan creía haber impresionado lo suficiente a su hijo con la seriedad de la situación: al menos lo suficiente para su propia seguridad. Ahora sólo faltaba convencer a Donna.

Nada más verlo aparecer con su cena, Tory adivinó que Roan planeaba algo. Sus modales eran demasiado delicados y su solicitud sospechosamente extremada. Aceptó la bandeja con pollo, ensalada y té con hielo, pero se negó a tomar analgésicos. Intuía que iba a necesitar la cabeza despejada para lo que se avecinaba.

Se estaba tomando el té cuando Roan le soltó la pregunta. Se atragantó y empezó a toser.

-¿Que yo qué?

-Ya me has oído. Me he ofrecido a lavarte con una esponja de baño por las noches, antes de que te acuestes.

Una esponja de baño. Se imaginó tendida boca arriba mientras el sheriff deslizaba una esponja húmeda por su cuerpo desnudo... en el más íntimo de los rituales. Ni siquiera había permitido a las enfermeras del hospital que le hicieran eso.

-Ni hablar.

-Es una sugerencia perfectamente razonable - repuso Roan a la defensiva-. Puede que no puedas arreglártelas sola, y no hay nadie más que pueda echarte una mano. A no ser que prefieras que lo haga Jake.

-Lo que preferiría es hacerlo yo sola, muchas gracias -afirmó con tono rotundo-. Aunque lo que realmente me gustaría es una buena ducha caliente, con gel y champú.

Roan sacudió la cabeza.

-El doctor Watkins me mataría si permitiera que te mojaras el vendaje.

-No veo qué es lo que tiene que decir ese hombre sobre la manera que yo elija de bañarme.

-Tú no lo conoces. Es un médico de la vieja escuela, piensa que los pacientes deberían quedarse en la cama durante años, esperando mano sobre mano: en su opinión, los hospitales modernos dan las altas demasiado pronto. Sus instrucciones fueron lavatorios con esponja de baño durante los próximos días.

-Y se supone que tú tienes que encargarte de ello.

-No exactamente. Pero después de haberte traído aquí, lo menos que puedo hacer es echarte una mano.

Su voz destiló un rastro de ironía, pensó Tory, como si se hubiera atrevido a acusarlo de querer verla desnuda. Desvió la mirada.

-Me da igual. De todas formas, tomaré esa ducha.

-Entonces tendré que acompañarte. -iNi en sueños!

-No puedes exponerte a desmayarte de nuevo. Podrías hacerte daño.

Sabía que se estaba burlando de ella. Y que estaba disfrutando de ello.

-Sólo será unos minutos -insistió Tory-. Y tendré mucho cuidado.

-¿Qué pasa con tu hombro? -objetó él-. No podrás echarte tú sola el champú.

-Te recuerdo que tengo una mano sana -alzó la mano y movió los dedos para demostrárselo. Roan miró las marcas rojizas que le habían dejado las ligaduras en las

muñecas. Entrelazó luego los dedos e hizo sonar los nudillos.

-Y yo dos. ¿No dicen que dos son siempre mejor que una?

-Eso depende -repuso ella. -¿Ah, sí? ¿De qué?

-¿De tu experiencia, quizá? -sugirió Tory, y se quedó consternada en el preciso instante en que terminó de pronunciar las palabras. Lo último que necesitaba era conocer el historial femenino de aquel hombre.

Una expresión de diabólica diversión cruzó por el rostro de Roan.

-Puede que mi experiencia sea limitada, pero creo que podré arreglármelas. Veamos, ¿cómo lo haría? Creo que empezaría por tu rostro, evitando cuidadosamente los moratones para no hacerte daño. A partir de aquí, con una esponja húmeda y bien caliente, seguiría con el cuello y con...

-Está bien -se apresuró a interrumpirlo-. Estoy segura de que un cuerpo es igual que cualquier otro cuando se trata de bañarlo.

-En eso te equivocas -Roan se echó a reír, sinceramente divertido-. El tuyo no se parece al mío. -Bueno, pero aun así...

-¿Estás dudando de mis capacidades?

-Es sólo que... ino lo sé! -aquel cambio de humor la había desconcertado tanto que ya no sabía ni lo que estaba diciendo.

-¿No? ¿Por dónde iba entonces? -se acercó hasta sentarse en la cama. Estirando una mano, le recogió delicadamente un mechón detrás de la oreja. No la retiró en seguida, sino que se entretuvo en acariciarle fugazmente la curva del cuello, el hombro y el brazo sano-. Como te decía antes, habría empezado por la cara... ¿y luego? No me gustaría perderme ninguna zona de tu cuerpo. Llegaría con la esponja hasta el último centímetro de tu piel, tus dedos, la palma de la mano, la muñeca, el brazo...

Tory podía sentir la aceleración de su pulso y el calor que la recorría por dentro, concentrándose en la parte baja de su cuerpo. Observaba con los párpados entrecerrados el recorrido de su mano por los lugares que le iba mencionando. Tras acariciarle la palma y el pulso que latía en su muñeca, evitando las costras de las heridas, continuó hacia arriba por la cara interior del brazo.

Hasta que bruscamente volvió a la realidad. Agarrándolo de la muñeca, le ordenó:

-Quieto. Si sigues adelante, te mojarás el uniforme.

Roan se la quedó mirando, desaparecida ya toda diversión de su rostro.

-Puedo cambiármelo.

-Pero no al hombre que va debajo.

-Te prepararé el baño -anunció, levantándose bruscamente.

En cierto modo aquello había sido una victoria, pero Tory no estaba de humor para alegrarse. Esperó hasta que oyó el agua de la bañera y se sentó en la cama para colocarse bien el camisón. Luego se quedó sentada en el borde, esperando pacientemente. Roan salió poco después.

-Esperaré en la puerta. Sólo por si acaso.

Tory había estado a punto de pedírselo. Nada más levantarse, se tambaleó.

-¿Puedes andar? -inquirió él, dando un paso adelante para sujetarla de un brazo.

-Llevo días caminando sola hasta el cuarto de baño -replicó con tono cortante.

Roan no hizo comentario alguno, pero tampoco la soltó. Solamente lo hizo después de dejarla sentada en el taburete que había al lado de la bañera.

-Tienes a mano todo lo que necesitas excepto el champú -le dijo-. La verdad es que no sé cómo te las vas a arreglar para echártelo.

Tory pensó que era mejor dejar de insistir. Ya había tentado demasiado al diablo.

-Está bien, gracias.

Roan asintió y volvió al dormitorio, aunque dejó la puerta sin cerrar. Tory lo oyó sentarse en el butacón de la esquina. El agua estaba deliciosamente caliente. Se metió en la bañera y se reclinó lentamente sobre el cómodo respaldo, con los ojos cerrados. El agua le llegaba hasta la cintura mientras sentía cómo su tensión se desvanecía como un pedazo de hielo bajo el sol tropical. No había sido consciente de lo mucho que había necesitado aquello. Si no hubiera sido por Roan, habría podido pasar perfectamente allí toda la noche.

Sintió el impulso de enjabonarse primero el pelo, pero lo dominó. Johnnie le había lavado la cabeza en el hospital, dos días atrás, y tendría que conformarse con esperar un poco. Mientras deslizaba la esponja por su cuello y el hombro sano, no pudo evitar pensar en el electrizante contacto de la mano de Roan sobre su piel. Al parecer, el sheriff ocultaba una curiosa vena sensual. Se preguntó qué más escondería detrás de aquella estrella y de su estricto código del deber y del honor.

No le importaba gran cosa, por supuesto. No estaba interesada en Roan Benedict como hombre, al igual que él no estaba interesado en ella más allá de su condición de detenida. Para Roan no era más que otro deber que cumplir con eficiencia y responsabilidad. Un pensamiento, mal que le pesara, ciertamente deprimente.

Se sentó derecha para poder enjabonarse los pies. Al hacerlo debió de apoyarse demasiado en el brazo dolorido, porque una fuerte punzada de dolor le atravesó el hombro. El codo se le resbaló en el borde y se cayó de lado, salpicando agua y mojándose el vendaje. Murmuró una maldición. Inmediatamente se incorporó para recoger la toalla que descansaba sobre la banqueta y envolverse en ella a toda velocidad.

La puerta se abrió de golpe y Roan apareció en el umbral.

-¿Qué ha pasado? -preguntó, deteniéndose en seco.

Tory se ruborizó de la cabeza a los pies. Sobre todo cuando vio el recorrido de la ardiente mirada del sheriff. Durante unos segundos interminables, ninguno de los dos se movió. Luego Tory procuró ajustarse mejor la toalla para que le tapara todo el cuerpo.

-Nada. Simplemente me ha costado un poco levantarme -mintió.

-Te has caído. -Te juro que yo...

No la dejó terminar ya que, sin decir palabra, se acercó a ella y la levantó en brazos para sacarla de la bañera. De vuelta en la habitación, la depositó suavemente sobre la cama y empezó a secarla con movimientos rápidos, eficientes. Acto seguido la

cubrió con una sábana y le sacó la toalla por debajo. Y allí quedó Tory, completamente desnuda bajo las sábanas, acostada.

Vio que se había empapado la parte delantera del uniforme, de modo que podía distinguir el dibujo de los músculos de su pecho. Ya se lo había advertido ella...

-Debí haber adivinado que necesitarías ayuda para salir de la bañera -comentó con tono tranquilo, las manos apoyadas en las caderas-. Está demasiado alta.

-Yo no te la había pedido -fue la mejor respuesta que se le ocurrió en aquel momento.

-En cualquier caso, debería haberlo previsto. Tory frunció el ceño, sorprendida por su expresión de preocupación. No había imaginado que pudiera tomarse su responsabilidad tan en serio.

-La culpa no es tuya, ¿de acuerdo? -intentó apoyarse sobre un codo-. Tú me lo advertiste y yo no te hice caso. Fin de la historia. El problema es que se me ha mojado el vendaje. Supongo que tendrás que llamar al doctor Watkins para que nos mate a los dos.

Roan se la quedó mirando durante un momento hasta que una sonrisa afloró lentamente a sus labios.

-Ni hablar. Te lo cambiaré yo mismo. Si tú no dices nada, yo tampoco.

-Trato hecho -sacó su mano sana de debajo de las sábanas y él se la estrechó rápidamente antes de abandonar la habitación.

Roan regresó segundos después con un equipo de primeros auxilios que dejó sobre la mesilla. Al ver lo que pretendía, Tory bajó los pies de la cama y, bien envuelta en la sábana, se levantó.

-Cuidado. No queremos que sufras más de lo que ya has sufrido.

«Por supuesto», se dijo Tory para sus adentros, irónica. El objetivo de aquel sheriff era procurar que se recuperara cuanto antes para llevarla a prisión. El suyo era curarse y salir de aquella vetusta mansión y de aquel pueblucho. Y para ello necesitaba a Roan Benedict, pero sólo hasta entonces.

-Esto puede que te duela -le advirtió mientras empezaba a retirar el esparadrapo.

-Ya he pasado por esto antes, si mal no recuerdas -repuso ella y añadió-: Has recibido preparación médica, ¿verdad?

Roan le lanzó una rápida mirada mientras terminaba de retirar un esparadrapo y empezaba con otro. -¿Cómo lo sabes?

-Esas cosas se notan.

-Nuestra comunidad dispone de un equipo sanitario, policías, bomberos y personal voluntario que son los primeros en aparecer en caso de incendios, accidentes y demás emergencias. Yo formo parte de ese equipo.

-¿Cuántas vidas has salvado? Además de la mía, por supuesto.

-Oh, decenas...

La respuesta parecía exagerada, como si fuera una broma, pero Tory no se dejó engañar. El sheriff tenía las orejas coloradas, indicio de que ella había vuelto a

incomodarlo obligándole a reconocer sus méritos o sus capacidades. Quizá debido a su estado de indefensión, le gustó la sensación de poder que aquello le proporcionaba sobre él.

-Cuéntame algún caso. Roan negó con la cabeza. -Sería demasiado aburrido. -Déjame que sea yo quien lo juzgue.

Decidió satisfacerla. Mientras hablaba, le fue retirando el vendaje húmedo para ponerle uno limpio. Le había bajado lentamente la sábana para poder ponerle el espadrapo. Al hacerlo le descubrió el seno hasta donde nacía apenas la areola del pezón. Tory se estremeció de la cabeza a los pies, pero intentó resistir. Debido a su labor en el equipo de emergencias, indudablemente estaría acostumbrado a ver cuerpos desnudos. Y desde luego, hasta el momento, ya había visto bastante del suyo.

Se quedó callada, y él también. Cuando lo miró, vio que su mirada estaba concentrada en la zona de debajo de la axila, cerca del nacimiento del seno.

-Esto parece una antigua cicatriz -comentó con tono perplejo mientras recorría con un dedo la fina línea.

Tory había esperado que, dada su mentalidad de caballero sureño, Roan se habría mostrado lo suficientemente discreto como para disimular su curiosidad.

-«Es» una cicatriz.

-Pero apenas se nota -añadió él-. El cirujano hizo un buen trabajo.

Continuó delineando la línea blanquecina cerca del pecho. La sensación de cosquilleo le puso la carne de gallina. Al mismo tiempo, los pezones se le endurecieron bajo la tela, a escasos centímetros de sus dedos. En un acto reflejo, intentó retirar la mano para poder ajustarse la sábana.

Roan no se resistió, pero en la mirada que le lanzó, Tory descubrió cierta curiosidad mezclada con algo mucho más personal, más vital. La deseaba. Un impulso férreamente controlado, pero evidente en sus pupilas dilatadas, en la tensión de sus rasgos.

Se quedó sin aliento. Le temblaron los dedos mientras procuraba sujetarse la sábana.

-Es cirugía estética, ¿verdad? -inquirió Roan con tono cuidadosamente indiferente.

Tory suspiró: evidentemente el sheriff no estaba dispuesto a ceder. Tragó saliva, tentada de evitar el tema fingiendo una falta absoluta de memoria. Pero ya había tentado demasiado la suerte con aquel hombre. No merecía la pena correr el riesgo. -Aumento de volumen de senos, supongo. -¿De senos?

-Muchas mujeres lo hacen en estos tiempos, sheriff. Y parece que una mayoría de hombres lo valoran.

-¿Cambiar el cuerpo para complacer a un hombre? Eso es cuestión de opiniones. La mía no, desde luego. Pero tuviste que operarte hace mucho tiempo, porque la cicatriz está casi borrada.

-Probablemente cuando estaba en el instituto - respondió, diciéndole la verdad pero sin parecer que lo había recordado.

-¿Tan joven? Dios mío...

Tory estuvo a punto de darle la razón. La cirugía estética había sido una moda irresistible entre sus compañeras de estudios, una manera de emular a sus madres, de entrar en el mundo de la gente rica y sofisticada. Y ella siempre había estado deseosa de equipararse a sus amigas. Esas amigas y compañeras habían sido su único consuelo durante los largos años que había pasado en el internado. Por supuesto, lo de internarla le había parecido a Paul Vandergraff una excelente idea. Cualquier cosa con tal de quitársela de en medio.

-Supongo que lo haría para sentirme mejor conmigo misma -reconoció al fin-. Como la mayoría de las mujeres.

-¿Para sentirte más atractiva? -¿Tiene eso algo de malo?

Roan se levantó y recogió su equipo de primeros auxilios.

-Eres una mujer muy bella, y debiste de haber sido una chica preciosa. No puedo creer que necesitaras realmente ayuda artificial -su voz había adquirido un tono aterciopelado-. Además, tampoco tienes por qué ser perfecta. Puedes estar segura de que el resto del mundo no lo es.

El sheriff acababa de descubrirle una faceta insospechada de su personalidad. Según Voltaire, la perfección se alcanzaba gradualmente, con el tiempo. Pero eso había sido en el siglo dieciocho. En el mundo actual, la mayor parte de la gente creía que la juventud y la belleza eran la perfección suma, y que el tiempo precisamente la echaba a perder. Podía disculparse explicándole que en su caso se había tratado de un problema de inmadurez, pero eso no habría sido del todo cierto.

Porque había necesitado atención. Le había dado igual que esa atención procediera de su padrastro, de sus amigas o de los chicos que habían empezado a rondar las puertas del internado. La había buscado y habría sido capaz de hacer lo que fuera para conseguirla. Creía haber dejado atrás aquel impulso, aunque era imposible estar segura.

Roan la estaba observando atentamente, con cierta expresión crítica. ¿Pero qué le importaba a ella lo que pensara? Él no era una mujer. Él nunca se había sentido obligado a satisfacer las expectativas de los demás.

-¿Qué es lo que estás mirando? Ah, te estás preguntando si también me he hecho cirugía facial. Pues bien, no es así. Al menos no me quedan cicatrices que lo demuestren.

Roan sacudió lentamente la cabeza.

-Sólo me estaba preguntando si es posible descubrir a la verdadera mujer que se oculta detrás de tanta falsa apariencia.

Sinceramente, Tory esperaba que no. La verdadera mujer que se escondía en su interior era un manojo de nervios, un ser confuso que ni siquiera sabía lo que iba a hacer durante los próximos días de su vida, y mucho menos en los años que le quedaban por delante. Aunque tampoco esperaba que él lo comprendiera, por supuesto. Aquel hombre no sabía nada de su íntimo miedo a convertirse en alguien muy parecido a su madre, una mujer atormentada de que siempre la hubieran querido por su fortuna o

por su aspecto, y no por la persona que llevaba dentro. Suspirando profundamente, contestó:

-Lo dudo.

Roan recogió su equipo de primeros auxilios y se dirigió hacia la puerta. Con una mano en el picaporte, murmuró en voz baja, casi para sí mismo:

-Es una lástima. Una verdadera lástima.

Capítulo 7

El sonido del interruptor y una súbita claridad sacó a Tory de su profundo sueño. Abrió un ojo. Roan acababa de entrar en la habitación, recién afeitado y perfectamente despabilado a aquella hora de la mañana.

Tory soltó un gemido y se cubrió la cabeza con la sábana.

-La hora del café -anunció Roan de buen humor, acercándose a la cama.

-Me estás torturando, ¿verdad? -pronunció debajo de la sábana-. Crees que si me despiertas cada media hora, acabaré desmoronándome y te contaré todo lo que sé.

-Sólo han sido un par de veces durante la noche. Había que darte el antibiótico. Además de que tenía que echarte un vistazo.

-Para asegurarte de que seguía aquí, claro -replicó, volviendo a sacar la cabeza. Como si pudiera marcharse a algún sitio por su propio pie...

-Para asegurarme de que no se te había vuelto a abrir la herida, de que no tenías fiebre... o de que no habías vuelto a caerte en el cuarto de baño.

Aquel recordatorio no la entusiasmó demasiado. -Muchas gracias -dijo mientras cerraba los ojos y dejaba caer nuevamente la cabeza en la almohada-. Estoy bien. Y ahora vete, por favor.

-Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Tory experimentó una punzada de pánico, contra la que luchó en silencio durante unos segundos antes de volver a abrir los ojos.

-¿Te marchas?

-Tengo trabajo que hacer. Pero no te preocupes. Jack estará aquí, y también Cal. Si necesitas algo, lo único que tienes que hacer es dar una voz.

-No estoy preocupada -replicó de manera automática. Era mentira. Se sentía como si la estuviera abandonando. Y el descubrimiento de lo muy dependiente que se estaba volviendo de aquel hombre tampoco le gustaba nada.

-Bien. Entonces estarás perfectamente -dejó la taza de café sobre la mesilla.

Tory giró la cabeza para poder verle la cara. Parecía diferente aquella mañana, como más reservado y frío que de costumbre. Y desde luego mucho más formal: nada que ver con el hombre que había entrado descalzo en su habitación, despeinado, vestido únicamente con unos vaqueros, para darle la medicina y ver cómo estaba. Aquel otro hombre le gustaba mucho más que el sheriff perfectamente uniformado con la

estrella en el pecho y el revólver al cinto. -¿Cuándo volverás?

-Es difícil decirlo, depende de lo que pase en el pueblo. Vendré a echarle un vistazo de cuando en cuando.

Tory no lo dudaba. Desgraciadamente, de poco consuelo le servía.

-Supongo que tendrás que irte por fuerza, claro...

-Vaya -Roan ladeó la cabeza, observándola atentamente-. Eso casi ha sonado como si fueras a echarme de menos.

Su voz tenía un cierto matiz escéptico, como si sospechara que se trataba de otro truco, de una nueva simulación.

-Yo no he dicho eso. -No, no lo has dicho.

-Por favor -suspiró mientras se pasaba la mano sana por el pelo-, yo no soy una persona tan madrugadora como tú. No se me dan bien los juegos de palabras a una hora tan temprana de la mañana.

-Será mejor que te tomes el café antes de que se enfríe.

Con un supremo esfuerzo, se sentó en la cama. Roan se acercó para ayudarla y le colocó otra almohada detrás de la espalda para que se encontrara más cómoda. Tanta solicitud hizo que le remordiera la conciencia. Murmuró un correcto «gracias» y aceptó la taza que le ofrecía.

-Gracias. Y gracias también por tus atenciones durante la noche, a pesar de mis protestas.

-No te preocupes. De todas formas, hoy le toca a Jake. En cuanto a Cal, te aconsejo que no te muestres demasiado amable con él.

-¿De veras? ¿De qué tienes miedo? ¿De que lo seduzca?

-Lo que quiero decirte es que Cal... es una persona bastante susceptible. Es mejor que te evites complicaciones.

-Lo que me estás diciendo entonces es que me mantenga a la defensiva con él.

-Lo que te estoy diciendo es que no intentes ningún truco. Yo soy yo, y Cal es Cal.

Le entraron ganas de sugerirle si no estaría pecando él mismo de susceptible. Pero no se atrevía, dado que se exponía a que la respuesta fuera muy poco agradable para su ego. Al mismo tiempo sintió el impulso de despeinarle la cabeza, de arrugarle la camisa, lo que fuera con tal de volver a descubrir en aquel autómatas al hombre de sangre caliente que se escondía dentro, capaz de sonreír, de bromear, de hacer que se sintiera mejor. Era casi como si tuviera dos personalidades. Mientras permanecía en silencio, Roan continuó:

-Cal estará estacionado a la puerta de casa. En circunstancias normales, no debería molestarte. Jake te traerá la comida y las medicinas, de eso no tienes que preocuparte. Es un chico muy responsable para su edad.

-Me alegro por él.

Roan se la quedó mirando fijamente. -Comprenderás que es mi deber preguntarte si has recordado algo más durante la noche. Tu identidad, edad, número de teléfono, nombre de los padres... cualquier cosa que pueda sernos útiles.

Tory fingió hacer memoria durante unos segundos y negó lentamente con la

cabeza.

-No. Nada.

-Lástima. Si de repente recuerdas algo, o tienes algún problema, avísame inmediatamente.

Sacó una tarjeta de un bolsillo y la dejó sobre la cama, a su lado. En ella figuraba el número de contacto de su oficina.

-¿Esperas algún tipo de problema? -Solamente te estoy aconsejando que lleves cuidado, nada más. Cal es un buen policía. Si no lo fuera, no lo tendría en mi equipo. Pero no necesita distracciones. Está aquí por tu bien, pero también por el de Jake.

El tono sombrío del sheriff contenía una advertencia. Lo había arreglado todo para evitar que su hijo corriera algún tipo de peligro mientras ella estuviera en casa, y si Tory hacía algo para cambiar esa situación, las consecuencias no serían agradables. Detestaba pensar en lo que podrían hacer Espinillas y Orejas si llegaban a enterarse de que estaba sola en Dog Trot con un adolescente y un único agente de policía como guardaespaldas.

Por otro lado, era una sensación extraña tener a alguien para que la cuidara o protegiera. No estaba acostumbrada a ello porque nunca le había sucedido antes: jamás había tenido a nadie. De hecho, la mayoría de la gente que había conocido había antepuesto su propio bienestar al de los demás. Cualquier inclinación altruista quedaba satisfecha con dinero. En ningún momento se planteaban sacrificar su propia comodidad, y mucho menos la seguridad de sus hijos.

-Quizá fuera mejor, después de todo... -pronunció lentamente con la mirada clavada en la taza humeante-... que me llevaras contigo y me encerraras en una celda.

Se quedó callado durante tanto tiempo que Tory se arriesgó a mirarlo. La miraba con el ceño fruncido como sopesando lo que acababa de escuchar, indagando sus razones.

-No lo creo. En cualquier caso, estaré de vuelta por la tarde, si no antes.

Se volvió para dirigirse hacia la puerta. -¿Roan?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. El sheriff se giró lentamente para mirarla.

-¿Por qué estás haciendo todo esto? Me refiero a lo de acogerme en tu casa, cuidando personalmente de mí...

-Creía que eso ya lo habíamos hablado.

-¿Tú crees? Recuerdo algo acerca de la incomodidad del alojamiento carcelario y del enfado del director del hospital, pero eso no lo explica todo. Poca gente es capaz de hacer lo que estás haciendo por mí.

-No es nada.

-¿Tratas así a toda la gente a la que disparas? ¿Es eso?

Roan apretó los labios. -No han sido tantos. -Pero yo no soy la primera.

-Quizá me sienta responsable. Quizá no quiera tener que arrepentirme si, por alguna casualidad, al final resulta que durante todo este tiempo me has estado diciendo la verdad. Quizá...

-¿Qué? -estaba agarrando la taza con tanta fuerza que se le habían quedado dormidos los dedos. Ignoraba por qué, pero era incapaz de relajarse.

-Quizá porque siempre he sentido una especial debilidad por las mujeres bonitas y desafortunadas. Tory se echó a reír: no pudo evitarlo. La idea le resultaba demasiado absurda, demasiado incongruente con el hombre rígido y serio que tenía delante.

-Lo dudo mucho.

-¿Ah, sí? ¿Entonces que te parece esta otra razón? -inquirió Roan, entrecerrando sus ojos grises-. Me gusta retenerte aquí como mi prisionera particular. Y estoy esperando a que te recuperes para decirte exactamente lo que quiero hacer contigo.

Tory se estremeció de la cabeza a los pies. ¿Qué era lo que le había dicho Cal? «Roan es la ley en el distrito de Tunica». Sí, eso era. Pero no había querido ser tan literal. ¿O sí?

Roan se volvió nuevamente hacia la puerta y se marchó, dejándola reflexionando sobre lo que acababa de escuchar así como sobre los acontecimientos de la víspera. Había algo en sus palabras, algún asomo de verdad, pero no conseguía identificarlo. No podía creer que Roan Benedict pudiera sentirse seriamente atraído hacia ella, una mujer que aparentemente representaba todo lo que él despreciaba. De volver a casarse, lo haría con alguna chica de pueblo, modosita y hogareña. Roan no necesitaba para nada a una pobre niña rica que ni siquiera había descubierto quién era o lo que quería de la vida, incluso cuando no se hacía la amnésica.

No: el único propósito de Roan era mantenerla segura en aquella casa. No quedaría nada bien ante su electorado si perdía a una detenida, sobre todo si se le escapaba o la secuestraban sus presuntos propios compinches. No confiaba en ella. No creía en lo que le había dicho. Si se estaba mostrando tan amable y solícito con ella era para evitar que le pusiera las cosas difíciles si intentaba escapar.

¿Pero qué podían importarle a ella sus motivos? El resultado era el mismo: por el momento estaba segura.

Una irónica sonrisa se dibujó en sus labios. Curiosamente, allí encerrada en la casa de Roan, se sentía mucho más segura de lo que se había sentido en años, cuando su mayor temor había sido acabar como su madre, encerrada en una selecta clínica de reposo. Por un instante pensó que quizá fuera precisamente por eso por lo que no había querido salir de allí hasta el fin de sus días: porque en aquella clínica se sentía mucho más segura que en su propia casa, con su marido, su hija y sus amigos. Pero eso, por absurdo, era imposible... ¿o no?

Apuró su café y volvió a colocar la taza sobre la mesilla. Cuando su mirada cayó sobre la tarjeta, la recogió y se quedó pensativa. Roan había cometido un error al traerla allí, ya que le había abierto la puerta a su vida privada. Se sentía mejor a cada segundo, más fuerte y con la cabeza más despejada. Estaba segura de que podría ganarse su confianza hasta que le resultara imposible o acusarla de algo o mandarla de vuelta a Florida. Mientras tanto, aquel sheriff de pueblo sería su refugio y su escudo

durante todo el tiempo que necesitara... hasta que pudiera arreglárselas por su cuenta.

Jake le llevó el desayuno poco después. Mientras le dejaba la bandeja sobre el regazo, Tory lo invitó a sentarse a los pies de la cama.

-¿Has comido? ¿Quieres acompañarme?

-Yo... er... ya he desayunado -respondió Jake, frotándose las manos en los vaqueros como si quisiera salir corriendo de un momento a otro.

-Quédate y habla un poco conmigo, al menos. Estoy cansada de pasarme las horas muertas mirando ese cupido labrado del techo.

El chico mantuvo su expresión levemente recelosa, aunque alzó la mirada al relieve que adornaba el dosel de la cama.

-Se supone que es muy antiguo. Mi bisabuelo se trajo esta cama de Nueva Orleans, antes de la Guerra Civil, río arriba. La estética es bastante fea, pero parece ser que a la gente de aquella época le gustaban esas cosas. ¿Quieres que te traiga unas revistas? -le preguntó mientras miraba la puerta de reojo, claro indicio de que contemplaba el recado como un pretexto para salir de allí.

-Eso sería estupendo. ¿De qué tipo tienes? -Vaya, eso podría ser un problema.

Tory disimuló una sonrisa al ver que el muchacho se ruborizaba hasta la raíz del pelo.

-¿Son revistas de chicas desnudas?

-¡Dios mío, no! Papá me castigaría para toda la vida. Simplemente son de temas que no creo que te interesen -bajó la voz hasta convertirla casi en un murmullo-. Revistas sobre ganado, pesca, caza con arco... Esas cosas.

-Revistas de chicos, entonces. Jake asintió, más animado.

-Pero algunas de las antiguas revistas de mi abuela aún siguen en el ático. Le gustaba leer sobre jardinería, bordado, decoración... esas cosas.

-Cosas que sí que son más de mi tipo -le aseguró Tory.

-Ahora vuelvo -y salió corriendo.

Tory se quedó mirando durante varios segundos la puerta tras la que había desaparecido. Con una sonrisa en los labios, sacudió la cabeza y se concentró en la bandeja. La comida era sorprendentemente sabrosa: lonchas de jamón ahumado con huevos revueltos, tostadas de pan de trigo y mermelada de mora.

Pensó que Roan había tenido razón con lo de su hijo: parecía un chico muy responsable para su edad. Le llevó las revistas que le había prometido y las colocó sobre la mesilla después de limpiar el polvo que las cubría. Eran prácticamente ejemplares de coleccionista.

Cuando se hubo marchado con la bandeja vacía, Tory se puso a hojear un par de ellas. Pero ninguna pareció interesarle lo suficiente, porque al cabo de un rato, hizo la revista a un lado y cerró los ojos.

Nada más despertarse, se quedó mirando el cupido del techo durante unos minutos hasta que se sentó en la cama y recogió su bata. Roan no le había prohibido explícitamente abandonar la habitación. Un arresto domiciliario implicaba libertad de movimientos dentro del recinto asignado siempre y cuando no intentara escapar...

La casa estaba silenciosa. Las viejas tablas de suelo crujían bajo sus pies. No se oían las habituales señales de vida en toda casa moderna: ni radio, ni televisión, ni móviles. Los muebles antiguos y las alfombras orientales del piso bajo le producían la impresión de encontrarse en otro siglo. Aquella luz tenue que entraba por los balcones, a uno y otro lado del largo corredor, poseía un halo de intemporalidad, de eternidad.

Era una sensación extraña aunque reconfortante por su aura de permanencia. Por un fugaz instante casi deseó que el tiempo se detuviera y todo quedara así, tal como lo estaba viendo. Se preguntó si sería eso mismo lo que sentirían Roan y Jake cuando pensaban en las generaciones de Benedict que habían habitado aquella mansión antes que ellos.

Se asomó al salón que se abría a la derecha de la puerta de entrada, la que comunicaba con la escalera exterior. Caminando descalza por la alfombra, contempló asombrada las elaboradas molduras del techo y el gran medallón central del que colgaba la araña de cristal. Años de castigo implacable del sol habían deslucido los pesados cortinajes de las ventanas. La habitación entera semejaba un museo. Las pocas cosas que le habrían dado un carácter más invitador, las plantas, los tapetes de mesa, los bibelots o los pequeños adornos habían desaparecido. Al parecer, una cama antiquísima y el retrato de un antepasado colgando encima de la chimenea. El escáner de la policía que descansaba en una esquina delataba a su ocupante. Era una habitación hermosa en su estilo tradicional; en cuanto a comodidades modernas, disponía de las mínimas indispensables. Tory no se molestó en entrar.

Al final del corredor estaba la escalera. Dado que la mayor parte de la actividad que había oído mientras estaba en la cama procedía de allí, esperaba que bajara hasta la cocina. Así era, y al lado había un pequeño salón. Allí, al menos, estaban las escasas comodidades que había esperado encontrar en el piso superior: un sofá y dos sillones tapizados en cuero, una gastada alfombra y una gran pantalla de televisión.

Jake levantó la vista del videojuego, sorprendido. Se levantó precipitadamente del sillón mientras el perrazo que seguía tumbado a sus pies lanzó un gruñido de advertencia.

-¿Necesitas algo?

-Yo... er.... ¿comer, quizá? -intentó disimular. No se atrevió a reconocer que había estado fisgoneando.

-Claro -se agachó para tranquilizar a Beau-. ¿Qué es lo que quieres?

-¿Qué es lo que tienes?

-No sé, pero podría preparar algo. Yo también tengo hambre.

El perro los siguió hasta la cocina y volvió a tumbarse cerca de la puerta. Mientras Jake revisaba la nevera buscando inspiración, Tory se sentó a la mesa, agotada. Había gastado más energías de lo que había imaginado. Vio que el chico sacaba queso, guisantes y jamón blando.

-Supongo que estarás acostumbrado a cuidar de ti mismo mientras tu padre trabaja -comentó, intentando adoptar un tono ligero.

-Dicen que ya soy lo suficientemente mayor. -¿Quiénes lo dicen?

-Mi padre y mi abuelo. Mi abuelo vivió con nosotros hasta hace un par de años -sacó un cuchillo y empezó a cortar generosas rodajas de jamón-. Se quedó destrozado cuando la abuela falleció hace unos seis años. Pasó mucho tiempo hasta que empezó a interesarse por algo que no fuera cuidarme a mí. Luego se compró un coche. Ahora anda recorriendo el mundo... o al menos los Estados Unidos. -Suena divertido.

-Le gusta sobre todo el Oeste: Nevada, Utah... Me prometió que volvería para llevarme antes de que empezara el curso. Iremos al Gran Cañón y acamparemos por ahí, donde nos apetezca, buscando cosas interesantes que ver. ¿Quieres un pepinillo?

Tory negó con la cabeza. Jake untó el pan con mahonesa, colocó el jamón, añadió un poco de lechuga y tomate y terminó de preparar el bocadillo. Lo puso en un plato y se lo sirvió con un gran vaso de leche.

-Será un gran cambio respecto a Turn-Coupe, ¿no? Sospecho que no habrá gran cosa que hacer por aquí en verano. Debe de ser un poco aburrido, ¿no?

-Oh, no te creas. El año pasado explotó una casa-barco en el festival del Río Pirata. Eso fue estupendo.

«¿Estupendo», se preguntó Tory, irónica. -¿Hubo heridos?

-No fue para tanto -respondió el chico mientras se sentaba frente a ella con su bocadillo-. Papá y el primo Luke saltaron al río y rescataron a un montón de gente, con lo que no murió nadie. Ah, y un grupo de imbéciles raptaron a una mujer, también el verano pasado. Ahora es la esposa de Luke. A veces tenemos que echar a los buscadores de tesoros de nuestras tierras, sobre todo en la época del festival, cuando la gente empieza a pensar en el tesoro de los piratas.

-Vaya, veo que no podía estar más equivocada -reconoció Tory con tono serio-. En este pueblo pasan demasiadas cosas emocionantes. ¿Pero qué es eso de los piratas?

-Piratas de río, no de mar. Se supone que antiguamente enterraron aquí un botín: oro, plata, piedras preciosas y todo eso. Las autoridades han prohibido su búsqueda porque la gente ha dejado el terreno lleno de agujeros.

Tory estaba casi tan fascinada por las ganas que tenía Jake de charlar como por la historia de aquel tesoro pirata. Al parecer se había decidido a confiar plenamente en ella, o quizá se aburría mortalmente con tanta soledad. ¿Habría encontrado un aliado? Si era así, lo prioritario era asegurar aquel vínculo.

-¿Has buscado tú alguna vez ese tesoro? -Antes, cuando era niño, mis amigos y yo salíamos hacer excavaciones.

-¿Pero no encontraste nada?

-Sí, unos pocos clavos y herraduras de caballo.

Luego decidimos que no valía la pena tanto esfuerzo.

-¿Pero para qué tanto trabajo? Hoy en día fabrican unos estupendos detectores de metales.

-Para mí es algo que ya ha perdido su gracia. Dicen que el viejo Mike Fink enterró su tesoro en los túmulos indios que hay río abajo. Allí jugábamos de pequeños: está lleno de puntas de flecha, huesos y trozos de cerámica. Hace un par de años aparecieron unos arqueólogos que venían de Baton Rouge. Nos dijeron que las colinas

eran túmulos funerarios, sagrados para los nativos norteamericanos. Al parecer, cavar allí era como cavar en las tumbas de nuestros antepasados. Nos pareció lo más adecuado dejar de fisgonear por la zona.

Tory pensó que era una actitud encomiable. -Una vez leí que los piratas enterraban sus botines cerca de cadáveres, para que sus espíritus los protegieran. Supongo que ese Mike Fink debía de ser un tipo muy inteligente.

-Papá dice que era tan vago que ni siquiera doblaba el espinazo para enterrar nada. Que se gastó ese tesoro tan rápidamente como lo consiguió.

-¿Has mencionado antes un festival?

-Sí, es fantástico -la expresión de Jake se iluminó-. Luke es uno de los capitanes piratas. Remontan el río en un barco e invaden el pueblo, raptando mujeres y exigiendo rescate. De broma, claro. Luke me dijo que podría ser pirata el año que viene. Tory ladeó la cabeza, sonriendo.

-Sospecho a que ti también te gustaría raptar a alguien...

-¿Yo? -inquirió, haciéndose el sorprendido. -¿Tienes un disfraz? Necesitarás algo que te quede bien. Un fajín, una espada... -suponía que algo que impresionara a la que chica a la que presuntamente deseaba raptar.

-Tengo un montón de disfraces en el ático. Solía ponérmelos para Halloween -la miró de arriba abajo-. Tú podrías ponerte los vestidos de mujer que tenemos en el ático, de esos largos, con pamelas y todas esas cosas... La abuela solía vestirse así cada año para el baile del festival, y mi madre también, a veces. Tengo una foto suya en la que parece la Cenicienta...

-¿Una foto reciente? -ignoraba por qué, pero sentía una gran curiosidad por saber cuánto tiempo llevaba divorciado Roan.

Jake le lanzó una extraña mirada.

-No. Ella se marchó cuando yo sólo tenía dos años.

-Hace mucho tiempo, entonces -repuso, sorprendida. No podía imaginarse a una madre abandonando a un niño tan pequeño.

-No fue culpa suya. Estaba bajo una fuerte depresión. El psicólogo le dijo que estaba reprimida o algo así, que papá era parte del problema y que necesitaba separarse. Así que se fue. Volvió a casarse y ahora vive en Francia.

No sabía qué fue lo que la sorprendió más, si el hecho de que Roan hubiera renunciado a su matrimonio tan fácilmente o la naturalidad con que Jake se lo había contado. Aunque por aquel entonces, Jake había sido mucho más joven que Tory cuando su propia madre murió, con lo que apenas tendría recuerdos suyos.

-A veces los divorcios son necesarios... -comentó tentativamente.

-Sí -convino Jake-. Mi madre tuvo una infancia y una adolescencia muy dura. Su madre estaba enferma todo el tiempo, y su padre era incapaz de conservar un trabajo durante más de un mes seguido: tenía demasiado temperamento y le gustaba hacer las cosas a su manera. Pero lo peor es que se iba con otras mujeres. Una noche salió y ya no volvió más. Su madre no tenía medios para ganarse la vida, así que al cabo de un tiempo se fue a vivir con un hermano. A mamá no le gustaba estar allí, así que le pidió a

papá que se casara con ella. Cuando se quedó embarazada de mí, su madre murió. Ese mismo año encontraron el cadáver de su padre en los bosques: apenas un puñado de huesos. Seguramente se liaría con alguna mujer casada y el marido lo mató. En cualquier caso, el estado de mi madre empeoró nada más nacer yo.

-Depresión post-parto -apuntó Tory. -Sí, eso. No pudo superarlo.

Tory se quedó en silencio mientras asimilaba aquel fragmento de historia familiar.

-La gente no elige a sus padres ni el tipo de vida que llevan de pequeños -comentó con tono suave-. Es lo que hacen después lo que cuenta. Es entonces cuando procuran modelar la vida a su manera -ésta era una lección que había aprendido de la peor manera posible, y que nunca olvidaría.

-Sí, eso también lo dice papá.

Era un consuelo saber que el sheriff y ella estaban al menos de acuerdo en algo. Terminaron sus bocadillos, y Tory ayudó a Jake a llenar el lavavajillas.

-Er... ¿te gustaría echar un vistazo a la ropa que guardamos en el ático? -le propuso de pronto Jake-. Puede que tengamos algo que puedas ponerte aquí.

Tory arqueó una ceja mientras adoptaba una pose de modelo.

-¿Es que no te gusta lo que llevo? -bromeó-. Me lo han traído directamente de París.

-Sí, y te favorece mucho -el chico le siguió la broma-. Sobre todo con esa abertura que tiene el camisón por detrás...

-Vaya, tienes razón. Creo que necesito un cambio de vestuario.

La ropa era maravillosa. Estaba cuidadosamente guardada en un enorme armario y abarcaba cerca de un siglo de antigüedad. Había elegantes vestidos de noche con corpiños apretados y amplias faldas con miriñaque; vestidos de paseo de faldas largas y entalladas; trajes masculinos de levita e incluso una chaqueta de esmoquin con solapas de terciopelo. Todo auténtico, hecho a mano. Era como una fascinante ventana abierta a las diversas generaciones de los Benedict.

De pronto, Jake pareció perder todo interés y se apartó del armario para acercarse a una colección de grandes maletas reforzadas con madera que se alineaban contra la pared, cerca de las escaleras.

Tory lo siguió y se asomó por encima de su hombro mientras abría una de ellas. Estaba llena de latas y cajas de latón pintadas de verde olivo.

-Las raciones de comida de la Segunda Guerra Mundial -le explicó.

-Estás de broma -Tory se inclinó para leer las etiquetas de las latas a la débil luz de la bombilla-. ¿Por qué las guardas? Seguro que ya no son comestibles...

-Estas cosas son eternas -recogiendo una lata, la sopesó en la palma-. Una vez mi amigo Teddy y yo abrimos una lata de galletas de chocolate y no nos pusimos enfermos.

-¿Qué más hay aquí? -le preguntó ella, señalando el resto de las maletas.

-Papeles. Toneladas de papeles. Cartas, recibos, facturas varias de cuando Dog Trot era una granja. De repente una colección de fotografías enmarcadas que estaban

encima de una antigua cómoda llamó la atención de Tory. Había niños posando con uniformes de béisbol o kimonos de kárate, jóvenes de uno y otro sexo de acampada, todos con rostros muy semejantes y ojos grandes y expresivos. Los Benedict.

Una de las fotos le interesó especialmente. Limpió el polvo del cristal para poder verla mejor. En ella aparecían tres jóvenes de pie al lado de un coche antiguo. El del medio era indudablemente Roan: por aquel entonces apenas tendría veinte años. Su compañero de la derecha tenía la tez más oscura y rasgos de nativo norteamericano. El tercer joven tenía la cara más afilada y una expresión de seguridad que rozaba la arrogancia. Iba vestido con un traje ignífugo de piloto y llevaba un casco amarillo dorado bajo el brazo, mientras que los otros dos llevaban vaqueros y cazadoras con sendos emblemas en los bolsillos.

-Ése es papá con Kane y Luke, durante un verano que pasaron en el circuito de coches de carreras. -¿Quién lo habría imaginado? -murmuró Tory. -Sí -convino Jake de buen humor-. El viejo tiene un lado salvaje que aparece de cuando en cuando.

-Ya veo -no pudo evitar sonreírse mientras contemplaba la fotografía.

Los tres jóvenes parecían ansiosos y dispuestos a enfrentarse al desafío de la carrera que se avecinaba. Parecían grandes tipos, terriblemente interesantes. Era una lástima que no fuera a quedarse allí el tiempo suficiente para conocerlos. Suspirando, volvió a colocar la fotografía en su lugar.

Fue en aquel preciso momento cuando oyó unos pasos a su espalda. Y una voz procedente de lo alto de la escalera:

-¿Qué diablos está pasando aquí?

Capítulo 8

-¡Agente Riggs!

Por un instante, nada más ver el uniforme, Tory había pensado que era Roan quien había subido hasta allí. Parte de su sorpresa tenía que ver con el descubrimiento de su propia decepción: había «deseado» que fuera él.

-La he estado buscando por todas partes -le informó el policía, frunciendo el ceño-. Estaba a punto de dar la alarma. El sheriff no se habría puesto nada contento.

-Estábamos buscando algo de ropa para mí - explicó Tory-. Sólo tengo la del hospital.

-Pues gracias por haberme avisado. - Pero...

-Yo soy responsable de su seguridad. Tengo que saber dónde se encuentra en todo momento.

-Tranquilízate, Cal -intervino Jake, acercándose a Tory-. Nos has encontrado, ¿no? Eso es lo importante.

El agente de policía se volvió hacia el hijo de Roan.

-Gracias a ti no, chico, desde luego. Esto no habrá sido idea tuya, ¿verdad?

Tory no podía permitir que Jake se metiera en problemas por haber intentado ayudarla.

-En realidad la culpa es mía. Estaba aburrida de quedarme todo el tiempo en la cama y decidí buscar algo más excitante que hacer.

-¿Y lo encontró?

La ironía de su pregunta no le pasó desapercibida. Estaba cansada, tenía que salir de aquella situación y la única manera que se le ocurría no era del todo falsa. No tenía que fingir demasiado. Llevándose una mano a la cabeza, se tambaleó ligeramente.

-Oh, la verdad es que no me siento nada bien. Me estoy mareando. Necesito... volver a la cama. Jake, por favor...

Extendió la mano hacia el chico en un estratégico movimiento por adelantarse al policía. Jake estuvo a la altura de sus expectativas al tomarle un mano y pasarle el brazo por los hombros para sostenerla.

-Permítame -reaccionó Cal, pero para entonces ya era demasiado tarde.

-Ya la sujeto yo -Jake la guió hacia las escaleras-. Ve tú delante por si se cae.

Era un buen plan, y funcionó. En cuestión de minutos, Tory estaba de nuevo en la habitación. Se quitó la bata y se estiró pudorosamente el borde del camisón antes de devolvérsela a Jake y meterse en la cama. El chico la ayudó a arroparse.

-¿Quiere que avise al doctor Watkins? -inquirió Cal desde el umbral.

-No, no -se apresuró a responder ella-. No hace falta.

-Quizá debería llamar a Roan para que él decidiera.

-No, de verdad, sólo es el calor.

-Tal vez, pero es mi cabeza la que rodará si llegara a sucederle algo.

-Por favor, sé cuándo necesito un médico y cuándo no... -insistió ella.

Lo cierto era que habría podido ahorrarse el aliento. No sirvió de nada.

-Lo llamaré desde el coche patrulla -y se marchó de la habitación.

-Imbécil -masculló Jake cuando oyó el ruido de la puerta principal.

-Idiota -pronunció Tory a la vez. Sus miradas se encontraron y se echaron a reír. Jake fue el primero en ponerse serio.

-A Cal le gustas, ¿sabes? He visto cómo te mira.

-¡Oh, vamos!

-Quería bajarte en brazos. Y lo habría hecho si hubieras estado vestida más decentemente. Por eso dudó al principio.

-Pues menos mal.

-Mira, en el ático no hemos encontrado nada, pero creo que puedo prestarte unas camisetas y unos pantalones cortos. Son míos, pero te sentarán bien. Eso si no te importa ponértelos, claro.

-Claro que no me importa, al contrario. Te estoy muy agradecida.

-No es nada -esbozó una sonrisa fugaz-. Me ocuparé de ello ahora mismo.

Y se marchó. Tory se quedó mirando la puerta cerrada. Le gustaba el hijo de

Roan. Le gustaba mucho.

Los pantalones negros que le llevó Jake le estaban bastante bien, y lo mismo la holgada camiseta roja. Pero el esfuerzo de ponérselos la dejó agotada y dolorida. Pensó en tomar un analgésico entero, pero al final se decidió por una simple aspirina.

Se estaba quedando dormida cuando oyó llegar el coche patrulla de Roan. Transcurrieron varios minutos y él seguía sin aparecer. Imaginó que debía de estar hablando con Cal, o quizá con Jake. Al parecer no era lo suficientemente importante como para que fuera a verla inmediatamente.

Había vuelto a adormilarse cuando alguien abrió la puerta. La ya familiar carga eléctrica que se apoderó del ambiente la convenció de que se trataba de Roan. Mantuvo los ojos cerrados y se hizo la dormida.

Oyó el roce de su uniforme mientras se acercaba a la cama. Casi podía sentir su mirada recorriendo su cuerpo hasta posarse en su rostro. A duras penas consiguió dominar un leve estremecimiento de excitación. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido tan atraída por un hombre? No lo recordaba, nunca se había sentido tan estrechamente conectada con ninguno. Lo cual no tenía por qué significar nada, por supuesto. Habría sido difícil no sentirse sexualmente atraída por un hombre de quien tanto dependía en aquellos momentos. Una vez que recuperara la independencia, el sentimiento desaparecería.

Medio esperó que le dijera algo, que la tocara para despertarla. Pero no hizo ninguna de las dos cosas, aunque tampoco se apartó. Los segundos se prolongaron de manera interminable, poniendo a prueba los nervios de Tory. El pulso se le aceleró insoportablemente.

Hasta que de pronto lo oyó volverse, y sus pasos en retirada. Finalmente, escuchó el ruido de la puerta al cerrarse. Sólo entonces abrió los ojos y su pulso empezó a normalizarse.

Fue Jake quien le llevó la cena, seguido de Beauregard. Mientras el chico le dejaba la bandeja sobre el regazo, el enorme perro apoyó las patas delanteras sobre la cama y contempló su plato como si se estuviera muriendo de hambre.

-Abajo, chico -le ordenó Tory, algo intimidada-. He dicho que abajo.

El mastín se limitó a sacudir el rabo, con la lengua fuera.

-¿Jake? ¿Puedes decirle que se baje?

-Abajo, Beauregard -pronunció el chico con toda naturalidad, sin mirar siquiera al animal.

El perro obedeció al instante.

-Er... yo creía que este monstruo se quedaba fuera de la casa.

-Bueno, y así es. Pero papá lo ha dejado entrar porque piensa que así te hará compañía.

-Oh, desde luego -se dijo que probablemente Roan lo utilizaba más bien para vigilarla y evitar que saliera de la habitación.

-¿No vas a comer nada?

Tory detectó un tono extraño en la voz del chico, como si hubiera querido

hacerle la pregunta con naturalidad y no le hubiera salido. Vio que miraba la bandeja con expresión expectante y bajó la vista al plato: patatas con cebolla, verdura hervida, pan de maíz y algo que no consiguió identificar.

-¿Qué es eso?

-Chitterlings -se encogió de hombros de una manera un tanto forzada-. Por aquí se come mucho.

-Con que chitterlings, ¿eh? -repitió Tory. -Eso es.

-¿Y se puede saber qué son los chitterlings? -¿Quieres decir que nunca los has probado? -Creo que no.

-Bueno, después de la Guerra Civil, toda la pobre gente de esta parte del sur tuvo que improvisar nuevas comidas, debido al hambre reinante. La carne de cerdo era muy popular porque los cerdos estaban libres en los bosques, comían bellotas y todo eso. Pero, claro, no había nada que desperdiciar. Así que los chitterlings están hechos de...

-Déjame adivinar... -lo interrumpió Tory al ver el brillo de anticipación de su mirada-. Intestinos. -Iba a decirte tripas. Pero es lo mismo -declaró, encantado.

-¿Y quién ha preparado esta obra maestra de la cocina?

-Papá, por supuesto. Es quien más cocina aquí, excepto cuando una de las damas de la iglesia se compadece de los pobres solteros como nosotros y nos trae una cazuela de pollo asado o un pastel de kilo.

-Ya veo. Muchas gracias, Jake.

-De nada -y se dispuso a marcharse-. Bon appétit!

Buen apetito tenía Tory, eso desde luego. Se comió la verdura y las patatas, pero dejó los chitterlings para Beau, que se había quedado tras la marcha de Jake. El mastín sí que los apreció debidamente.

Para desayunar al día siguiente, Jake le llevó un cuenco de sémola.

-Espero que te guste -y se marchó.

La cola de papel pintado le habría sabido mejor. Para colmo, estaba sosa. Nada más probarla, dejó el plato en el suelo en beneficio de Beau, que no se había movido de la habitación en toda la noche. Pensó que si el perro seguía así acabaría engordando. Ella, en cambio, se estaba muriendo de hambre.

Esperó a que Roan hubiera salido para el pueblo. Poco después oyó a Jake salir por la puerta trasera. Sólo entonces abandonó la habitación, salió al pasillo y echó un vistazo por el cristal de la puerta principal: Cal estaba sentado en su coche patrulla, leyendo tranquilamente un periódico.

Una vez en la cocina, se preparó unos huevos revueltos con tostadas y se sentó a la mesa después de servirse un gran vaso de zumo de naranja. Mientras comía, no dejaba de vigilar por la ventana. Podía vislumbrar a Jake entre los árboles. Alguien lo estaba ayudando a dar de comer a los perros, seguramente algún amigo.

Cuando se levantó para recoger su plato, advirtió que había algunas ollas y sartenes en la pila. Después de fregarlas y secarlas, se puso a limpiar los armarios y la cocina. Satisfecha de su buena acción, se dispuso a subir de nuevo al dormitorio.

Apenas había dado un par de pasos cuando oyó el motor no de una moto, sino de dos. Se asomó a la ventana de la cocina a tiempo de ver a Jake alejándose por el sendero que bordeaba el lago en compañía de su amigo. Curiosamente, le entraron ganas de llamarlo.

El trabajo que había hecho le sabía a poco: necesitaba hacer más cosas. Si hubiera estado en su casa, habría pintado a la acuarela o habría hecho labor de aguja, pero allí... Al mismo tiempo, se había quedado con un poco de hambre. Comía a menudo cuando estaba aburrida o inquieta, por pura compulsión. Rebuscando en la nevera y en el congelador, encontró helado de chocolate. Se sirvió un poco en un cuenco y se lo llevó al porche de la cocina.

Nada sucedió. No sonó ninguna sirena, nadie pareció darse cuenta. Había escapado, al menos por unos minutos. Se sentó en el columpio del porche y se balanceó levemente. El único ruido que se oía era el lejano zumbido de unas abejas en el pequeño jardín que se extendía delante. Más allá, al otro lado de los graneros y de un grupo de cipreses, podía distinguirse el brillo azulado del lago Horseshoe. El agua parecía llamarla, atraerla, como cuando estaba en Sanibel...

El viaje anual a la isla de Sanibel por invierno y primavera siempre la había entusiasmado. Le había encantado aquel antiguo y ruinoso edificio construido por el abuelo de su madre en los lejanos años veinte. Por desgracia, Paul Vandergraff lo había demolido para levantar una lujosa villa moderna. Era una de las muchas cosas que tenía contra él.

Ahora que pensaba en ello, en cierta forma Dog Trot le recordaba aquella primera mansión de Sanibel. Tenía los mismos porches, el mismo aire de elegancia y la misma solidez a prueba de tormentas y huracanes.

Mientras saboreaba el helado, probó a sostener el cuenco con su mano herida un par de veces. Podía soportar el dolor. Se estaba curando, recuperando las fuerzas cada día. Se pondría bien muy pronto, aunque seguía sin saber lo que haría respecto a Harrell.

A su espalda, oyó un ligero jadeo. Se tensó de inmediato, con el pulso latiendo a toda velocidad. Pero no tenía nada que temer: era el mastín, que la había seguido hasta el porche. El pobre Beau, con su permanente expresión triste y su enorme nariz capaz de olisquear un calcetín y localizar a su dueño entre un millón.

-Beauregard, me has dado un susto de muerte... El mastín se acercó a ella. Tory se quedó completamente inmóvil, temerosa de que cualquier movimiento en falso por su parte provocara un gruñido o un ladrido de alarma. Aunque lo había estado alimentando, seguía sin confiar en él.

Vio que miraba el cuenco de helado y sacaba su larga y rosada lengua para relamerse el hocico. Continuaba acercándose. Tory contuvo el aliento cuando sintió el húmedo aliento del animal en sus dedos. Finalmente Beauregard bajó la cabeza, encorvó sus poderosos hombros y empezó a lamer los últimos restos de helado del cuenco que ella todavía sostenía en la mano.

No puedo evitar sonreírse viendo cómo rebañaba el cuenco hasta la última gota.

Cuando terminó, apoyó su enorme cabezón entre las patas y cerró los ojos. Tory se quedó sentada en el columpio, con el perrazo aparentemente dormido a sus pies, disfrutando de aquella paz. Era maravilloso. No recordaba haberse sentido nunca tan relajada.

Al cabo de un rato, sin embargo, el calor empezó a resultar opresivo. El sudor le humedecía la camiseta en torno al vendaje, causándole un picor que no podía rascarse. Al mismo tiempo empezó a sentirse insegura, como si la estuvieran observando.

Contempló los bosques que flanqueaban el granero y un lateral de la mansión. Cualquiera podía estar escondido allí, acechando. Se sentía expuesta, vulnerable. De repente sintió la casa más como un refugio que como una cárcel. Y se inclinó para acariciar la gran cabeza del mastín:

-Es hora de que volvamos a entrar, ¿no te parece, Beau?

No sabía por qué, pero había hablado en susurros. El mastín no se había movido lo más mínimo. -Vamos, hombre. ¿No quieres entrar dentro, donde se está mucho más fresco? Puedes dormir en mi habitación, si quieres.

El perro continuó sin moverse, ni siquiera cuando Tory lo empujó suavemente con un pie. Era tan grande que no podía pasar por encima de él sin correr el riesgo de tropezar, y con el hombro herido...

-Te lo prometo, Beau -se agachó para rascarle detrás de las orejas-. Vamos, chico, muévete. Podrás dormir donde quieras. Incluso te dejaré echarte la siesta en mi cama si me dejas salir de aquí.

-Ésa es una oferta que yo, en su lugar, sería incapaz de rechazar.

Se giró rápidamente para descubrir a Cal detrás de ella, apoyado en el marco de la puerta, con los pulgares enganchados en el cinturón. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Tory desvió nuevamente la mirada hacia el bosque antes de hablar.

-Tengo la sensación de que Beau cree que está cumpliendo con su deber.

-No lo dudo. ¿Quiere que se lo mueva para que pueda pasar?

-¿Podría?

El agente de policía miró a Beau y soltó un fuerte silbido.

-Arriba, Beauregard.

El animal le lanzó una mirada de aparente disgusto, pero se levantó pesadamente para alejarse un par de metros.

-Gracias -murmuró Tory con tono frío mientras se alejaba del columpio.

-Parece que hoy se encuentra mucho mejor - observó Cal.

-Un poco -se sentía terriblemente incómoda bajo su mirada.

El policía dio un paso adelante, señalándole la cocina.

-Iba a entrar a beber algo. ¿Me acompaña?

Era una oferta cortés, pero su gesto indicaba que no confiaba lo suficientemente en ella como para dejarla sola. «Está en su derecho», se dijo mientras lo seguía a la cocina.

-Sería estupendo que pudiéramos charlar un rato.

Casi se negó, pero se lo pensó mejor. Podría intentar sonsacarle alguna

información. Al fin y al cabo, Cal era mucho más locuaz que su jefe.

Al principio no tuvo mucha suerte. El teléfono sonó tres veces mientras se servían té helado de la jarra de la nevera. Una llamada era para Jake, las otras dos para Roan. Al parecer no se encontraba en la oficina. Cal atendió una de las llamadas, pero tomó el recado de la otra para cuando volviera su jefe.

-Parece que nunca tiene un momento de tranquilidad -comentó Tory mientras Cal colgaba el teléfono.

-Cierto, pero es así como le gusta. -No me lo creo.

Cal sacudió la cabeza.

-La gente sabe que no tiene esposa ni hijos pequeños que atender. Se han acostumbrado a la idea de tenerlo siempre disponible, siempre dispuesto a dejar lo que esté haciendo para ocuparse de sus problemas. Y se ha convertido en una forma de vida. -¿No delega sus responsabilidades? -Podría hacerlo si quisiera. Pero Roan es así.

-Pero de esa manera le quedará muy poco tiempo para él.

-¿Qué le pasa? -le preguntó bruscamente el policía-. No me diga que está interesada en el sheriff. -Muy poco, la verdad -contestó, aunque no pudo evitar ruborizarse-. Simplemente no tengo gran cosa en qué pensar.

-Pues por el resto de nosotros no pregunta tanto como por el sheriff. Por Jake, por ejemplo. O por mí.

-Bueno, esta mañana me he alegrado de ver que Jake ha salido a distraerse un poco, en vez de quedarse en la casa.

-No se preocupe por Jake. Está muy contento de tenerla aquí.

-¿Qué quiere decir?

-Nunca ha tenido mucha compañía femenina por aquí, ya sabe. Por lo del divorcio de su madre. -¿Es que nunca la visita?

-El chico le recuerda a esa pobre mujer los errores que cometió. Al menos eso es lo que he oído.

-Pero eso es terrible para un niño... -Tory no pudo evitar pensar en su propia infancia-. ¿Usted la conoció?

Cal esbozó una sonrisa irónica. -Es pariente lejana mía.

-Pero usted no es un Benedict, ¿verdad? -¡Que Dios me libre! No, pero de alguna forma, aquí todos estamos emparentados. Así que tenga cuidado con lo que dice, porque puede crearse más de un problema.

Era un buen consejo, y decidió seguirlo. Cambiando de tema, le preguntó si habían hecho algún progreso en la localización de Espinillas y Orejas. Cal le dijo que no habían encontrado ninguna pista segura. La conversación fue fluyendo y el policía se puso a hablar de sí mismo, describiéndole sus numerosas aficiones. Incluso le contó un par de chistes de pescadores. A Tory le resultó más fácil soportarlo de lo que había pensado: tenía una inesperada vena cómica e incluso una cierta dosis de humildad bajo aquella apariencia arrogante. Para cuando abandonó la cocina para volver al coche patrulla, ya casi se había resignado a su compañía.

Era media tarde cuando Roan regresó finalmente a la casa. Tory se había tumbado en el sofá del salón, con una revista. Pasaba de vez en cuando alguna página cuando no se quedaba mirando al techo, intentando no pensar en lo que sucedería cuando ya no pudiera seguir haciéndose la inválida. Lo primero que oyó de Roan fue el bajo rumor de su voz y la réplica de Jake en la puerta de la cocina.

Poco después oyó abrirse y cerrarse la puerta. Para cuando alzó la mirada, Roan estaba en el umbral. Parecía muy cansado. Las arrugas que tenía alrededor de los ojos se habían profundizado durante los últimos días, como si sus viglias cuidándola le hubieran pasado factura.

-¿Cómo te encuentras?

-Cansada de dormir, pero con pocas energías para hacer otra cosa.

-Tengo entendido que has cocinado algo esta mañana.

Así que se había enterado. Debió haber adivinado que Jake lo descubriría.

-Sí, bueno... tenía hambre.

-No pretendíamos matarte de hambre. Anoche y esta mañana nos devolviste el plato vacío. -¿Creíais que iba a comerme esas porquerías? Bueno, hay que reconocer que a Beau le gustaron. Roan miró al perro que descansaba al lado del sofá.

-Eso explica el súbito cariño que te ha tomado.

-Lo que no explica es por qué te sentiste impulsado a alimentarme con intestinos de cerdo.

-Los chitterlings es un plato muy apreciado en algunos lugares. Es una lástima que no hayas sabido apreciarlo.

Tory experimentó una repentina punzada de arrepentimiento.

-Lo siento. Supongo que lo de dárselo al perro fue una reacción estúpida...

-Bueno, es igual. Tampoco es tan importante. Me alegro de ver que estás lo suficientemente recuperada como para pasarte la mayor parte del día fuera de la cama. ¿Te apetece cenar con nosotros?

-¿No habrá chitterlings ni tripas ni otras exquisiteces semejantes?

-No -respondió Roan, sonriendo-. Te lo prometo.

Tory no pudo evitar sonreírle a su vez. Sería divertido ayudar a padre e hijo a cocinar, como si realmente formara parte de aquella familia.

-Entonces me encantaría.

-Bien. Déjame cambiarme y nos pondremos manos a la obra -y se marchó.

Segundos después, Tory lo oyó silbar mientras subía las escaleras. Sólo entonces se arrepintió de haber aceptado su invitación. Intimar demasiado con Roan y con su hijo era peligroso. Por otro lado, le resultaría terriblemente fácil acostumbrarse a su compañía...

Roan la atraía poderosamente por la sensación de permanencia que inspiraba, una sensación tan sólida y duradera como la que destilaba aquella casa. Aquel hombre representaba la comodidad, la paz y la seguridad que había ansiado durante toda su vida, desde que era niña. Ella anhelaba todas esas cosas. Las necesitaba. Pero eso nunca ocurriría.

Sabía que le costaría abandonar aquel refugio provisional, mucho más de lo que había imaginado. Por esa misma razón, carecía de sentido complicarse la vida intimando con Roan y su hijo más allá de lo estrictamente necesario. Tenía que ponerse freno, dominarse. De hecho, quizá lo mejor fuera precisamente abandonar aquella casa lo antes posible. De una manera o de otra.

Capítulo 9

El teléfono sonó cuando Roan estaba descansando en su sillón favorito, con los ojos cerrados y el periódico sobre el regazo. Jake, que estaba viendo un programa de televisión, se levantó para contestar. Era el alcalde. Estaba a punto de celebrar una reunión informal con las fuerzas vivas del pueblo en la cafetería de Betsy, y le gustaría contar con su consejo. No lo entretendrían mucho tiempo. ¿Podría estar allí en media hora?

El primer impulso de Roan fue negarse. Sabía que sería otra inútil ronda de discusiones sobre el barco-casino y su impacto sobre la población y el distrito, dado que de poco más se hablaba por aquellos días. No necesitaba para nada esa reunión. Estaba cansado, y su primera obligación era para con su hijo y su detenida. No estaba de servicio, pero seguía teniendo una responsabilidad personal. O el alcalde y aquella gente no lo sabían, o se les había olvidado.

Pero si se les había olvidado, mejor sería no recordárselo. No quería ninguna interferencia en el asunto de Donna. Además, ni Espinillas ni Orejas habían vuelto a aparecer desde que la había trasladado a Dog Trot, pensó mientras se levantaba del sillón y se calzaba las botas. Que escogieran precisamente la siguiente hora para atacar era algo sumamente improbable.

-Cierra bien la puerta y no dejes entrar a nadie -instruyó a Jake antes de marcharse.

-Hecho -repuso su hijo sin mirarlo.

-Hablo en serio -insistió, deteniéndose en la puerta con el sombrero en la mano.

Jake se dignó finalmente prestarle atención, con una sonrisa en los labios.

-Ya lo sé.

Roan confiaba plenamente en su hijo. Había seguido escrupulosamente todas las reglas de seguridad respecto a Donna, cada día. Aun así, vaciló. Donna estaba arriba, duchándose. Lo sabía porque conocía cada ruido de aquella vieja casa, pero también porque había desarrollado una especie de radar mental por lo que a ella se refería. Realmente no pensaba que tuviera alguna intención de marcharse, ni creía que fuera capaz de llegar muy lejos sola. Con un poco de suerte, estaría de regreso antes de que ella se diera cuenta de su ausencia. Maldiciendo entre dientes al alcalde, abandonó por fin la casa.

La cafetería del motel olía a café, hamburguesas, mostaza y cebolla. La informal

reunión de destacados ciudadanos se estaba desarrollando en una esquina del salón. Y de la manera que Roan había previsto.

-¿Qué es lo que tiene usted contra el juego? - le preguntó inmediatamente Tubby Michaels, dueño de un almacén de madera y futuro beneficiario de las obras del proyecto del barco-casino, si al final resultaba aprobado.

-Nada -respondió Roan, suspirando-. No es una cuestión moral. No me importa quién juegue o deje de jugar. Por lo demás, hay suficientes casinos río abajo y río arriba como para que un adicto local satisfaga su vicio sin mucho esfuerzo, de manera que teóricamente sería incluso deseable que el tipo se dejara el dinero aquí y no en otro sitio. Mi preocupación es de índole práctica. Lo que me preocupa es a quién estaremos invitando a venir a Turn-Coupe y en qué se convertirá la población después.

-Los tipos del consorcio nos han asegurado que no habrá problemas de ningún tipo. Que apenas nos enteraremos de que el barco está ahí, en el lago.

-Ya, aparte de la carretera de cuatro carriles que se supone que tenemos que construirles y que cortará el pueblo por la mitad -replicó Roan con tono irónico-. O la parte de la ribera de lago que convertirán en un gran aparcamiento.

-Sólo nos han pedido que estudiemos la viabilidad de esas cosas -le recordó el alcalde con tono paciente. Era una especie de dandy con bigotes de guías, que cantaba en una coral los fines de semana y se consideraba el colmo de la sofisticación en Turn-Coupe sólo porque había hecho parte de su servicio militar en Europa.

-Pero se lo han tomado tan en serio que están dispuestos a venir en avión para hablar de ello - Roan miró su reloj. La reunión se estaba alargando. La necesidad de regresar a casa cuanto antes aumentaba su irritación.

-A mí eso me parece muy razonable -repuso el alcalde, frunciendo el ceño con gesto aparentemente juicioso.

-Yo desde luego no puedo impedirselo, pero creo que no deberíamos sentirnos presionados a tomar una decisión sólo porque esa gente vaya a presentarse aquí en sus limusinas y en sus aviones privados -ése era el motivo de la reunión: que varios representantes del consorcio del casino los visitarían próximamente en un esfuerzo por convencerlos de que convocaran cuanto antes un plebiscito para decidir sobre el asunto.

-En eso el sheriff tiene razón -intervino Jensen, el presidente del banco local. «Prudencia» era su palabra fetiche-. En cualquier caso, yo creía que el incremento de los ingresos fiscales y los nuevos puestos de trabajo generados eran los factores que justificaban que nos inclinásemos por este negocio. No tiene sentido entonces que nos comprometamos a gastar grandes sumas que nos hipotecarán en el futuro.

-Tanto el sheriff como usted están en contra del progreso -exclamó Michaels-. Quieren que el lago siga como siempre y lo que les pase a los demás no les importa en absoluto.

-A mí me importa -declaró Roan con tono firme-. Y también a Tom Jensen. Lo que sucede es que no creemos que ese consorcio de Florida sea la respuesta a nuestros problemas en Turn-Coupe.

-Eso podría significar más coches patrulla y un mejor equipamiento, incluso una nueva cárcel -intentó tentarle el alcalde-. Quizá debería pensárselo mejor.

-Me temo que necesitaremos todo eso y mucho más si el proyecto sale adelante. Hay estudios que demuestran que los índices de delincuencia experimentan una subida brutal apenas a los tres años de la instalación de un casino, a partir del momento en que los maniáticos del juego agotan sus fondos y recurren a medios ilegales para conseguirlos.

-¿Está diciendo que no necesita modernizar su oficina?

-Nuestro equipo es suficiente para el actual nivel de delincuencia -insistió Roan, aunque se sentía un tanto acosado. Había esperado que Kane y su socio, Melville Brown, estuvieran allí. Probablemente el alcalde no los había convocado precisamente porque conocía su opinión sobre el proyecto.

-¿Ah, sí? -masculló Michaels-. Pues, por lo que tengo entendido, en este momento tiene usted a una detenida en su casa porque no quiere encerrarla en una cárcel que carece de acondicionamiento especial para mujeres.

Roan pensó que, evidentemente, Cal había estado hablando más de la cuenta.

-Así es.

-¿Y entonces? Si nuestras instalaciones son tan buenas, ¿por qué no la encierra allí? ¿O es que tiene otras razones para utilizar su propia casa como cárcel?

Roan se levantó lentamente y apoyó ambas manos sobre la mesa.

-¿Qué es lo que está insinuando?

-Yo, nada -respondió Michaels, mirando a su alrededor en busca de apoyo-. Es una pregunta lógica, ¿no le parece?

-Esa mujer es un caso especial.

-Claro que sí -repuso el maderero con una sonrisa irónica.

-El principal problema son las heridas que recibió durante su detención.

-Heridas que le causó usted mismo, ¿verdad? Mire, sé que el mundo ha cambiado, pero a mí me sigue pareciendo lamentable que un hombre dispare contra una mujer. No necesitamos ese tipo de cosas aquí. Después de esto, ¿quién podría ser el siguiente en caer bajo los disparos de usted y de sus agentes? Podría ser uno de nuestros hijos.

Michael no tenía hijos, pero eso no disminuyó el dramático efecto de su comentario.

-Intentaré dominar mis impulsos -le aseguró Roan con sardónico énfasis.

-Y otra cosa. Usted ha estado enviando cada día a un agente a su casa para custodiar a su detenida. ¿En qué situación nos deja eso a nosotros? ¿No nos estará poniendo en peligro? ¿Y si los tipos que atracaron a Betsy deciden volver para atracarnos a los demás?

-¿Le preocupa realmente a usted su almacén de maderas? -le preguntó Roan con tono tranquilo-. ¿O me está echando deliberadamente porquería a la cara para que nadie escuche mis opiniones en contra de ese casino? Sea como fuere, no tendrá motivos de queja. Soy el jefe de policía y me las arreglaré.

-Tranquilo, Roan, nosotros no... -intentó aplacarlo el alcalde.

El sheriff se irguió, mirando con severa expresión a todos los presentes.

-En caso de que exista alguna duda, permítanme que les deje clara mi postura. No me gusta ese negocio del casino, y no cambiaría de opinión ni aunque recibiera el mejor equipo policial del mundo. Si al final el proyecto prospera y se produce esa invasión de jugadores, yo seguiré desempeñando mi trabajo lo mejor que pueda. Pero, por favor, no me reserven puesto alguno en el comité de bienvenida de tan ilustres visitantes. Estoy seguro de que mi ausencia pasará desapercibida entre tanta multitud.

-No me opongo, siempre y cuando extreme las medidas de seguridad mientras ellos estén aquí... -Como ya le he dicho, yo seguiré haciendo mi trabajo.

Roan todavía estaba hirviendo de rabia cuando llegó a Dog Trot. Mientras bajaba del coche patrulla y se dirigía a la puerta trasera, oyó a los perros de caza ladrando nerviosos en el corral de detrás del granero. Pensó en hacerles una visita después, aunque quizá el escándalo se debiera simplemente a la visita de una mofeta o un armadillo.

La casa estaba vacía. Las luces se hallaban encendidas, la televisión también, la comida dispuesta en la mesa de la cocina, pero Jake no respondió a su llamada. Donna no estaba en su habitación y la cama de Jake estaba sin deshacer. Beau tampoco estaba, y no acudió a su silbido. Pero lo que lo llenó de terror fue ver que el armario donde guardaba las armas estaba abierto... y que el revólver que su abuelo le había regalado por Navidad había desaparecido.

¿Dónde podrían estar? Algo los había empujado a salir de la casa y exponerse al peligro. Sólo se le ocurría un motivo. Espinillas y Orejas habían aparecido, y Donna había convencido a Jake de que los dejara entrar. El pulso le atronaba en los oídos. Sintió un sudor frío en la nuca. Se detuvo por un momento, escuchando. Seguían oyéndose los ladridos en el corral. Alguien andaba ahí.

Salió corriendo de la casa. Una vez fuera, resultó evidente que los ladridos procedían de dos direcciones diferentes. Los perros de caza aullaban en el corral, pero también reconoció el profundo y ronco ladrido de Beau en el espeso bosque que rodeaba el lago, como si anduviera tras el rastro de alguien.

Roan silbó entre dientes: una nota aguda que todos los perros reconocieron al instante. El gran mastín aumentó la potencia de su ladrido. ¿Estaría Beau con Jake, o quizá estuviera persiguiendo a Donna, a Jake y a quienquiera que hubiera entrado en la casa para buscarlos? Una cosa era cierta: el mastín estaba detrás de una presa humana.

El impulso de internarse en el bosque era muy fuerte, pero lo dominó. En lugar de ello, corrió en paralelo a la primera fila de árboles siguiendo los ladridos. Conocía aquel terreno como la palma de la mano. Quienquiera que estuviera allí se encontraba en territorio desconocido, dando palos de ciego en la oscuridad. Pero Roan disponía de aquella ventaja y estaba decidido a usarla.

Rodeó un grupo de árboles y enfiló hacia un pequeño claro. De repente se detuvo, tensos todos sus músculos. Una confusa figura se movió en la penumbra: eran dos

personas. Se dirigían hacia él, moviéndose con sigilo.

No podía estar seguro, pero uno de ellos parecía portar un arma. Sin hacer el menor ruido, quitó el seguro a su pistola. Las dos figuras se detuvieron. Una de ellas se volvió para mirar hacia atrás antes de dirigirse exactamente hacia el lugar donde se encontraba Roan. Por un instante, creyó que lo habían descubierto. Luego oyó un murmullo irritado, inequívocamente femenino:

-¿Seguro que sabes a dónde vamos?

Donna. Era la voz de Donna. Su silueta se recortaba nítidamente en la oscuridad. Estaba a salvo. -Ése que ha silbado era papá, estoy seguro. Jake. Estaban los dos a salvo. La sensación de alivio fue tan abrumadora que casi se mareó. Tuvo que cerrar los ojos para mantener el control. Sólo entonces salió de su escondite.

-Aquí, Jake -siseó-. Procura no dispararme. Las dos figuras se quedaron paralizadas. Jake retiró el dedo del gatillo y se dirigió a su encuentro mientras Donna lo seguía lentamente.

-Papá, qué alegría verte...

-Lo mismo digo. ¿Pero qué diablos estáis haciendo fuera de la casa?

-Beau montó tal escándalo que tuve que salir a ver lo que pasaba.

-Debiste haberme llamado -el mastín seguía ladrando, aunque no parecía moverse muy rápido. -Estabas ocupado.

-¿No se te ocurrió pensar que podías toparte con algún peligro?

La única respuesta de Jake fue enseñarle el revólver.

-Estupendo -murmuró Roan con tono sarcástico-. ¿Y mientras tú estabas fuera, que pasaba con Donna?

-Se empeñó en acompañarme. -No me extraña.

Donna dio un paso adelante para encararse con él.

-Yo no salí para reunirme con quienquiera que estuviera rondando por aquí, si es eso lo que estás pensando.

-No, claro. Sentiste la necesidad de dar un paseo nocturno, ¿verdad?

-No, yo... -se interrumpió, desviando la mirada con expresión avergonzada-. Está bien, si quieres saberlo... No quería quedarme sola en la casa, no fuera que las cosas se complicaran y terminara quedándome atrapada allí.

Compasión era lo último que necesitaba sentir Roan en aquel momento.

-¿Qué pasó con Beau? Le pusiste la correa, ¿no? -le preguntó a su hijo.

-Sí, pero se nos escapó -se apresuró a responder Jake, casi como si quisiera desviar la atención de Donna-. Rodeamos el lago con la esperanza de que saliera de entre los árboles para poder localizarlo. Entonces oí tu silbido y nos vinimos para acá.

-¿Entonces no habéis oído ni visto nada?

-No. Ya te lo hemos dicho -protestó su hijo con tono dolido.

-Volved a casa, los dos. Si detectáis algún movimiento extraño, no entréis. Quedaos en el patrulla y esperad a que vuelva. Si no he regresado en quince minutos, pedid ayuda por radio.

Jake no se movió de donde estaba.

-¿Pero y si Espinillas y Orejas están ahí fuera? ¿Y si...?

-Haced lo que os digo.

Jake no insistió más y se volvió hacia la casa. Donna pareció como si fuera a discutir su orden, pero al final siguió al chico.

Roan encontró a Beau con la correa enredada en un matorral. El gran mastín se puso frenético de alegría al verlo. Casi antes de que lo hubiera desenredado, empezó a tirar de nuevo, ladrando. Se dirigía directamente al lago.

Roan lo refrenó lo mejor que pudo. Saltó arbustos, esquivó ramas de árboles, tropezó varias veces siempre con Beau tirando de él. Minutos después, un túmulo indio se alzaba ante ellos, prácticamente cubierto de vegetación. Detrás se extendía el lago.

Roan y Beau escalaron el montículo por su cara sur. Una vez arriba, se detuvieron en aquella posición aventajada, protegidos por las ramas de un roble. Solamente se oía el canto de los grillos, el croar de las ranas, el lejano ulular de un búho.

Entonces lo oyó: una maldición murmurada en voz baja seguida de un sordo ruido metálico. Mientras se giraba hacia la dirección del sonido, distinguió dos siluetas recortándose contra la superficie del lago. Una era alta y delgada, la otra más baja y musculosa. Estaban inclinados sobre lo que parecía un ligero bote de aluminio varado en la ribera.

Podían ser excursionistas. O buscadores de tesoros. ¿Pero entonces para qué se habían acercado hasta la casa desde el lago? Se estaban retirando. En aquel momento acababan de echar el bote al agua y se disponían a abordarlo. Unos segundos más y desaparecerían. Roan soltó entonces a Beau.

- ¡Ataca!

El mastín dio un salto, seguido de su amo. Mientras corría por la espesura, podía oír el ladrado furioso del animal y los gritos de miedo de los intrusos. Oyó un fuerte chapoteo y luego otro ruido metálico, como si uno de ellos hubiera conseguido abordar el bote primero. De repente se escuchó el petardeo de un motor fueraborda... que murió al instante. Otro intento. A la segunda, el motor estaba en marcha.

Roan salió del bosque a tiempo de ver la canoa alejándose de la costa. Beau estaba en el agua, chapoteando. El hombre que se hallaba a proa se sacó algo de la cintura del pantalón, algo que brilló a la luz de las estrellas. Apuntó al perro con la pistola.

En un solo y fluido movimiento, Roan desenfundó, apuntó y e hizo fuego. El disparo resonó en la noche y el agua se agitó delante de la barca. Los dos hombres gritaron y se agacharon a la vez. El bote dio un coletazo antes de seguir su marcha hacia el interior del lago.

Roan lo siguió con la mirada hasta que se perdió en la distancia. No había podido verlos bien, pero estaba seguro de que eran los mismos que había grabado la cámara de seguridad de la tienda de Betsy. Habrían alquilado la canoa en el embarcadero de la otra orilla. Sería lo primero que comprobara por la mañana.

Bajó su arma. Le habría resultado fácil abatirlos a los dos en lugar de disparar delante de ellos. Pero no había podido hacerlo. Porque habría podido estar equivocado,

y lo último que necesitaba era cargar con la muerte de algún joven delincuente sobre su conciencia. Y, por encima de todo, porque no era su manera de actuar.

Silbó a Beau. Estaba hirviendo de rabia. Nada le habría gustado más que ponerles las manos encima a esos tipos, que además poseían la solución al enigma que representaba Donna.

Donna y Jake se hallaban en el jardín trasero de la casa, iluminados por la luz que salía de la cocina. -¿No os dije que os encerrarais en casa?

-Nos quedamos dentro hasta que oímos el disparo. Temíamos que te hubiera sucedido algo... - respondió Jake, intimidado-. ¿Qué ha sucedido?

-Hice un tiro de aviso porque pretendían disparar contra Beau.

Debió de haber adivinado que se preocuparían mortalmente al oír el disparo. Donna permanecía cllada; estaba muy pálida. Habría dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando. Y lo averiguaría, tan pronto como tuviera una oportunidad.

-Han huido, ¿verdad? ¿Viste quién eran? -inquirió Jake.

-No exactamente.

-Apuesto a que no eran buscadores de tesoros. Se acercaron demasiado a la casa -el chico desvió por un instante la mirada hacia Donna, frunciendo el ceño-. ¿Crees que volverán? -le preguntó a su padre.

-Es difícil de decir.

-Bueno, si piensan que nos hemos quedado tranquilos porque los hemos ahuyentado, existe la posibilidad de que vuelvan esta misma noche. Tienen que estar muy locos para haber venido hasta aquí. O muy desesperados.

Roan pensó que a veces Jake era demasiado inteligente para su propio bien.

-Si acaso vuelven, tardarán todavía un rato. ¿Por qué no te llevas a Beau y a los demás perros a dar un paseo?

-¿Ahora? -inquirió el chico, incrédulo.

-Sí, ahora -no alzó la voz, pero su tono le dejó claro que no estaba de humor para discusiones. Jake miró a Donna y otra vez a su padre, como si sospechara algo. Pero finalmente se marchó sin protestar.

Roan siguió al chico con la mirada hasta que se aseguró de que ya no podría oírlos. Acababa de volverse hacia Donna cuando ésta le espetó:

-Eran Espinillas y Orejas, ¿verdad?

-Eso parece.

-Y parece también que esperaron a que tú hubieras salido de casa para actuar.

Su tono era tenso, pero contenido.

-Lo que quiere decir que han estado vigilando la casa -repuso él.

-Y que Dog Trot no es seguro.

Roan se dijo que tenía razón. Al menos no lo había culpado directamente a él.

-Mira, podría tener una mejor idea de cómo protegernos contra ellos si supiera exactamente lo que está pasando. Y si no tuviera que preocuparme de que mi hijo vaya por ahí protegiéndote cual caballero andante.

-Sé que estás pensando que debería haberle impedido que saliera. Pero es que

Jake me aseguró que sabía disparar, que tú le habías enseñado. Me pareció que sabía lo que estaba haciendo.

-¿Te sientes culpable? -le preguntó, sorprendido de su reacción. Ciertamente no había esperado eso de ella.

-No, sheriff. Recuerda que lo de venirme aquí no fue idea mía.

-¿Quieres decir que todo lo que nos pueda ocurrir cae bajo mi directa responsabilidad? ¿Que voy a tener que luchar con fantasmas sin saber nada a ciencia cierta?

-Podría decirte que yo sé tan poco como tú, pero no me creerías.

Su tono era malhumorado y nada esperanzador. A la luz de la luna, podía ver que iba vestida con pantalones cortos y una camiseta roja. No llevaba sujetador, lo cual resultaba evidente por la manera en que la tela se adhería a sus senos, subrayando los endurecidos pezones. El descubrimiento de aquella oculta desnudez actuaba como un afrodisíaco, lo que combinado con la adrenalina que todavía corría por sus venas podía disparar en cualquier momento sus impulsos.

Tenía que alejarse de ella y tranquilizarse antes de que pudiera decir o hacer algo de lo que sin duda se arrepentiría. Pero algo se estaba apoderando de su ser, una ardiente furia que estaba dirigida contra ella, sí, pero también contra sí mismo por aquella imposible situación. Detestaba lo que estaba a punto de hacer, pero no tenía elección. Detestaba lo que ella era y significaba, pero no podía cambiar nada. La atracción que sentía era demasiado abrumadora.

Una atracción que había empezado desde el preciso instante en que se arrodilló junto a ella y vio el rostro de la mujer contra la que había disparado. Una atracción que no había dejado de crecer cada día desde entonces. Había permanecido junto a su cama durante incontables horas viéndola dormir, memorizando cada rasgo de su rostro, aspirando su aroma, fantaseando con los contornos de su cuerpo bajo la sábana. Se había sentido responsable de ella de una manera íntima, primaria, que ni siquiera había intentado comprender. Aun así, era todavía mucho más que eso. La deseaba con locura, con una ilusión que no había vuelto a sentir desde que era un niño ansioso por creer en la magia de la mañana de Navidad, pese a saber que Santa Claus era una mentira.

La ropa que llevaba era la misma que le había comprado en el pueblo. Debía de habérsela puesto después de que él se marchara. Era un indicio de que se estaba recuperando mucho más rápidamente de lo que había esperado e imaginado. Así que se aferró a aquella idea como si fuera una tabla salvavidas.

-Esta tarde estabas demasiado cansada para levantarte del sofá y ahora te encuentro corriendo detrás de Beau. Una milagrosa recuperación, ¿no te parece?

-Es sorprendente lo que puede hacer un poco de descanso.

-¿Seguro que no tenías planificada esta cita nocturna?

-¿Y que me llevé a Jake nada más que por divertirme? ¿Es ésa la imagen que tienes de mí, sheriff? ¿Una chica aficionada a los juegos sdomasochistas y a la seducción de adolescentes? Y todo ello por culpa de un maldito vídeo que no quiere

decir nada, porque actué coaccionada.

-¿Seguro que fue por eso? ¿No estarías buscando quizá un poco de emoción? Si es eso lo que necesitas, no tienes por qué conformarte con la que te suministran esos canallas de Espinillas y Orejas.

-¿Qué quieres decir? -inquirió, desconfiada. -Que podrías conseguirte esa emoción mucho más cerca. En esta misma casa -contestó Roan, desafiante.

-Si has pensado por un momento que yo...

-Yo no pienso nada -la interrumpió, y añadió bajando la voz-. Ése es precisamente el problema. La acercó hacia sí, teniendo buen cuidado de no lastimarle el hombro herido. Sus sentidos se llenaron del calor de su piel, de su dulce e inconfundible fragancia, de su leve jadeo, de la forma en que sus senos presionaban deliciosamente contra su pecho. Aquella súbita invasión de sensaciones lo dejó aturdido. Su cuerpo parecía encajar en el suyo como si hubiera sido creado sólo para él. Nada le había parecido nunca más acertado, más pleno, más perfecto.

Ansiaba llevarla a algún rincón y besarla durante toda la eternidad, saborear hasta el último rincón de su boca y delinear el contorno de sus labios con infinito cuidado. Quería explorar cada centímetro de su cuerpo, llenarse las manos de ella, abrazarla, envolverla... Se estaba volviendo loco.

Tenía el rostro levantado hacia él: la luz de la luna acariciaba sus mejillas, pero su expresión era indescifrable. Roan inclinó entonces la cabeza y la besó en los labios. Durante unos instantes permaneció perfectamente quieta en sus brazos. Luego alzó su mano sana para cerrar lentamente los dedos sobre su musculoso antebrazo. Un leve gemido escapó de su garganta y comenzó a apretarse contra él, como necesitada de su contacto. Sólo entonces entreabrió los labios para recibir la caricia de su lengua en la suya.

Pero inmediatamente lo empujó, obligándolo a que la soltara. Roan así lo hizo, retrocediendo al mismo tiempo.

-¿Qué crees que estás haciendo? -le preguntó ella.

Era una buena pregunta. Antes de que tuviera tiempo para responder, oyó el jadeo y el rápido paso de los perros que Jake acababa de soltar. De repente se vieron rodeados por una manada de perros felices de verse liberados.

-¡Abajo! -ordenó Roan mientras tomaba a Donna del brazo. Los perros agacharon las cabezas y empezaron a retirarse. Acto seguido la llevó hacia la cocina. Justo en ese instante, Jake salió de la cocina con la pistola en la mano.

-Dios mío -murmuró Donna, estremecida-. Perros, pistolas, comida horrible y visitantes de madrugada... ¿siempre es así la vida en el campo?

-Qué va -respondió Jake con una maliciosa sonrisa-. A veces ocurren cosas mucho más raras. -¡Espero no quedarme para verlo! -y entró en la casa.

Roan se la quedó mirando, pensativo. De momento se quedaría: él se aseguraría personalmente de ello. Era su detenida, y no una huésped. Ya era hora de que tomara conciencia de su situación. Tenía una idea. Una idea que tardaría muy poco en poner en ejecución.

A partir de ese momento, iban a empezar a jugar según sus propias reglas. Antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 10

Tory pasó la mayor parte de las tardes de los días siguientes en el porche del primer piso de Dog Trot, cara al lago. Desde aquella posición podía contemplar el dibujo que hacía el viento en la superficie del lago y distinguir de cuando en cuando alguna garza blanca. Protegida de los insectos por el mosquitero, allí tenía la sensación de estar retirada de la vista del mundo.

Se había llevado un libro que había encontrado para leer en la tumbona. En aquel momento, sin embargo, el libro descansaba a su lado mientras contemplaba el lago. Desgraciadamente no podía concentrarse en sus páginas: sus pensamientos derivaban continuamente hacia lo sucedido cierta noche de una semana atrás. Pero lo que la inquietaba no era el misterio de por qué Espinillas y Orejas parecían tan decididos a llegar hasta ella que incluso se habían atrevido a allanar la propiedad del sheriff. No. Era algo por completo diferente.

El sheriff le había dado un beso. Era lo último que se había esperado. Desde luego, había sido consciente de la atracción física que le suscitaba. Aun así, desde el principio, Roan le había dejado muy claro que no tenía nada que temer de él mientras estuviera en Dog Trot. Ella lo había creído, había pensado realmente que sus obligaciones en la oficina y su dedicación al trabajo impedirían que llegara a tocarla.

¿Le importaba? No estaba segura. Roan Benedict la había besado. Y en el instante en que sintió sus labios sobre los suyos, fue como si el mundo se hubiera salido de su eje. Aquel sheriff rígido y anticuado la había dejado noqueada con un simple beso, algo que ningún otro hombre había hecho antes. Harrell incluido, por supuesto.

De hecho, una parte de los motivos por los que había roto su compromiso con Harrell habían tenido que ver precisamente con eso: nunca se había sentido lo suficientemente atraída, o excitada, para acostarse con él. Pero... ¿qué había querido decir aquel beso del sheriff? ¿Había tenido algún significado especial, más allá del impulso del momento? Y si ése era el caso, ¿qué iba a hacer ella al respecto? Aquellas preguntas daban vueltas y más vueltas en su cabeza mientras contemplaba el sol escondiéndose entre los árboles, con los colores del crepúsculo tiñendo el cielo. Cerró los ojos, adormilada.

Hasta que la caricia de algo cálido en el tobillo la sacó de su aletargamiento. Pensó que sería Beauregard. El gran mastín la seguía a todas partes y a veces podía resultar molesto, pero tenía que admitir que había empezado a encariñarse mucho con él.

-Anda, sé buen chico y vete...

Pero la caricia se convirtió en la leve presión de algo cerrándose sobre su tobillo. Incorporándose rápidamente, vio a Roan arrodillado junto a ella. El sol de la tarde daba un tono dorado rojizo a su pelo. Su mirada gris era firme, como el gesto decidido de su boca. Tenía un brazo apoyado en la rodilla flexionada, y de sus dedos colgaba un anillo negro de plástico.

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó con voz ronca.

-Instalando un monitor.

Tory vio que el aparato que llevaba en la mano emitía una luz parpadeante.

-¿Para monitorear qué? -Tus idas y venidas.

-No quiero -se protegió los tobillos con su mano sana.

-Sólo es un aparato electrónico de seguimiento. No te dolerá nada. Un tipo que antes trabajaba para mí vende ahora estas cosas. Es el último modelo.

Era como un reloj de buceador, sólo que algo mayor, con agujeros en la abrazadera de plástico negro para dejar pasar el aire.

-¿Un último modelo? ¿Y se supone que pretendes probarlo conmigo?

-Algo así -esperó, mirándola pensativo.

-Parece un artilugio de las películas de James Bond. ¿Lanza rayos láser o funciona como un walkie-talkie?

-Ninguna de las dos cosas. Más bien se parece... a unas esposas electrónicas.

-¿Como un juguete erótico sadomasoquista... de la era espacial?

Tory vio que se ruborizaba. Un espectáculo fascinante.

-Tú lo sabrás mejor que yo.

-Sólo porque lo he visto en las películas, no te creas -replicó ella-. Yo ya te conté en su momento lo que les pasó a mis muñecas y a mis tobillos, pero eres demasiado testarudo para reconocer la verdad cuando la tienes delante.

Roan señaló el monitor.

-Si crees que vas a librarte de llevar esto, estás muy equivocada. Necesito saber dónde estás en cada momento, sobre todo cuando sales a pasear por la tarde, cerca de la casa.

Se lo quedó mirando durante un buen rato. Entonces recordó algo. Había leído un artículo en una revista que hablaba de artilugios semejantes utilizados por presos que salían en libertad condicional, para que no se escaparan. Con aquel aparato en el tobillo ya no tendría ninguna posibilidad de huir, de abandonar Dog Trot sin que su propietario, el sheriff modelo, se enterara. Disimulando el pánico que la atenazaba, se levantó de la tumbona.

-Puedes guardarte ese aparato. No lo quiero. -Es por tu propio bien.

-¿Sabes? Estás llevando todo esto demasiado lejos. Que seas el sheriff no significa que puedas hacer siempre lo que quieras.

Roan se incorporó lentamente, intimidándola con su estatura.

-Lo que yo quiero no tiene nada que ver en esto.

-¿Ah, no? Tú controlas dónde duermo, lo que como, lo que puedo y no puedo hacer. Y ahora quieres controlar cada movimiento que hago. Yo creo más bien que te

gusta mantenerme indefensa, impotente y a tu disposición.

-Eres tan indefensa e impotente como un escorpión. Pero mi trabajo es mantenerte a salvo. Y no podré hacerlo si no sé dónde estás.

-¿Acaso no estoy bajo vigilancia las veinticuatro horas del día? Apenas puedo ir sola al cuarto de baño. ¡Pero si incluso has puesto a tu hijo a vigilarme!

-Eres una detenida -rodeó la tumbona para acercarse a ella-. ¿Qué esperabas? ¿O acaso andas tramando algo? Quizá tenías preparado algún plan para escaparte, y por eso te disgusta tanto tener que llevar esta tobillera.

Tory se apresuró a retroceder.

-No seas ridículo. ¿Adónde iría yo sola? Simplemente lo considero una invasión de mi intimidad. ¿A ti te gustaría que alguien siguiera todos tus movimientos?

-No, pero yo no me dedico a atracar tiendas. ¡Ni yo tampoco! -la estaba acorralando. Debía de tener la puerta a su espalda. Se arriesgó a lanzar una rápida mirada hacia atrás para localizarla.

-No -le advirtió con tono severo-. No me obligues a hacerte daño. No te dolerá, te lo prometo. -¿Me lo prometes? -replicó, mordaz-. También me prometiste que no me tocarías mientras estuviera aquí. Demasiadas promesas...

-Hasta el momento no te he hecho nada. Pero no respondo de lo que pueda pasar si me obligas a tener que ponerte esto.

Fue entonces cuando Tory cometió el error de mirarlo a los ojos. Tenías las pupilas dilatadas, con una oscura mirada de deseo que resultaba mucho más inquietante que sus amenazas. Intimidada, se giró en redondo y corrió hacia la puerta.

La adelantó en dos zancadas. Sujetándola del brazo sano, la obligó a volver a la tumbona. Le hizo la zancadilla por detrás con la intención de derribarla y cayó con ella sobre los almohadones, de manera que con su brazo amortiguara la caída y no se lastimara el hombro. La maniobra fue tan rápida que la dejó sin aliento. Aprovechándose de su aturdimiento, la inmovilizó cruzando una pierna sobre sus rodillas.

-Y ahora... -dijo con tono suave-... ¿por dónde íbamos?

Ningún triunfo se reflejaba en su rostro. Cuando se recuperó, Tory experimentó una violenta punzada de irritación. Nadie se había atrevido a tratarla así antes.

-Déjame levantarme -murmuró con voz ronca.

Roan se apartó para mirarla. -¿Estás bien?

-Sí. Aplastada, pero bien. Aparte de que has echado a perder todo el trabajo que ha hecho el doctor Watkins con mi hombro, claro.

-Te lo advertí -le dijo al tiempo que bajaba la mirada al vendaje que llevaba bajo la camiseta, preocupado.

Pero Tory era perfectamente consciente de que no había sufrido ningún daño. Aunque la caída tampoco le había sentado especialmente bien.

-¿Sueles tratar así a todas tus detenidas, o solamente a mí?

-Tengo que reconocer que algunas me han insinuado que les gustaría que las esposara a mi cama. Nunca antes me había sentido tentado de hacerlo, pero podría

hacer una excepción. ¿Quién sabe?

-No me das miedo -mintió, alzando la barbilla con gesto orgulloso.

Roan tenía una expresión tan firme y decidida que la asustaba. Intentó apartarse, pero él se lo impidió.

-Es curioso, pero creo que quizá sí que te esté dando un poco de miedo. Lo cual es muy interesante.

-Me alegro por ti -replicó, desdeñosa. -Yo habría esperado una reacción diferente. -¿Realmente esperabas... que fuera a gustarme? -Era una posibilidad.

-De modo que todo esto no era más que una prueba. Una prueba para ver cómo reaccionaba. Para ver si me gustaba o no -la irritación que había experimentado antes no era nada comparada con la rabia que le corría por las venas en aquel instante.

-Yo no lo definiría así. Lo que pretendía más bien era aprovechar el momento.

-¿Porque te dije que tu estúpido monitor se parecía a un juguete erótico?

-Algo así.

Tory cerró los ojos. La palabra que tenía en la punta de la lengua no era precisamente un cumplido. -Está bien. Yo diría que has pasado la prueba. Así que cuéntame otra vez cómo te hiciste esas marcas en las muñecas.

-Con cinta adhesiva y cuerda de plástico. Y te aseguro que no disfruté en ningún momento -¿la creería? Lo miró con la esperanza que así fuera, pero lo único que vio fue su propio reflejo en sus oscuras pupilas. Hasta que Roan desvió la mirada.

-Para que lo sepas, detesto y desprecio a los policías que se aprovechan de sus detenidas. Jamás he hecho algo así. Nunca. Lo de la otra noche fue... - se interrumpió por un momento-... digamos que fue un error. Y ahora que ya lo hemos dejado claro, podemos pasar al siguiente problema. ¿Vas a colaborar o seguimos donde lo dejamos?

Tory no pudo menos que preguntarse por lo que había estado a punto de decirle. Habría dado cualquier cosa por saberlo.

-Creo que necesitas trabajar un poco más con tus métodos de persuasión. Y con tu técnica con las mujeres -forzó el tono más indiferente posible-. Unas cuantas clases de buenos modales tampoco te vendrían mal.

-¿Buenos modales? -repitió, escéptico.-Sí, como por ejemplo tener la delicadeza de soltarme ahora que ya has ganado -replicó indignada.

-Ya, bueno. Supongo que en eso mi madre te daría la razón.

-¿Tu madre?

-Aprendí buenos modales a base de azotes, a la manera tradicional.

-¿Y?

-¿Y qué? -inquirió, distraído. -¿Vas a soltarme de una vez o no? -Cuando yo lo decida.

-¿Y cuándo será eso?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Roan. Cuando volvió a hablar, lo hizo con una voz profunda, aterciopelada.

-¿Quizá cuando tú accedas a hacer exactamente lo que te pido?

Seguía teniendo la expresión firme y tenaz de siempre. Pero aparecía mezclada

con algo más: una mirada que la invitaba a contemplar con buen humor su situación actual. A reírse juntos de ella.

El problema era que Tory no era inmune. De hecho, estaba disfrutando con la sensación de su cuerpo contra el suyo. Demasiado. No era justo que le hiciera eso a ella. Por otro lado, Roan también era susceptible a su atractivo: de alguna forma, él mismo lo había admitido. Si él utilizaba su atracción sexual como arma, no tendría ningún motivo para quejarse si ella hacía lo propio...

Bajó la mirada a la estrella que llevaba prendida en la camisa y que estaba a unos pocos centímetros de su seno. Cambiando de posición, acarició con un dedo su pulida superficie, delineando las puntas una a una.

-La verdad, no sé por qué estás tan decidido a ponerme ese estúpido monitor. Como si tuviera algún sitio adónde ir o algún motivo para querer escaparme de ti... -murmuró con tono tentativo, sensual.

Roan se quedó callado durante tanto tiempo que Tory temió que no fuera a contestarle. Cuando alzó la mirada, vio que la estaba mirando con expresión pensativa. Finalmente asintió con la cabeza. Una sonrisa irónica bailaba en sus labios.

-Me temo que he cometido un error estratégico. -¿Qué? -inquirió, haciéndose la inocente. -No importa. Ese monitor es para tu protección. -¿Pero para qué lo necesito si tú estás conmigo? -Porque no puedo estar siempre contigo. Ése es el problema.

Tory lo miró. «Protección», le había dicho. En aquella postura se sentía perfectamente protegida, eso era seguro. Como si estuviera en un cálido e impenetrable refugio. Era una sensación a la que podría acostumbrarse con demasiada facilidad. Al igual que podría acostumbrarse a su presencia, a su contacto.

Bajó la mirada a su boca. Su voz era apenas un murmullo cuando le preguntó:

-¿Pero quién me protegerá de lo que me pueda amenazar dentro de esta casa?

-Eso... -bajó la cabeza hasta que Tory sintió la caricia de su aliento en los labios... es algo que tendrás que averiguar tú misma. Pero si quieres hacer la prueba, a mí no me importa.

Una voz interior dio la voz de alarma, pero para entonces era demasiado tarde. Roan le estaba acariciando delicadamente los labios con los suyos, recorriendo sus comisuras, delineando su contorno. Su leve presión intentaba convencerla de que los abriera. Era algo imposible de resistir.

Su beso fue como un fuego dorado, puro deseo y persuasión. Tory subió la palma de la mano por su pecho, por su cuello, hasta que lo tomó de la nuca. La sensación de su pelo entre sus dedos le provocó un estremecimiento de placer. Ignorando el incipiente dolor de su hombro, se apretó con fuerza contra él, perdida en la maravilla de su contacto.

De repente sonó un móvil, sobresaltándola. Roan se apartó, reacio. Soltándola, se llevó una mano al teléfono que llevaba al cinturón y leyó el mensaje de la pantalla. El suspiro que llenó su pecho parecía de resignación, pero también habría podido ser de alivio.

-Lo siento, pero tengo que acelerar esto.

No se refería a su abrazo, sino más bien a su tentativa de ponerle el monitor. Sin añadir nada más, estiró una mano hacia su tobillo y le colocó la abrazadera de plástico negro. Tory intentó resistirse, pero él la sujetó con fuerza al tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia. Su expresión era tan dura, tan ajena a lo que había estado haciendo hasta hacía apenas unos segundos, que le entraron ganas de llorar.

El resto fue muy rápido. Roan cerró aquella especie de tobillera con una llave especial que se había sacado de un bolsillo, la revisó un par de veces para asegurarse de que estaba bien puesta y asintió con gesto satisfecho. Acto seguido se levantó. -Volveré. Pronto.

Tory no sabía si era una amenaza o una promesa. ¿Pero qué importaba? Aquel hombre siempre hacía lo que quería y nadie podía impedirselo.

-Por mí no te des prisa -replicó, tragándose el nudo que le subía por la garganta.

Roan vaciló, observándola.

-Lo lamento de verdad -dijo al fin.

Tory desvió la mirada hacia el lago, y ya no volvió a mirar al sheriff mientras desaparecía por el pasillo. Un minuto después, oyó su coche patrulla alejarse por el sendero de entrada. Le había pedido disculpas.

Otro nudo se le formó en la garganta mientras asimilaba lo que acababa de ocurrir. Cualquiera otro hombre se habría regodeado de satisfacción, pero Roan, el todopoderoso sheriff del distrito de Tunica, no. Lamentaba haber forzado su voluntad. Lamentaba haber cruzado aquella línea con una detenida, un acto inaceptable según su estricto código moral y profesional. Roan Benedict se tenía por un hombre íntegro, intachable. Era un caballero del sur, con todo el orgullo, la fuerza y el sentido del deber que entrañaba aquel título. La pregunta era: ¿dónde la dejaba eso a ella?

Ella no se había comportado como una dama. Había intentado engañarlo, tentarlo, sirviéndose de su atractivo para conseguir

lo que quería... y no le había funcionado. ¿En qué momento había dejado de tener tantos escrúpulos? ¿Cuándo había dejado de preocuparse por los demás? ¿Había sido siempre así, o se había vuelto así por influencia de Harrell y de su padrastro? ¿Realmente pensaba, como decían algunos, que los ricos eran gente diferente y superior?

Estaba arrepentida. ¿Pero qué podía hacer? Si le contaba a Roan la verdad, ¿cambiaría eso las cosas? ¿La creería, o pensaría solamente que se trataba de otro truco? Si investigaba su identidad y descubría que lo que le había dicho era cierto, ¿acaso no se sentiría aún más moralmente obligado a protegerla?

No podía correr ese riesgo. No, su primer plan seguía siendo el mejor. Tenía que aprovechar la primera oportunidad que se le presentara para escapar, tenía que llegar hasta Paul Vandergraff y descubrir el papel que ocupaba en aquel complot. Una vez que hubiera logrado enderezar nuevamente su vida, quizá entonces...

¿Quizá qué? No había lugar para una mujer como ella en la tranquila, decorosa y honorable existencia de Roan. Cuanto antes se acostumbrara a la idea, mejor. En ese caso, ¿qué otra solución le quedaba aparte de seguir como hasta ahora y utilizar

cualquier medio para conseguir que relajara su vigilancia?

Fue entonces cuando se dio cuenta. Roan no sólo le había colocado aquel monitor: también le había devuelto la cadena de oro que le habían quitado en el hospital. Se había molestado en ponérsela. La había echado de menos. Allí estaba aquel nombre, brillando en letras doradas: Donna.

¿Qué significaba que se lo hubiera devuelto?

¿Acaso había decidido que no poseía ningún valor probatorio? ¿O indicaba, quizás, que había percibido su necesidad de tener algo propio? Mientras lo miraba fijamente, se preguntó lo que pensaría Roan cuando se enterara de su verdadero nombre. ¿Entendería su fingimiento o la despreciaría por mentirosa y por cobarde? ¿Descubriría alguna vez quién era realmente la persona que llevaba dentro? No tenía muchas esperanzas de ello.

El hijo de Roan continuó llevándole la comida como siempre, pero rara vez se quedaba a hablar con ella. Aunque era un alivio no tener que bregar con su tática y callada compasión, su actitud le sentaba como una bofetada en plena cara. El propio Roan apenas se le acercaba. Una vez convencido de que ya estaba recuperada y de que no podría escaparse gracias al monitor, parecía haberse desentendido de ella y de sus necesidades. Incluso Beau la abandonaba a veces para irse con el chico. El resultado era que se sentía como una indeseada carga en la rutina de Dog Trot.

Pero si el sheriff Roan Benedict pensaba que podría retenerla para siempre en esas condiciones, estaba muy equivocado. Porque se marcharía tan pronto como ideara la forma de escapar sin llamar la atención.

Empezó su campaña de fuga al mediodía del día siguiente. La mañana había sido calurosa, con una promesa de tormenta. Jake estaba en casa: lo había oído jugar con uno de sus videojuegos. Después de ponerse unos vaqueros y una camiseta, bajó en busca del chico.

Jake contemplaba ceñudo la despensa, como si no supiera qué comida preparar. Alzó la mirada con una sonrisa vacilante cuando la oyó entrar en la cocina: al parecer se alegraba de contar con alguna ayuda a la hora de decidirse. Convinieron en preparar una sopa de verduras, y mientras la saboreaban hablaron de diversos temas.

El chico le habló de la pesca que había hecho en el lago y de la fiesta que se estaba preparando en honor a la esposa de Kane, Regina, para celebrar el nacimiento de su retoño. Durante todo el tiempo, sin embargo, Tory estuvo reflexionando sobre la mejor manera de abordar al adolescente para preguntarle lo que quería saber.

-¿Sabes? Esta especie de esposas que llevo en el tobillo están empezando a molestarme de verdad. No creo que pueda soportarlas durante mucho tiempo.

-Bueno, yo no entiendo por qué tienes que llevarlas. Dudo que vayas a echarte en los brazos de los tipos que te secuestraron si vuelven a aparecer por aquí otra vez.

-Creo que lo que le preocupa a tu padre es que me escape para ir a buscarlos. La verdad es que no confía mucho en mí.

-Yo intenté hacerle cambiar de idea, pero me salió con la frase de siempre: «ya lo entenderás cuando seas mayor» -sacudió la cabeza, contrariado.

Su solidaridad resultaba gratificante, pero al mismo tiempo la preocupaba. Viendo el rubor de sus mejillas, no podía menos que preguntarse si no habría desarrollado por ella algo más que una simple amistad. Estaba en una edad muy delicada.

Volvió a sentir la misma violenta punzada de arrepentimiento que le había asaltado aquel día en el porche. Aun así, ¿qué otra opción le quedaba? Necesitaba ayuda, y no tenía nadie más a quién recurrir.

-Es como si me sintiera observada -se quejó, forzando una sonrisa-. Como si algún perverso me estuviera siguiendo a todas partes.

-Pero nadie puede verte -intentó consolarla Jake-. No es una minicámara de vídeo. ¿Quieres que te enseñe cómo funciona?

No habría podido esperar nada mejor. El sistema central de control estaba instalado en el despacho de la casa, conectado a la línea telefónica. La caja blanca que contenía el mecanismo le habría pasado desapercibida si Jake no se la hubiera enseñado. Instalada en una mesa al lado del sofá, recibía la señal que le mandaba la tobillera en una frecuencia determinada, que a su vez enviaba por vía telefónica los datos de localización a una estación de monitoreo de Baton Rouge. Según Jake, el personal de aquella estación podía saber si el monitor y su portador se salían del radio fijado, si la batería se quedaba sin energía o si la red telefónica sufría una avería debido al mal tiempo. El radio de la unidad era de cincuenta metros. Caso de que el portador del monitor rebasara ese radio, el sistema central de control lo comunicaría a la estación de monitoreo y otro ordenador telefonaría al número de la casa. El sistema de reconocimiento de voz podía precisar si la persona que respondía el teléfono era la portadora del monitor. Si no lo era, o si el portador no levantaba el teléfono a su debido tiempo, la estación lo comunicaría inmediatamente al sheriff.

-Y es entonces cuando tu padre aparece corriendo -dijo Tory.

-Exacto -repuso el chico, satisfecho de sus conocimientos de ingeniería electrónica.

-Lo que no entiendo es cómo el ordenador de la estación puede reconocer mi voz si nunca la ha oído. -Ya, bueno, según papá tú eres un caso especial, ya que no tienes antecedentes. El ordenador está configurado para reconocer una orden específica de su voz en lugar de la tuya. Es el único defecto. De manera que él es el único que puede disparar la alerta.

-Sé que las intenciones de tu padre son buenas -suspiró Tory-, pero él no tiene ni idea de lo que supone llevar esto siempre encima. Este aparato en vía información de cada cosa que hago a unos perfectos desconocidos. Y supongo que no habrá ninguna manera de quitármelo siquiera un momento para, por ejemplo, darme una ducha...

-¡Ni se te ocurra! -exclamó Jake-. Tienes que usar la llave adecuada, porque de lo contrario pensarán que lo estás manipulando.

Tory evocó irritada los incómodos baños que había tenido que tomar con un pie apoyado en el borde de la bañera. La llave de la que le había hablado Jake era sin duda la que Roan se había sacado de un bolsillo para asegurarse la tobillera el primer día.

Aquella llave tenía que estar en la casa. Y Jake sabía tanto sobre el monitor que evidentemente conocería también el lugar donde se hallaba guardada.

-¿Sabes tú dónde está esa llave? -le preguntó, esbozando la más radiante de sus sonrisas-. Dame una pista, por favor, Jake... Mira, mejor la encontraré yo sola. Tú sólo tendrás que mirar para otro lado. Nadie se enterará. Te prometo que sólo me quitaré el monitor más que unos pocos minutos cada vez...

- ¡A papá le daría un ataque!

-No se enterará, te lo prometo. Será nuestro secreto particular.

Jake desvió la mirada, mordiéndose el labio. Finalmente se cuadró de hombros y se volvió para mirarla.

-Yo no tengo secretos para mi padre. No es así como funcionan las cosas en esta casa.

Lo había estropeado todo. Forzado a elegir entre dos lealtades, el chico había escogido la de su padre, como no podía ser menos. Debería haberlo previsto. Jake había recibido una estupenda educación en valores. La verdad, la justicia y la honradez: amén. El código de los Benedict.

-No importa -intentó hacerse la indiferente-. No importa, de verdad. Olvídate de que te lo he pedido. Y ahora... ¿qué vamos a hacer en una tarde lluviosa como ésta?

-Nada. Es decir, yo no puedo hacer nada contigo, al menos ahora mismo. Tengo trabajo -murmuró, desviando de nuevo la mirada-. Tengo que dar de comer a un perro que lleva cerca de dos días sin probar bocado.

Tory sabía que era una excusa. No quería frecuentar su compañía: en el fondo, había dejado de caerle bien. Sabía que eso terminaría sucediendo alguna vez, sobre todo cuando abandonara Dog Trot. Aun así, le pesaba sobre la conciencia. Había sido maravilloso contar con la amistad incondicional de Jake. La echaría de menos.

Empezó a llover poco después de que el chico se dirigiera hacia el granero. Por la ventana, Tory vio a Allen sentado en su coche patrulla, observándola. Lo saludó con la mano y subió al piso superior. No tenía ganas ni de leer ni de ver la televisión. Por hacer algo, subió las escaleras que llevaban al ático y vagó entre los numerosos recuerdos almacenados.

Rebuscó en las antiguas cajas de cartón, cuidadosamente rotuladas y ordenadas. Sonrió al ver viejas ropas de niño y añejos juguetes que se remontaban al menos a tres generaciones atrás. El polvo le hizo estornudar varias veces. Sólo entonces se arrepintió de lo que estaba haciendo, husmear en cosas que no eran suyas, y se dispuso a marcharse.

Cerca de las escaleras, descubrió una colección de cajas sin rotular, desordenadas. Contrastaban tanto con las demás que se detuvo a echar un vistazo. Había recuerdos acumulados sin ton ni son, todos de matrimonio: restos de un ramo nupcial, copas de champán atadas con un lazo blanco donde podía leerse El novio y la novia; servilletas con nombres y una fecha grabados; y una fotografía de boda en un marco de plata. La sonriente novia era una joven rubia de aspecto frágil y delicado. El novio era Roan.

Definitivamente estaba fisgoneando, pero no podía resistir la tentación. Levantó la fotografía enmarcada a la luz. Era un retrato de tipo formal, como tantos otros, tomado en una iglesia. Aun así, no podía dejar de mirarlo como si algo no encajara, como si le resultara inexplicablemente extraño.

La chica tenía un aspecto encantador, con su figura esbelta y sus rasgos algo indefinidos, como los de una adolescente. Parecía una deliciosa muñequita con su vestido largo, su ramo nupcial que sujetaba con fuerza contra su cintura y la sonrisa nerviosa en los labios. Alto, robusto, Roan miraba a la cámara con un cierto aire desafiante. Su esmoquin blanco le sentaba a la perfección. Eternizada en aquel instante, la pareja parecía maravillosamente joven a la vez que extrañamente madura.

Aquella pareja debía de haber compartido sueños para el futuro y esperanzas de unión eterna... que se habían visto frustrados. El matrimonio había fracasado. Suspirando, volvió a guardar la fotografía en la caja.

Ya estaba abandonando el ático, de regreso a su habitación, cuando de repente el enigma de aquel retrato quedó resuelto. Lo que tanto la había extrañado había sido la expresión del rostro del novio. En el que habría debido ser el día más feliz de su vida, la alegría había estado ausente.

Capítulo 11

A la hora de la cena, Tory entró en la cocina y se sentó a la mesa. Roan, que estaba preparando un pollo, se volvió para mirarla con gesto expectante, interrogante, como si esperara alguna explicación por su parte.

Tory le sostuvo la mirada con la misma expresión, hasta que al fin Roan le pidió tranquilamente a Jake que preparara otro cubierto en la mesa. Se sintió como si hubiera ganado una importante escaramuza en aquella especie de guerra no declarada.

Mientras comían, Tory se dedicó a comparar mentalmente al Roan de la fotografía del ático con el que tenía delante, y llegó a la conclusión de que era un hombre de carácter serio, que no sonreía a menudo. Al principio había pensado que si se mostraba tan hosco con ella era por su condición de detenida, pero quizá fuera simplemente porque era así. Tal vez se tratara de un efecto de su constante contacto con el peor lado de la naturaleza humana, debido a su trabajo. O quizá también porque se había amargado profundamente en algún momento de su vida. De eso Tory sabía bastante.

Se ofreció a ayudarlo a fregar los platos, pero Roan se negó en redondo. Fuera cual fuera la razón, Tory no pudo menos que sentirse inútil mientras veía al padre y al hijo recogiendo juntos la cocina, como los había visto hacer decenas de veces desde que había llegado allí. No necesitaban su ayuda, no la necesitaban a ella. Eso resultaba más que obvio.

Se hallaba cerca de la puerta, indecisa sobre si retirarse a su habitación o no,

cuando Beau se le acercó para que lo acariciara. Tory le rascó detrás de las orejas, donde sabía que le gustaba. Se sonrió cuando el mastín le lamió la mano: al menos alguien en Dog Trot valoraba su compañía.

-Vamos, Beau. Demos un paseo.

-No te alejes demasiado -le dijo Roan mientras terminaba de secar una sartén.

Tory no se molestó en contestar.

Roan salió al porche trasero y se apoyó en la barandilla para recorrer con la mirada el jardín y el lindero del bosque, buscando a Tory. No debía de haber ido muy lejos, pese a que había transcurrido ya un buen rato desde que había salido de la cocina. Lo sabía porque el monitor no había disparado la alarma. Lo cual no impidió que respirara de alivio cuando la distinguió entre los árboles, con Beau.

Estaba con la espalda apoyada en el tronco de un pino y las manos hundidas en los bolsillos de sus vaqueros. Algo en la manera que tenía de bajar la cabeza y encorvar los hombros le daba un aspecto pensativo, ausente y solitario. De pronto debió de sentir su presencia o quizá había oído la puerta de la cocina, porque llamó a Beau, se apartó del árbol y se dirigió hacia la casa.

Roan sabía que no estaba nada contenta con llevar aquel monitor en el tobillo y, desde luego, no la culpaba por ello. Últimamente había estado bastante callada y eso lo inquietaba. Habría preferido mil veces una discusión a aquel silencio.

La lluvia había cesado cerca de una hora después de que regresara a casa. Las nubes de tormenta se alejaban hacia el noreste. Aspiró profundamente, llenándose los pulmones de aire fresco y flexionando los músculos de los hombros para aliviar la tensión que se le había acumulado en el cuello. ¿Qué diablos iba a hacer con su detenida?

Donna estaba distorsionando su rutina, robándole el sueño y complicándole la vida. Había llamado a Allen por lo menos una docena de veces a lo largo de aquel día para preguntar por ella. A Jake también. Además de que, también durante toda la jornada, había recibido numerosos mensajes, todos relacionados con Tory. Varios ciudadanos le habían expresado su legítima preocupación como vecinos, pero un par de ancianas, muertas de curiosidad, le habían preguntado por los «preparativos para dormir» en Dog Trot. Incluso le había llamado un antiguo profesor de Jake, inquieto porque el chico estuviera en permanente contacto con un «elemento criminal». La tía Vivian le había telefoneado para ofrecerle una cazuela de guisado, y el alcalde le había recordado su obligación de enviar una escolta especial al aeropuerto más cercano, para cuando llegaran los representantes del consorcio.

Con tantas llamadas y para lo poco que había hecho, más le habría valido quedarse en casa para cuidar personalmente de su detenida y de su hijo. Iba a tener que tomar una decisión pronto sobre Donna, dado que se le estaba acabando tanto el tiempo como las excusas. Pero, de alguna manera, no podía hacerlo. No podía dar luz verde al proceso legal. Todavía no.

Mientras Tory subía los escalones del porche con Beau, el mastín casi la derribó al mantenerse pegado a sus rodillas.

-Vaya, no sabía que Beau y tú habíais hecho últimamente tan buenas migas.

-Hemos hecho un trato -sonrió, tensa-. Yo le doy helado y él no me come una pierna.

-Tiene sentido. Has descubierto su principal punto débil.

-No pretendía buscárselo.

-Si quieres saber la verdad, tiene tanta debilidad por el helado como por las mujeres.

-¿De veras? -inquirió ella, sentándose en el columpio.

-Con un mes lo ingresaron en un hogar para perros abandonados. Carolyn, la madre de Jake, le estuvo dando el biberón cada cuatro horas hasta que se destetó.

-¿Sabes? No sé por qué, pero tenía la idea de que a tu mujer no le gustaban mucho los perros.

La resistencia de Roan a hablar de su pasado iba más allá de una simple cuestión de intimidad. Era algo que había aprendido desde pequeño. Las cuestiones de la familia se hablaban y dirimían solamente en la familia. Pero por otro lado no quería contrariar a Donna. Se alegraba de que en aquel momento estuviese hablando con él. Había esperado y temido que el resentimiento por lo del monitor le durase mucho más tiempo.

-A Carolyn le encantaban los bebés y los cachorros -cruzó los brazos sobre el pecho-. Cuando crecían era cuando ella empezaba a tener problemas. Pero lo que realmente no podía soportar era Dog Trot y Turn-Coupe. Y a mí, claro está.

Durante casi un minuto entero, el único sonido que se oyó en el porche fue el chirrido del columpio. -En el ático descubrí una fotografía de vuestra boda. ¿No sería más natural tenerla fuera, a la vista, donde Jake pudiera verla, en lugar de esconderla?

Roan pensó que era precisamente por eso por lo que no quería hablar con nadie de cuestiones familiares. La gente siempre se creía con derecho a decirle a uno lo que tenía que hacer.

-¿Descubriste alguna otra cosa interesante mientras estuviste fisgoneando?

-No estuve fisgoneando... sólo explorando un poco.

-Con Jake, supongo.

-No. En cualquier caso, no creí que te importara.

-Pues estabas equivocada.

Tory detuvo el columpio y extendió la pierna en la que llevaba el monitor de seguimiento. -Quítame entonces esto y ya no tendrás que preocuparte de lo que haga o deje de hacer en tu casa.

-No, porque saldrías corriendo de aquí. -No soy tan estúpida.

-Tampoco tendría por qué preocuparme si te encerrara bajo llave en tu habitación.

-¡No serías capaz!

Roan no estaba tan seguro. Aquella mujer tenía la asombrosa capacidad de afectarlo en lo más vivo de su alma, con lo que terminaba diciendo y haciendo cosas

completamente irracionales.

-Quizá no -pronunció al fin, mirándose las puntas de sus botas-. Al menos esta noche.

-Pero te gustaría -le echó en cara Tory-. Sobre todo si intentara hacer de esta casa un hogar, en lugar del museo que es...

-Dog Trot está bien como está -replicó él. -La mayoría de las familias no tienen sus recuerdos escondidos en el ático.

-Jake rompió un par de estatuillas de coleccionista y un florero jugando al béisbol en el salón de casa. Eso fue poco después de que mi madre muriera. Papá y yo decidimos que era más seguro subir todo lo de valor al ático.

-Pero Jake ya no es un niño.

-Tu preocupación por su bienestar sería conmovedora... si fuera cierta. ¿Qué pretendes? ¿Qué es lo que quieres ahora?

-Nada -Tory continuó columpiándose-. Sólo estaba pensando, por razones obvias, en la memoria. Las fotos son los mejores apoyos que tenemos para recordar el pasado. También ayudan a los niños a sentirse vinculados con el pasado, a comprenderlo. Con unas cuantas fotografías suyas expuestas en la casa, la madre de Jake dejaría de ser un misterio para él.

-No conservo tantas.

-Con una, entonces. Estaba preciosa con su vestido de novia, pero parecía tan joven y tan... frágil.

-Exactamente. Tenía ganas de casarse, pero para ella era como un cuento de hadas. Después de la gran ceremonia, abominó de todo lo relacionado con el matrimonio: sobre todo de lo de quedarse embarazada y tener un bebé. Cuando Jake era un bebé, le gustaba jugar con él, pero cada vez que lloraba me lo pasaba a mí, o a mi madre, o a mi padre. Entonces... ¿qué es lo que tengo que hacer? ¿Recordarle a Jake que su madre intentó suicidarse al poco de que él naciera, para luego terminar abandonándolo?

-Jake me dijo que estaba deprimida, no que había intentado suicidarse...

-Pues lo hizo, y con mi revólver -murmuró Roan con un mal disimulado tono cruel.

-Yo... lo siento.-¿Sientes lo que sucedió... o sientes haberlo sacado a colación? No importa. Dado que ya sabes tanto, bien puedes enterarte del resto. Sucedió aquí, en casa, en la misma habitación que ocupas tú ahora. Vivíamos con mis padres: ésta era una casa grande y Carolyn no quería comprometerse y cargar con la responsabilidad de tener una casa propia. Yo estaba fuera de servicio, así que mi cartuchera estaba colgando de una silla, en nuestro dormitorio. Mi padre y yo estábamos trabajando con los perros detrás del granero, entrenando a uno de ellos. Oí el disparo y me vine corriendo. Cuando la encontré, estaba tendida en el suelo, vestida con el camisón blanco que había estrenado en nuestra noche de bodas. Había intentado dispararse en la cabeza, pero había errado el tiro y... -se interrumpió bruscamente. No sabía por qué había llegado tan lejos, ni por qué había sentido la necesidad de ponerla al tanto de tan escabrosos detalles.

-Tuviste que facilitarle los primeros auxilios tú mismo -terminó ella por él-. Por eso reaccionaste de esa manera cuando me disparaste...

-Exacto -admitió, estremecido.

Se quedó mirando las sombras alargadas de los árboles, a la luz del crepúsculo. Pero lo que veía realmente eran las manchas de sangre en el camisón blanco. Sangre, tanta sangre...

Tory se bajó del columpio para acercarse a él. Poniéndole una mano en el brazo, murmuró:

-No fue culpa tuya. Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya. En absoluto.

Roan podía leer la compasión en su mirada, y también una instintiva sabiduría femenina. -¿Cómo lo sabes? -le espetó, molesto. -Tenías razón con lo que me comentaste sobre el aspecto que ofrecía cuando salté de la camioneta. Tenía tantas ganas de llegar hasta ti, de pedir ayuda, que no fui consciente de la imagen que estaba dando. Después me quedé tan consternada cuando recibí el disparo que dije cosas que no pensaba. Y lo mismo te pasó con Carolyn: tú no tuviste ninguna culpa. Jake me comentó que lo había pasado bastante mal antes de casarse contigo. Tú no eras responsable de su pasado, de los problemas que arrastraba desde entonces.

-Yo pensaba que podía ayudarla -soltó una amarga carcajada-. Matar a todos sus dragones como un caballero andante...

Estaba encontrando en el contacto de su mano mucho más consuelo del que había creído posible. El dulce timbre de su voz parecía deshacerle el nudo que le atenazaba el pecho. Sabía que era extraño, pero sentía la necesidad de explicarle y hacerle comprender cómo había sido su relación con Carolyn, quizá por la misteriosa vinculación que ambas mujeres habían cobrado en su mente. Al cabo de un momento, continuó:

-Cuando teníamos doce o trece años, yo solía ayudar a Carolyn a escaparse de su casa para que su padre no pudiera encontrarla y pegarla las noches que regresaba borracho. Las noches de los viernes eran las peores, así que acampábamos cerca del río. Carolyn era muy estudiosa. Vivía en una especie de mundo fantástico, de cuento de hadas. Solfa llamarme sir Roan, me decía que era un caballero andante y que sabía que siempre la protegería. A mí me gustaba que me dijera eso, pero también me daba miedo. Yo intentaba hacer lo que esperaba de mí, lo hacía de hecho, pero ahora creo que fue un error. Al librar las batallas que debía librar ella, evitaba que pudiera desenvolverse sola, caminar por su propio pie.

-¿No mejoraron las cosas después de que su padre se marchó?

-En realidad, no -respondió al tiempo que se preguntaba por lo que Jake le habría contado-. Su madre no podía trabajar, y la asistencia pública no llegaba para mantenerlas. Carolyn y su madre eran demasiado orgullosas para aceptar ayuda de la iglesia, y mucho menos pedirla. Siempre simulaban que estaban mejor de lo que estaban, o que su situación iba a cambiar algún día, de alguna manera. Yo intentaba ayudar. Las llevaba al pueblo a hacer compras o a las citas con el médico. Cortaba el césped de su jardín y me encargaba del mantenimiento de la casa. Un año les planté un huerto, pero no recogieron las verduras para que no pareciera que lo hacían para poder

comer. Carolyn aceptaba unos pocos dólares que yo le daba siempre que su madre necesitaba alguna medicina, de cuando en cuando. Nada más.

-Así que ambas se apoyaban en ti. Debió de ser una carga muy pesada.

La sorpresa lo dejó mudo por un momento. Nunca lo había contemplado de esa manera: simplemente lo había visto como una obligación para con una amiga.

-A todo esto, todo el mundo se fue dando cuenta de lo mucho que nos veíamos y empezaron a pensar que éramos pareja. Supongo que nosotros mismos también. A ella le gustaba venir a Dog Trot, estar con mis padres. Cuando tuvieron que trasladarse a casa del hermano de su madre, me pareció una buena idea que nos casáramos. Lo hicimos, y yo creía que todo había salido bien. Que estaba perfecto.

-Pero no era así.

Roan giró la cabeza para mirarla. Algo en su expresión debió de haberla desconcertado, o quizá se había dado cuenta de que aún seguía tocándolo, porque retiró la mano y retrocedió un paso. Estudió sus rasgos, aquella mirada con un tinte de compasión tras la aparente frialdad, su aire de firmeza subrayado por la forma que tenía de levantar la barbilla. Sí, Tory tenía sus problemas, pero no era como Carolyn. Afortunadamente.

La deseaba. Llevaba tanto tiempo en aquel estado de semi-excitación permanente que estaba empezando a sentirlo como natural. Lo que era nuevo era la súbita necesidad de enterrar su rostro en la curva de su cuello y aspirar su aroma para grabarlo a fuego en su cerebro.

Al ver que seguía sin decir nada, Tory le preguntó:

-¿Fue realmente una depresión post-parto lo que motivó su intento de suicidio, como parece pensar Jake, o se trató de algo más?

-Hubo más cosas. Su madre murió. Luego encontraron el cadáver de su padre en el bosque, y desde entonces ya nunca volvió a ser la misma.

-Y una vez que sobrevivió al intento de suicidio, se marchó. Trágico.

-O quizá no -se apartó de la barandilla, alejándose de ella. Lo último que necesitaba era su piedad. Lo que quería era volver a sentir su contacto, sus caricias...-. Quizá fuera para mejor.

-¿Qué quieres decir?

-Carolyn necesitaba ayuda profesional. Yo nunca me había dado cuenta de ello porque no estaba dispuesto a admitir que no podía resolver sus problemas. Que no le bastaba con mi ayuda.

Se quedó sin voz al escuchar lo que acababa de decir. Acababa de reconocer que él había sido parcialmente responsable de los problemas de su esposa. Algo que jamás había hecho antes.

-Creo que te estás culpabilizando demasiado - le comentó con tono pensativo-. La decisión la tomó tu mujer, no tú.

-Su terapeuta le dijo que nunca se encontraría a sí misma mientras me tuviera a mí como tabla salvavidas, que necesitaba irse de aquí. Supongo que tenía razón, porque al final, más o menos, lo consiguió. Por cierto... ¿no será eso lo que tú estás haciendo

también aquí?

-¿Encontrarme a mí misma? -soltó una carcajada-. No. Yo creía que estabas convencido de que era una consumada delincuente.

Roan se dijo que tenía razón. ¿Cómo había podido distraerse de esa manera? Pero no podía dejarle saber que albergaba serias dudas sobre esa última hipótesis. En cualquier caso, le ley estaba por encima de todo, y sus propias opiniones tenían una importancia secundaria.

-Quería decir que quizá fuera ésa la razón por la que viniste aquí con tus amigos, Espinillas y Orejas. Tal vez eras una pobre niña con problemas de identidad que intentaba resolverlos cambiando radicalmente de vida y desentendiéndose de normas y obligaciones.

-¿Y eso habría sido tan malo?

-Esa tentación nos asalta a todos en algún momento de nuestra vida, pero no soluciona nada. Tarde o temprano te ves obligado a dar marcha atrás, si no quieres acabar dando un círculo completo. De cualquier forma, los problemas continúan siempre ahí, esperándote. Así que... ¿cuál es la respuesta?

Esperó a ver si respondía con la verdad o si continuaba fingiendo. Tory se removió incómoda y empezó a pasear por el porche, siguiendo la barandilla. Inconscientemente, Roan se le acercó, maldiciéndose por su debilidad. Se recordó que estaba bajo su protección. Tenía que controlarse a toda costa.

-Quizá prefiera no recordar lo sucedido. Teóricamente era posible, pero Roan no se lo creía. La dejó continuar.

-De hecho, no me importa que alguna vez llegue a recordarlo o no. Creo que podría acostumbrarme a vivir en un sitio como éste, a empezar una nueva vida, a seguir el paso de las estaciones, a trabajar en el jardín... a contemplar las estrellas por la noche.

-A juzgar por esa cadena que llevas, con tu nombre en letras doradas, yo diría que las estrellas de tu mundo brillan muchísimo más -comentó, irónico.

Tory forzó una carcajada.

-¿Esa baratija? -intentó disimular.

-Según el joyero del pueblo, no se trata de ninguna baratija. Son diamantes. Una foto de tu tobillera anda circulando por todas las estaciones del país, a la espera de que salga algo.

-¿Te refieres a alguna denuncia por pérdida o robo? Has pensado en todo.

-Lo intento. Además, ya sabes que hay maneras de forzar la memoria. El tratamiento con hipnosis, por ejemplo.

-¿Me lo harías tú?

-No, el doctor Watkins. No podrías estar en mejores manos.

-No, gracias.

-¿Tienes miedo de lo que podamos averiguar? -Como te he dicho, prefiero conservar la memoria tal como la tengo, incluso con sus lagunas. Roan pensó que tenía respuesta para todo: eso tenía que concedérselo.

-Quizá termines por recordar algo que te despierte los demás recuerdos.

-Vaya, Sir Roan, ¿se está usted dedicando a resolver mis problemas ahora?

Roan se estremeció: no podía evitarlo. Había sabido que tarde o temprano acabaría utilizando aquellas informaciones sobre su vida privada como arma contra él, pero había esperado algunos escrúpulos más por su parte.

-Yo sólo intento hacer bien mi trabajo. Y eso incluye resolver tu problema, ya que atañe directamente al caso.

-En otras palabras: quieres deshacerte de mí lo antes posible.

-Ya sabías desde el principio que tu estancia aquí sería temporal.

-Ya -esbozó una mueca-. Lástima. -¿Qué quieres decir?

Tory bajó la mirada hasta su pecho, como fascinada por la estrella que llevaba prendida en la camisa. Por un instante, Roan pensó que iba a extender una mano para tocarla, como había hecho antes. Cuando habló, lo hizo en voz baja y algo temblorosa:

-Contando con tiempo suficiente, quizá habríamos podido llegar a entendernos mejor.

-Bueno, creo que nos entendemos bastante bien.

-¿Tú crees? Pero eso siempre se podría... mejorar.

Estaba poniendo a prueba su fuerza de voluntad, la promesa que se había hecho a sí mismo de no tocarla. Lo estaba tentando, seduciendo, porque sabía perfectamente que la deseaba. Estaba utilizando el truco más viejo del manual para hacerle olvidar que la estaba reteniendo como detenida, para hacer que se olvidase de todo excepto del dulce placer de tenerla en sus brazos.

-No. -¿No qué?

-Que no me mires así, que no digas nada más. Entra ahora mismo en casa antes de que te busques más problemas.

Tory alzó la barbilla, sosteniéndole la mirada.

-¿Y si me niego?

No quería hacer movimiento alguno, pero lo hizo. De repente la levantó en brazos y la sentó en la barandilla, colocándose entre sus muslos. Estupefacta, sin aliento, Tory no pudo hacer otra cosa que aferrarse a sus hombros.

-Si te niegas... -pronunció él con voz ronca. -Descubrirás lo fácil que me resultaría olvidarme de quién soy. Descubrirás lo que es ser amada a la manera del antiguo sur, sin freno alguno. Y descubrirás que el experimento no significará diferencia alguna, porque aun así no cederé. No puedo hacerlo y luego cargar con ello sobre mi conciencia.

Tragando saliva, Tory susurró:

-Yo creía... que no tenías inconveniente alguno a someterte a una prueba...

-Eso te dije, pero estaba equivocado. Llámame lo que quieras, pero me opongo a esta prueba porque sé que es una mentira. Porque sé que no me deseas. Porque lo que quieres precisamente_ es librarte de mí.

-¿Es eso lo que piensas?

Estaba temblando de pies a cabeza. Roan podía sentir su temblor bajo sus dedos,

contra su cuerpo. Aquello lo afectó terriblemente, de una manera especial: nada habría podido excitarlo tanto. Tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para bajarla al suelo y apartarse. O eso o acababa haciéndole el amor allí mismo.

-No importa lo que yo piense. En cualquier caso, esto ya se ha acabado.

Guiándola de un codo, entró con ella en la casa.

Tory se dejó llevar, obediente, pero al pie de las escaleras se detuvo para mirarlo. Los ojos destacaban enormes en su pálido rostro, cargados de secretos, enigmáticos. Hasta que una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

-¿Acabado, dices? Pues yo creo que no ha hecho más que empezar.

Capítulo 12

Tory se enteró de la próxima llegada de los representantes del consorcio de los casinos por el escáner de la policía. Fue una casualidad. Estaba pasando por delante del dormitorio de Roan, que tenía la puerta abierta, cuando oyó por el escáner un mensaje dirigido a Roan, así como la respuesta de este.

Se hallaba sola en la casa y algo aburrida, ya que Jake se había ido a casa de su amigo Terry a pasar el día. La información sobre el consorcio se desprendía del mensaje de la oficina para Roan, que había salido para asistir al funeral de un antiguo compañero del cuerpo. El alcalde quería que el sheriff pasara por su despacho a la vuelta para hablar de las medidas de seguridad relativas a los visitantes: Evan Battersea y Harrell Melanka. Nada más oír el mensaje, Tory se quedó paralizada. Harrell se dirigía a Turn-Coupe.

Era obvio que Espinillas y Oreja le habían informado de su desaparición. Indudablemente también le habrían dicho que se hallaba herida y bajo custodia del sheriff. Y si habían escuchado los rumores que corrían por el pueblo, también le habrían contado que había perdido la memoria y que nadie en Turn-Coupe tenía la menor idea de su identidad.

Su antiguo prometido se dirigía hacia allí. Se habría inventado alguna retorcida historia para verla, con la idea de montar una farsante y conmovedora escena de reencuentro. Harrell expondría ante todo el mundo las pruebas de su identidad y exigiría que se la entregaran, mientras se ocupaba de desmontar cualquier acusación contra ella gracias a su ejército de abogados. Si eso no funcionaba, llamaría a Paul Vandergraff. Una vez que su padrastro apareciera en escena, su regreso a Florida sería un hecho. No debía ir. Tenía que evitarlo a toda costa.

¿Pero cómo? Roan apenas había creído una sola palabra de lo que le había dicho hasta el momento. Si de repente recuperaba la memoria e intentaba convencerlo de que Harrell estaba detrás de su secuestro, descubriría lo mentirosa que era. ¿Cómo podría creer entonces nada de lo que le dijera a partir de ese momento?

No podía quedarse de brazos cruzados. Para empezar, tenía que averiguar el día y la hora exactas de la llegada de Harrell. Cuando se enterara de cuánto tiempo disponía, decidiría si enfrentarse con él o huir. No quería marcharse así, pero la fuga

se le antojaba la decisión más inteligente que podía tomar. Eso, por supuesto, si lograba librarse de aquel monitor eternamente vigilante que llevaba en el tobillo. Pasó el resto del día haciendo viajes a la habitación de Roan para seguir escuchando los mensajes el escáner y a la cocina mientras preparaba la cena. Los códigos y números radiados por los agentes eran muy similares a los de las películas. Escuchó (le nuevo a Roan, informando de variados temas. Pensó que si en adelante se dedicaba a escuchar el escáner, siempre sabría dónde estaba el sheriff y lo que hacía en cada momento, con lo que le resultaría mucho más difícil sorprenderla con sus llegadas repentinas.

Hacia media tarde estaba tan concentrada escuchando el escáner que no oyó abrirse la puerta de la cocina ni los rápidos pasos en las escaleras. Fue lieau, que descansaba a sus pies, quien la alertó con nn gruñido.

Se incorporó rápidamente, aguzando los oídos. 13eau nunca gruñía a Roan ni a Jake. Cal tenía órdenes de patrullar por los alrededores, sin perder de vista la casa, pero permaneciendo fuera durante la mayor parte del tiempo.

El mastín se levantó pesadamente, vigilando la puerta, encrespado el pelaje del lomo. Se oían unos pasos en el pasillo, amortiguados por la alfombra, en dirección al dormitorio. El intruso, fuera quien fuera, no parecía temer el ataque del perro. Tory miró a su alrededor, buscando una salida.

Las ventanas se abrían a la galería posterior, pero nunca conseguiría abrirlas a tiempo: el picaporte de la puerta ya se estaba moviendo y Beau había comenzado a ladrar. Lo único que se le ocurrió fue agarrar una estatuilla de bronce que había en una mesa.

Por fin la puerta se abrió y apareció un desconocido de pelo oscuro, con los ojos más azules que había visto en su vida.

-¿Quién es usted? -le espetó Tory.

El hombre la miró rápidamente, pero concentró su atención en el mastín.

-Abajo, Beau. Tranquilo.

El mastín bajó su enorme cabeza y agitó el rabo: evidentemente lo conocía. Pero Tory todavía no estaba del todo tranquila. El recién llegado se volvió hacia ella, vio la estatuilla que llevaba en la mano y le hizo una burlona reverencia.

-No pretendía asustarla. Soy Clay, Clay Benedict. Roan me llamó para decirme que estaba ocupado y que tendría por lo menos para un par de horas más. Dado que el turno de Cal ha terminado y que Jake aún sigue fuera, me pidió que me acercara para recibir el testigo, como suele decirse.

-Podía haber llamado a la puerta.

-Lo hice, pero supongo que no me oyó. Roan me puso al tanto de todo, así que me pareció que lo mejor que podía hacer era entrar a echar un vistazo, para asegurarme de que se encontraba bien.

-¿Se supone que tengo que creerlo?

- Si lo hiciera, le quedaría eternamente agradecido -sonrió de buen humor.

Indudablemente era un Benedict. El parecido familiar resultaba evidente en su estatura, en la anchura de sus hombros, en sus espesas cejas, en sus ojos grandes.

Parecía algo más joven que Roan, quizá un par de años, pero tenía el mismo aire de confianza y seguridad, la misma audacia que había visto en las expresiones de los tres hombres de la fotografía del ático. De todas formas, Tory aún desconfiaba. Se jugaba demasiado.

- Deme una buena razón.

-Mmmm... Podría enseñarle mi permiso de conducir, pero no se me ocurrió llevármelo cuando salí en mi Jenny.

-¿Jenny? -repitió ella.

-Mi lancha rápida -repuso, y le señaló el teléfono-. Llame a Roan, si quiere. Él responderá por mí.

Molestar a Roan en el trabajo era lo último que habría querido hacer. De repente se sintió ridícula con la estatuilla todavía en la mano. Volvió a dejarla sobre la mesa.

-Se me ocurre algo mejor. Hábleme de su primo: eso servirá de prueba.

-¿Quiere que le desvele los secretos de mi primo Roan? -sonrió, irónico-. Eso podría ser problemático.

-¿Por qué?

-Porque no estoy seguro de que los tenga. -Espero que se le ocurra algo.

-Está bien -se apoyó en el umbral con gesto relajado-. Veamos. Dentro de poco cumplirá los treinta y cuatro. Lleva toda la vida de sheriff y trabaja muy duro para tener a todo el mundo controlado. Le gusta pescar, al menos cuando puede encontrar tiempo para ello. Odia la cerveza light pero le encantan las patatas fritas light. Su hijo es lo más importante de su vida, pero lo siguiente en la lista es su modelo Plymouth Super Bird de 1970.

-¿Su qué?

-Un coche de época. Un fantástico coche de carreras de níquel y acero con la mecánica más perfecta que se ha inventado jamás. Color rojo... no sé qué... ¿Lo sabe usted?

-Rojo fuego -explicó ella, sonriendo. -Eso es.

-¿Pintura original? -inquirió Tory. -Por supuesto.

-¿Sabe si conserva los alerones traseros?

-El coche está en perfecta forma. Ni un solo rasguño. Pero si sabe tanto de coches de época... ¿cómo es que no ha oído hablar de la niña bonita de Roan?

Tory se encogió de hombros. -Nunca me lo ha enseñado.

-Ya lo hará. Los coches siempre han sido nuestra pasión. Aunque yo terminé cambiándola por los barcos. Bueno, por los barcos y por la fotografía. -¿Ésas son sus actuales aficiones?

-Sí. Roan tiene una lancha estupenda con un motor de ciento cincuenta caballos de potencia que lleva tiempo queriendo venderme, aunque yo tengo tan poco tiempo para pescar como él. Se lo compró poco después de que perdiera una carrera con Luke y Kane. Como castigo, tuvo que servirles el desayuno en cueros. Cosas de la familia.

Tory se lo quedó mirando asombrada. -¿En cueros? ¿Quiere decir... desnudo?

-Una imagen inquietante, ¿verdad?

Desde luego, la imagen poseía bastante impacto. -Así que se compró esa lancha nueva con la idea de ganar la siguiente carrera.

-Y la ganó -reconoció Clay-. A Roan no le gusta perder.

Tory ya lo había notado. Una nueva sonrisa se dibujó lentamente en sus labios mientras se acercaba para tenderle la mano.

-De acuerdo. Me ha convencido.

Clay se la estrechó con un apretón firme y cálido. -No le diga a Roan que le he contado todo esto, ¿de acuerdo? No le gusta que la gente hable de él a sus espaldas. Por cierto, ¿no tendrá una cerveza de sobra en la nevera? Dado que voy a quedarme aquí custodiándola, lo menos que puede hacer mi primo es invitarme a una.

Clay se reveló como una excelente mina de información sobre la familia Benedict. Le contó anécdotas de los hermanos pioneros que se habían establecido en Turn-Coupe, incluyendo su rama familiar, ampliando lo que Johnnie ya le había contado en el hospital. Tenía una madre artista y dos hermanos, Adam y Wade. Un hermano gemelo suyo había fallecido en un accidente un par de años atrás. Tory se sorprendió a sí misma disfrutando enormemente de su compañía.

-Se supone que deberías estar vigilándola, primo, y no aburriéndola mortalmente con tus cuentos -resonó de pronto una voz en el umbral de la cocina.

Era Roan. Volviéndose para mirarlo, Tory se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

Clay se levantó para estrecharle la mano.

-Ya era hora de que llegaras.

-Supongo que estarías a punto de marcharte. Todavía queda luz suficiente para navegar por el lago.

-Los focos de las lanchas están para algo, primo.

-Hay que ser prudente. ¿Para qué correr riesgos?

Clay ladeó la cabeza, mirando a uno y a otra. -¿Me estás echando? Sólo tienes que decírmelo. -No te vayas todavía -se adelantó Tory antes de que Roan pudiera oponerse-. Quédate a cenar. No tardo nada en poner la mesa.

La actitud de Roan le parecía extraña, casi posesiva. Sobre todo cuando había sido él quien había enviado a su primo a Dog Trot. Vio que apretaba los labios en un claro gesto de desagrado.

-¿Quién va a preparar la comida? Jake no ha vuelto y yo no tengo ganas de cocinar para tres. -Ya está hecha -sonrió, confiada.

-¿La has hecho tú? -Con postre y todo. Roan se volvió hacia su primo.

-Entonces será mejor que te quedes, en caso de que Jake y yo muramos envenenados.

-Si alguna vez llego a envenenarte... -le dijo Tory con el tono más dulce posible... te aseguro que no será por accidente.

-Creo que voy a quedarme -sonrió Clay-. Sospecho que los dos necesitáis un árbitro.

Roan le lanzó una mirada asesina, que su primo aguantó estoicamente, arqueando una ceja. Finalmente, para sorpresa de sus interlocutores, lanzó una carcajada.

-Vamos a tomarnos una cerveza en el porche, para no molestar a Donna. Ya nos avisará cuando la cena esté lista.

Tory se habría sentido molesta por aquel trato si no hubiera sido porque sospechaba que lo que realmente pretendía Roan era alejar a su primo de ella. La idea resultaba tan misteriosa y sugerente que se quedó paralizada durante unos segundos después de que ambos abandonaran la cocina. Luego, sacudiendo la cabeza, se ocupó de meter el pastel de carne con brócoli en el microondas.

Poco después se acercaba a la puerta de rejilla del porche para llamarlos a la mesa. Roan y Clay se habían instalado en sendas tumbonas mientras tomaban sus cervezas. La perfecta imagen de la camaradería masculina. Jake acababa de regresar; en aquel momento se bajaba de su moto para reunirse con ellos, sonriente. Había algo estable, permanente, duradero en aquel pequeño grupo tan estrechamente unido.

El pitido de un móvil interrumpió de pronto el cálido rumor de sus voces. Roan se levantó para atender la llamada sin molestar a los demás. Volvió al cabo de unos segundos.

-Un accidente grave en el antiguo puente de hierro. Tengo que irme.

Tory abrió la puerta de rejilla y salió al porche. -Tu plato ya está en la mesa. ¿No quieres cenar primero?

-No hay tiempo -le lanzó una rápida mirada antes de volverse hacia su primo-. Un desastre. Un coche lleno de adolescentes empotrado contra un camión cargado de productos químicos. El equipo de emergencias ya está avisado. Puedes ir conmigo, Clay, dado que no has traído coche.

-¿Puedo ir yo?-inquirió Jake, mirando a su padre con expresión esperanzada.

-¿Y Donna? -le preguntó Clay a su primo, al mismo tiempo.

-Jake se queda, y Allen vigilará Dog Trot hasta que vuelva. Necesitamos toda la ayuda posible. -Pero hasta que llegue Allen...

-Era Allen quien me llamó. Viene hacia aquí - le tendió una mano para ayudarlo a levantarse de la tumbona, clara señal de que estaba decidido a llevárselo y de que no admitía protestas.

-Has pensado en todo, ¿eh? -se quejó Clay, aunque Tory creyó advertir un disimulado brillo de diversión en su mirada.

Roan no se molestó en responder mientras se dirigía hacia su patrulla. Subió y encendió el motor sin apenas dar tiempo a su primo a que se instalara a su lado. Partieron a toda velocidad.

Tory pensó que había perdido su gran oportunidad de impresionar a todo el mundo con sus habilidades culinarias. Aunque sabía que lo importante era que Roan se hubiera marchado cuanto antes para el lugar del accidente, ya que de ello dependían varias vidas, no pudo evitar una punzada de decepción. En realidad había querido demostrarle que podía serle útil. Que no era ninguna incapaz.

Volvió a preguntarse si no debería contarle a Roan lo de Harrell y ser completamente sincera con él. Eso habría sido actuar de acuerdo con el código moral de los Benedict. Habría sido la mejor forma, desde luego. Pero no se atrevía. Tenía

demasiado que perder. Además, no podría soportar ver el desprecio en la cara de Roan cuando descubriera que le había estado mintiendo durante todo el tiempo.

¿Cuándo había empezado a importarle tanto su opinión? ¿Y por qué? Sacudiendo la cabeza, sirvió el pastel para Jake y para ella. El chico, molesto por no haber podido acompañar a su padre y a Clay, se llevó su plato al salón. Y Tory se quedó cenando sola en la cocina.

Una soleada mañana de domingo, una especie de bramido despertó a Tory. Sonaba como si alguien estuviera acelerando un potente motor, probándolo varias veces. Se levantó de la cama para ponerse una camiseta y unos vaqueros.

El Super Bird de Roan estaba en el sendero de entrada. Era una auténtica maravilla, con su color rojo fuego resplandeciendo bajo el sol, verdadero testimonio a una vida entera de amorosos cuidados.

Roan se hallaba inclinado sobre el motor cuando oyó sus pasos en la grava. Irguiéndose, se volvió para mirarla. A Tory casi le costó reconocerlo: parecía mucho más joven, vestido con unos gastados vaqueros casi blancos y una camiseta sin manchas, calzado con unas viejas zapatillas. Tenía el pelo despeinado y todavía húmedo, como si no hubiera hecho otra cosa que pasarse una mano por la cabeza cuando salió de la ducha. Una brillante pátina de sudor cubría sus musculosos brazos. -Buenos días -la saludó con voz ronca. Disimulando su turbación, Tory se acercó para echar un vistazo al motor. E instantáneamente se olvidó de todo.

-Un Hemi 426 -silbó, admirada-. Esto puede volar.

Roan no dijo nada. El silencio se hizo tan interminable que Tory se volvió para mirarlo. La estaba contemplando asombrado. Anonadado. Sin embargo, se recuperó lo suficiente para explicarle:

-Puede alcanzar los doscientos kilómetros por hora.

-¿Cómo lo conseguiste? -Lo gané.

-Estás de broma -al ver que negaba con la cabeza, Tory le preguntó-: ¿Cómo?

A Roan le brillaron los ojos cuando le habló del verano que había pasado con sus primos corriendo en la carrera de coches de época más importante del país. Habían bautizado a su coche con el nombre de «Torbellino», y con ese modelo habían ganado el gran premio: el Super Bird.

-Vi una foto de esa carrera en el ático, creo. -Kane iba vestido de piloto, ¿verdad? Era él quien pilotaba. Luke y yo trabajábamos en boxes. -Así que tú eras el mecánico -no pudo evitar sonreír al imaginárselo.

-Mecánico jefe. Luke llevaba el camión y el remolque en las giras, aunque todos nos ocupábamos de todo.

-¿Kane y Luke dejaron que te quedaras con el Super Bird? Deben de ser grandes tipos.

-Los mejores, aunque yo les pagué su parte, claro.

Era de esperar: Roan no era del tipo de hombres que se quedaban con algo a costa de otros. -Bueno, mecánico jefe, pues a juzgar por el olor a gasoil, yo diría que el carburador necesita un pequeño ajuste.

-¿Qué?

-Aceléralo de nuevo, si quieres comprobarlo. -Oh, me lo creo, ya que yo ya había identificado el mismo problema. Lo que me gustaría saber es cómo es que sabes tanto sobre coches de ese tipo... Estaba pisando un terreno peligroso. ¿Debería negarlo todo o fingir que había recuperado parcialmente la memoria?

-No estoy segura -murmuró, adoptando una expresión de confusión que esperaba resultara verosímil-. Casi parece como si...

-¿Sí? -él se apoyó en el parachoques, esperando.

-Creo recordar que tenía un coche parecido a éste, también rojo -entrecerró los ojos-. Y había un hombre...

-Lógico. ¿Qué más? -inquirió Roan con tono cálido, como el de un amigo invitándole a hacer una confidencia.

Ya más animada, se atrevió a continuar:

-Creo que me lo regalaron por mi cumpleaños. Cuando era adolescente.

Había cumplido los dieciséis, y el coche había sido un Oldsmobile Cutlass de 1969, rojo y con la capota blanca. Un regalo culpable, quizá un soborno, que le había hecho su padrastro una vez que consiguió internar a su madre en la clínica. Sabía que le gustaba ir a las carreras y se le había ocurrido regalárselo para callarle la boca. No había funcionado.

-Y ese hombre.. ¿podría ser el mismo que te enseñó los conocimientos de mecánica?

Había sido un socio del club de campo, atractivo, bronceado, muy aficionado a ganarse la confianza de las jovencitas con poca cabeza. Se había ganado la suya y conseguido que le prestara el coche. Como resultado, se había matado con su mejor amigo en un accidente en la autopista de Cayo Oeste. Pero eso no podía decírselo.

-¿Quién sabe? -desvió la mirada. -Ya.

¿Sospecharía de ella? Tory lo ignoraba. Sólo sabía una cosa: que había ido demasiado lejos. Si no llevaba cuidado, acabaría contándoselo todo a Roan Benedict. Acabaría hablándole incluso de las semanas que pasó con Mark trabajando en aquel motor, probando el coche, mejorándolo. Por aquel entonces salían juntos. Mark era el sueño de cualquier chica: guapo, con experiencia, larga melena rubia que se recogía en una coleta, ojos de un maravilloso azul turquesa y mucho tiempo libre por delante.

-¿No sería el mismo tipo para el que te hiciste la cirugía de pecho?

Tory alzó bruscamente la mirada, sorprendida de que hubiera hecho la conexión con lo que le había contado antes. Había acertado, por supuesto, en cierto sentido. Se había operado en la Navidad del año siguiente.

Podía leer tanta tolerancia, tanta aceptación de la fragilidad humana en su mirada... De repente detestó aquella barrera que había levantado entre ellos con sus mentiras. Ansiaba poder contárselo todo. El convencimiento de que no podía hacerlo, y de que además tenía que marcharse, y pronto, le produjo tal opresión en el pecho que por poco se le saltaron las lágrimas.

Roan seguía esperando su respuesta. Tory no ludo hacer otra cosa que encogerse

de hombros antes de buscar una distracción... y entonces encontró una en su necesidad de saber cuándo llegaría exactamente Harrell.

-Así que te has tomado el día libre... -se inclinó para examinar de nuevo el motor-. Supongo que eso quiere decir que no hay mucho que hacer en Turn-Coupe.

-Hoy no.

Aquel hombre era demasiado parco en palabras. Tendría que intentarlo de nuevo.

-¿No ha pasado nada, entonces?

-Bueno, veamos. Bobby Crofton pegó en la nariz a Joe Myers cuando estaban jugando al béisbol y sus respectivas madres se pelearon por su culpa. Los maridos de ambas mujeres, por su parte, intercambiaron algunos insultos. La abuela de Bobby se llevó tal disgusto que se puso a regar con la manguera a todo el mundo, con lo que todos acabaron perdidos de barro. Libby Myers, madre de Joe, no sólo se cayó al suelo y se ensució sus pantalones blancos, sino que se estropeó la permanente, con lo que ha denunciado a la abuela por agresión y...

-Te lo estás inventando -lo acusó Tory. -Todo esto ha sucedido de verdad. Te lo juro -se volvió para mirarla con un brillo burlón en los ojos. Estaban tan cerca que Tory podía sentir el calor de su cuerpo, su aroma masculino envolviéndola. La atracción que sentía era tan violenta como visceral. ¿Cómo sería hacer el amor con él? ¿Era posible que aquello tan intenso que estaba sintiendo pudiera multiplicarse por mil en su dormitorio?

Pero, al final, todas aquellas preguntas hicieron saltar una alarma en su mente. Debía pensar en su propia situación, que cada vez resultaba más precaria. Así que volvió al tema de partida.

-Quizá la gente de aquí no tenga muchas cosas que hacer, aparte de discutir por ese proyecto del barco-casino. Por cierto... ¿hay alguna novedad con ese tema?

-Un par de peces gordos del consorcio van a venir a hablar con las fuerzas vivas del pueblo, para intentar adelantar el plebiscito.

-Ah. Y supongo que tú tendrás que estar pendiente. ¿Cuándo será eso?

-En un par de días.

Era muy poco tiempo. Necesitaba elaborar rápidamente un plan de fuga. De repente se le ocurrió una idea: tal vez el vehículo que tenía delante en aquel momento pudiera resultarle útil.

-Y... -recurrió al tono más indiferente del que fue capaz-... ¿dónde guardas esta preciosidad para mantenerla en tan buenas condiciones?

-En el granero -respondió Roan con un repentino brillo de frialdad en los ojos-. A cal y canto. Debió haberlo adivinado. De repente oyeron acercarse un vehículo por el sendero. Una gigantesca caravana de color plateado se detuvo detrás justo del Super Bird. La puerta lateral se abrió con un siseo hidráulico. Un hombre bajó para acercarse a ellos. Era alto y enjuto, con el pelo oscuro salpicado de canas. Bajo las espesas cejas, sus ojos tenían un color gris acerado. Una sonrisa iluminaba su tez bronceada. -No me lo digas -dijo Tory-. Otro Benedict. -Premio para la señorita -exclamó el recién llegado-. Me tomaría un café con mucho gusto. Llevo conduciendo

desde que recibí tu llamada, hijo. Casi veinticuatro horas.

-Ahora mismo te lo preparo, papá -Roan se fundió con él en un fuerte abrazo-. Me alegro de volver a verte.

-No esperaba menos, ya que por culpa tuya he tenido que separarme de la más encantadora dama con la que me he topado en mucho tiempo.

-Ya sabía yo que andabas muy ocupado.

-Y tú también deberías estarlo, ya que los Benedict nunca se han caracterizado por llevar una vida de monjes. Bueno, al menos la mayoría. Pero no importa. ¿Es ésta la damita por la que has convocado al clan con la honorable intención de que veamos por ella? Veo que al final ha merecido la pena el viaje.

-¿Convocar al clan? -inquirió Tory mirando a Roan. Clay había vuelto a visitarlos la tarde del día anterior. Luke también se había dejado caer por Dog Trot y estuvo hablando con Roan mientras ella dormía una siesta. ¿Habrían tenido todas aquellas visitas un sentido especial?

En vez de responderle, Roan se dedicó a presentarlos:

-Donna, éste es Pop. Mi padre. -Encantado de conocerte, Donna. -Lo mismo digo, señor Benedict. -Llámame Pop. Todo el mundo lo hace. -Lamento haberles causado tantos problemas. -Sólo ha sido una excusa para traerlo aquí -intervino Roan-. Porque... ¿cuándo fue la última vez? Ya ni me acuerdo.

-No hace tanto tiempo -protestó su padre. -Desde Navidad. Tiempo más que suficiente para la cena familiar de mañana.

-¿Una cena familiar? ¿O tienes alguna otra cosa en mente?

-Bueno, al menos daremos un poco de vida a esta casa. ¿Sabías que Donna es una excelente cocinera?

-Lo cual me recuerda que estoy muerto de hambre -dijo el padre de Roan-. Si me preparas una tortilla decente, puede que incluso te adopte como miembro del clan.

Tory miró inmediatamente a Roan, preguntándose cómo se habría tomado el comentario. Habría jurado que el brillo que distinguió por un instante en su mirada era de satisfacción. Pero no era posible. ¿O sí?

Capítulo 13

Los planes para la cena familiar del día siguiente comenzaron de inmediato. Antes de que Tory se diera cuenta, quedó delegada para preparar un redondo de ternera y una tarta de moras. Y primos y primas fueron convocados telefónicamente para que acudieran llevando sus más sabrosos platos.

Pop, Roan y Jake se pasaron todo el tiempo hablando por teléfono, y Tory se las arregló para aguzar el oído y escuchar alguna que otra pregunta al otro lado de la línea de vez en cuando. Podía detectar el tono de curiosidad de las voces femeninas mientras hablaban de bebida y de comida, pero en ningún momento se atrevieron a preguntar directamente qué pintaba una mujer como ella en medio de una reunión familiar, en vez de en una celda de la comisaría.

A juzgar por sus respuestas mientras hablaban por teléfono, los tres Benedict parecían haber tejido en torno a ella un sutil cordón sanitario, de protección de su intimidad. Sus voces sonaban frías e indiferentes cuando hablaban de ella. No invitaban a hacer preguntas y no respondían ninguna. Pop y Jake lo hacían porque les había caído más o menos bien, pensaba Tory, pero Roan era otra cosa. Sus motivos eran más complejos. El problema era que, con aquel hombre, todo era posible.

Algo que vio confirmado aquella misma tarde, cuando tuvo que recoger las moras para la tarta. Las zarzamoras no estaban lejos de la casa, pero fuera de la distancia permitida por el monitor. Para su sorpresa, Roan le dio permiso para salir y desconectó provisionalmente el mecanismo. Poco después se fue al pueblo a hacer compras, encargando a Pop su vigilancia y dejándole a Jake como ayudante para recoger las moras.

Tory y Jake se pusieron a recogerlas en medio de un cómodo silencio. El viejo huerto estaba protegido de la inclemencia del sol por árboles de sombra, pero aun así hacía calor. Los dedos se le manchaban de negro, se había pinchado varias veces, pero no le importaba. Disfrutaba estando con Jake, y le encantaba la idea de sentirse útil. Por extraño que resultara, en aquel momento se sentía feliz.

¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido tan eufórica? No se acordaba. Mucho tiempo. Tenía el cesto a la mitad cuando oyó el ruido de un potente motor, el de un vehículo alejándose por el sendero. Miró a Jake con expresión interrogante.

-Creo que Pop no ha entendido cuál era su la bor... -comentó el chico, frunciendo el ceño. Evidentemente, al padre de Roan le costaba asimilar que se encontraba en aquella casa en calidad de detenida. Tory también lo había notado. Aquella despreocupación no podía menos que agradarle. -Antes dijo algo de que tenía que hacer unos recados.

-Ya. Probablemente se irá casa de Kane a darle a la lengua con su abuelo, Pops Crompton. Hace un rato lo oí hablando por teléfono con él. Pero no te preocupes, papá no tardará mucho en volver. Y el viejo Beau nos avisará si ocurre algo raro.

Pero el mastín se había quedado tranquilamente dormido a la sombra, como un tronco, con lo cual el consuelo era escaso. Aunque sus preocupaciones no se orientaban precisamente en esa dirección. Estaba sin vigilancia. Su monitor había sido temporalmente desactivado. No habría podido encontrar una mejor oportunidad para fugarse.

Sólo faltaba el medio de transporte, que estaba en el granero. Lo único que tenía que hacer era llegar hasta allí. Recurrir a Jake estaba descartado: ya le había dejado muy claro que jamás se opondría a su padre. Probablemente el chico se sentiría incluso obligado a detenerla, con o sin ayuda de Beau.

Continuó llenando su cesta de moras. El tiempo volaba y era como si tuviera el cerebro paralizado. ¿Por qué sentía aquella resistencia a marcharse? Ése era el principal problema. Tenía que concentrarse en escapar.

¿Qué era lo que necesitaba para tener éxito? Las llaves del granero y del Super

Bird. Recordaba que Roan se había cambiado de ropa cuando decidió acercarse al pueblo. Las llaves bien podían seguir en el bolsillo de sus vaqueros. Y la única manera que tenía de averiguarlo era comprobarlo por sí misma. Tenía que hacerlo cuanto antes. Pero primero necesitaba una excusa para distraer a Jake.

-Me está pesando demasiado la cesta, con la herida que tengo en el hombro. Voy a vaciarla y de paso traeré unos refrescos.

-Estupendo.

Se dirigió hacia la casa. Una vez en la cocina, vació la cesta en un cuenco y corrió escaleras arriba a la habitación de Roan. La camiseta y los vaqueros que se había puesto aquel día no estaban por ninguna parte. Seguramente los habría dejado en el cesto de la ropa sucia del cuarto de baño. Pero entonces habría sacado las llaves. No estaban ni en el escritorio ni en la docena de cajones de la cómoda. La mesilla. Por supuesto.

Minutos después estaba sentada al volante del Super Bird a punto de encender el motor, con las puertas del granero abiertas frente a ella.

No podía hacerlo. Roan la había llevado a su casa cuando habría podido dejarla encerrada en una celda. La había alimentado, cuidado, tratado como si fuera un miembro más de la familia. Abandonarlo ahora significaría traicionar para siempre su confianza, además de que su evasión podría afectar a su posición como sheriff. Tendría que salir en su busca, y si la capturaba, se vería obligado a denunciarla por intento de fuga.

Además, ¿adónde iría? ¿De vuelta con su padrastro? Harrell la encontraría allí.

Sacó la llave del encendido y se recostó en el asiento. Deprimida, contempló su propia imagen reflejada en el parabrisas. La culpa de todo la tenían sus propias mentiras. Si se lo hubiera contado desde el principio, en aquel momento no estaría pensando en marcharse. A largo plazo, el camino más fácil siempre era el de la verdad. A la manera de los Benedict.

Lo que debía hacer era volver con Jake y seguir recogiendo moras. Y aprovechar cada minuto que le quedaba de estar en Dog Trot. Todo terminaría en un par de días, cuando regresara Harrell. De repente se abrió la puerta: era Roan.

-¿Te vas a alguna parte?

-Obviamente no -respondió, girando lentamente la cabeza para encontrarse con su mirada gris-. Porque en caso contrario ya me habría largado.

Durante unos segundos, ninguno de los dos se movió ni dijo nada.

-Pero pensabas hacerlo.

-Sí. Tenía intención de irme. Y me disculpo por haber registrado tu habitación en busca de las llaves. -¿Qué te lo ha impedido?

Tory se humedeció los labios, intentando reunir el coraje necesario para contárselo todo. Pero al final optó por decirle una media verdad:

- Que me he dado cuenta de que no tengo ningún lugar adonde ir.

-¿Y ahora qué?

-Y ahora a seguir recogiendo moras, supongo -esbozó una sonrisa temblorosa

mientras bajaba del coche-. A no ser que tú tengas otros planes.

La miraba con tal expresión de severidad, y tardó tanto tiempo en contestar, que Tory no pudo disimular un estremecimiento.

-Tengo uno, pero no estoy seguro de que te guste.

-¿Cuál? -esperó, escrutando su rostro. Sacudió la cabeza, suspirando profundamente. -No importa. ¿Sabes? Has perdido a tu ayudante.

-¿Jake?

-Por eso he vuelto tan rápido, para mandarle a casa de Kane. Pop asustó a uno de los gatitos de tía Vivian cuando apareció con su caravana. El animalillo se ha subido a un árbol y no quiere bajar. La mujer me llamó temerosa de que mi padre se partiera la cabeza intentando rescatarlo si antes no lo hacía Jake.

Roan parecía irritado por aquel nuevo contratiempo, pero Tory, a esas alturas, lo conocía ya demasiado bien. Si la gente recurría a él tan a menudo era porque sabía que siempre estaba deseoso de ayudar. Formaba parte de su naturaleza. Roan Benedict era un gran hombre. Si pudiera encontrar las palabras justas y adecuadas para explicarle lo muy sola y acorralada que se había sentido... ¿la comprendería? ¿Se sobrepondría a su rabia para perdonarla por haberle estado mintiendo durante todo ese tiempo? ¿Su admirable sentido del honor le permitiría ayudarla, o por el contrario la abandonaría?

El impulso de descubrirlo le atenazaba el pecho. Se sentiría tan aliviada si pudiera decirsele, abrirse a él... Debería ser un acto sencillo: relajarse y decirle todas las cosas que tenía que decirle. Debería ser sencillo. Pero no lo era.

Al final no se atrevió. Roan la acompañó de regreso al huerto y se ofreció a ayudarla con las moras.

-Vamos. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

Durante unos minutos trabajaron en silencio. Un silencio que, al contrario del que había compartido con Jake, no era nada cómodo. La atmósfera parecía vibrar de tensión. Aquella tensión, ¿de dónde procedía? ¿De él? ¿De ella? ¿De ambos?

-¿Cómo es que mi padre ha acabado escaqueándose? -inquirió Roan al cabo de un rato-. Yo creía que lo de la tarta de moras había sido suya.

-En realidad no, aunque ciertamente es su favorita.

-Os habéis caído bien, ¿verdad?

-Tu padre es un encanto. Además, ¿cómo podría no caerme bien un hombre que me ha prometido comprarme ropa interior, maquillaje y todo lo que necesite mientras siga en el pueblo?

-Yo quería llevarte de compras cuando te sintieras lo suficientemente recuperada -protestó él. Tory sospechaba más bien que si la había mantenido con un vestuario tan escaso había sido precisamente para disuadirla de escapar, pero no tenía intención de discutir.

-De cualquier modo -continuó-, tu padre es una gran persona. Es tan bueno que sólo ve lo mejor de la gente. Lo cual logra precisamente el efecto de que las personas le muestren lo mejor de sí mismas.

Roan se la quedó mirando asombrado y soltó luego una carcajada.

-¿Sabes? Creo que tienes razón.

-Estoy deseando conocer al resto de los Benedict, para saber cómo son.

-Algunos son estupendos, otros regulares, y otros son un verdadero quebradero de cabeza, como en cualquier otra familia.

-Me gusta veros a los tres juntos: Pop, Jake y tú. Parecéis tan cómodos, tan felices...

-¿Y eso es algo a lo que no estás acostumbrada?

-Eso parece -desvió la mirada para que no viera el dolor que le producía aquella idea. O aquel hecho-. Me da la impresión de que... -intentó disimular-... de que yo no he tenido una verdadera familia.

-¿Por qué dices eso?

-Si la hubiera tenido, ahora mismo me estarían buscando, ¿no?

De seguro que Paul Vandergraff sentiría una gran curiosidad por saber dónde estaba, y posiblemente incluso estaría un poco nervioso. Durante demasiado tiempo habían seguido caminos separados: nada que ver con una auténtica familia.

Roan se interrumpió un momento para alcanzar una mora que le había pasado desapercibida.

-A veces me pregunto de qué clase de hogar y de familia vienes. De qué tipo de vida.

Un doloroso nudo le atenazó la garganta. -Quizá nunca lo sepa. Eso sería como volver a nacer pero en Turn-Coupe.

Roan alzó la mirada como esperando un sarcasmo por su parte.

-¿De veras? -la miró de arriba abajo-. Pues no tienes aspecto de nativa de un lugar como éste. -Pero podría encajar en esta vida -protestó, ruborizándose-. La verdad es que me gustaría vivir en el campo. Pasar tiempo al aire libre, cultivar el puerto, cuidar de los animales...

-Eso es mucho trabajo, a no ser que tengas a una gran familia a tu lado para compartirlo. -¿Como los Benedict?

-Como los niños. Ya sabes, los devoradores de cereales, esas personitas tan molestas y a la vez tan encantadoras.

-Ah.

-Tendrías unos hijos guapísimos. De grandes Ojos oscuros -murmuró Roan con expresión pensativa. Parecía haberse olvidado de recoger moras.

-Eso dependería del padre. -Claro.

Había suavizado su tono. ¿Le estaría leyendo el pensamiento? ¿O quizá simplemente tanteándola para saber si la había afectado o no el tema que había sacado a colación, el de los niños? En cualquier caso se había quedado encandilada con aquella visión de una vida tranquila, segura y feliz en Dog Trot, pescando en el lago, trabajando en el huerto y formando parte de aquella extensa familia. Formando parte de los Benedict. Pero eso nunca sucedería.

Incluso sin el muro de mentiras que se interponía entre ellos, Tory era

demasiado diferente: nunca encajaría en aquel mundo.

Distraída, intentó alcanzar una mora especialmente gruesa. No podía. Se estaba poniendo de puntillas cuando se resbaló: al bascular hacia delante, las espinas de la zarza se le clavaron en la mano. Se quedó sin aliento.

-¡No te muevas! -le ordenó Roan.

-No puedo... -no llegó a terminar la frase.

Se le acercó por detrás y le retiró con cuidado la zarza de la mano. Un instante después, antes de que Tory pudiera respirar de alivio... Roan la levantó en brazos. Fue todo tan inesperado que un estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies. Su cuerpo era puro fuego, con su rostro apenas a unos centímetros del suyo.

Tory se apartó ligeramente para apoyar una mano sobre su pecho. El jugo de mora le dejó una mancha en la camisa.

-Oh. Tu uniforme... -alzó rápidamente la mirada hacia él.

-No importa. ¿Y tu hombro?

-Está bien. Pero esta mancha de mora puede que no se quite al lavarla.

-Hay cosas que no se borran fácilmente -sonrió.

Sabía que no se estaba refiriendo a las manchas de mora, pero reconocerlo no le parecía una buena idea. -Bájame. Puedo andar sola.

Ignorándola, Roan se dispuso a regresar a la casa con ella en brazos.

- ¡Las moras!

Se volvió ligeramente para mirar la cesta que había dejado atrás. Volviendo sobre sus pasos, la recogió del suelo y se puso de nuevo en marcha.

-Esto es ridículo...

-No deberías haber estado aquí fuera tanto tiempo. Todavía no estás completamente recuperada. Es demasiado pronto.

-Gracias, doctor Benedict, pero no es demasiado pronto. El doctor Watkins dice que puedo hacer cualquier cosa que me sienta lo suficientemente fuerte para hacer.

-Eso incluye muchas cosas, ¿no?

Incluía, por supuesto, actividades que no debería haberse imaginado. A la defensiva, replicó:

-Creo que te gusta tenerme bajo control. Quieres que vuelva a la casa y me ponga otra vez el monitor para poder saber dónde estoy en cada momento.

-Exacto.

Al menos era sincero, aunque ante eso ya no podía replicar nada. Bajando la mirada, eligió una mora de la cesta y se la llevó a la boca. Deleitada con su dulzor, se comió otra. Comer moras le evitaba tener que discutir con él. Y le permitía disfrutar de la maravillosa sensación de ser transportada en sus cálidos brazos.

En un impulso, eligió la más gruesa y jugosa y la acercó a la boca de Roan. Vaciló por un momento antes de aceptarla. Mientras la masticaba, redujo el paso pero sin dejar de mirarla a los ojos. Hasta que se detuvo.

La fruta le había dejado una pequeña mancha en el labio inferior. Tory se la quedó mirando fijamente, hipnotizada. La necesidad de saborear aquella boca era tan

fuerte que sintió un cosquilleo en los labios.

No decidió besarlo. Fue un impulso incontenible, como si no tuviera otra elección. Roan sabía a moras, a sol, a campo fresco, a todo aquello y más. Sintió la tensión de sus brazos mientras profundizaba el beso. Tory tomó conciencia de que en aquel momento no le importaba nada más en el mundo... ¿pero por qué? ¿Por qué tenía que ser precisamente aquel hombre quien se complementara con ella con tanta perfección? ¿Por qué tenía que suceder eso allí, tan lejos de su ambiente? ¿Y por qué tenía que descubrirlo ahora, cuando lo había estropeado todo y ya nada volvería a ser lo mismo?

Preguntas sin respuesta. Procuró desterrarlas de su mente mientras se apretaba contra él, dejándose llevar hacia la casa. De repente la idea no le gustó. Quizá en otro lugar pudieran disfrutar de una mayor intimidad...

-¿Tenemos que volver?

Por toda respuesta, Roan se encaminó hacia el granero, que habían dejado abierto. Segundos después entraban en el vasto edificio y cerraban las puertas. Oía fuertemente a heno. Los rayos del sol se filtraban por las rendijas del tejado iluminando el Super Bird, que brillaba como un gigantesco rubí.

Roan bajó a Tory al suelo y abrió una de las puertas traseras del coche. No la urgió a entrar, no hizo ningún intento por persuadirla: simplemente esperó a que tomara una decisión. Tory sabía perfectamente a lo que se exponía. Pero se había prometido, así misma aprovechar todo lo posible el resto de su estancia en Dog Trot, así que...

Dejó el cesto de moras a un lado y subió al vehículo, dejándole espacio para que se sentara a su lado. El ruido de la puerta al cerrarse tuvo algo de definitivo, de concluyente, de irreversible, que la hizo estremeciese.

-No puede ser que tengas frío -observó Roan mientras apoyaba un brazo en el respaldo, por detrás de su cabeza.

-No, en realidad tengo calor. Mucho calor -se echó a reír, intentando disimular sus nervios-. Tengo la sensación de que ya has hecho esto antes. Quizás en el instituto...

-Yo no, aunque he asustado con la sirena a más de una pareja de adolescentes que estaban haciendo algo parecido.

-Debería darte vergüenza -murmuró Tory mientras se acercaba cada vez más. Apoyó la palma (le la mano sobre su pecho, extendiendo los dedos sobre la zona del corazón. Podía sentir su firme y poderoso latido.

-Tienes razón. Creo que de aquí en adelante no seré tan duro con ellos.

-Eso espero... -repuso distraídamente mientras se concentraba en desabrocharle los botones de la camisa, hasta que le sacó los faldones de debajo del pantalón. De repente se le cayó la radio que llevaba enganchada en la manga-. ¿Qué hacemos con esto?

-Esto fuera -declaró, satisfecho.

-¿Y esto? -Tory señaló el móvil que llevaba fijado al cinturón.

Roan se lo quitó de las manos sin pronunciar palabra y lo dejó junto con el

cinturón en el asiento trasero. Acto seguido la levantó con sumo cuidado para sentarla en su regazo.

-¿Te duele todavía el hombro? -le preguntó mientras le retiraba el tirante de la camiseta que le cubría el vendaje.

-Sólo de vez en cuando. Cuando me olvido de la lesión y hago algo que no debo.

-¿Como esto?

-Ahora no me duele nada...

-Bien -repuso él con tono suave mientras inclinaba la cabeza para acariciarle el vendaje con los labios y continuar luego por su piel, hacia el seno. Apartó la fina tela del sujetador que escondía el pezón y se apoderó de la sensible y rosada punta con la boca. Inmediatamente comenzó a lamérselo.

Un leve gemido de placer escapó de su garganta. Arqueó la espalda para permitirle un mejor acceso al tiempo que estiraba una mano para agarrarlo de la cintura del pantalón y acercarlo hacia sí... Hasta que sintió la dura y ardiente evidencia de su excitación.

Tory ignoraba de dónde nacía aquel atrevimiento suyo. Nunca había sido particularmente agresiva o incluso impetuosa en el acto sexual. La culpa la tenía el propio Roan. Aquel hombre era todo lo que había soñado. Fuerte, decente, honesto, cariñoso, la atraía con una intensidad, una visceralidad que no conseguía explicarse.

Ansiaba explorar los duros músculos de su espalda, llenarse las manos con sus duras nalgas, tocar su miembro cálido y sedoso... En su apresuramiento, se la camiseta por la cabeza y la lanzó a un lado.

Sentía el calor del asiento en la espalda y la piel le quemándole los senos. Cuando empezó a rozarle el vello del pecho con los endurecidos pezones fue como si la sangre le estallara en las venas.

--Espacio -susurró él contra sus labios-. Espacio es mejor.

Tenía razón. El tiempo parecía alargarse, acomodándose a su ritmo. Entre palabras murmuradas y gemidos de placer, se concentraron en explorarse mutuamente, buscando las zonas de mayor deleite. Sus caricias se fueron mezclando, enredando, recorriendo sus cuerpos desnudos. Cada uno buscó la esencia del otro.

Hasta que Roan se inclinó sobre ella y le separó los muslos. Entró profunda y lentamente hasta el fondo. Tory se arqueó contra él y fue desesperadamente e a su encuentro, desquiciada de deseo.

Roan se quedó perfectamente inmóvil, soltando fina mezcla de gruñido y plegaria. Durante aquel instante interminable sus miradas se enlazaron, estirando los límites de sus respectivas capacidades de resistencia. Su mirada gris parecía arder y todo su ser estaba concentrado, focalizado en el punto de unión de sus cuerpos.

-Roan.

Aquella palabra susurrada fue la súplica y la promesa de que estaba con él, de que lo deseaba, de que lo necesitaba para sobrevivir. «Ahora».

Roan cerró los ojos como para ocultar lo que estaba pensando y sintiendo y empezó a moverse con ella. Una de sus manos se había cerrado sobre un seno,

acariciando el pezón. Juntos se fundieron en un ritmo primigenio, salvaje, más allá del espacio y del tiempo, hacia un reino antiguo reservado a aquellos que amaban con los brazos abiertos, sin reservas. Lo encontraron, cruzaron el umbral y alcanzaron el último y definitivo nirvana, la única verdadera maravilla del universo.

Yacieron abrazados, aturdidos, hasta que llegó el momento de separarse: de volver a ser dos en vez de uno. De vivir cada uno su respectiva vida, con sus problemas, deberes y responsabilidades que el amor no podía cambiar.

Iba a costarle mucho tener que dejarlo.

Tener que separarse definitivamente de Roan.

Capítulo 14

Luke y April Benedict fueron los primeros en llegar. Kane y Regina, con su hijo Stephan, aparecieron inmediatamente después. Kane había traído a Lewis Crompton con su pareja, la señorita Elise. El doctor Watkins también se presentó y Pop Benedict se lo llevó para enseñarle su caravana y consultarle un problema que tenía con el motor del vehículo. Después de aquello, ya fue la avalancha: aparecieron tantos Benedict de uno u otro sexo que Tory perdió toda esperanza de retener sus nombres o su parentesco. Estuvieron también presentes Clay y la enfermera del hospital, Johnnie.

-Es repugnante, ¿verdad? -comentó Clay con una sonrisa, reuniéndose con Tory en uno de los porches de la casa, donde se había refugiado. Bebió un sorbo del largo vaso que llevaba en la mano.

-¿El qué?

Clay señaló con su vaso de cerveza a Luke y a April, que estaban hablando con Regina.

-Esa pasión que les ha entrado por procrear. Luke está que da saltos de alegría. En cuanto a Kane, se ha convertido en un experto en embarazos, más incluso que su mujer Regina. Esa pobre criatura suya se pasará por lo menos seis meses más escondido en su tripa de puro terror ante la perspectiva de enfrentarse a unos padres tan sobreprotectores.

-¡Oh, lo dudo mucho! -Tory miró a Regina con su vestido azul de premamá. Se encontraba en un estado muy avanzado de gestación, que le daba una belleza y una serenidad especiales.

-Bueno, claro, probablemente Kane no se lo permita. Siendo como es abogado, seguro que le tramita un requerimiento judicial para que aparezca. Tiene más ganas aún que Regina de que llegue el parto.

-¿Qué me dices de ti? -inquirió, divertida-. ¿Tienes algún plan al respecto?

-Dios mío, no, cariño. Yo no estoy casado. -Ya lo sé. Me refería a si le has echado ya el ojo a alguien...

-¿Aparte de ti, quieres decir? -Por supuesto.

-¿A alguien más, entonces? -replicó con tono zalamero-. No. ¿Y tú?

-¿Yo? Claro que no. Sería una irresponsabilidad dada mi actual condición de detenida, ¿no te parece? - Soñar no hace daño a nadie.

-Pero tampoco ayuda -murmuró Tory.

-¿Qué quieres decir? -Nada.

-Vamos, suéltalo... -apuró su cerveza y la dejó sobre una mesa cercana.

-Yo... simplemente me siento algo fuera de lugar, supongo -se removió incómoda, dado que sabía muy bien lo que Clay estaba pensando.

Se equivocaba. Apenas había hablado con Roan desde la tarde anterior. Roan había dormido en su habitación y ella en la suya, y luego habían dedicado la mayor parte del día a preparar la cena familiar. Resultaba más que obvio que el incidente de la víspera en el Super Bird había significado para él mucho menos de lo que había imaginado. No le había dado oportunidad alguna de discutirlo, y mucho menos de repetirlo.

-Ya bueno, pero esta tarde has conocido a más gente, ¿no?

-Unos cuantos -Pop, Roan y Jake le habían presentado a un primo tras otro, pero había tenido muy poca cosa que decirles. No le extrañó que se retiraran tranquilamente con otros grupos con los que tenían mucho más en común, empezando por sus lazos familiares.

Lo que no quitaba que le habría encantado hablar más con algunos de ellos. A su manera, Kane le había parecido tan formidable como Roan. Desgraciadamente su mujer, Regina, estaba demasiado ocupada atendiendo a la gente que le preguntaba por su estado de buena esperanza. Luke también estaba bastante solicitado. Su esposa, la popular autora de novelas románticas April Halstead, luciendo un vestido de seda de color melocotón y con su larga melena castaña recogida en un elegante moño, desplegaba tanto ingenio en sus conversaciones que Tory no había podido menos que sentirse algo intimidada.

-Supongo que lo cierto es que no tengo derecho a estar aquí.

-Eso es Roan quien tiene que decidirlo, ¿no? -No estoy segura de que se le haya pasado por la cabeza que pueda tener un problema al respecto. -No te engañes a ti misma -soltó una carcajada-. Pocas cosas se le escapan al viejo Roan, sobre todo si están relacionadas contigo. Por ejemplo, en este mismo momento se está preguntando por la charla tan interesante que estamos manteniendo. Y preguntándose cómo diablos podría interrumpirla sin parecer que te esté vigilando a ti... o a mí. -Estás de broma -Tory miró en la dirección que le señalaba.

-¡No mires! -le advirtió Clay en voz baja.-No a no ser que quieras que venga para acá. Aunque a lo mejor es precisamente eso lo que pretendes...

-Estás un poco loco, ¿lo sabías? -forzó un tono ligero. Clay había dado en el blanco, por supuesto, aunque ella no estuviera dispuesta a admitirlo.

-Ya. Mi problema es que nadie me toma en serio -se quejó.

-Pobrecito. Discúlpame un momento, ¿quieres? Necesito echar un vistazo a la tarta de moras que tengo en el horno.

-Cobarde -le espetó, bromista, mientras la veía alejarse.

Tory estaba ocupada con la comida cuando April y Regina entraron en la cocina.

-Veníamos a echarle una mano -le dijo la esposa de Luke, sonriente.

La futura madre, Regina, la secundó con otra radiante sonrisa:

-Sólo dínos lo que tenemos que hacer.

Tory les agradeció en silencio aquel gesto. ¿Eran imaginaciones suyas o realmente aquellas mujeres la estaban mirando como si supieran que entre Roan y ella había algo más que una relación entre carcelero y prisionera?

-Pues, la verdad, no lo sé. No estoy muy segura de lo que hacer con esto -era la verdad.

Estaba acostumbrada a preparar comidas para grupos grandes, pero su participación siempre se había limitado a elegir el menú con las empresas de catering, desentendiéndose de todo lo demás.

-No te preocupes -la tranquilizó April-. Tú lleva la comida y los platos y cubiertos. La gente ya se irá sirviendo.

Hicieron varios viajes al salón. Entretanto estuvieron hablando de generalidades, aunque Tory advirtió que April la miraba de vez en cuando con un cierto dejo de diversión. Minutos después interceptó una de aquellas miradas y arqueó una ceja con gesto interrogante.

-Perdona, no quería molestarte -sacudió la cabeza mientras cortaba un jamón ahumado en lonchas-. Es que estaba pensando en que, hace un tiempo, yo le vaticiné a Roan que terminarías apareciendo en su vida.

-¿Qué?

-Fue en el banquete de boda de Regina y Kane. Yo me estaba burlando de Roan, echándole en cara que no había ninguna mujer en su vida. Él me contestó que no tenía tiempo para eso, y yo le repliqué que lo tendría cuando una mujer se plantara frente a él y lo encañonara con una pistola. Debo de ser adivina...

-O quizá el adivino fue Roan -intervino Regina, riendo-. Cuéntale a Donna lo que te contestó. -Oh, no creo que quiera saberlo... -miró a su amiga como instándola sutilmente a que se callara. -Claro que sí -Tory miró a una y a otra. -Está bien -se mordió el labio, asintiendo con la cabeza-. Me dijo que a cualquier mujer que se atreviera a hacerle eso... la tumbaría inmediatamente de espaldas. Ante lo cual, yo le dije...

-«Que quizá sea precisamente en esa postura donde ella querría estar»- citó Regina por ella, riendo.

-¿Y él que respondió a eso? -inquirió Tory con un tono peligrosamente tranquilo.

-Creo que fue algo así como «eso espero» - April la miró preocupada-. Por favor, no te molestes. No era más que una broma.

-No lo dudo -bajó la mirada a la tarta que estaba destapando-. Sólo que yo no le veo la gracia. -Perdónanos -Regina se acercó para ponerle una mano en el brazo-. Es este sentido del humor nuestro... Puede que Roan parezca un tipo duro, pero probablemente es el más dulce y tierno de todos los Benedict. Cortejar mujeres a

punta de pistola nunca será su estilo, aunque él pueda afirmar lo contrario

-Ni por asomo -añadió April.

A Tory le resultaba imposible seguir irritada con ellas. Era inútil.

-Está bien, pero creo que os habéis confundido desde el principio. Todo eso no tiene nada que ver con lo que yo estoy haciendo realmente en Dog Trot.

-Si piensas eso... -dijo April, blandiendo el cuchillo en el aire-... entonces es que todavía tienes mucho que aprender sobre la rama masculina de los Benedict.

-Desde luego -secundó Regina-. Se enamoran rápida y locamente, y cuando lo hacen, nada se interpone en su camino. Hacen lo que sea para no perder a la mujer en cuestión, aunque eso signifique romper alguna regla, o incluso vulnerar la ley.

-Oh, por favor... ¡Roan Benedict es el hombre más recto, severo y legalista que ha nacido en este mundo! No vulneraría una sola de sus preciosas leyes ni aunque su vida dependiera de ello.

-¿No? Veamos -murmuró Regina-. Según Kane, te está reteniendo aquí ilegalmente porque no existe ninguna denuncia contra ti. Y no existe ninguna denuncia porque estuvo hablando con la prima Betsy y la convenció de que no te denunciara. Mientras tanto, ha estado utilizando recursos públicos de la oficina del sheriff por cuenta propia y en tu beneficio, una evidente irregularidad. Y está ocultando a todo el mundo tu actual estado de recuperación para que no tenga que responder ante nadie.

Eso para empezar.

Tory se la había quedado mirando asombrada. -¿No estará arriesgando su trabajo, verdad? -Oh, querida -April se volvió hacia Regina-. Parece que se lo ha tomado mal.

-Bueno, hay que admitir que está en buena compañía.

-Demasiado buena -repuso April, suspirando. De repente su expresión se iluminó-. ¿Te he contado la otra gran idea que se me ocurrió ayer?

-Sabes perfectamente que no.

-La historia siempre se repite. ¿Te acuerdas de los cuatro hermanos Benedict que llegaron a TurnCoupe? Uno se casó con una mujer india que traían con ellos, otro con una escocesa pelirroja que llegó de pionera, el tercero secuestró a una española, y el último se casó con una francesa a la que encontró perdida en el bosque.

-¿Y? -inquirió Regina mirando a Tory, como invitándola a participar de la divertida expectación de April.

-Bueno, tú ejerces el papel de pelirroja venida de la Costa Este, y yo la de la secuestrada. Y Tory, aquí presente... -añadió, triunfal-... fue encontrada en los bosques sin que recordara ni quién era ni de dónde venía, al igual que la francesa.

-Un poco forzado -fue el comentario de Regina.

-Quizá sí. Pero tienes que admitir que es una teoría interesante.

-No admitiré tal cosa. Aunque mi tatarabuela fuera escocesa...

-¡Lo ves! -exclamó April, eufórica-. Y mi tatarabuelo era un marinero español que terminó en Nueva Orleans porque ofendió a un Grande de España en su país y tuvo que salir huyendo.

-Lo único que necesitamos es una nativa norteamericana para uno de los chicos.

-Clay -dijo Tory sin vacilar. No pudo evitarlo. Al fin y al cabo, no se trataba más que de una broma...

-Perfecto -aprobó Regina.

-Si es que ella no le arranca la cabellera por ser como es: siempre saltando de mujer en mujer por miedo a comprometerse. Luke era muy así. De hecho, Clay me recuerda mucho a Luke; en su época de soltero, por supuesto. Luke está ahora tan establecido que parece hecho de cemento.

-Con eso también tienes que tener cuidado con los Benedict -le advirtió Regina-. Son tan caseros, que una vez que te cases con alguno... tendrás mucha suerte si puedes volver a salir de Turn-Coupe!

-Gracias por los consejos -repuso Tory-, pero no creo que tenga mucha necesidad de ellos. April y Regina intercambiaron una mirada de complicidad, pero ninguna dijo nada. Aun así, temiendo que pudieran cambiar de idea, Tory añadió con la intención de desviar el tema:

-Jake me contó algo acerca de lo que pasó el verano pasado entre Luke y tú, pero la historia completa la desconozco...

Con un brillo en entusiasmo en los ojos, April se lo contó desde el principio. Todo comenzó con su decisión de escribir una novela sobre los Benedict. La familia no se mostró particularmente contenta con la idea, sobre todo Luke. Mientras tanto, ocurrieron una serie de cosas de signo muy diferente. Llamadas anónimas, disparos nocturnos e incluso explosiones que atentaron contra su vida. Finalmente, Luke la hizo desaparecer a la fuerza, llevándola a los pantanos que se extendían más allá del lago, el único lugar donde le pareció que podía estar a salvo.

-Me temo que Luke y yo le causamos bastantes problemas a Roan por aquel entonces -dijo April. -No creo que le importara mucho -fue el comentario de Tory-, dada su dedicación al trabajo. -Durante los últimos años no ha estado dedicado a otra cosa -repuso Regina.

-Pero su situación ha empeorado desde que Luke y tú os casasteis -observó Regina, frunciendo el ceño-. A veces tengo la sensación de que se siente... muy solo.

-Tiene a Jake y a Pop -dijo Tory. - Sí, pero no es lo mismo.

-Bueno, estoy segura de que en este pueblo hay muchas mujeres a las que no les importaría convertirse en esposa del sheriff.

-Él me comentó una vez que no era inmune a las mujeres -murmuró April con tono pensativo-, pero que no podía dedicarles tiempo. Además, creo que asusta a la mayoría. Sobre todo a las más jóvenes.

-Lo último que necesita es una jovencita alocada -intervino Tory-. Lo volvería loco en una semana. Aunque... -se apresuró a añadir-... no es que me importe su vida amorosa, por supuesto.

-Oh, por supuesto que no -convino April, solemne.

-Desde luego -corroboró Regina.

Poco después todo el mundo se sentaba a la mesa. Los comensales se fueron

pasando los platos y en cuestión de segundos todos estuvieron servidos. El principal peligro eran los niños, un variado grupo de edades comprendidas entre los cuatro y once años, que corrían dentro y fuera de la casa seguidos de los perros. Hasta que las madres se levantaron para obligarles a lavarse las manos y sentarlos a la mesa. Alguien pronunció una oración y se hizo un profundo silencio.

Durante unos minutos sólo se oyó el sonido de los platos y cubiertos y el tintineo de los vasos, y poco después menudearon los elogios a las cocineras. Tory se ganó unos cuantos por su redondo de ternera y, a la hora del postre, también por su tarta de moras servida con helado de vainilla.

Tory, sentada cerca de la señorita Elise y del señor Lewis, observó cómo Roan hundía la cuchara en la tarta. En cuanto a ella, no podía probarla. El sabor de las moras le evocaba demasiados recuerdos igualmente dulces. Luego vio que Roan se llevaba la cucharada a la boca y cerraba los ojos de deleite. Aquello tampoco pudo soportarlo.

Clay fue de los primeros en terminar. Dejando a un lado su plato, sacó una guitarra con la que solía entretener a sus familiares y amigos con baladas y antiguas canciones de música country. Tenía una buena voz de barítono y un mejor sentido del humor. Los niños se arremolinaron como moscas en torno a él, pidiéndole besos.

Nadie mostró la menor inclinación a marcharse después de que todo estuvo recogido. Alguien fue a buscar un violín y otro sacó un acordeón. El salón no tardó en quedar habilitado como pista de baile, con las mesas y sillas alineadas contra las paredes. Tory se entretuvo todo lo posible en la cocina. Cuando no le quedó ya nada más que hacer, subió al piso superior y se sentó en las escaleras que llevaban al ático, fuera de la vista de todo el mundo.

La gente iba y venía a su alrededor. Los niños subían y bajaban las escaleras mientras un grupo de mujeres mayores se instalaban cerca, cómodamente sentadas en los sillones del amplio corredor. Se sentía violenta, presa de la incómoda y neurótica sensación de que todo el mundo la estaba observando, hablando de ella. En realidad no tenía nada que hacer allí. Fue un alivio cuando Clay la localizó otra vez. -¿Bailas?

Alzó la mirada hacia él y por un momento se sintió tentada. Finalmente negó con la cabeza.

-No, gracias.

-Vamos. Esa falda tan larga que llevas ocultará el monitor del tobillo, si es eso lo que te preocupa. Por eso mismo precisamente había elegido aquella falda de color azul turquesa y burdeos, que Pop Benedict le había comprado en una tienda del pueblo.

-No sería correcto...

-¿A quién le importa? Todo el mundo tiene derecho a divertirse. Bailaremos aquí, en el corredor, si es que no quieres bajar al salón.

¿Cómo podía negarse ante aquel despliegue de lógica? Y, ciertamente, tampoco quería. Ansiaba compartir aquella alegría familiar aunque sólo fuera por unos minutos. Era ridículo, pero no podía evitarlo.

Bailaron varias piezas. Acababan de empezar un vals al estilo de Texas cuando alguien tocó a Clay inesperadamente en un hombro. Era Luke.

-Oh, vamos -protestó Clay-. ¡Ve a bailar con tu mujer, por el amor de Dios!

Por toda respuesta, Luke le arrebató a su pareja, riendo.

-Espero que no te importe -le comentó a Tory-. No podía dejar que mi primo monopolizara a la protagonista de la fiesta.

-Me siento más bien el fantasma de la fiesta... -repuso, irónica.

-Un fantasma muy hermoso. Y te estoy hablando desde la objetividad de mi condición de hombre felizmente casado.

-Vaya, gracias.

-April no tiene ningún motivo para sentirse celosa, por supuesto. Pero Roan es otra cuestión.

Tory se lo quedó mirando asombrada.

-¿Te ha enviado acaso para separarme de Clay? -No exactamente. La verdad es que ha sido idea mía, dado que no me gustaría ver a mis dos primos favoritos enredados en una pelea.

Tory estaba empezando a cansarse de que todo el mundo estuviera tan pendiente de su relación con Roan.

-A lo mejor lo que teme realmente Roan es que Clay me ayude a escapar.

-¿Lo harías?

-¿Por qué no?

-¿Quizá por consideración? ¿Por gratitud? -¿Porque Roan me trajo a esta casa, quieres decir? Yo no le pedí que lo hiciera. De todas formas, dudo que Clay se atreviera a enfrentarse con él. -Sabia observación.

De repente alguien los interrumpió:

- Ahora me toca a mí, primo. Ya has bailado bastante con la dama.

Era Kane.

-Pero si... -Luke intentó resistirse. -Lo siento, órdenes del sheriff. Luke miró entonces a Tory.

-¿Lo ves? Ya te lo había dicho yo.

La música terminó justo entonces y dio comienzo una lenta balada.

-Esto está mucho mejor -le comentó Kane, su nueva pareja de baile-. Y ahora... ¿qué prefieres? ¿Hacerte la discreta o avivar el fuego?

-Sospecho que tú no tienes mucha elección. Si Roan confía plenamente en alguien, es en ti.

-¿Eso crees? Bueno, mis órdenes son mantener el terreno despejado hasta que vuelvas a quedarte aburrida y sin pareja.

Tory experimentó una punzada de irritación. -¡Ese hombre es insufrible! Si no quiere que los demás bailen conmigo... ¿por qué no me saca a bailar él mismo?

-Ten por seguro que ya lo habría hecho si no estuviera ahora mismo hablando con el alcalde.

Tory no se había dado cuenta, aunque de todas formas no habría podido reconocer al alcalde.

-¿Cómo es eso? Según Jake, sus relaciones son bastante tirantes.

-Parece que los hombres del consorcio del casino se han presentado en el pueblo sin previo aviso, así que el gran desfile del aeropuerto a Turn-Coupe que había planificado el alcalde se ha quedado en nada. A Roan le habían pedido que proporcionara una escolta policial, pero él se negó a formar parte de ella. El alcalde está molesto con Roan: dice que si se enteró de su llegada, la culpa es suya por no haberse comunicado, y que si no sabía nada, también es culpable por no haberse enterado.

-El consorcio del casino -murmuró Tory con un nudo en la garganta-. ¿Cuántos hombres lo componen? Quiero decir... ¿cuántos hombres han venido?

-Un par, creo. Se registraron en el motel a eso del mediodía, según me ha contado Betsy. Es una prima nuestra que posee el motel y la tienda... Ah, me olvidaba. Tú ya sabes quién es, ¿verdad?

-Nos conocimos, por así decirlo -repuso distraída, sin reparar en la sonrisa de disculpa que le lanzó Kane. En aquel momento sus pensamientos eran un puro caos, una mezcla confusa de temores e impulsos. El tiempo de escapar se le había acabado. En aquel momento se abrió la puerta, dando paso a una mujer regordeta, de pelo rubio teñido a mechas. Tory la conocía. La había visto al otro lado del mostrador de su tienda, manipulando la caja registradora. Era Betsy, y traía un invitado. El invitado era Harrell Melanka.

Capítulo 15

Roan estaba preocupado. Hacía apenas un rato que el alcalde se había marchado, molesto con él, pero no era eso lo que le quitaba el sueño. Era su día libre y no habría tenido por qué preocuparse de nada... si no hubiera sido porque no podía dejar de pensar en Donna y de preguntarse por lo que estaba haciendo y con quién.

Al menos se había quedado en la fiesta. Por su culpa no podía concentrarse. El episodio amoroso del granero no dejaba de perseguirlo: su necesidad de ir a buscarla, de estrecharla contra su pecho lo devoraba por dentro.

Pero no podía ceder. Era su detenida y estaba bajo su protección. Ya se había sentido bastante culpable por haber descuidado sus deberes en una sola ocasión, y no debía repetirlo. Iba contra todos sus principios, contra el escrupuloso respeto por la ley al que le obligaba su cargo. Pero el recuerdo de la rendición de Donna en sus brazos seguía atormentándolo...

De repente oyó un pequeño alboroto cerca de la puerta principal, donde había visto a Donna por última vez. La había dejado a cargo de Kane, pero su primo debía de haberla abandonado para atender a su mujer, dado su avanzado estado de gestación. Se dirigió rápidamente hacia allí.

Donna se encontraba al lado del umbral, paralizada, mientras la prima Betsy presentaba a su invitado. El recién llegado iba inmaculadamente vestido, casi como un modelo de moda masculina. Y estaba mirando a Donna con la boca abierta de asombro.

-¡Tory! -exclamó, acercándose a ella con los brazos abiertos-. Dios mío, ¿qué estás haciendo aquí?

Roan experimentó por un instante una sensación de triunfo: al fin iba a averiguar la verdadera identidad de Donna. Pero Donna estaba tan blanca como la blusa sin mangas que llevaba. Resultaba obvio que había reconocido al dandi, pero en aquel momento se estaba apartando de él con expresión consternada.

-¿Qué está pasando aquí? ¿Hay algún problema?

-Roan, gracias a Dios -dijo Betsy-. Yo no quería molestar a nadie, te lo aseguro. Se me ocurrió hacer gala de nuestra hospitalidad sureña con el señor Melanka, por eso lo invité a venir para que conociera a toda la familia y...

-¿Melanka?

-Harrell Melanka, se está hospedando en el motel. Ha venido de Florida con...

-El consorcio del casino -terminó Roan por ella con tono sombrío.

-Eso es -confirmó el aludido, alzando la barbilla-. ¿Y usted es...?

Betsy soltó una carcajada nerviosa, disimulando su incomodidad.

-Oh, Harrell, éste es el anfitrión del que te había hablado, el sheriff Roan Benedict.

El hombre le estrechó la mano con un apretón demasiado firme, demasiado duro. Estaba intentando demostrarle algo, pero Roan no se dejó impresionar por aquel aire de seguridad.

-¿Conoce a mi detenida?

-¿Su detenida? -inquirió, frunciendo el ceño. -La mujer a la que usted ha llamado... Tory - le sorprendió lo mucho que le costaba pronunciar ese nombre.

-Si realmente la ha detenido, tiene que haber algún error -repuso Melanka con tono agresivo, dando un paso adelante-. Es la señorita Victoria Molina-Vandergraff, princesa de los Trentalara de Italia. Y también mi prometida.

Roan se sintió como si hubiera recibido un directo al estómago. La opresión que le atenazó el pecho logró cortarle la respiración.

-Ex prometida -corrigió de pronto la aludida. Aquello bastó para que Roan recuperara el aliento. Cuando se encontró con su mirada, comprendió que desde el principio había tenido razón al sospechar que aquella mujer siempre había sabido quién era. Que nunca había perdido la memoria. -Victoria -pronunció su nombre completo en voz alta, sin darse cuenta.

-Tory. Mis amigos me llaman Tory.

-Dios mío, Tory -exclamó Melanka-. ¡No irás a decirme que has estado escondiéndote bajo otro nombre! No sé qué clase de juego has estado jugando con esta buena gente, pero en cualquier caso todo ha terminado. Vámonos a casa.

-Yo no me voy a ninguna parte. Y contigo menos.

-Cariño, sé que estás un poco enfadada conmigo, pero te prometo que todo eso

ha quedado atrás y...

-Para mí, no.

Roan pensó que había llegado el momento de introducir al recién llegado en la realidad de la situación.

-Disculpe -dijo con el tono más neutral posible-, pero esta señorita está aún bajo mi custodia. Seré yo quien decida cuándo se va y adónde.

-¿De veras? -Melanka soltó una irónica carcajada-. Pues cuando le diga a Paul Vandergraff que su hija se encuentra retenida en un pueblucho como éste en lugar de veraneando en la Riviera francesa, le echará encima tal ejército de abogados que se arrepentirá de haber nacido.

-Ése es su derecho, pero yo debería advertirle a mi vez de que eso podría tener como consecuencia la tramitación de una serie de denuncias formales que acabarían con ella en la cárcel.

-¿Denuncias formales, ha dicho? Creo recordar que la señora North aquí presente me comentó algo acerca de que tenía aquí con usted a una detenida, una mujer contra la que había disparado, aunque por supuesto yo en aquel momento ignoraba que se trataba de Tory. Si eso es cierto, no sólo conseguiré rescatar a Tory de sus garras... isino que además conseguiré que le echen del cuerpo para siempre!

Esa vez fue Roan quien soltó una carcajada. -Puede intentarlo cuando quiera. Pero permítame preguntarle algo. Si tanto le preocupa el bienestar de su ex prometida, hasta el punto de haberme amenazado con tomar medidas legales... ¿cómo es que Tory lleva semanas desaparecida sin que usted se haya dado cuenta de ello hasta ahora mismo? -Usted no conoce a Tory. Ella hace cosas así, desaparece de pronto sin decirle nada a nadie. -Ella sostiene que la secuestraron.

- ¡Yo no sé una palabra de eso!

-¿Tampoco sabe nada del atraco cometido en este pueblo mientras ella estuvo con los hombres que supuestamente la habían secuestrado?

-Espere un momento... ¿por qué diablos habría de querer atracar una tienda de mala muerte cuando dispone de unos ingresos anuales millonarios, fruto de la herencia de su madre? ¿Acaso tiene eso algún sentido?

-¿Tienda de mala muerte? -exclamó Betsy con tono ofendido, interrumpiéndolo.

-¿Así que nadie informó de su desaparición? ¿Ni usted ni Vandergraff? -inquirió Roan.

-Evidentemente -masculló Melanka.

Roan se dijo que eso explicaba al menos que no hubiera encontrado descripción alguna de Tory en los informes de desaparecidos de la policía.

-¿Y eso le parece normal? -Usted no la conoce...

Melanka estaba utilizando aquella actitud condescendiente para hacerle quedar como un estúpido. -A lo mejor es usted quien no la conoce lo suficientemente bien.

-Mire, sheriff -Harrell procuró adoptar un tono sereno, reflexivo-. Los dos somos personas razonables, y los dos sabemos cómo va a acabar esto. Ahórrese problemas y entréguela. Yo la llevaré a casa de su padraastro y...

-¡No! -exclamó Tory adelantándose a Roan y poniéndole una mano en el brazo-. Por favor, Roan...

-Ya la ha oído. No quiere irse con usted. Por lo que a mí respecta, no hay más que hablar. Y ahora me veo obligado a pedirle que se marche.

Melanka se volvió entonces hacia su antigua prometida.

-Tory, cariño, ¿no te parece que has llevado esto demasiado lejos? Soy consciente de que hemos tenido nuestras diferencias, pero vamos, déjame que te lleve a casa... Ni siquiera tienes que dirigirme la palabra si no quieres. Una vez que estemos de vuelta en Florida, todo irá bien. Ya lo verás.

-No.

Bruscamente, Melanka la agarró de la mano izquierda y tiró de ella hacia la puerta. Tory dio un grito de dolor y se protegió con la otra mano el hombro herido.

Fue como si un oculto resorte se disparara en el alma de Roan. Abalanzándose sobre Melanka, le apretó tanto el brazo que lo obligó a soltar a Tory. Y lo siguiente que hizo fue propinarle un puñetazo en su bien afeitada mandíbula.

Melanka salió trastabillando de la casa. Estaba rabioso. Cuando se hubo recuperado intentó entrar de nuevo, pero Roan le estaba esperando en la puerta. Esa vez encajó un puñetazo más fuerte que dio con sus huesos en el suelo, haciendo temblar las tablas del porche.

Ya no se levantó. Roan se le acercó, y Melanka se protegió la cara con un brazo, como esperando otro golpe. Como no sucedió nada, se pasó la mano por la nariz, que le sangraba.

-¡La hospitalidad sureña! -rió sin humor. -Exacto -repuso Roan-. Tiene dos minutos para despejar el campo antes de que descubra por sí mismo lo que hacemos los sureños con los invitados indeseables.

-¿Me va a detener? Dudo que su alcalde aprecie ese gesto, o el tratamiento que he recibido de usted. -Soy yo, y no el alcalde, quien representa la ley aquí.

-Usted tampoco la seguirá representando por mucho tiempo. Una vez que este pueblo dependa del dinero del casino, me encargaré personalmente de que nombren a otro.

-Estupendo. Y ahora largo -se agachó para levantarlo de la camisa y lo arrojó escalones abajo.

Harrell Melanka volvió a levantarse, se alisó enérgicamente el traje y regaló a todos los Benedict, que habían salido a contemplar la escena, una mirada cargada de veneno. Acto seguido giró sobre sus talones para dirigirse a su coche de alquiler. Cerró de un portazo y partió a toda velocidad.

-Vaya, lo siento -le dijo Betsy a Roan-. No sabía quién era, de verdad. Lamento toda la que se ha montado...

-No importa -se pasó una mano por el pelo, suspirando, y se volvió hacia Tory. April se hallaba a su lado.

-Yo me encargo de ella -se ofreció la mujer de Luke-. Tú ocúpate de tus invitados.

No era eso lo que quería Roan. Habría preferido mandar a todo el mundo al diablo con tal de abrazar a Tory para consolarla y borrar aquel dolor que seguía viendo reflejado en su rostro.

-Está bien. Vamos, amigos. Que siga la fiesta. Pero el clima de diversión se había roto. Había demasiados corrillos, demasiados comentarios en voz baja. La gente empezó a recoger los platos y a llamar a sus hijos. Poco a poco fueron despidiéndose para subir a sus coches. En menos de media hora, Dog Trot quedó vacío. Incluso Jake y Pop se marcharon, aceptando la invitación de Clay de llevarles a su casa en su lancha rápida. Quería enseñarles un polluelo de garza azul que había rescatado en el pantano.

Roan se quedó a recoger la cocina y el salón. Cuando ya no pudo resistirlo más, subió a la habitación de Tory. Esperaba encontrarla dormida, pero no era así: estaba sentada en la cama con una novela sobre las rodillas, mirando por la ventana.

Parecía tan encantadora, tal dulce y tan sola, que sintió el abrumador impulso de olvidarse de todo lo que había sucedido y abandonar todo principio de justicia y deber para acostarse con ella, sin más. Ansiaba abrazarla, sentir el latido del corazón contra su pecho, escuchar su respiración y no levantarse nunca. Pero eso era imposible.

Tory volvió la cabeza y sus miradas se encontraron. Una sombra pasó por sus ojos. No dijo nada. -¿Qué tal el hombro? -le preguntó Roan mientras cerraba la puerta a su espalda-. ¿Te duele? -No, estoy bien -sacudió la cabeza-. Sólo... necesitaba retirarme a la habitación. ¿Ya se ha ido todo el mundo?

-Sí. Por fin.

Roan se acercó a la cama. No se sentó, sino que se quedó de pie apoyado contra uno de los postes. -Lamento que Harrell estropeará la fiesta de bienvenida de tu padre -murmuró Tory al cabo de un rato. -Oh, eso fue como la guinda de la tarta -soltó una irónica carcajada-. Los Benedict tienen tema de conversación para un año -se interrumpió. De repente le espetó la pregunta que tanto lo torturaba-. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

-¿El qué? ¿Que tenía un prometido?

-Que tenía una princesa durmiendo en la habitación de invitados y fregando mi cocina -aspiró profundamente, intentando dominar la furia que le quemaba por dentro.

-Eso suponiendo que yo lo hubiera recordado...

-Lo recordabas perfectamente -la miró con dureza-. De hecho, creo que te acordabas de todo. Desde el principio y hasta el último detalle.

Tory se lo quedó mirando durante un rato. Hasta que de repente desvió la vista.

-Es verdad.

Roan soltó una maldición. Había medio esperado que lo negara. Eso habría hecho las cosas mucho más fáciles.

-¿Entonces qué sucedió? ¿Tuviste una pelea con Melanka y te largaste en compañía de esos delincuentes que te trajeron aquí? ¿O fue todo una farsa montada para sacarle dinero a ese padrastro tuyo? Tory frunció los labios, indignada.

-¡Ye te conté lo que me pasó! Me secuestraron en la playa de Sanibel. Espinillas y orejas fueron contratados para traerme hasta aquí. Y sospecho que Harrell anda

detrás de todo esto.

-¿Y por qué habría de hacer algo así? -cruzó los brazos sobre el pecho.

-¿A ti qué te parece? Yo soy la heredera, ¿o es que no lo has entendido? Mi madre era la única nieta de Angus Bridgeman. Gracias a su matrimonio con mi madre, mi padrastro consiguió el dinero necesario para fundar su imperio comercial. Desde que ella murió, ha sido él quien se ha encargado de gestionar mi fortuna, mi patrimonio. Y eso era precisamente lo que Harrell perseguía: por eso se enfadó tanto cuando yo rompí el compromiso.

-¿Fue por venganza entonces?

-Y también para asegurarse de que no bloquearía el acuerdo al que había llegado con el consorcio del casino, falsificando mi firma. Utilizó mi nombre y nuestra relación como aval del contrato. Pero cuando llegó la hora de firmarlo, la contraparte exigió mi firma. Harrell sabía que nunca la conseguiría, así que la falsificó. Yo lo descubrí, di por roto nuestro compromiso y fui lo suficientemente imprudente como para amenazarlo con ponerme en contacto con sus socios e invalidar el contrato. No se puso muy contento, la verdad.

-¿Le devolviste el anillo de compromiso sólo por lo que hizo con ese contrato? No debíais de estar muy enamorados.

-Ese contrato era la prueba de que sólo le interesaba mi dinero y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo. De todas formas, ya me había dado cuenta de que ese compromiso era un error. Se daba unos aires aristocráticos, prepotentes, que disimulaban su verdadera condición, como Paul Vandergraff. En cuanto a mi padrastro... nunca nos hemos llevado bien. Jamás le perdoné que dejara morir a mi madre en aquella lujosa clínica de reposo donde la metió.

-Ya. Entonces ese Melanka te secuestró para evitar que pudieras ponerte en contacto con sus socios. ¿Y luego?

-¿Qué quieres decir?

-¿Cómo pretendían mantenerte cerrada la boca? -Oh, se supone que acabaría matándome. Es lo que ocurre con un montón de víctimas de secuestros, ¿no?

El tono mortalmente tranquilo de su voz le provocó un estremecimiento.

-Vuelve a relatarme tu secuestro. Desde el principio -le pidió, disimulando la emoción que lo embargaba-. Quiero saber cada detalle: desde el momento en que estabas corriendo por la playa y te secuestraron hasta el instante en que saltaste de aquella furgoneta. Quiero saber exactamente qué paradas hicisteis durante el viaje, lo que comisteis, las conversaciones que escuchaste de esos hombres, a quién pudieron haber llamado... Todo, en definitiva. Venga.

-¿Eso quiere decir que me crees?

-¿Cómo podría creerte cuando llevas semanas mintiéndome? El hecho de que disfrutes de una desahogada posición no excluye que pudieras ser cómplice del atraco a la tienda. Lo siento, pero tengo que agotar todas las hipótesis si pretendo retirar los cargos contra ti.

-Bueno -una irónica sonrisa se dibujó en los labios de Tory-, al menos no creíste

de primeras a Harrell...

-No soy ningún estúpido. Vamos. Quiero que me lo cuentes todo.

Tory estuvo hablando continuamente durante cerca de una hora. A veces las palabras brotaban solas, incontenibles, como si hubieran esperado aquel momento para surgir. Mientras la escuchaba, Roan estudió su rostro, admirando su aristocrática nariz, el delicado contorno de sus labios, su aire de refinamiento y buen gusto. Desde el principio debía haberse dado cuenta de que era alguien especial. O quizá lo había percibido de manera inconsciente, y había preferido no reconocerlo por las mismas razones que en aquel momento le impedían aceptar plenamente su inocencia.

Finalmente Tory se detuvo. Durante el tenso silencio que siguió, Roan reflexionó sobre los últimos datos que le había facilitado. Espinillas había hecho un par de llamadas durante el viaje, pero Tory no había podido oír sus palabras. En sus conversaciones entre ellos, habían mencionado en ocasiones al «gran jefe» que los pagaba. Espinillas se había mostrado especialmente cauteloso y reservado. Por supuesto, Tory les había ofrecido dinero a cambio de que la liberaran. Incluso les había prometido una cantidad superior a aquélla que teóricamente conseguirían del hombre que los había contratado. Muy posiblemente había sido por eso por lo que todavía estaba viva. -¿Qué te parece? -inquirió ella, expectante. -Tiene sentido.

-¿Eso es todo? ¿Por qué habría de inventarme yo algo así?

-¿Para evitar la cárcel después de haberte metido en más problemas de los que podías manejar? -Oh, por favor... ¿puedes imaginarme atracando voluntariamente una tienda? ¡Es una locura! ¡Creo que simplemente te niegas a aceptar que me metieron en esa furgoneta contra mi voluntad! -lo acusó. Se la quedó mirando fijamente.

-Tienes razón.

-¿Qué? Quiero decir que...

-Si te creo, entonces seré culpable de una especie de homicidio involuntario.

-No. Sólo estabas cumpliendo con tu deber. -Y si me creo todo lo que acabas de decirme - continuó inexorable- entonces tendré que dejarte marchar.

-Yo creía que era precisamente eso lo que querías. Deshacerte de mí, de todos los problemas que te ha causado... Quizá el alcalde y tú podáis resolver vuestras diferencias...

-¿Crees que me importa algo lo que el alcalde pueda pensar?

-Discutiste con él por mi culpa, ¿no? Jake me dijo que...

-Jake habla demasiado. Soy un funcionario de la ley dependiente del distrito. No tengo nada que ver con el alcalde de este pueblo. Ni me contrató él ni puede despedirme. Además, tenemos opiniones muy diferentes sobre lo que debería ser el futuro de Turn-Coupe.

-No lo sabía.

-Pues ahora ya lo sabes. Mira, el problema de ese consorcio del casino no desaparecerá por que tú te vayas o te quedes. Eso no tiene nada que ver. -Sí. Lo sé.

¿Lo sabía realmente? ¿Entendería también que mientras Melanka supusiera un peligro para ella, Roan siempre preferiría mantenerla allí, en su casa, para protegerla

mejor?

Lo último que necesitaba era dejarla libre para que aquel tipo volviera a secuestrarla. O quizá incluso tomarla como rehén para conseguir su colaboración en el proyecto del barco-casino. Una posibilidad más que factible si Melanka o alguien más llegaba a descubrir lo mucho que aquella mujer significaba para él.

-Bien. Es posible que tu caso salte a la prensa. Nadie de mi oficina filtrará nada, claro, pero esto es un pueblo y la gente habla mucho. Quizá quieras adelantarte a contar tu historia primero.

-Si te refieres a avisar a mi padrastro, ya lo he llamado. Mi intención era impedir la llegada de ese ejército de abogados con el que te amenazó Harrell.

-¿Entonces vendrán o no? -si iba a tener que enfrentarse con ellos por la mañana, era mejor saberlo cuanto antes.

-Paul ha accedido a esperar. Pero no por mucho tiempo. De hecho, me dijo que...

-¿Qué? -insistió Roan, al ver que se interrumpía.

Tory suspiró profundamente.

-Me dijo que sólo tenía que pronunciar una palabra y estaría libre en cuestión de horas.

-¿Y por qué no lo hiciste?

-Estaba tan segura de que creerías en mí que no me pareció necesario.

Roan la estudió entrecerrando los ojos. -¿Esperas que me crea eso?

-¿Por qué no? Eres un hombre justo y honesto. -Gracias. Pero lo que me preocupa es otra cosa: ¿por qué has tardado tanto en llamar Vandergraff? Si sabías que él estaría tan dispuesto a correr a defenderte con su ejército de abogados, ¿por qué decidiste quedarte aquí haciéndote la amnésica durante tanto tiempo? ¿Por qué te dejaste curar por el doctor Watkins cuando habrías podido contar con los mejores cirujanos del mundo?

-Porque... -se interrumpió, apretando los labios.

-¿Porque tenías miedo de que Vandergraff pudiera estar conchabado con Harrell? ¿O acaso se trataba de otra cosa? ¿Te gustaba quizá tenernos a tu entera disposición, desviviéndonos para que estuvieras lo más segura y cómoda posible?

-¿Qué importa? -alzó una mano y la dejó caer en un gesto cansado-. ¿Qué importa eso ahora? 'todo ha terminado, ¿no? Yo me iré dentro de poco tiempo, y todos vosotros podréis volver a la normalidad como si nada hubiera pasado. Mientras tanto, te agradecería que pudieras quitarme al menos este monitor. Incluso tú tendrás que admitir, a estas alturas, que no soy ninguna delincuente peligrosa a la que tengas que vigilar constantemente -y estiró el pie con graciosa delicadeza.

-Preferiría que te lo quedaras durante un par de días más.

-No piensas quitármelo.

-Eso es.

-Mira, si tu verdadera intención es vigilarme personalmente por otras razones que no tienen directamente que ver con mi seguridad, quiero saberlo cuanto antes. Por ejemplo, ¿te importaría decirme por qué me has estado evitando desde que... desde

que estuvimos recogiendo moras?

-No es tan difícil de adivinar -hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

-Bueno, pues debo de haberme perdido algo, por que no lo entiendo. A no ser que yo hiciera algo mal... -No tiene nada que ver contigo... -se apresuró a asegurarle Roan-... sino conmigo. Yo soy el sheriff, tú mi detenida. No es ético que me aproveche de ti en las condiciones actuales.

-No recuerdo que te aprovecharas en ningún momento de mí -replicó ella-. Fue por mutuo consentimiento...

-Yo estaba hablando en sentido literal. Es mi deber mantener las distancias para que nadie pueda echarme en cara que me estoy sirviendo de mi posición para...

-¿Para obligarme a hacer el amor loca y desesperadamente contigo?

-No me lo pongas más difícil de lo que ya es - le pidió Roan, evitando su mirada. Hacía tiempo que no se sentía tan incómodo en una discusión personal. Pero el problema no era tanto su incomodidad como las ganas que tenía de sacrificar su ética moral y profesional por ella...

-No era mi intención -repuso Tory-. Como tampoco lo era influir de alguna manera en tu voluntad mediante esas tácticas.

-En cualquier caso, tengo que desterrar cualquier posibilidad de que la gente pueda llegar a pensar eso. No se trata solamente de ser honrado, sino de parecerlo.

-En resumidas cuentas: estás obligado a evitarme.

-Exacto -murmuró Roan, inmensamente aliviado de que al fin lo hubiera comprendido.

-Pues te equivocas en dos cosas -le aseguró con tono solemne mientras se sentaba en la cama y bajaba los pies al suelo.

-¿Cuáles? -inquirió. De repente se había quedado sin aliento.

-La primera es que he estado viviendo bajo tu tejado a lo largo de casi tres semanas y que, gracias a Cal, a estas alturas todo el mundo sospecha que tenías una razón muy concreta para traerme aquí.

-¿Y la segunda?

Tory se levantó de la cama y caminó descalza hacia él.

-La segunda es que ahora mismo nadie nos está mirando.

Capítulo 16

Roan sabía que lo estaba probando. Y torturándolo. ¿Tenía idea de lo mucho que deseaba arrojar por la borda los malditos principios éticos de los Benedict? ¿De lo maravillosamente hermosa que estaba en aquel momento? Nunca en toda su vida se había sentido tan excitado.

-Hacer lo que uno tiene que hacer no depende de si alguien lo está mirando o no

-murmuró-. Es una cuestión de integridad personal. Y eso no tiene nada que ver con lo que yo quiera, o con lo que tú puedas necesitar. Se trata de lo mejor para todo el mundo, incluyendo a la gente que me votó y que continúa confiando en mí.

-Pero si lo que necesito eres tú... ¿también estás dispuesto a sacrificarte a ti mismo?

Extendiendo una mano hacia su pecho, le tocó la camisa con la punta de los dedos.

-Así son las cosas -insistió él.

-¿Durante cuánto tiempo? -alzó la mano para acariciarle la sombra de la barba.

-Todo el que sea necesario -replicó, o al menos eso pensó Roan, tan aturdido como estaba por su aroma, por la caricia de su aliento.

-¿No me besarás ni me tocarás?

-No. Si lo hiciera, ya no podría detenerme. Por lo menos hasta que ambos nos quedáramos agotados.

-Me gusta la idea.

De repente, Roan se dijo que a ese juego bien podrían jugar los dos. Bajó la voz hasta convertirla en un ronco murmullo:

-Y a mí también. Si pudiera, te subiría ahora mismo al ático y te haría el amor hasta mañana. O te llevaría a la orilla del lago y te amaría a la luz de la luna. O al bosque. Pero, por encima de todo, te llevaría a mi cama. Nos dormiríamos abrazados. Y te despertaría a la mañana siguiente para amarte de nuevo.

-¿De veras? Tory se humedeció los labios resecaos con la punta de la lengua.

-No es un programa muy sofisticado, pero nada podría satisfacerme más.

-Yo no necesito sofisticaciones.

-¿Ni la Torre Eiffel ni París bajo la lluvia? - inquirió Roan-. ¿Ni gondolas venecianas ni sábanas perfumadas en hoteles de cinco estrellas?

-El romance está donde lo encuentras. Y el amor.

-Siempre y cuando sea eso lo que estás buscando -replicó él.

Tory se quedó callada por un momento. -¿Y tú no crees que es eso lo que quiero?

-En este mismo momento, quizá. ¿Pero y después, cuando los días se repitan interminables, cuando te aplaste la rutina de este pueblo? ¿Qué pasará cuando te des cuenta de que en Turn-Coupe no hay un solo centro comercial?

-Me las arreglaría -respondió, desafiante. -No funcionaría.

-¿Porque no soy de tu clase?

-Porque eres una joven rica y mundana, y yo un sheriff de pueblo de ideas y miras estrechas. No puedes encajar aquí. Nunca encajarás.

-Y tú tienes miedo de volver a quedarte solo si yo llevo a intentarlo y fracaso.

-Eso ha sido un golpe bajo, Tory -sinceramente, no sabía si había dado en el blanco.

En ningún momento había pensado en Tory en relación con Carolyn y con la experiencia de su matrimonio. Entre otras razones, porque no cabía comparación posible. Tory, pese a todas sus inseguridades, era una luchadora. Carolyn, por el

contrario, nunca lo había sido.

-Yo no necesito cosas mundanas y superficiales a mi alrededor -le confesó Tory-. Lo que necesito son cosas que «no» cambien. Gente que «no» cambie.

Roan pensó que Tory se estaba andando con rodeos. El problema era que él no podía hacer lo mismo. No podría hasta que todo aquello hubiera terminado, si acaso llegaba a terminar alguna vez.

-Y lo que yo necesito -repuso, midiendo las palabras- es que me dejes hacer mi trabajo. Necesito tu confianza.

-Eso es difícil -desvió la mirada.

-Desde luego. No es fácil para ninguno de los dos. Pero sin eso, no lo conseguiremos. Dime - procuró abandonar el tema-, acerca de ese compromiso tuyo, ¿firmaste un acuerdo prenupcial?

-¿Por qué?

-Me preguntaba si eso incluiría un testamento o algún documento sobre el reparto de bienes si algo llegaba a sucederte.

-Pues no. Harrell me sugirió un mutuo acuerdo según el cual todo lo suyo sería mío en caso de que muriera, y viceversa. Dado que yo soy bastante más joven que él y que no necesitaba su dinero, no me pareció lógico hacerlo.

-Ya. Y nunca se te pasó por la cabeza que él pu', diera necesitar el tuyo.

-En aquel tiempo parecía disfrutar de una buena situación financiera.

Roan digirió aquella información antes de preguntarle:

-¿Entonces quién heredaría en caso de que algo te sucediera?

-Varias entidades benéficas, algunos viejos amigos y mi padrastro -respondió, encogiéndose de hombros.

-¿No es un poco extraño, dada la relación que mantienes con Vandergraff?

-El testamento fue redactado por los abogados de la familia, y básicamente se trata de una copia del de mi madre. Además, no hay prácticamente nadie más.

-¿Pero tú cambiarías a los beneficiarios si alguna vez llegaras a casarte?

-Por supuesto, sobre todo si tuviera hijos. -Eso es lo que pensaba yo.

Y dando por terminada la conversación, Roan salió del cuarto.

Cerca de veinticuatro horas después, recibió la llamada del accidente. Era tarde y se encontraba en casa; su padre había salido a pescar con Lewis Crompton y aún no había vuelto. Llamó a Cal para que lo sustituyera en Dog Trot. Salió nada más verlo aparecer en el sendero de entrada.

El accidente había vuelto a producirse en el antiguo puente de hierro. El vehículo se hallaba en el agua, caído de lado y prácticamente sumergido. La grúa ya estaba allí y el técnico acababa de lanzar un cable. El equipo de emergencia había enviado abajo a varios buceadores, que informaron de que había dos cadáveres, hombres los dos.

Roan examinó las marcas y huellas de la carretera con la linterna antes de ponerse en contacto con las patrullas de tráfico. Al parecer, la camioneta viajaba a gran velocidad cuando fue golpeada por detrás con la fuerza suficiente para romper la barrera y precipitarse al pantano. El derrape había sido mínimo, lo que indicaba que el

golpe había sido sorpresivo, inesperado. Los restos de pintura evidenciaban que se había tratado de un vehículo blanco.

Roan tuvo entonces un presentimiento acerca de los cadáveres, que se vio confirmado cuando la grúa empezó a sacar el vehículo del agua: una camioneta roja. Espinillas y Orejas. Los dos hombres que habían secuestrado a Tory estaban muertos. Su asesino no sólo se había preocupado de sacarlos de la carretera, sino que había disparado un arma automática contra el vehículo antes de que acabara de hundirse en el agua.

Estaba comentando el suceso con las patrullas de tráfico cuando llegó un jeep: eran Luke, Kane y Pop. Antes de que Roan pudiera preguntarles por Jake, su hijo bajó de la parte trasera. Todos se dirigieron hacia él. Roan se hizo a un lado para que vieran el vehículo destrozado.

Luke silbó impresionado. Kane soltó una maldición. Jake se puso pálido, y no protestó cuando su abuelo le rodeó los hombros con un brazo.

-¿Son los mismos que...? -inquirió Kane. -Sí -respondió Roan.

-¿Hay testigos? -quiso saber Luke mientras se colocaba delante del chico para que no viera los cadáveres.

-No. ¿De dónde venís?

-Regresamos de pescar unos diez minutos después de que tú te marcharas -le explicó Jake-. Tory sabía lo del accidente porque lo escuchó por el escáner.

Debió haberlo adivinado. Intentó recordar si alguien había radiado la descripción de las víctimas o del vehículo. En cualquier caso, era enteramente posible. A esas alturas, ya sabría que no tenía nada que tener de Espinillas ni de Orejas. Pero también sabría que su asesino bien podía estar ahora detrás de ella...

-¿Al seguía todavía en la casa, ¿no?

-Desde luego, y bien enfadado de que le mandarás a Dog Trot en vez de al lugar de la acción - dijo Pop-. Por cierto que...

-Si vas a preguntarme quién ha podido hacer esto, yo sé tanto como tú.

-Claro -repuso su padre con tono escéptico. No era ningún estúpido.

-Tiene algo que ver con Tory, ¿verdad? -inquirió Jake.

-Jake... -le reconvino Roan.

-Está bien... -masculló el chico, sin insistir más.

Kane, en cambio, no se quedó callado:

-Si Jake tiene razón, la situación de tu detenida cambia completamente. Parece como si alguien quisiera borrar rastros, lo que quiere decir que Tory...

-Sé lo que eso quiere decir -lo interrumpió Roan.

No quería pensar en ello. Sencillamente no podía soportar pensarlo.

-Alguien quiso secuestrar a Tory, y puede que ahora ese alguien quiera hacer algo mucho peor con ella -señaló Pop-. Si se han atrevido a hacer papilla a un par de tipos con una ametralladora en una carretera pública, ¿qué no «estarán» dispuestos a hacerle a la chica?

-Tiene algo que ver con lo del consorcio, ¿verdad? -insinuó Luke.

-Eso parece -Roan les puso al tanto de los detalles del proyecto del barco-casino.

-Lo cual me recuerda algo... -murmuró Pop, pensativo-. Puede que os hayáis preguntado cómo es que acepté venir tan de repente cuando me convocasteis todos los del clan. Bueno, lo cierto es que no fue una decisión tan improvisada.

-Papá... -empezó Roan, esforzándose por disimular su impaciencia.

-Tranquilo, chico, escúchame. Últimamente he estado frecuentando mucho los casinos. En cierta ocasión me puse a charlar con un croupier que resultó ser de Natchez, donde había empezado con los barcos-casino del Misisipí. Me contó que un nutrido grupo de peces gordos pretendía instalar un barco como aquéllos en el lago Horseshoe, y por supuesto apliqué la oreja.

-Continúa.

-Gracias, hijo. Bueno, parece que ese grupo de inversores tenía conexiones con la mafia, lo cual tampoco constituía ninguna sorpresa. Pero el caso es que no tenían que ver con la rama de la Cosa Nostra en Luisiana. Parece que procedían de Florida, donde habían hecho un montón de dinero con la droga. Han estado muy ocupados blanqueando dinero, principalmente a través de fábricas de muebles, para no hablar de esos cajones de madera para embarques con fondos falsos. Por supuesto, también se han centrado en los casinos, pero Las Vegas y Atlantic City estaban ya saturadas. Así que eligieron Turn-Coupe buscando un lugar pequeño, tranquilo y discreto donde empezar a montar sus negocios.

-¿Por qué no me lo dijiste antes? -le espetó Roan.

-Bueno, me parecía que tenías la situación bajo control... hasta que empezó a morir gente, como estos dos.

Roan miró a Kane y a Luke, y la expresión que vio en sus caras fue un reflejo de sus propios sentimientos. Si aquellos tipos pensaban salirse con la suya, estaban muy equivocados.

-El tipo que se presentó en nuestra casa, el hombre con quien supuestamente Tory iba a casarse... -murmuró Jake, frunciendo el ceño... ¿no pertenece al negocio de las fábricas de muebles?

-Sí.

Roan pensó que era posible que Harrell Melanka estuviera relacionado con la mafia. Había esperado poder utilizar el dinero de Tory para invertir en el casino, y el fracaso de la operación lo había desquiciado. La pregunta era qué pensaba hacer con ella...

Justo en aquel momento apareció un coche patrulla. Era Cal. Un nudo le atenazó el estómago.

- ¡Kane! -dijo el policía, avanzando hacia ellos-. ¡Te estaba buscando!

Pero Roan no dio a su primo oportunidad de responder.

-¿Qué estás haciendo aquí? Se suponía que tenías que estar en Dog Trot.

-Tranquilo -alzó ambas manos en un gesto a la defensiva-, fue ella quien se empeñó en que saliera, parece que...

-¿Por qué diablos no me avisaste? -estalló Roan, impaciente.

-No, espere un momento, no se precipite... - protestó Cal-. Era a Kane a quien venía a buscar. -Regina -exclamó Kane, dando un paso adelante-. El bebé. Sabía que no tenía que haber dejado la casa.

-Todo ha salido bien. No pudieron localizarte ni siquiera cuando Regina ingresó en el hospital. Entonces intentaron contactar con Roan, y fue Tory quien se puso al teléfono. Ella me envió a decírtelo.

-Dios mío -murmuró Kane antes de correr hacia el jeep.

-Espérame -Luke también salió corriendo.

Si las circunstancias hubieran sido otras, Roan los habría acompañado. Pero ése no era el caso. -¿Por qué diablos no me llamaste o le dijiste a Sherry que lo hiciera? -le espetó a Cal, ceñudo. -Todo estaba perfectamente tranquilo en Dog Trot, sheriff. Y su detenida no pensaba escaparse precisamente. Quiero decir que si no lo ha hecho hasta ahora...

-No es eso lo que me preocupa. Supón que alguien contrató a esos tipos para que la secuestraran. Has abandonado tu puesto de vigilancia como si fueras un estúpido novato recién salido de la academia.

Cal se le encaró entonces, cuadrando los hombros.

-¿Pero quién se crees que es para hablarme así? -Te recuerdo que sigo siendo el sheriff del distrito de Tunica. Y mientras sigas en el cuerpo, te hablaré de la manera que quiera. Esos dos cadáveres que han sacado del agua son los de los hombres que secuestraron a Tory, y quienquiera que lo hizo puede que esté ahora mismo detrás de ella. Lo cual quiere decir que tú la has puesto en peligro. ¿Es que no te han enseñado nada útil en la academia?

Cal desvió la mirada hacia los cadáveres. Su rostro se tornó de colorado en gris.

-Vaya. Ahora me doy cuenta de mi error. Lo siento, sheriff.

-Vuelve a tu patrulla y acompaña a Kane y a Luke, no vaya a ser que con las prisas y los nervios se estrellen o atropellen a alguien de camino al hospital.

Cal salió corriendo. Roan se lo quedó mirando durante un momento antes de volverse hacia su hijo. -¿Jake?

-Sí, papá. Volvemos a casa, ¿no?

-Yo voy con vosotros -dijo Luke señalando con la cabeza su jeep, que desaparecía en la distancia-. Kane me ha dejado en tierra.

-¿No pensaréis dejarme aquí, verdad? -dijo Pop.

-Vamos. En marcha todos -ordenó Roan.

Para Tory había sido un verdadero alivio deshacerse de Cal. Tampoco le había costado demasiado, vistas las ganas que tenía de marcharse. Hacía semanas que no se quedaba completamente sola, sin nadie que la vigilara o controlara lo que estaba haciendo. Y la sensación era ciertamente extraña.

La casa estaba extrañamente silenciosa. Aquellas habitaciones de techos tan altos imponían de lo solitarias que parecían. Sus pasos resonaban en los corredores. El intermitente pitido del escáner le estaba destrozando los nervios.

Beau parecía inquieto por la ausencia de Jake y de su padre. El gran mastín la

seguía de habitación en habitación, acompañándola cuando se detenía en alguna. De vez en cuando alzaba la cabeza como si escuchara algo, y dos veces se levantó para acercarse a la puerta, gruñendo. Creyó que quería salir y le abrió la puerta, pero el animal se quedó en el umbral, escrutando la oscuridad. Cuando la cerró de nuevo, volvió a su lado.

Había transcurrido una media hora desde la partida de Cal cuando Beau se levantó y empezó a ladrar. -¿Qué pasa, chico? ¿Has oído algo? ¿Ha vuelto Cal?

Beau soltó un gruñido. De repente se oyó un ruido procedente de la cocina, en el piso de abajo. Tory aguzó los oídos, con los nervios de punta. No había oído llegar ningún coche por el sendero.

Bajó las escaleras. La puerta estaba cerrada, y no estaba segura de que Pop o Jake se hubieran llevado las llaves. Quizá fuera Cal, con noticias de Regina...

Pero era Harrell quien estaba en el porche: lo vio por el cristal de la puerta. Tenía las manos en los bolsillos y esbozaba una misteriosa sonrisa.

-¿Qué quieres? -gritó. A su espalda, Beau soltó otro ladrido.

-Tenemos que hablar, Tory. Abre la puerta. -No -era la última cosa que haría, dado que estaba segura de que eran los cuerpos de Espinillas y Orejas los que habían sido rescatados del río. -Hablo en serio, cariño. Tienes que dejarme entrar. Sé que tienes preguntas que hacerme sobre esos los papeles que firmé. Si me escuchas, podré aclarártelo todo.

-Vete, Harrell. No quiero saber nada más de ti. -Muy bien. Como quieras.

El alivio que sintió Tory duró poco. De repente vio que sacaba un pañuelo y se lo enredaba en el puño. Tomó impulso y rompió de un puñetazo el cristal de la puerta. Los cristales cayeron en el suelo de baldosa, a sus pies. Luego Harrell introdujo la mano y palpó la cerradura. Dos segundos después estaba dentro de la casa.

Tory retrocedió varios pasos. Casi se tranquilizó al ver que no llevaba un arma. Beau se adelantó para colocarse delante de ella, gruñendo amenazador.

-Yo me quedaría donde estás, si fuera tú -puso una mano sobre la cabeza del mastín, deteniéndolo-. Este perro está entrenado para atacar.

-Bueno, podemos hablar aquí, en el porche, ¿no? Te he estado vigilando a la espera de una oportunidad de hablar contigo, y no pienso desperdiciarla.

La había estado vigilando. -Sé breve entonces.

-Yo no quería hacerte ningún daño cuando el otro día vine a buscarte. No sabía que estuvieras herida.

-No importa. Ya estoy recuperada.

-Gracias a Dios. Lamento mucho lo que ha pasado. Tenía tantas ganas de hablar contigo...

-Al grano, Harrell.

-Siento todo lo que ha ocurrido, aunque sé que a ti te da igual. Dejaste de quererme, ¿verdad? Lo que me sorprende es lo rápido que sucedió todo. Desde que te secuestraron esos tipos.

-No tienes por qué fingir conmigo, Harrell. No hay nadie más en la casa.

-Claro -se echó a reír-. Eras demasiado buena para enamorarte de mí, ¿verdad, princesa? Pero con ese sheriff es diferente. Y eso que disparó contra ti. Si hubiera sabido que ése era el truco, yo lo habría intentado hace mucho tiempo.

-Eres cruel, Harrell. ¿Pero por qué debería sorprenderme?

-¿Te imaginas que todo esto saliera en la prensa? Sé de un periodista o dos que estarían encantados de publicar la historia de la princesa secuestrada y tiroteada por el sheriff de pueblo. Los equipos de televisión invadirían este pueblucho. Nadie podría dar un paso al cuarto de baño sin que un periodista le ofreciera el papel higiénico. Crucificarían a ese Rambo tuyo, el funcionario de la ley que te disparó, te lavó el cerebro y luego te encerró en su casa para utilizarte como esclava sexual. ¡Qué historia! Me encanta. ¿Y a ti?

-Me das asco.

-¿De veras? -esbozó una sonrisa perversa-. Cuando pienso en todo lo que has pasado... Quiero decir que... ¿quién podría culparte por necesitar los servicios de un buen terapeuta después de este terrible trauma? Quizá incluso una bonita estancia en una selecta casa de reposo sería recomendable, con atención psiquiátrica incluida...

Beau, reaccionando a la amenaza de su tono, soltó un ladrillo. Tory le acarició la cabeza para tranquilizarlo. Le temblaban los dedos, y también la voz cuando replicó:

-Eso es ridículo.

-No lo creo. Lo que creo es que te has entregado a mí atada de pies y manos con esa ridícula aventura tuya. Tu padrastro detestará toda esa publicidad.

-Tú y yo sabemos que te pareces demasiado a tu madre. Eres demasiado frívola, demasiado superficial, demasiado incapaz de soportar las presiones y responsabilidades inherentes a tu apellido y a tu posición. Creo que tu padrastro aceptará mi sugerencia de una larga recuperación en esa casa de reposo, con sedantes incluidos. A no ser, por supuesto, que prefieras olvidar nuestras pequeñas diferencias y casar' te conmigo...

-Estás loco -susurró Tory.

-No, sólo estoy decidido a hacer las cosas a mi manera. Podemos marcharnos ahora mismo. Yo me encargaré de que no trascienda nada. Nada de prensa ni de anuncios públicos. Celebraremos una boda discreta, una simple ceremonia civil. Te olvidarás de aquellos papeles que firmé por ti y viviremos felices para siempre.

-Oh, esto es delirante... -rió Tory sin humor-. Tú administrando mi dinero y yo en una casa de reposo...

-Querida, yo siempre cuidaré de ti. Tu padrastro y yo nos haremos cargo.

-No creo que te resulte tan fácil convencer a Paul Vandergraff.

-No me subestimes. Es un gran error, como tú misma has podido comprobar.

-Pero a ti también te ha pasado lo mismo conmigo, ¿no te parece? -replicó ella-. Sobre todo cuando pensaste que podías salirte con la tuya.

-¿Vas a luchar contra mí? No lo hagas. En realidad tampoco necesito casarme contigo. Lo único que necesito es tu firma en esos papeles para que todo siga como hasta ahora.

La estaba amenazando con asesinarla. Aquello la aterrorizó. Pero también inflamó su ira: por su culpa la habían secuestrado, la habían herido... y ahora pretendía ingresarla en una institución psiquiátrica. Estaba cansada de todo aquello.

-Escúchame -entrecerró los ojos-. Escúchame a mí, Victoria Molina-Vandergraff, princesa de Trentalara. Te crees un gran hombre, pero no eres más que un pequeño canalla. Sigue molestándome y te aplastaré. Literalmente.

Beau soltó un gruñido, como subrayando sus palabras.

-Qué miedo me das... -sonrió, desdeñoso-. No seas estúpida, tú no puedes hacerme nada. Vamos, acompáñame.

Estiró un brazo para agarrarla, como había hecho antes. Pero Tory lo esquivó para refugiarse detrás de la mesa. El perro se quedó donde estaba, ladrando y enseñando los dientes.

-Muy bien, pequeña zorra...

Beau lo atacó sin esperar la orden de Tory. Dio un salto y se lanzó directamente al cuello de Harrell.

Harrell alzó un brazo para protegerse y gritó de dolor cuando el mastín le hundió los dientes en la muñeca. Perro y hombre rodaron por el suelo, hasta llegar al porche. Con la caída, Beau soltó su presa. -¡Beau! -lo llamó Tory-. ¡Quieto!

Harrell consiguió incorporarse aferrándose a un poste.

- ¡Te arrepentirás! -chilló, furioso-. Convertiré tu vida en un infierno. ¡Morirás! ¡Morirás tú y tu sheriff de pacotilla!

Desapareció detrás de la casa, con Beau pisándole los talones. Segundos después, Tory oyó acercarse un coche. Beau dejó de ladrar y volvió a reunirse con ella.

Lo rascó detrás de las orejas para tranquilizarlo, mientras su cerebro trabajaba a toda velocidad. No podía quedarse en Dog Trot: ya no. Era una carga para Roan: todo lo que había hecho por ella no serviría de nada. Peor aún, lo criticarían por ello, incluso lo acusarían de todo tipo de indignidades. Él, su familia, su tranquilo y pacífico pueblo saltarían a la palestra pública. Y el escándalo le costaría su puesto como sheriff.

No podía hacerle eso, no podía dejar que eso le sucediera a su familia, a la que tanto admiraba y respetaba. No se lo merecían. Y Roan tampoco se merecía que su propia vida estuviera en peligro por su culpa. No podría soportarlo si algo llegaba a sucederle a él, a Jake o a Pop si se interponían en el camino de Harrell. Era ella quien tenía que resolver los problemas con su antiguo prometido. Había llegado la hora de enfrentarse a él. Y de volver a casa.

Curiosamente, para su propia sorpresa, sabía que estaba lista para ese desafío. Durante las últimas semanas había cambiado, se había convertido en una persona más segura e independiente. Sabía lo que quería de la vida. Estaba preparada para dejar de vagar, de dar tumbos, de dejar que otras personas decidieran por ella. Estaba preparada para dejar de huir.

Ésa, sin embargo, sería su última huida. Sabía dónde estaba la llave que desactivaba el monitor. Y sabía también dónde guardaba Roan las llaves del Super Bird. Volvería a Sanibel.

Lo único que no sabía era si alguna vez volvería a pisar Turn-Coupe.

Capítulo 17

Tory se había ido.

La casa estaba a oscuras cuando Roan y los suyos aparcaron a la puerta. La puerta trasera estaba cerrada. Podían oír a Beau en el interior, aullando y gimiendo. Nada más encender la luz, vio el cristal hecho pedazos de la puerta.

Jake corrió escaleras arriba, llamándola. Nadie contestó. Nadie apareció. Beau se pegaba a sus piernas, nervioso.

-¿Dónde está, chico? -masculló-. ¿Dónde está, Tory?

-¿Hijo? -lo llamó Pop desde el porche-. Ven a ver esto.

El padre de Roan había sido el último en bajar del vehículo y se había detenido en el porche. Estaba mirando algo en el suelo de baldosa. Una mancha.

Un puño helado se cerró sobre el corazón de Roan.

-¿Qué es eso? -encendió la luz.

Era sangre. Se sintió desfallecer. No podía respirar, ni pensar. El dolor, el miedo y la rabia parecían anegarlo por dentro.

-No tiene por qué ser de ella -se apresuró a tranquilizarlo Pop.

No, no tenía por qué ser de Tory, pero se había quedado sola en la casa. ¿De quién más podía ser? -¿Hay más manchas?

-Hay unas pocas por aquí, cerca del paseo. Se pierden en el césped.

-Trae una linterna, ¿quieres? Tengo una en el coche -Roan ya se había recuperado y estaba explorando el terreno.

Jake había encendido una de las luces superiores para iluminar el jardín.

-¿Papá? ¡Papá, aquí! -lo llamó desde un balcón.

Roan alzó la mirada, angustiado. Jake estaba solo. Y Tory seguía sin aparecer.

-¿Las has encontrado? -esperó su respuesta con los puños cerrados.

-No, pero... -¡Dímelo! ¿Qué pasa?

-Esto -dijo Jake al tiempo que le lanzaba un objeto.

Roan lo agarró el vuelo. No necesitó mirarlo para saber lo que era. El monitor de Tory.

-¿Dónde estaba? ¿En su dormitorio?

-No. En el tuyo.

Lo examinó con la linterna. El mecanismo no había sido forzado. ¿Había encontrado Tory la llave y se había liberado a sí misma? Pero si tan fácil le había resultado, ¿por qué había esperado a hacerlo hasta entonces? ¿La habría obligado alguien? ¿Dónde diablos se había metido?

-¿Crees que Melanka ha estado aquí? -le preguntó Pop, acercándose.

-Es una hipótesis, porque...

-Porque de lo contrario, el riesgo sería demasiado grande. Si partes de la hipótesis de que se marchó por su propio pie... entonces podría morir.

-Exacto.

-Y eso no puedes ni imaginarlo.

-Si le toca un solo pelo de la ropa... lo mataré con mis propias manos.

-Ya me parecía a mí. Y ahora... ¿qué vamos a hacer?

Era una buena pregunta. Roan cerró los ojos por unos segundos mientras repasaba sus opciones. Tal como lo veía, sólo tenía dos: podía seguir personalmente el rastro de Tory o podía emitir una orden de busca y captura, a ver lo que sucedía.

-¿Papa?

Era Jake desde el balcón. -¿Sí?

-Desde aquí no puedo verlo bien, pero creo que la puerta del granero está abierta.

El Super Bird. Corrió hacia allí. El interior estaba vacío. Y el vehículo no estaba. En esa ocasión Tory no había dudado en llevárselo. Para regresar a casa, a Florida ¿Pero y si no había sido así? Y si se lo había llevado el hombre que había venido a buscarla? No importaba.

No había tiempo que perder. Ya recuperado, se concentró en elaborar una lista mental de prioridades. Se aseguró primero de que Tory no había dejado nota alguna. Luego revisó su armario, comprobando que no se había llevado nada. Acto seguido llamó a la residencia de su padrastro en Florida, donde se negaron a proporcionarle información.

Habló con la oficina para disponerlo todo durante su ausencia y también para emitir una orden de búsqueda del coche que había alquilado Melanka, cuya matrícula había tenido la prudencia de apuntar. Dejó instrucciones a su padre y a Jake en caso de que Tory se dignara retomar el contacto y volvió a subir a su habitación para preparar el equipaje, con munición de bala incluida. Estaba cerrando su bolsa de viaje cuando Pop apareció en el umbral

-¿Y bien? -inquirió, preocupado.

-¿Que por qué me voy? Creía que eso estaba claro.

-Oh, ya sé que pretendes seguir a Tory para protegerla, ¿pero luego qué? ¿Piensas arreglar las cosas entre los dos o lo único que pretendes es traerla aquí de vuelta para montarle un juicio, como se supone que es tu deber?

-¡Diablos, Pop!

-A mí no me hables en ese tono: te recuerdo que sigo siendo tu padre. Ya no soy tan joven como antes, pero no soy ningún estúpido. Esa mujer significaba algo para ti, como tú significabas algo para ella.

-Sí, claro que yo significaba algo para ella - replicó Roan sin mirarlo-. Era su carcelero. -Porque ése fue el papel que tú mismo elegiste. El único papel con el que te sentías cómodo. Siempre y cuando tú controlaras lo que estaba pasando entre los dos, todo fue bien. Pero a partir del momento en que empezaste a perder ese control, te distanciaste hasta desaparecer del mapa.

-Tory no pertenece a este lugar. Tiene una vida fantástica y maravillosa en otro lugar al que finalmente tendrá que volver. Lo poco que compartimos no significó nada. Sólo fue un entretenimiento para ella.

-Tenías miedo de que acabara dejándote, como Carolyn, así que te retiraste tú antes.

-¡No es verdad! -alzó la mirada.

-No todas las mujeres necesitan tiendas elegantes, restaurantes buenos, los atractivos de la gran ciudad. Algunas prefieren la paz y la tranquilidad, las vistas de un lago. No todas las mujeres son como Carolyn, Roan. Y no se marchan sin una buena razón para ello.

-Estupendo. Pues hablaremos del futuro, si encontramos la oportunidad. ¿Estás contento? -no era cierto, pero al parecer era eso lo que su padre esperaba de él, y además no tenía tiempo para discutir.

-Jake y yo esperaremos a saber noticias tuyas. Y de Tory.

Roan no respondió. ¿Qué más había que decir? Cuando salió de la casa, Jake lo estaba esperando junto al coche.

-Quiero ir contigo, papá. No soportaría quedarme aquí de brazos cruzados pensando en lo que podría pasarle a Tory.

Primero su padre, ahora su hijo. Victoria Molina Vandergraff se las había arreglado para meterse debajo de la piel de cada habitante de aquella casa. Al parecer, había dejado una huella que tardaría mucho en olvidarse. Dejó su bolsa de viaje en la parte trasera del coche y cerró la puerta.

-Mira... -empezó, haciendo acopio de toda la paciencia posible.

-Ya sé lo que vas a decirme -lo interrumpió Jake-. Que soy demasiado joven, que te seré un estorbo, bla, bla, bla... ¡no me importa! Quiero ayudar en algo. Puede que en este mismo momento alguien le esté haciendo daño, o quizá la hayan vuelto a secuestrar. Nos necesita, estoy seguro, y es mi amiga. Tengo tanto derecho como tú a salir a buscarla.

Se dijo que Jake tenía razón. Y no sólo eso: estaba orgulloso de aquel instinto de protección que su hijo había proyectado en Tory. Eso demostraba que estaba creciendo, convirtiéndose en un hombre. En un verdadero Benedict. Pero, aun así, no podía consentir que lo acompañara.

-Sé que estás muy preocupado por ella -le dijo, poniéndole una mano en el hombro-. Yo también. Pero ni siquiera sé si lo que estoy haciendo merece la pena o es una pérdida de tiempo. Alguien necesita quedarse aquí en caso de que Tory llame, o para transmitirme cualquier nueva noticia que pueda surgir.

-Pop se quedará aquí.

-Sí, pero hay otro problema. No podré enfrentarme con un asesino, sea el que sea, si tengo que cuidar de ti y de ella al mismo tiempo.

-Yo puedo cuidarme solo -replicó Jake.

-En una pelea limpia sí, pero ese tipo juega sucio. Si me viera obligado a elegir entre salvarte a ti o a Tory, yo no... -se interrumpió bruscamente, incapaz de

continuar.

-Ya. Lo entiendo.

Roan asintió, aclarándose la garganta.

-Si surge algún problema, llama a Clay o a Luke. Kane ya tiene bastante con lo suyo -se dispuso a marcharse.

-¿Papá? -¿Sí? -Cúidate. -Lo haré -sonrió Roan-. No te preocupes. -Y vuelve con Tory.

Eso no podía prometérselo, y tampoco lo intentó. Le dio un fuerte y emocionado abrazo y subió al coche patrulla. Cuando llegó al final del sendero, vio por el espejo que su hijo seguía sin moverse, contemplándolo mientras se alejaba.

Atravesó el pueblo sin detenerse y llamó por el móvil al hospital para felicitar a Kane. Regina estaba descansando. No se molestó en explicarle que andaba detrás de Tory: simplemente pretextó un asunto urgente y colgó.

Ya en la autopista, telefoneó a la oficina para enterarse de las últimas noticias. El coche de Melanka había sido localizado en el aeropuerto. Había tomado un avión para Florida, solo. Un único billete había sido cargado a su tarjeta de crédito.

Durante un par de segundos, Roan se permitió el lujo de respirar de alivio. Melanka se había marchado. Sin Tory.

Pero seguía quedando lo de la mancha de sangre... ¿a quién pertenecería? ¿Y si Melanka había asesinado a Tory y escondido el cadáver? ¿Y si había huido en el Super Bird para dejar el coche alquilado libre de toda evidencia y lo había lanzado al río con ella dentro? ¿Y si había contratado a algún canalla para hacer el trabajo sucio mientras él abandonaba el coche en el aeropuerto y se volvía a casa? Tory simplemente desaparecería. Se estaba volviendo loco. Las posibilidades eran infinitas.

Se dispuso a emitir por radio una orden de búsqueda del Super Bird. Si Tory estaba al volante, de camino a Florida, la localizaría en Misisipí o Alabama. Aunque... ¿acaso no la había perjudicado bastante? Lo último que necesitaba era que la detuviera algún agente fanfarrón como Cal, alguien que le haría un poco escrupuloso registro corporal, alguien a quien le importara un comino que le doliera el hombro... Y que la metería en una celda llena de delincuentes comunes donde podría sucederle cualquier cosa...

No. Ese pensamiento tampoco podía soportarlo. Si Tory no iba en el Bird, ¿qué le importaba? Si había muerto y yacía en algún rincón de los pantanos, entonces a quien quería era a su asesino. Quería la cabeza de Melanka. Y la tendría aunque para ello tuviera que ir a buscarla al infierno.

Se pasó una mano por el pelo, fija la mirada en la carretera. ¿Por qué no había creído a Tory desde un principio, cuando le dijo que la habían secuestrado y que los responsables habían tenido órdenes de matarla? Desde el principio no le había parecido una delincuente. Tenía que haber hecho caso a su intuición.

Pero al mismo tiempo, Tory se había mostrado tan evasiva, tan ambigua... Y él se había sentido inevitablemente atraído por ella, de una manera tan visceral y hormonal que no había vuelto a experimentar desde la adolescencia. Lo había tomado

desprevenido en el mismo instante en que la había atendido en la carretera, inmediatamente después de hierla. Aquella atracción lo había asustado tanto que había preferido no pensar en ello. Lo había asustado porque se había dado cuenta de lo mucho que tenía que perder, tanto si era considerada culpable e ingresaba en prisión, como si era inocente y volvía a la vida fácil y regalada que había dejado atrás. Con cualquiera de las dos opciones, Roan habría vuelto a quedarse solo.

Pero con su resistencia a reconocer los hechos había terminado complicando aún más las cosas. Tory se había marchado convencida de que él ya no podía seguir protegiéndola. Lo había abandonado. Tenía que encontrarla, tenía que salvarla, aunque eso significara perderla. No podía soportar el pensamiento de que muriera. Toda su vida, todos sus sacrosantos principios no valdrían nada si llegaba a perderla.

Tenía que haberse llevado su coche: era la única explicación aceptable. Todo lo demás era demasiado imposible de soportar, de enfrentar. Pero si Melanka estaba volando hacia Florida, no la tendría, no podría tocarla por algún tiempo... ¿cuánto? ¿Durante las dieciséis o diecisiete horas que tardara Tory en alcanzar Florida? O incluso más, si se detenía a pasar la noche en algún sitio.

Tory había roto con Melanka. No tenían nada que ver, no se parecían en nada. Pese a todos sus intentos por mostrarse dura y cínica, era demasiado dulce y tierna por dentro. No, no era pareja para un asesino.

¿O sí? Al fin y al cabo lo había engañado. Durante todo el tiempo debía de haber sabido dónde guardaba la llave del monitor de vigilancia; de lo contrario no habría podido marcharse tan rápidamente. Y también había encontrado las llaves del coche. La pregunta que más le escamaba era por qué no se había marchado antes, en cuanto se había hecho con los medios necesarios para huir.

Si había esperado para marcharse, si se había marchado precisamente ahora era porque Roan había descubierto su identidad. Porque no había tenido la necesaria confianza en él: ni para confiarle sus secretos ni para que la mantuviera a salvo. ¿Importaba que fuera una rica heredera en vez de una joven normal? ¿Importaba algo? Por supuesto que sí. Lo cambiaba todo.

Se dijo que, como mucho, estaría a dos o tres horas de distancia de Tory. El Super Bird era rápido, pero él poseía la ventaja de la sirena y de las luces de emergencia. La alcanzaría. El mayor peligro consistía en perderla cuando se hiciera de noche o pasarla de largo si acaso se detenía a repostar o a descansar.

No tenía ninguna autoridad efectiva ni en Florida ni en ninguno de los estados intermedios: su jurisdicción abarcaba únicamente el distrito de Tunica. Una vez que rebasara ese límite, sería un ciudadano como cualquier otro. Sin ningún privilegio especial. Con eso tendría que bastar.

Tomó la carretera secundaria entre Natchez y Hattisburg y giró luego hacia el sur por la autopista. Una vez en la interestatal, pisó a fondo el acelerador. El sol ya se alzaba en el cielo cuando llegó a Mobile. El Super Bird seguía sin dar señales de vida.

Entró por fin en Florida. Se empezaban a ver las primeras buganvillas, las primeras palmeras, con grandes aparcamientos de caravanas y remolques semejantes a

ciudades levantadas en aluminio y fibra de vidrio.

Conducía en un estado de semiaturdimiento hasta que de repente descubrió las señalizaciones de salida a Fort Myers: había estado a punto de saltárselas. Pasó a Sanibel, una hermosa isla llena de lujosos bungalows y jardines de vegetación tropical. La mayoría de las residencias estaban cerradas en aquella época del año, cuando sus propietarios huían del húmedo calor de la estación lluviosa, a favor de lugares más frescos como Bar Harbor y los Hamptons.

Sabía que Vandergraff no se había marchado: se había informado bien a través de la oficina, que le había facilitado su dirección. Era mediodía cuando llegó finalmente ante la verja de entrada. Dado que estaba abierta, penetró por un amplio y sinuoso sendero flanqueado de palmeras imperiales. Una vez ante la residencia, se quedó durante un rato observándola desde el coche. Era el sueño de un arquitecto: un paraíso de mármol y cristal rodeado de un jardín de estilo morisco, con piscina olímpica incluida. Un lugar que hablaba de dinero, de comodidades inimaginables, de privilegios. La casa de Tory. O una de ellas.

Sacudiendo la cabeza, bajó del coche y se dirigió hacia la entrada. El ama de llaves le abrió la puerta y, nada más ver su estrella de sheriff, contestó diligentemente a todas sus preguntas. Efectivamente, aquélla era la residencia Vandergraff, pero la señorita Victoria no se encontraba en casa. Había vuelto a salir hacia Fort Myers, a bordo de un potente coche de color rojo. No había dejado dicho a dónde iba ni cuándo volvería. El señor Vandergraff había salido a jugar al golf y regresaría dentro de una hora, o quizá dos.

Roan decidió no quedarse a esperarlo. Encontraría un hotel, se ducharía y comería un poco. Después regresaría. Antes de arrancar de nuevo el coche, volvió a contemplar la casa. Más que casa, parecía un palacio. De hecho, Tory era una auténtica princesa. Ése era su lugar, el lugar al que pertenecía. El único que necesitaba.

Fue entonces cuando se dio cuenta. Había estado soñando durante todo el tiempo. En algún remoto rincón de su mente había soñado con que quizá, sólo quizá, Tory querría abandonar su confortable y suntuosa vida en Sanibel por Dog Trot. Que podría hacerlo por él y por Jake, por Pop y por el resto de los Benedict que la acogerían en su familia con los brazos abiertos.

Qué estúpido y qué egoísta había sido.

Capítulo 18

Nada más llegar de Fort Myers, Tory oyó voces procedentes del salón. En el aparcamiento no había ningún coche. Frunciendo el ceño, cerró la puerta. Las voces se callaron. Segundos después, Paul Vandergraff apareció en el umbral con un vaso de malta escocesa en la mano.

-Tory, querida, por fin has venido... -la recibió como si acabara de llegar tarde a

la cena y no hubiera estado ausente durante semanas enteras-. Ven a tomar una copa con nosotros.

Vaciló mientras lo contemplaba desde una perspectiva nueva, después de todo lo que había pasado. Alto, esbelto, luciendo un perfecto bronceado que contrastaba con su pelo plateado, cortado a capas, siempre con sus chaquetas de lino blancas en verano y sus suéteres de cachemir en invierno. Si antaño siempre lo había considerado el epítome de la elegancia de la Costa Este, en aquel momento le parecía simplemente vano y superficial. No había cambiado, mientras que ella sí.

Mientras su padrastro se volvía al salón, Tory dejó el bolso y las llaves en la mesa del vestíbulo y lo siguió. Los altos tacones de sus zapatos italianos resonaron en el suelo de mármol. Su antiguo prometido se levantó nada más verla.

-Querida. Qué sorpresa. Ya creía que te habías quedado a vivir en Luisiana.

-Hola, Harrell -lo saludó fríamente, como correspondía a aquella farsa. Acercándose al mueble de las bebidas, se sirvió un vaso de agua mineral-. Te equivocabas: naturalmente, he vuelto a Florida. Es aquí donde están localizados mis intereses, después de todo. Pero yo no puedo decir que me haya sorprendido verte aquí con Paul, sobre todo después de nuestro último encuentro.

-Por favor, querida, no empieces ora vez con eso -repuso Harrell, mirando a Paul Vandergraff como diciéndole: «¿no te lo había dicho yo?».

-¿Por qué no? Las amenazas que me hiciste no son fáciles de olvidar -se giró para enfrentarse a ellos. Vestía un sofisticado traje de diseño. Se había recogido la melena en una elegante trenza y lucía el collar de perlas de su madre. Estaba dispuesta a ejercer su papel largamente aprendido de dama rica y de buena cuna.

-Personalmente, preferiría que no me recordaras que te largaste con un par de vagabundos indeseables. Sin embargo, la pequeña charada de secuestro que te montaste en Luisiana puede que no resulte tan fácil de olvidar como tus anteriores e inofensivas escapadas.

-No fue ninguna charada -replicó, incluyendo a Paul en la helada mirada que lanzó a Harrell-. En realidad, me escapé de la muerte gracias a la providencia y a la rápida acción del sheriff Roan Benedict.

-El hombre del que tan rápidamente te enamoraste. O con el que te acostaste, al menos.

-Yo no... -interrumpiéndose, aspiró profundamente-. ¿Alguna vez te sentiste verdaderamente atraído por mí, Harrell, o lo único que siempre te interesó fue mi dinero? ¿No te avergüenzas de ser un cazafortunas?

-Por favor, no digas esas cosas -sacudió la cabeza-. Yo te quiero, por supuesto: siempre te he querido. Sé que la otra noche te dije cosas terribles, pero es que me sentía terriblemente dolido.

-Por cierto, espero que no agarraras la rabia... ¿Cómo está tu brazo?

La expresión de Harrell se endureció al instante. -Bien, y no precisamente gracias a ti y a ese Casanova con estrella en el pecho.

-Yo también me estoy reponiendo bien, gracias por preguntármelo.

Paul tuvo el buen tacto de intervenir en ese momento:

-Al menos eso es una buena noticia.

Harrell simuló entonces una expresión apenada, ofendida.

-¿Crees acaso que no estaba preocupado por ti?

-Estoy segura.

-Tenemos que hablar, cariño. Vámonos a algún lugar tranquilo donde podamos charlar y...

-¿Un lugar tranquilo y solitario? ¿Me tomas por imbécil?

-Victoria, en serio, creo que deberías perdonar a Harrell -intervino de nuevo Paul antes de llevarse la copa a los labios.

-¿Por qué? -se volvió para mirarlo-. No quiero ponerle las cosas más fáciles para que acabe matándome.

-¿Matándote? Eso es imposible.

-Tú no estabas allí, ¿cómo puedes saberlo? No entiendo por qué te pones de su lado. A no ser que sea porque tan pronto como yo desaparecí, te dedicaras a dilapidar mi patrimonio.

Paul Vandergraff se quedó perfectamente inmóvil.

-¿Dilapidar tu patrimonio? Si no fuera tan increíble, resultaría hasta divertido.

-Ni una cosa ni otra, según mis abogados. Has estado mermando mi capital a costa de engrosar el tuyo. Aparentemente has manipulado inversiones y realizado transferencias más que sospechosas. Lo único que podría decir en tu favor es que aún no has falsificado mi firma, al contrario que Harrell...

Paul palideció visiblemente. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin pronunciar palabra, y al final bajó la mirada al vaso que sostenía en la mano. Fue entonces cuando Tory lo comprendió todo: había sido él. Aspiró profundamente antes de continuar: -Pero eso también lo hiciste, ¿verdad? Tú también falsificaste mi firma. Alguien tenía que autorizar el acceso a mis cuentas después de que yo alcanzara la mayoría de edad. Alcanzaste una verdadera maestría en ello. Porque fuiste tú quien firmó los documentos que garantizaban la participación de Harrell en ese consorcio de casinos. Qué oportuno, sobre todo cuando yo no estaba presente para quejarme. -Yo nunca pretendí que sufrieras ningún daño.

-¿Por qué lo hiciste? Tú no podías necesitar el dinero.

-¿Eso crees? -sonrió, triste-. Para ti era muy fácil: dejar el dinero donde estaba. Pero el dinero hay que moverlo. Hay que invertir.

-Invertir en tu propio capital, querrás decir, después de robarle el dinero a mi madre. Y luego el mío.

-Estaba ahí, inmovilizado. Un gran capital con el que no hacías nada. ¿Por qué no debía hacer algo yo al respecto?

Tory estaba asombrada. Era como si su padraastro no percibiera contradicción alguna en lo que acababa de decir, como si no comprendiera que el uso fraudulento de la fortuna de otra persona para incrementar la suya propia fuera algo inaceptable, reprobable.

-¡Eres un estúpido! -exclamó Harrell, mirando a Paul con una mueca de desprecio-. Ahora tendremos que deshacernos de ella, y no será fácil después del embrollo que has montado.

-Te recuerdo que ese embrollo fue idea tuya - le espetó el padrastro de Tory-. En cualquier caso, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Encuentra al médico adecuado y págale lo que sea. Nadie la escuchará.

-No podemos correr ese riesgo. La gente con la que estamos tratando no quiere dejar cabos sueltos. Tory comprendió que había cometido un error al revelarles sus sospechas. Los abogados con los que había estado encerrada hablando durante horas le habían aconsejado que abandonara la casa de inmediato, y discutiera luego de la situación en presencia de sus representantes legales. Y ella no les había hecho caso, confiando en que durante aquel encuentro cara a cara, su padrastro se comportaría de una manera civilizada y Harrell controlaría sus impulsos en su presencia. Pero ahora que había empezado, ya no tenía manera de detenerse. Por lo menos había averiguado la verdad...

El miedo latía en sus venas, pero ya no como antes, no como el miedo que había pasado durante toda su vida. Su padrastro siempre le había parecido un hombre poderoso. En aquel momento, sin embargo, resultaba decadente, patético. Sobre todo comparado con los Benedict. Había aprendido a medir y a valorar a las personas según el patrón de aquella admirable familia.

-¿Es eso lo que eran los tipos que me secuestraron? -inquirió-. ¿«Cabos sueltos»? Harrell se encogió de hombros.

-Lo estropearon todo, y aun así todavía tuvieron el descaro de querer sacarme más dinero a cambio de mantenerse callados.

-Así que los mataste. -Era lo que se merecían.

Aquella carencia de emoción resultaba estremecedora. Tory, sin embargo, decidió no dejarse afectar por ello.

-Espero que me disculpes, pero me temo que aparte de mí hay algún cabo suelto más. ¿Te he dicho que acababa de llegar de una reunión con mis abogados?

Aquello los dejó helados. Paul fue el primero en recuperarse.

-¿Qué has hecho? -inquirió, ceñudo.

-Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo. Ahora estoy al mando de mis intereses y de mis responsabilidades. Lo primero que haré será una auditoría exhaustiva. Una vez calibrada la extensión del daño, aboliré la complicada estructura de negocios que montaste en su día en mi nombre y retomaré el control. Naturalmente, esperamos tu plena colaboración a la hora de la transferencia de poderes.

Paul se echó a reír.

-¿Tus abogados, dices? Si te estás refiriendo a los de la empresa de la familia, llevo trabajando décadas con ellos. Son amigos míos. La mitad de ellos están asociados conmigo. Lo único que tengo que hacer es explicarles la situación y el problema desaparecerá.

-No lo creo. El actual director de la empresa era un buen amigo de mi madre. Su

padre estudió en Yale con mi abuelo. Y ya saben que estoy dispuesta a defender mis intereses.

-Estoy seguro de que tu inestabilidad mental será un factor que...

-Ya hemos discutido de la posibilidad de una demanda por difamación. Me comentaron que estarían dispuestos a presentarla en caso necesario. Mientras tanto, hemos encargado la auditoría a una empresa independiente. Tienes cuarenta y ocho horas para entregar en su despacho todos los libros de contabilidad, registros y documentos relacionados con la herencia de mi madre.

-¡Eso es imposible y tú lo sabes! -le espetó Paul-. Los contables tardarán al menos una semana en preparar todos los documentos...

-No es necesario preparar nada -replicó ella-. Entrégalos tal como están.

Los hielos tintineaban en su vaso de tanto como le temblaba la mano. Al ver que no parecía tener intención de responder, Tory continuó:

-Durante ese plazo, por supuesto, no se producirán transferencias de activos a no ser que los firme yo misma con mi representante legal como testigo. Y dispongo además de una declaración jurada negándome a participar de modo alguno en ese oscuro negocio de los casinos, así como en cualquier otro negocio en el que participéis Harrell y tú - miró a su antiguo prometido-. En cuanto a ti, la comisión de juego del Estado de Luisiana ha sido advertida de tus maniobras fraudulentas. En unos días recibirás una orden de reclamación formal de todos los documentos que contengan falsificaciones de mi firma.

-Zorra... -masculló Harrell.

-Te lo había advertido, si mal no recuerdas - dijo Tory, sosteniéndole la mirada-. Tienes veinticuatro horas.

-Has aprovechado el tiempo, ¿eh? -Paul esbozó una mueca de desdén.

-Algunas cosas es mejor hacerlas rápido. Por cierto, también deberías saber que he hecho testamento. Si algo me sucede, mi patrimonio se repartirá entre varias entidades benéficas, pero la mayor parte irá a parar al sheriff de Luisiana Roan Benedict.

Harrell maldijo de nuevo.

-No puedes hacer eso -protestó Paul.

-Yo creo que sí. En realidad, ya está hecho. Intenta impugnarlo, si quieres.

-Ese maldito sheriff de pueblucho... -rezongó Harrell-. Todo esto es culpa suya.

-No. Te equivocas.

-Si no hubiera sido por él, nunca te habrías atrevido a hacernos esto.

Eso era cierto, pero no de la manera que se imaginaba Harrell. En realidad no esperaba que Roan la respaldase en su estrategia, pero era su ejemplo de rectitud, de coherencia y honestidad lo que la había animado a aparcarse sus miedos y luchar. Suciedera lo que sucediera, siempre le estaría agradecida por ello.

-Esto es increíble -murmuró Paul-. No puedo creer que me hayas hecho esto.

-Lo que es increíble es que piensas que no lo haría después de lo que le hiciste a mi madre.

-Yo he sido un padre para ti, te lo he dado todo...

-Me tolerabas por el dinero. Apenas.

-Yo gestioné tu fortuna, sí. Era natural que yo me hiciera cargo y la administrara.

-Lo natural habría sido dejarla en fideicomiso hasta que yo alcanzara la mayoría de edad y pudiera gestionarla.

-Lo que no es natural, sino obsceno, es que gente como tu madre y tú tengáis tanto dinero... - Paul esbozó una mueca de asco-. ¿Qué habrías hecho con él? ¿Repartirlo entre la gente, como quieres hacer con ese sheriff?

-Lo obsceno es acumularlo por engrosar una absurda lista de millonarios. Lo que es obsceno es secuestrarme para evitar que pueda oponerme a vuestros manejos financieros. En cuanto a lo de repartir lo que es mío, eso sólo sucederá si... -se interrumpió de repente.

-Si mueres -terminó Harrell por ella, expectante, al tiempo que se sacaba una pistola de debajo de la chaqueta.

-No sacaréis nada matándome.

-Excepto asegurarnos de que no hablarás con nadie más.

-Roan ya lo sabe. Si algo me sucede, os perseguirá. Y mis abogados también.

-Quizá, aunque tu abogado está en Luisiana y puede que no se preocupe por ir detrás de una mujer muerta -señalando la puerta con la pistola, la obligó a dirigirse hacia allí-. Además, poco sería lo que podría hacer si tú misma te quitaras la vida, ¿no te parece? Y creo que estás a punto. Llevas años en una situación mental inestable, y Paul estaría dispuesto a testificarlo. La guinda fue ese extraño comportamiento tuyo al largarte con dos delincuentes, asaltar una tienda con ellos, recibir un disparo, hacerte la amnésica... oh, sí, y liarte con el mismo sheriff que te disparó. Llevas mucho tiempo madurando un intento de suicidio. No sería una sorpresa que acabaras ahogándote en las aguas del Golfo.

-Estás loco...

-No tanto. Por aquí, querida -la obligó a avanzar por el pasillo.

Estaba trastornado: no había otra palabra para ello. Pensó en negarse, en oponer alguna resistencia. Pero sabía que era inútil: era inútil desperdiciar un gasto de energía que podría necesitar más adelante.

Le parecía irreal que pudiera morir. A pesar de todo lo que había sucedido hasta ese momento, su cerebro rechazaba la mera posibilidad. De alguna forma se sentía invencible, llena de vida, de esperanzas y de promesas. Que eso pudiera terminar, que una sola persona pudiera arrebatarse todo aquello de golpe, era una ofensa y una tragedia a la vez.

El pasillo daba a un gimnasio con sauna a un lado, y a un patio por otro. El patio era un verdadero oasis de verdor y silencio, con altas palmeras y una verja de hierro que comunicaba con la playa. El ama de llaves no aparecía por ninguna parte: quizá estuviera preparando la comida al otro lado de la casa o tal vez se había retirado a sus aposentos. Harrell parecía alerta a su posible presencia, porque miraba continuamente hacia atrás y se asomaba antes de traspasar cualquier umbral. Sólo cuando llegaron al

patio y continuaron por el sendero que llevaba a la verja de la playa, se mostró más relajado y bajó un tanto la guardia.

La playa era privada: una ancha banda de arena blanca que se extendía interminable. A Tory le pareció que los chillidos de las gaviotas sobre sus cabezas tenían un eco siniestro. El mar conservaba todavía un resto de luz crepuscular, pero la playa estaba casi a oscuras.

Como era de esperar, no había nadie. Harrell se echó a reír, satisfecho, mientras caminaba a su lado, hacia el agua. Los tacones de Tory se hundían en la arena.

No podía marchar tranquilamente hacia su muerte. Tenía que hacer algo, decir algo, ganar tiempo. Tenía que sobreponerse a su propia sensación de estupor y pensar algo. ¿Pero qué?

-Esto... esto es absurdo -pronunció con voz temblorosa.

-¿Ah, sí? ¿Por qué? -inquirió Harrell, curioso. -En estos días, la policía tiene medios más que suficientes para averiguar lo sucedido con cualquier víctima de asesinato. Puede saber, por ejemplo, si una persona murió ahogada o fue estrangulada previamente antes de ahogarse. No podrás tocarme sin dejarme una marca en la piel de algún tipo, porque si crees que voy a dejarme matar sin resistirme... estás pero que muy equivocado.

-Oh, no te preocupes por eso. Ya te dispararon una vez, ¿no? Dudo que te arriesgues de nuevo a recibir un tiro.

Se estremeció ante la idea, pero procuró recuperarse.

-No tendría otro remedio. Aunque quizá prefiera esa muerte a la que tendrás tú cuando recibas una inyección letal en alguna cárcel.

-¿Qué quieres decir?

-Sólo te estoy sugiriendo que quizá tengas algún problema.

-El problema es tuyo, querida -replicó Harrell con énfasis-, aunque tal vez tengas razón. Si no fuera porque tendría que dejarte todas esas marcas que dices, nada me gustaría más que darte tu merecido -y procedió a darle una gráfica explicación de lo que le habría gustado hacerle.

-Estás enfermo -desvió la mirada hacia la carretera. Los coches pasaban a lo lejos, a lo largo de la principal arteria de comunicación de la isla. Gente que se trasladaba de un lado a otro, completamente ajena a lo que estaba sucediendo en aquella playa. -Sí, pero soy rico -replicó-. O al menos lo seré.

-No disfrutarás más que unos pocos meses de tranquilidad. Entonces harás algo lo suficientemente estúpido o indiscreto como para llamar la atención de la policía -sabía que no era una actitud muy prudente en aquellos momentos, pero se sentía animada y desafiante. Al fin y al cabo, sólo podía matarla una vez.

-Ya te gustaría a ti -se echó a reír-. Pienso gastarme una fortuna. Me construiré la mejor residencia de Sanibel y me reiré en la cara de todos esos estirados que tanto me despreciaban por no haber nacido rico como ellos.

-Estás resentido. Me odias. Siempre me has odiado.

-No hasta que decidiste que no podías rebajarte a mi nivel.

-¡Lo de romper nuestro compromiso no tuvo nada que ver con tu origen social o tu manera de ganarte la vida!

-¡Oh, vamos! Sé cómo me mirabas. Te creías tan superior a mí que ni siquiera querías acostarte conmigo. Por no hablar de enamorarte de mí.

-Me secuestraste para vengarte porque eché a perder ese contrato tuyo, ¿verdad? Pensaste que me merecía todo lo que me hicieran esos canallas que contrataste. Antes de matarme, por supuesto.

-Les pagué para que te llevaran a Luisiana -sonrió, perverso-. Se suponía que tenían que esperarme allí, ya que yo tenía programada una visita relacionada con la instalación del barco-casino. Después, los cocodrilos se habrían encargado de tu cadáver.

Había burlado la muerte que había planificado para ella en Luisiana. Había escapado, y al final había terminado encontrando lo que siempre había echado en falta. Había encontrado un lugar donde el dinero y la posición social no eran ni motivo de engrandecimiento ni meta principal en la vida. Y había encontrado un hombre bueno y honesto. Había encontrado el amor.

Había encontrado a Roan, y no quería morir sin confesarle lo que sentía, sin saber si podía albergar alguna esperanza de que la quisiera, al menos un poco. No quería rendirse sin resistir, sin protestar, como había hecho su madre. No quería renunciar sin más a todas sus esperanzas de amor y alegría.

Una violenta rabia empezó a correr por sus venas, una rabia que no había sabido que poseía. Cerrando el puño derecho, golpeó a Harrell en la nariz con todas sus fuerzas. Tambaleándose, Harrell tropezó en la arena húmeda y cayó de espaldas. Tory no lo dudó: echó rápidamente a correr. A su espalda, lo oyó maldecir. Miró hacia atrás a tiempo de ver cómo se levantaba.

Esperaba sentir en cualquier momento el impacto de una bala en la espalda. No le importaba. El viento del mar le azotaba el rostro, pegándole la ropa al cuerpo. Las olas le salpicaban los pies. Correr: era algo que había hecho miles de veces, cada día durante años.

La estaba alcanzando. Podía oír sus pisadas en la arena, acercándose. Al parecer, no quería dispararla. Iba a darle caza. No había renunciado a su primer plan de ahogarla en el mar. Que lo intentara: tal vez le resultara menos fácil de lo que había pensado.

Tenía la mente más despejada y ágil que nunca, efecto de la adrenalina que le corría por la sangre. Escapar, tenía que escapar.

Estaba empezando a quedarse sin resuello. No estaba tan fuerte como había creído. Los días de forzada inactividad habían dejado su huella. El hombro le ardía. Los tacones de sus zapatos se hundían en la arena. Seguía oyendo los pasos de Harrell cada vez más cerca...

Tenía que seguir corriendo. Huir, que era lo que siempre había hecho en su vida. Sólo que esa vez la iban a dar alcance.

Capítulo 19

Harrell la agarró de los faldones de la chaqueta, frenando su avance. El dolor le desgarró el hombro cuando la obligó a volverse.

Tory logró liberarse de un fuerte tirón. Harrell tenía el rostro contorsionado de rabia, con un brillo asesino en los ojos. Sólo pudo avanzar algunos pasos, desequilibrada por las olas que barrían sus pies.

Harrell chapoteó tras ella hasta que logró rodearle la cintura con un brazo. Tory gritó cuando se vio alzada en volandas. Por un instante, la carcajada triunfal de su antiguo prometido se impuso al fragor del mar mientras se internaba cada vez más profundamente en el agua.

No podía respirar por culpa de la presión de su brazo. El pecho y el hombro herido le ardían. Intentó patlear, pero las olas entorpecían sus esfuerzos. Desesperadamente, le clavó las uñas en la espalda en una parodia de apasionado abrazo. La oscuridad nublaba su cerebro. El estruendo del mar parecía ahogar todo pensamiento, toda esperanza, dejándole solamente una sensación de puro terror.

Entonces encontró algo metálico. La pistola de Harrell, encajada en la cintura de su pantalón, bajo la chaqueta. Cerró los dedos en torno a la culata y logró sacarla. Le hundió el cañón en la axila.

Harrell se detuvo bruscamente, maldiciendo. De repente se produjo un fuerte estruendo y una enorme ola los anegó, separándolos. La pistola escapó de la mano de Tory mientras rodaba entre la espuma como una muñeca de trapo. Las olas amenazaban con ahogarla, le dolían los pulmones, le ardía la garganta y la nariz. Tocó arena, el suelo del fondo que le raspó la cara. Incorporándose sobre su brazo sano, intentó levantarse.

Pero en seguida unos largos brazos se cerraron sobre ella como tenazas de acero. Ciega por la sal y la arena, empezó a forcejear.

-Tranquila, Tory. Soy yo.

Roan. Estaba allí. No sabía cómo había llegado y tampoco le importaba. Se refugió en su abrazo, absorbiendo la fuerza y seguridad que le transmitía. Pero de pronto volvió a experimentar una punzada de pánico.

- ¡Harrell! -Está allí

Roan se giró hacia la playa. Harrell yacía boca abajo como un tiburón varado. Maldecía entre dientes escupiendo arena a cada palabra, mientras las olas le barrían los pies. Tenía las manos esposadas detrás de la espalda. Un segundo par de esposas decoraba sus tobillos.

-Creo que ese hombre ya no te dará más problemas.

Pero Tory ya no estaba mirando a su antiguo prometido, sino el vehículo que estaba hundido en el agua casi hasta la altura de las ventanillas.

-El Super Bird -pronunció asombrada-. ¿Cómo...?

-Fui a buscarte antes a tu casa, pero no estabas. Cuando volví, fue Vandergraff

quien me abrió la puerta. Me dijo que habías vuelto a salir, que quizá te habías ido con el coche al otro lado de la playa, dado que te gustaba pasear por allí. Sospeché inmediatamente, dado que el Super Bird estaba aparcado delante. Cuando me acerqué a echar un vistazo, vi que te habías dejado puestas las llaves. Fue entonces cuando a lo lejos distinguí a Melanka, llevándote hacia el agua -se encogió de hombros-. Atropearlo con el Bird me pareció una buena manera de llamar su atención.

Viendo la arena removida de la playa, Tory se hizo una buena idea de lo que acababa de suceder. Roan había metido el Bird directamente en el agua. Y ella había oído el estruendo de su motor sin reconocerlo, confundiéndolo con el fragor de las olas.

-Desde luego que sí -repuso al recordar la gran ola que había conseguido separarla de Harrell. Y que, por cierto, también había salvado la vida de su antiguo prometido, ya que un segundo más y habría disparado la pistola: estaba casi segura de ello.

-Mi padraastro estaba conchabado con Harrell, él...

-Lo sé. He estado hablando con las autoridades de aquí. Parece que llevan vigilando a Vandergraff desde hace algún tiempo. Melanka y él serán detenidos tan pronto como informemos de lo ocurrido.

-Bien -todo había pasado. Por fin. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de Roan. Su mano derecha se aferró a la fuerte muñeca de su brazo, que le rodeaba la cintura: podía sentir su firme pulso bajo los dedos. Estaban vivos.

-Será mejor que volvamos. Tengo que hacer una llamada desde el patrulla.

-¡Hey! Hey, ¿qué pasa conmigo? -chilló Harrell, tendido en la arena.

-No te preocupes. La marea todavía tardará un rato en subir.

Tory no quería moverse. Habría preferido quedarse donde estaba, lejos de los problemas que sobrevendrían, de las explicaciones, de las interminables preguntas. O mejor aún huir de nuevo, de vuelta a Dog Trot, con Roan. Pero no podía hacerlo. Había cosas que resolver. Era su responsabilidad.

-Sí. De acuerdo -suspiró. -Apóyate en mí.

Atravesaron la playa rumbo a la casa. Roan hizo la llamada desde el coche patrulla. Disponían de cinco, de diez minutos como máximo hasta que llegara la policía. Ocultos detrás de unos árboles, se quedaron contemplando la casa. No había movimiento ni señal alguna de que Paul Vandergraff hubiera descubierto el giro que habían tomado los acontecimientos.

Roan estaba inquieto: paseaba de un lado a otro, alerta e impaciente. Tory sabía que le irritaba carecer de autoridad para detenerlo él mismo y acabar con sus manejos de una vez por todas. No estaba acostumbrado a quedarse de brazos cruzados y dejar que otros acabaran su trabajo.

En un intento por distraerlo, Tory le preguntó, apoyada en un tronco de árbol:

-Todavía no te he dado las gracias por lo que acabas de hacer. No sé cómo expresarte mi agradecimiento.

-No hay necesidad -respondió, con la mirada fija en la casa-. Debiste haber dado

por supuesto que vendría a buscarte.

-La verdad es que... Oh, sé que me fui sin decirte nada...

-Te escapaste -la corrigió, rotundo.

-¿Lo hice realmente? Quiero decir que no tenía ninguna acusación en firme, ¿verdad? Pero incluso aunque sólo hayas venido a detenerme, no deja de sorprenderme que...

-¿Es eso lo que piensas? ¿Que he venido a detenerte?

-A no ser que vinieras solamente para recuperar el Super Bird. Me encargaré de todas las reparaciones que sean necesarias, claro.

Roan se encogió de hombros con gesto indiferente, como si no la hubiera oído. Al cabo de un momento, se pasó una mano por el pelo y se volvió para mirarla.

-Siento no haberte creído cuando me contaste lo que te pasó. Si te hubiera escuchado... -se interrumpió, apretando los labios.

-Yo... yo tampoco te lo puse precisamente muy fácil. No estaba acostumbrada... a confiar en la gente. De niña y adolescente me escapé muchas veces. Contara lo que le contara a la policía, siempre acababan mandándome de nuevo con mi padrastro. -Así que tú pensaste que yo haría lo mismo. -Tenía miedo de que avisaras a Paul y de que él delegara en Harrell la responsabilidad de traerme a Sanibel. Dado que eso habría podido significar una sentencia de muerte... era un riesgo que no quería correr.

-Una jugada inteligente -comentó Roan-. Aunque para ello tuvieras que permanecer encerrada en Dog Trot.

-No me importó. Al cabo de un tiempo, al menos.

Roan se quedó callado durante un buen rato, contemplándola.

-¿Qué pasó una vez que llegaste aquí? ¿Adónde te fuiste tan rápido?

Tory le relató su entrevista con sus abogados y su posterior discusión con Paul y Harrell. Fue un verdadero alivio contárselo todo. Saber que los secretos que los habían mantenido separados durante semanas ya no existían. Cuando terminó, Roan soltó un silbido de admiración.

-Eres valiente, chica. Eso hay que reconocerlo. -En realidad, lo inteligente habría sido esperar a que los abogados se encargaran de todo -repuso ella-. Pero supongo que llevaba demasiado tiempo conteniéndome. Se lo dije todo de golpe.

-Me habría encantado estar presente.

Tory esbozó una mueca.

-No fue para tanto. Simplemente me pusieron furiosa.

-Recuérdamelo para que no cometa el mismo error -comentó, sonriendo.

-¿Crees que exageré?

De repente empezó a oírse el lejano ulular de una sirena. La policía se acercaba.

-Tal vez -murmuró Roan, ladeando la cabeza-. Porque... ¿para qué reaccionar así cuando lo único que querían era arrebatarte el dinero y matarte?

Se estaba burlando de ella. Tory se volvió hacia el lugar donde Harrell seguía tumbado en la arena, inmovilizado de pies y manos.

-Bueno, en cualquier caso, todo ha terminado. -¿Tú crees? Te recuerdo que

siempre te quedarán cicatrices. Sobre todo la de la bala que te alojé en el cuerpo.

-Tú no sabías que yo era inocente cuando me viste saltar de aquella furgoneta -no le gustaba el tono de autocompasión que había detectado en su voz.

-No importa. El problema es que no puedo dejar de pensar... en lo cerca que estuve de matarte. -Pero no lo hiciste.

-Lo que no quita que habría podido hacerlo. Tory dio un paso hacia él y alzó la mano para apoyarla sobre su brazo. Si fue para perdonarlo o para consolarlo, ni siquiera llegó a saberlo ella misma... porque en aquel preciso momento llegó la policía. Las luces blancas y azules iluminaron los sombríos rasgos de Roan así como la desolación de su mirada. Tory sintió una opresión en el pecho, pero no pudo hacer nada. Tenían que salir al encuentro de los agentes.

Las horas siguientes transcurrieron como en una borrosa nube. Harrell fue detenido. Paul Vandergraff, que había buscado refugio en su despacho, gritó y protestó, pero al final sufrió la misma suerte. El ama de llaves, retirada en su habitación, no había visto ni oído nada. Tory dispuso de tiempo para ducharse y cambiarse de ropa antes de dirigirse a la comisaría.

La detallada declaración de Tory pareció alargarse hasta el infinito. Roan estuvo en todo momento a su lado, apoyándola y animándola. Su equipo de abogados apareció poco después.

Finalmente, todo terminó. Roan la llevó de vuelta a la casa de la playa, aparcó frente a la puerta y apagó el motor. Tory se quedó sentada por un momento: de repente se sentía demasiado cansada para hacer otra cosa que contemplar la playa a lo lejos y las interminables olas que brillaban a la luz de la luna. En su mente todavía podía ver a Harrell arrastrándola hacia el agua con un brillo asesino en los ojos...

-No -le dijo Roan, volviéndose para mirarla-. No pienses en ello.

Tory cerró los ojos y aspiró profundamente. -No lo haré -apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

-Todo ha terminado. Ahora podrás descansar. -Es duro que alguien desee tu muerte -abrió los ojos y lo miró-. A ti te ha debido de pasar muchas veces. ¿Cómo lo superas? ¿Cómo se puede superar algo así?

-Te olvidas y sigues adelante con tu vida. Lo aparcas a un lado, lo metes en un remoto rincón de tu mente y cierras la puerta. Una mañana, tarde o temprano, te despiertas y te das cuenta de que lo has olvidado. Es lo natural. Nada dura para siempre: ni las dudas, ni el dolor, ni el terror, ni el dolor...

-¿Y hasta que llegue ese momento? -Te esfuerzas todo lo posible.

Tory desvió de nuevo la mirada hacia el mar. -Yo no sé si podré hacerlo. Hay muchas cosas de las que tendré que ocuparme, demasiadas decisiones que deberé tomar sobre las inversiones y negocios de Paul. Sospecho que hay más irregularidades que terminarán saliendo a la luz. Empresarios rivales o incluso amigos quizá intenten aprovecharse de la actual crisis de la compañía.

-Saldrás adelante -le aseguró Roan sin dudar lo.

-Pero tampoco estoy segura de querer hacerlo. -No hay nadie más. Y parece que

todo ese capital procede de tu madre. Es a ti a quien te corresponde administrarlo y gestionarlo.

Eso era completamente cierto, pero no era lo que había esperado oír. ¿Qué era lo que había esperado oír de Roan? ¿Un ofrecimiento de ayuda con sus problemas legales y jurídicos? ¿Y luego qué?

Roan pertenecía a Turn-Coupe, donde la vida era sencilla y tranquila, y donde el mal, cuando existía, no tenía dobleces. Tenía un trabajo allí, responsabilidades, una familia, gente que dependía de él. Eso siempre estaría primero.

Lo miró. Lo amaba, y siempre lo amaría, aunque él no sintiera lo mismo por ella. Las palabras salieron solas de sus labios, movidas por una profunda, instintiva necesidad.

-Quédate conmigo esta noche.

-Si es eso lo que quieres... -respondió Roan sin vacilar, casi con un tono de simple cortesía. -Quiero decir...

-Necesitas quedarte con alguien más en la casa aparte de tu ama de llaves -la interrumpió-. No te preocupes, me hago cargo. No te malinterpretaré ni me aprovecharé de la situación.

No era eso lo que ella necesitaba. Pero no podía decírselo: su distante actitud había dejado más que claras sus intenciones.

-¿Qué me dices de mañana? -inquirió-. ¿Tendré que acompañarte a Luisiana para el papeleo que tenga pendiente allí?

-No hay razón para que sigamos molestándote más. Yo me ocuparé de ello.

-Gracias -repuso, decepcionada. Ni siquiera ese pretexto le había valido.

Le entraron ganas de llorar. No quería verlo; lo último que quería era su compasión. Bajó del coche. Roan bajó también y lo rodeó para cerrar la puerta y tomarla del brazo. El ama de llaves los estaba esperando en el umbral.

-Gracias, María. Puedes retirarte... No espera -le dijo, volviéndose hacia Roan-. ¿Te gustaría comer algo, o tomar quizá una copa?

-No hace falta. Me conformo con que me digas dónde está la habitación de invitados.

Mayor franqueza no podía pedir, se dijo Tory. -María te la enseñará. Yo... buenas noches, entonces.

-Buenas noches.

Y se dirigió hacia su dormitorio. Apenas había dado cuatro pasos cuando él la llamó:

-¿Tory?

Se volvió. Tenía la mirada nublada por las lágrimas.

-¿Sí?

Transcurrieron unos segundos sin que dijera nada, con María esperando para acompañarlo al otro lado de la casa.

-Nada.

-Duerme todo lo que quieras -forzó una sonrisa-. María te preparará el desayuno

cuando te levantes.

-Gracias.

Tory se giró entonces en redondo y se alejó con la cabeza bien alta.

Tardó mucho en conciliar el sueño. Y al final solamente lo consiguió después de tomar una decisión. No pensaba dejar que Roan le dictara lo que tenía o no tenía que hacer. A la mañana siguiente pretendía

llegar a algún tipo de entendimiento con Roan Benedict.

Pero cuando esa mañana bajó las escaleras, el comedor estaba vacío. Nadie había dormido en la habitación de invitados. Y el coche patrulla no estaba en el sendero de entrada.

Roan se había marchado.

Capítulo 20

Hacía una tarde agradable. Roan estaba apoyado contra una de las blancas columnas del porche trasero de la casa de Kane, El Refugio. El humo de los habanos que Kane había repartido para celebrar el nacimiento de su hija flotaba en el ambiente. Era la primera vez en un mes que habían tenido oportunidad de reunirse. Kane había estado entregado por entero a su esposa y a su hija: en todo ese tiempo no se había separado ni un instante de ellas.

A su espalda, las voces de Luke, Kane, Clay, Pop y Jake se confundían en un sordo rumor. Habían estado hablando sobre el frustrado proyecto de instalación del barco-casino en el lago Horseshoe, pero luego habían pasado a compartir anécdotas y relatos sobre sus excursiones de pesca. Roan dejó de escuchar. Tenía otras cosas en mente.

-Oye, Roan, ¿has sabido algo de Tory?

La pregunta había partido de Clay. Roan miró por encima del hombro a su primo.

-No desde que volví de Florida -respondió, ceñudo.

-Diablos, Roan, ¿pero la has llamado?

-He estado ocupado. Y supongo que ella también.

-Claro. Durante un mes entero. ¿O ha sido mes y medio?

-Demasiado tiempo -rezongó el padre de Roan-. Echo de menos a esa chica.

Roan sintió una opresión en el pecho, como un puño cerrándose sobre su corazón: una sensación que se había vuelto habitual desde que había regresado de Florida y a la que casi se había acostumbrado. Los recuerdos de Tory invadían Dog Trot. La casa parecía más oscura, más triste. Incluso Beau la echaba en falta.

-Yo la vi hace un par de días -murmuró Pop, pensativo.

Roan se giró en redondo: -¿Qué? ¿Dónde?

-En las noticias de la televisión. Hicieron un reportaje sobre la implicación de Vandergraff y Melanka en una gigantesca operación de lavado de dinero negro. En las imágenes aparecía Tory abandonando el tribunal tras la comparecencia de los inculcados, y luego volvieron a relatar toda la historia de su secuestro. Los periodistas intentaron arrancarle una declaración, pero Tory se abrió paso entre esos rufianes como una orgullosa y altiva princesa, sin pronunciar palabra.

-Quizá venga a vernos -dijo Jake, esperanzado.

-No te hagas ilusiones -le aconsejó su padre-. No creo que los recuerdos que conserve de este lugar sean los más felices de su vida.

-Apuesto a que vendría si tú se lo pidieras. Roan no contestó.

-El chico tiene razón -secundó Pop. -Desde luego -terció Luke.

Kane, mirándolo con una cierta expresión compasiva, añadió:

-Nunca lo sabrás si no lo intentas. -Olvidaos de eso. Eso nunca sucederá.

-¿Por qué? -inquirió Pop, pero para entonces Roan ya se dirigía hacia su coche patrulla, haciendo caso omiso. Algunas preguntas era mejor no responderlas.

La luz del porche trasero estaba apagada cuando llegó a Dog Trot. La casa estaba triste y silenciosa, como últimamente venía siendo habitual. Y sin embargo Roan no quería olvidar. Quería recordar cada detalle de Tory, la manera que tenía de sonreírle, la sensación de tenerla en sus brazos. A veces casi esperaba verla sentada ante la mesa de la cocina, asomada al balcón del primer piso o jugando con Beau en el patio. Las fugaces imágenes del dolor que le había causado, o de sus discusiones y sus tensos silencios, le remordían terriblemente la conciencia. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes entre ellos.

En aquel entonces no había sido consciente de lo mucho que la amaba. Aunque eso tampoco habría supuesto ninguna diferencia. Pertenecían a mundos distintos. Tory no era para él. Quizá si se repetía eso con la suficiente frecuencia, un día su estúpido corazón dejaría de sufrir.

En el primer piso, la luz de la lámpara de la mesilla proyectaba un tenue resplandor sobre el corredor. De repente se detuvo en seco. Recordaba perfectamente haberla apagado. Tendría que hablar muy seriamente con Pop y Jake sobre las facturas de la compañía eléctrica. O también cabía otra posibilidad: que alguien hubiera entrado en el dormitorio. Era posible incluso que todavía siguiera allí, escondido.

Aunque esa posibilidad resultaba más bien remota: había muy pocas cosas valiosas en Dog Trot. Además, cualquier ladrón con un mínimo de sentido común se lo pensaría dos veces antes de asaltar el domicilio particular del sheriff. Aparte de que Beau estaba por allí y acababa de levantarse para saludarlo alegremente.

Su exceso de imaginación le estaba gastando una mala pasada. Al igual que le sucedía con aquella ilusión de poder oler su delicioso aroma, como si todavía estuviera flotando en el aire. Sacudió la cabeza, suspirando, y entró en el dormitorio. Saludó a Beau mientras se quitaba la estrella y la dejaba sobre la cómoda. Su radio y el resto de su equipo fueron a parar también allí, así como su reloj de pulsera. Se desabrochó

la camisa y se sacó los faldones de debajo del pantalón. Acto seguido se descalzó las botas y las colocó al lado de una silla cercana. Finalmente se quitó la camisa y la dejó colgada de la silla antes de dirigirse al cuarto de baño.

-Sigue, sigue. Me gusta lo que he visto hasta ahora. Se estaba poniendo interesante.

-Tory -pronunció, asombrado.

Se la quedó mirando fijamente mientras se acercaba hacia él. Iba vestida con camiseta y vaqueros y se había recogido el cabello en una larga cola de ca ballo. En una mano llevaba la pistola que acababa de recoger de encima de la cómoda.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-He venido a devolverte tu Super Bird, perfectamente reparado y restaurado, dado que parecía que tú no ibas a venir a buscarlo -respondió-. Pero mientras te esperaba, he decidido que, para variar, no te vendría mal experimentar lo que se siente al estar a merced de otra persona. Vamos, quítate el resto. Desnúdate para mí.

-¿Y si me niego? ¿Piensas dispararme? -Quizá. Así también sabrías lo que se siente. -¿Qué significa todo esto? -sacudió lentamente la cabeza.

-Llámalo venganza, si quieres. Es una palabra tan adecuada como cualquier otra.

-¿Porque te mantuve prisionera aquí?

-Y por ese estúpido monitor. Detestaba esa cosa y lo sabías.

Tenía razón, aunque Roan creía haberle explicado suficientemente bien las razones en su momento. -No puedo creer que hayas venido... -¿Esperabas tal vez a otra persona?

-Dios mío, no. Jamás había imaginado...

-Ya. Evidentemente yo soy la última persona a quien habrías imaginado o querido volver a ver.

-Yo no diría eso -replicó con voz ronca. -¿Ah, no? -ladeó la cabeza-. ¿Después de la manera en que saliste corriendo de Sanibel? Pero esta vez no vas a largarte. No hasta que hayamos dejado unas cuantas cosas claras.

-Y es por eso por lo que quieres verme desnudo.

-¿Por qué si no?

El propio Roan se sorprendió de la intensidad de su decepción. Mientras tanto, el cañón de la pistola continuaba al nivel de su ombligo. Prefería pensar que no iba a usarla. Por otro lado, no tenía ninguna intención de abandonar aquel escenario tan sugerente. Si Tory quería verlo desnudo, estaba obligado a satisfacerla. Mientras se desabrochaba el cinturón, le preguntó:

-¿Qué hay que aclarar? Yo creía que habíamos quedado en paz.

-¿Eso creías? Casi me matas y luego me salvas la vida. ¿Pensaste que con eso bastaba? Me has tenido aquí encerrada durante semanas, tiempo suficiente para que yo me hiciera todo tipo de ilusiones contigo. De repente descubres quién soy y el futuro desaparece. Y con el futuro, tú. ¿Por qué?

-De repente todo era diferente -Respondió mientras se disponía a desabrocharse el botón del pantalón-. Tú eras diferente.

Tory bajó la mirada a lo que estaba haciendo y volvió a levantarla.

-¿Cómo? Yo era la misma que antes, sólo que con un nombre y un apellido verdaderos.

-Fuiste tú quien cambió de pronto.

-¿De veras? Tú me mentiste a mí y a todo el mundo en Turn-Coupe. Te atrincheraste detrás de una mentira mientras nos engañabas a todos. Luego, cuando encontraste la ocasión adecuada, te largaste sin mirar atrás. Sin pensar en lo que pudiéramos sentir los demás.

-¡Eso no es cierto!

-Claro que lo es -se bajó la cremallera-. Ni querías ni necesitabas nuestra ayuda. Preferiste el consejo de tus abogados y contables, y de toda esa otra gente que había gobernado tu vida. Entendido, muy bien. Pero no tenías derecho a esperar que nos quedáramos de brazos cruzados esperando a que te acordases de nosotros.

Tory se lo quedó mirando fijamente durante un buen rato.

-Has usado la palabra «nosotros» pero querías decir «yo», ¿verdad? Creías que yo no te necesitaba. -¿Y acaso es mentira? Sé que no me necesitas. Ya he visto cómo vives.

-¿Ah, sí? ¿Y has visto también lo solitaria, lo perdida que me siento? ¿Te has fijado en que no hay una sola persona en mi vida a la que pueda querer o que me pueda querer sin que el dinero lo contamine todo?

-Ya encontrarás a un hombre que tenga tanto dinero como tú, que pertenezca a tu mismo ambiente, que comparta tus mismos intereses.

-¿Crees que eso me importa? -exclamó Tory-. Lo que quiero es una familia. ¡Quiero gente a mi alrededor que se relacione conmigo por lo que soy, y no porque sea o no sea nieta de mi abuelo! Quiero alguien a quien entregarme y que se entregue a mí. Quiero...

Se interrumpió bruscamente, para disgusto y frustración de Roan.

-¿Qué es lo que quieres? -le preguntó con tono suave-. ¿O debería decir «quién»?

Tory alzó entonces la barbilla.

-Como te dije antes, lo que quiero es verte desnudo.

-Como dice el refrán: «lleva cuidado con lo que esperas y deseas».

Roan se quitó entonces el pantalón y el calzoncillo sin dejar de mirarla a los ojos.

-Estoy harta de llevar cuidado -replicó ella-. He llevado cuidado durante toda mi vida, ¿y qué es lo que he conseguido? Ya sabes tú lo que he conseguido. No tengo que relatarte todas mis calamidades.

-¿Y bien? -inquirió Roan mientras dejaba el pantalón a los pies de la cama y abría los brazos-. Ahora que me tienes desnudo... ¿qué era lo que querías aclarar?

Tory concentró la mirada en la parte media de su cuerpo y ya no volvió a levantarla.

-Estás disfrutando con esto, ¿verdad? Te parece divertido.

-Bueno, creo que he pasado por tesisuras mucho peores -contestó él.

-Más peligrosas, querrás decir -dijo, claramente ofendida.
-Menos... deleitables -la corrigió.
Tory puso los ojos en blanco para luego espetarle con tono acusador:
-¡Lo sabía! Estás convencido de que no te dispararé. No me tienes ningún miedo.
-Estoy aterrado -repuso mientras se acercaba lentamente a ella-. Aterrado de que no vayas a quedarte aquí, conmigo, una vez que dejemos de hablar.
-Eso es una tontería. No pretendo volver a marcharme de aquí.
-Y aterrado también de que no quieras desnudarte conmigo -le sugirió con una sonrisa.
-Eso es más estúpido aún. Nunca he pretendido lo contrario.
-Pero, sobre todo, tengo miedo de que nunca llegues a amarme lo suficiente como para soportar una familia ya hecha que incluye a un adolescente rebelde, un viejo sabelotodo y un clan insoportablemente cotilla que se entrometerá constantemente y para siempre en nuestras vidas.
-Eso es lo más estúpido de todo. Nada me gustaría más que formar parte de tu familia. Ah, y a ti también te quiero, si quieres saberlo.
-Estoy empezando a entenderte. Tory miró entonces la pistola.
-De todas formas, esta cosa no estaba cargada. -Lo sé.
-¿Lo sabías? -inquirió, resignada.
-Es un revólver. Desde aquí puedo ver que las recámaras están vacías.
-Lo que sí que ha sido una estupidez es apuntarte con él.
-No, en absoluto. Al menos si lo que querías era llamar mi atención.
-Estaba muy enfadada -murmuró Tory, bajando la vista.
-Lo sé. Ignoro lo que hice de malo allá en Florida, pero siento que te molestara tanto.
-¿No lo sabes? ¿De verdad que no tienes ni la más ligera idea? Te negaste a dormir conmigo en mi casa y ni siquiera me diste un beso de despedida.
-Vaya -sacudió la cabeza, contrito-. Tendré que compensarte de alguna manera, pero no sé por dónde empezar...
-Yo sí -repuso mientras comenzaba a sembrarle el cuello de pequeños besos.
-¿Por dónde?
-Contándome por fin lo que querías hacer conmigo cuando me trajiste a Dog Trot.
-¿Qué?
-Me prometiste que me lo dirías a su debido tiempo, cuando estuviera lo suficientemente recuperada como para escucharlo.
Roan soltó un gruñido y la estrechó contra su pecho.
-Soy un bocazas. Sólo quería esto. Siempre esto.
-También podrías decirme que me quieres, ¿no te parece?
-Más que a la vida misma, aunque tengo que decirte, antes de que sigamos adelante, que en realidad no me arrepiento en absoluto de haberte puesto ese monitor de seguimiento.

-Ya lo sabía -murmuró ella. -¿De veras?

-Te gusta estar pendiente de la gente a la que quieres. Necesitas saber dónde están en cada momento para poder ayudarlos inmediatamente si tienen problemas. Pero te advierto que yo no volveré a ponerme ese chisme. A no ser...

-¿A no ser qué?

-A no ser que tú también te pongas uno -y se puso de puntillas para darle un rápido beso en el mentón.

-¡Ni hablar!

-¿Seguro? -volvió a besarlo. -Rotundamente.

-¿Cómo de rotundamente? -murmuró antes de acariciarle delicadamente los labios con los suyos. Roan se dijo que ya pensaría en ello.

Después.

Jennifer Blake - Serie Caballeros de Luisiana 3 - Roan (Harlequín by Mariquiña)